

ANTOLOGÍA 2016

CONCURSO HISTORIAS DE NUESTRA TIERRA

24 AÑOS



ANTOLOGIA 2016

CONCURSO HISTORIAS DE NUESTRA TIERRA

24 AÑOS

Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro, FUCOA

Ministerio de Agricultura



Coordinación de contenidos:
Bella Araneda, Camila Leclerc, Sara Montt

Diseño:
Caroline Carmona, Victoria Neriz

Corrección de estilo (cuentos):
Manuel Peña

Corrección de estilo (poemas):
Floridor Pérez

Ilustraciones:
Antonia Roselló

Derechos reservados
Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° A-275030
ISBN: 978-956-7215-63-8
Marzo 2017, Santiago de Chile

Imprenta:
Maval

Los cuentos y poemas que conforman esta antología fueron escritos por niños, niñas, jóvenes y adultos de todo Chile para el concurso “Historias de Nuestra Tierra”, que organiza FUCOA gracias al apoyo del Ministerio de Agricultura.

www.concursocuentos.cl

Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro, FUCOA
Ministerio de Agricultura

INDICE

PRESENTACIÓN	13
PALABRAS DEL JURADO	15
HISTORIAS CAMPESINAS	
PREMIOS NACIONALES	
La botica, Paula Andrea Nievas Silva. Región de Antofagasta	23
El Nene (1932), Consuelo Elsa Riquelme Rosas. Región de la Araucanía	26
Purísima, Sonia Alejandra Ojeda Uribe. Región Metropolitana	28
Una hebra se asoma, Emiliana Antonia Pereira Salazar. Región Metropolitana	30
Mañungo, Héctor René Núñez Sepúlveda. Región del Maule	32
El último viaje, Vicente Caballero. Región de Magallanes	34
La profe Teresa, Gabriela Isabel Muñoz Cerda. Región de Valparaíso	37
La abuela, Alberto Jesús Torres Espinoza. Región Metropolitana	40
REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA	
Las reinas del tomate, José Maldonado Segovia	42
Ocho días, Héctor Manuel Jesús Morgado Gámez	45
El tesoro de la abuela Anicacia, Luis Alberto Todonró Ossa	47
Cuando el reloj marcó las tres, Hailyng Leonor Vilca Tancara	50
REGIÓN DE TARAPACÁ	
Los diablos de Ojoga: La riqueza y tristeza de nuestra tierra, Héctor Manuel Callasaya Bartolo	52
Wila Utawa (La casa roja), Andrea Alejandra Carvajal Almonacid	55
Evaristo, Héctor Jonathan Barraza Ahumada	56
REGIÓN DE ANTOFAGASTA	
La botica, Paula Andrea Nievas Silva	23
El viaje de la señorita Irma, María Eugenia Vargas Pasten	59
Lecciones con olor a humedad, Víctor Mario Bórquez Núñez	61
Cuestión de astronomía, Paula Andrea Nievas Silva	62

REGIÓN DE ATACAMA

La vaca de los siete delantales, Gustavo Estuardo Rodríguez Caroca	65
La venganza, Hilda Olivares Michea	67
Ensalada de lechuga con esperanza, Nelson Raimundo Leiva Arqueros	69

REGIÓN DE COQUIMBO

La televisión en Salamanca, Doris del Carmen Bustamante Osorio	71
Pancho, Raquel Eugenia Sánchez Sepúlveda	73
El ojo, Tatiana Alejandra Cortés Segovia	75

REGIÓN DE VALPARAÍSO

La Pierina, Belén Emmanuelle Macías Espinoza	77
Por qué el diablo murió en Petorca, Fernando Guajardo Zenteno	79
El canto maldito, Claudia Angélica Sánchez Corvalan	81

REGIÓN METROPOLITANA

Purísima, Sonia Alejandra Ojeda Uribe	28
Huacho, Leonel Antonio Huerta Sierra	83
La Minga, Antonio Alejandro Torres Miranda	85

REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS

El telar del alma, Tatiana Alejandra Farias Ortiz	87
Ella, Emilio Enrique Jorquera Jorquera	89
La insurrección, Gustavo Andrés Leyton Herrera	91

REGIÓN DEL MAULE

El viaje del Cacique Teno al Huelén, Jorge Eduardo Uribe Ghigliotto	93
El velorio del angelito, Carlos Lorenzo Toloza Díaz	96
Entre vegas y tumbas, Franco Manuel Fornachiari Astudillo	99

REGIÓN DEL BÍO BÍO

Pino, Sumara Renata Tilleria Medel	102
El Ballico, Sergio del Carmen Melgarejo Fuentealba	103
El último día de corta, Víctor Naldo Torres Canales	104

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

El nene (1932), Consuelo Elsa Riquelme Rosas	26
La santiguadora, Margarita Inés Sánchez Pincheira	107
El Chuchito, Luis Arnoldo Oróstica Muñoz	109

REGIÓN DE LOS RÍOS

Blanco y negro, Juan Pablo Scroggie Smitmans	112
Muñeca de trapo, Yasna Mabel, Rayenpan Trecanao	115
Se le echó la yegua, Carlos Eloi Zuñiga Ojeda	117

REGIÓN DE LOS LAGOS

El último vuelo del cóndor, Marcela Tamara Quiroz Opazo	118
Pampa Alegre, Enrique Orlando Moreira Castro	121
El misterio de Coipomó, María Eugenia Ojeda Uribe	123

REGIÓN DE AYSÉN

Burro hambreado no siente la huasca, Camilo Monsalve	125
Llegao y quedao, Mauricio Antonio Melgarejo Jorquera	127
La señorita de pelo bayo huevo de pato, Rosa Ida Gomez Miranda	130

REGIÓN DE MAGALLANES

El Negro, Fabián Andrés Silva Arriagada	133
Por la amistad, Rubén Darío Gómez Alarcón	135
El perdón, Julia Ester Roehrs Mata	138
Recordando los viejos tiempos, Rubén Darío Gómez Alarcón	140

ME LO CONTÓ MI ABUELITO

PREMIOS NACIONALES

El caballo, la noche y el niño, Sofía Inés Arregui Contreras. Región de Aysén	144
La flor del mar, Amparo Asenjo Baxa. Región de Los Lagos	146
El ahorcado, Catherine Antonia Belén Melo Matamala. Región del Bío Bío	149
Los viajes de mi abuelita: Comercio entre poblados indígenas, Melanie Patricia Cáceres Pachao. Región de Tarapacá	152

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

El pordiosero de Sibitaya, Pablo Antonio Yante Chambe	154
Wara y su vida en el pueblo, Sandra Pamela Pinto Muños	156
Un regalo para ti, Bárbara Alejandra Santelices Ortiz	160

REGIÓN DE TARAPACÁ

Los viajes de mi abuelita: Comercio entre poblados indígenas, Melanie Patricia Cáceres Pachao	152
El despacho, Mariane Mamani García	163
El cóndor y el ñandú, Edilson Antonio Castro Condori	164

REGIÓN DE COQUIMBO*

Las pelus de durazno, Valentina Ignacia Tordecilla Bugueño	166
El milagrito, Joan Sebastián Solar Madrid	168
Ño Carnavalón, Camila Rosenda Vergara Castro	170

REGIÓN DE VALPARAÍSO

Once de historias, Anyelo Miranda Plaza	172
La gallina que cruzó la cuestecilla, Nicolás Antonio Muñoz Briones	174
Historias del Culén y la Mora, Bárbara Fernanda Retamales Muñoz	175

REGIÓN METROPOLITANA

Sayén y el colibrí mágico, Francisca María Paz Moreira Moncada	177
Te cuento mi historia, Daniela Carolina Fonseca Gutiérrez	178
La Mami, Belén Millaray Pezoa Millanguir	180

REGIÓN DE O'HIGGINS

Las liebradas, Lissette Alejandra Leiva Castro	182
Flores negras en mi jardín, Karin Francois Pinto Aravena	183
La leyenda del cerro Gulutrén de Peumo, Patricia Antonia Núñez Contreras	185

REGIÓN DEL MAULE

Don Pedro Villanueva y la señora Clodomira, Estefania Alejandra Andrades Pérez	186
El barco flameante, Juan José Quiero Correa	188
Encuentro con brujos, Felipe Ignacio Silva Muñoz	189

REGIÓN DEL BÍO BÍO

El ahorcado, Catherine Antonia Belén Melo Matamala	149
El chanchito de tres patas, Sebastián Antonio Pastén García	191
La chancha acuchillada, Felipe Andrés Fernández Martínez	192

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

La visita del zorro, Tomás Marcelo Necul Zúñiga	194
La trapelacucha de Felicinda, Amanda Calfueque Quintero	196
La laguna cristalina, Margarita Catalina Pereira Henríquez	197

REGIÓN DE LOS RÍOS

El caminero del pacto, Joaquín Alexis Vicuña Valenzuela	198
La Puma, Alondra Antonia Maldonado Opitz	200
Contigo por siempre, Diego Alfredo Pinuer Alvarez	201

REGIÓN DE LOS LAGOS

La flor del mar, Amparo Asenjo Baxa	146
Ramoncito, el monito del monte, Amparo Isabel Arriagada Leyton	203
La jarra mágica, Bárbara del Pilar Miranda Silva	205
Cipreceros de las Guaitecas, Paloma Estefania Huenteo Antipani	207

REGIÓN DE AYSÉN

El caballo, la noche y el niño, Sofía Inés Arregui Contreras	144
El taller de mi abuelo, Michel Ivon Aguilera Nahuelquin	209
La mano negra, Aelyn Michel Ruiz Muñoz	211

REGIÓN DE MAGALLANES

Cacique mulato, Gabriel Ignacio Miranda Zúñiga	212
Traición en la Patagonia, Rodolfo Exequiel Solís Carvajal	214
El campamento, Nicol Franchine Barrientos Leiva	216

POESÍA DEL MUNDO RURAL**PREMIOS NACIONALES**

Allá por Curepto, Ricardo Altamirano Aravena. Región Metropolitana	221
De vihuela y guitarrón, Aida Amanda Correa Toro. Región de O'Higgins	223
Defensa de la carreta, Cecilia Margarita Vargas Retamal. Región de Valparaíso	225
Lamento de la Pachamama, Hailyng Leonor Vilca Tancara. Región de Arica y Parinacota	227

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

Lamento de la Pachamama, Hailyng Leonor Vilca Tancara	227
Canción de los pajaritos, Mariela Rubí Gallardo Zuñiga	228
Melancolías de una novia, Camilo Andrés Montecinos Guerra	229

REGIÓN DE TARAPACÁ

Jornada altiplánica, Jürgen Karl Schäfer Cáceres	230
El pampino, Humberto Meneses Olivares	231
Poema para mi mascota, Benjamín Ignacio Godoy Ortiz	232
Pensamientos de Kunturi, Andrea Alejandra Carvajal Almonacid	233

REGIÓN DE ANTOFAGASTA

El sandial del dolor, Naroa Lemus Villa	235
Reminiscencias, Rosa Elvira Ovalle Fernández	237
Cuando la historia habla, Bárbara Andrea Ampuero Navarro	239

REGIÓN DE ATACAMA

El papel del burro, Moisés Edelberto Alvarez Monroy	241
Rememoranzas, Norma del Rosario Espinoza Veas	244
Noches como esta, Ettiene Anais Gálvez Campos	246

REGIÓN DE COQUIMBO

El valle de mi hogar, Antonia Constanza Barrales Puebla	247
Viajero a Monte Grande, Melania Alzamora Alzamora	249
Quilimarí, Rocío Alexandra López Aro	250

REGIÓN DE VALPARAÍSO

Defensa de la carreta, Cecilia Margarita Vargas Retamal	225
Escuchaba un triste canto, Ruth Ermelinda Barrales Chapa	252
El duelo en el establo, Jonathan David Uribe Rojas	254

REGIÓN METROPOLITANA

Allá por Curepto, Ricardo Altamirano Aravena	221
El curanto es tradición, Hugo Mora Mella	256
Segando con la Muerte, Rodrigo Arturo Contreras Benítez	258

REGIÓN DE O'HIGGINS

De vihuela y guitarrón, Aida Amanda Correa Toro	223
Paisaje campesino, María Eugenia Cornejo Sánchez	261
La vida en el campo, Fernanda Josefa Rivera Gálvez	262

REGIÓN DEL MAULE

EL carbonero, Julio César Corvalán	263
Las veranadas, Luis Antonio Lagos Leiva	265
Mamita Pascuala, Héctor René Núñez Sepúlveda	267
Cueca a Margot Loyola, Julio César Corvalán	269

REGIÓN DEL BÍO BÍO

La vida del campesino, Ruth Noemí Jara Aqueveque	271
Con aroma a campo, María Lorena Poblete Bustos	273
Del campo a Santiago, José Guillermo Jara Melo	274

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

Una noche de tormenta, Fernanda Millaray Quilodrán Sánchez	275
Elngen (Espíritu de la Naturaleza), Thiare Lucía Ester Catrian Andrade	277
El Ngullatún, Alexander Ignacio Teran Caniullan	278

REGIÓN DE LOS RÍOS

Amanecer campesino, Ariel Edgardo Álvarez Rey	279
Choyum, Alan Fredy Paillan Manquepillan	280
Cuando los ríos cantan, Luz del Soviet Acuña Aguayo	281

REGIÓN DE LOS LAGOS

Laburo, Isabel Opazo Salazar	282
¡Me han contado de un lugar!, Jordan Marcelo Nauto Carrasco	284
El día de la maja de manzanas llovieron flores de arrayán, Nelson Antonio Torres Muñoz	285

REGIÓN DE AYSÉN

Mi vida en verso, Carmen Berta Muñoz Vidal	288
La manta, Pedro Aros	289
La culpa la tuvo Adán, Alejandro Montiel Gallardo	290

REGIÓN DE MAGALLANES

El Rosental, Héctor Díaz Oyarzo	293
Roja el agua, roja la tierra, María Antonieta Barrientos Bahamóndez	294
El mito del Hain, Alexander Antonio Santander Olate	296

PRESENTACIÓN

De una sinceridad prístina como nuestra cordillera son estas obras que representan un pequeño porcentaje del total que llega al concurso, que reúne cuentos y poemas de las distintas zonas rurales de Chile.

Todos los trabajos que recibimos, más de dos mil cada año, se entregan en su versión original a la Biblioteca Nacional. Ahí, en el “Archivo de Literatura Oral y Tradiciones Populares”, se encuentran las obras recopiladas en los 25 años de este certamen, que comenzó como “Concurso Nacional de Historias y Cuentos Campesinos”. Participaron 400 personas y Floridor Pérez fue jurado, acompañándonos hasta el día de hoy.

Mucho y poco ha cambiado desde entonces. Algunas tradiciones y costumbres permanecen ahora solamente en la memoria y en el papel, gracias a quienes se animaron a escribirlas. Llegan historias enviadas en cartas, a través de correo electrónico y vía página web. Manuscritos, letras de máquina de escribir, cuentos dictados por abuelitos y abuelitas a sus nietos, ejercicios de un profesor en una sala de clases, todo vale, mientras haya una historia que contar.

Esta antología está ordenada de norte a sur y por categorías. Dos nuevos premios se incorporaron en 2016: “Reforma Agraria”, ya que en 2017 se cumplen 50 años de este importante acontecimiento histórico y el premio “A la trayectoria”, que destaca la mejor obra entre los participantes sobre los 70 años. Este reconocimiento fue sugerido por el jurado del concurso en virtud del conmovedor número de participantes mayores que nos escriben con relatos de gran calidad. Ciento sesenta y siete personas postularon a este premio, resultando ganador Vicente Caballero, de Punta Arenas, con “El último viaje”, que incluye estas vivencias:

En esas aventuras se encontraba cuando, por un mensaje de la radio Payne, se enteró del nacimiento de su primer hijo. Los otros también nacieron en Natales, pero él sí pudo estar acompañando a su esposa en esos momentos tan angustiantes y felices.

Así son las historias del campo chileno, fuertes y frágiles, angustiantes y felices. Para disfrutarlas mejor, le recomendamos acompañarlas de un buen mate con cascaritas de naranja y churrascas, pero no invite al Tue a tomar once, porque ahí estará al día siguiente, tocando a su puerta...

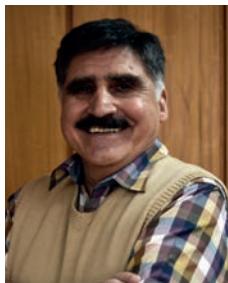
Esperamos que disfruten de estos relatos, desde el corazón rural de nuestro país.

Carlos Furche
Ministro de Agricultura

Bárbara Gutiérrez
Vicepresidenta Ejecutiva
Fucoa

PALABRAS DEL JURADO A LOS ESCRITORES Y POETAS

HISTORIAS CAMPESINAS



Cada vez que leo y releo estos retratos, más me asombro de este Chile tan cercano y tan lejano; me recuerdan las palabras que me dijera Margot Loyola cuando por primera vez le leía uno de estos cuentos: “lenguaje claro, fluido y convincente, a través de valiosos relatos que nos asombran y enternecen, conduciéndonos por caminos de soles y sombras, mostrándonos verdades, a veces dolorosas, relacionadas con discriminaciones, abusos y luchas en defensa de la tierra”. Reconocimiento exacto, a la que yo agregó: “pero, siempre escritas con el sentimiento.”

Una y mil veces mi gratitud para todos aquellos que escribieron y enviaron sus sueños escritos llenos de esperanzas y vivencias.

Osvaldo Cádiz Valenzuela. Investigador asociado de la PUCV. Director Academia Nacional de Cultura Tradicional Margot Loyola Palacios.



Los relatos recibidos este año para la categoría de Historias campesinas fueron diálogos muy vivos de los habitantes con el entorno rural y sus mundos propios. Cada uno de los participantes nos brindó la posibilidad de observar las memorias territoriales, de una orilla a otra, y de articular una riquísima cartografía colectiva. Mis felicitaciones para todos los que se animaron a mandar sus valiosos textos.

Alejandra Costamagna. Nació en Santiago en 1970. Es periodista y doctora en literatura. Entre sus publicaciones destacan las novelas *En voz baja* (1996) y *Dile que no estoy* (2007), y los libros de cuentos *Animales domésticos* (2011) e *Imposible salir de la Tierra* (2016).



Todos los años me sorprende la cantidad de trabajos que se presentan al concurso de cuentos y el entusiasmo creativo y transversal de los participantes. Y cada año, se percibe una sutil sincronía con la realidad. Si bien hay temas que se repiten, aparecen otros que buscan reflejar o interpretar las circunstancias en que se escribieron. Por ejemplo, en esta versión se dejaron ver numerosos relatos que dan cuenta de la violencia de género, un hecho que hasta hace poco se mantenía en silencio, por temor o vergüenza, pero que esta vez se ha verbalizado con dolor en varias narraciones. En lo esencial, este concurso continúa siendo el repertorio más amplio, entretenido y creativo del campo chileno.

Héctor Velis-Meza. Periodista, editor de libros, académico universitario.



En esta nueva versión de «Historias de Nuestra Tierra» me sorprendió cómo el nivel de los textos ha ido aumentando a lo largo de estos años. Son historias muy bien escritas, que indudablemente reflejan los distintos lugares de Chile que abordan. De hecho, una de las cosas más valiosas es que estos cuentos nos permiten ver un país lleno de matices, de pueblos poco conocidos, de relatos valiosos que son injustamente desconocidos y que nos explican, una y otra vez, quiénes somos realmente. En estas historias se consigue ver un retrato muy contundente de Chile, y eso es admirable.

Diego Zúñiga. Periodista y escritor. Ha publicado novelas y cuentos. Escribe semanalmente en revista Qué Pasa.



Me pareció bueno el concurso versión XXIV. Las obras enviadas eran todas muy buenas y de profundo contenido. De las obras que me correspondió leer, fue difícil proponer las ganadoras y menciones honoríficas.

Santiago Carvajal. Actual Director Nacional del MUCECH fui gerente por 10 años en la comuna de Padre Hurtado, precursor de la actual comuna, primer secretario general de la Unión Comunal de juntas de vecinos; entre otras actividades sociales.



Para mí fue una experiencia muy bella participar de la lectura de los trabajos que me entregaron de la XXIV versión de “Historias de Nuestra Tierra”. Agradezco a la Mesa de la categoría Historias Campesinas la confianza depositada en mi designación para participar de jurado en los premios “Mujer Rural” y “Reforma Agraria”. Siento que las mujeres campesinas, rurales e indígenas, debieran escribir mucho más, sus propios relatos, porque ellas tienen visiones, testimonios y vivencias muy impactantes e interesantes que aportar para el registro histórico y para la literatura que emana del mundo rural. Muchas gracias.

Mafalda Galdames. Profesora, magíster en estudios políticos y sociales latinoamericanos de la Universidad Alberto Hurtado, poeta, autora de los libros “20 poemas en el destierro”, “Mujeres Bonitas” y “Hoy es el Tiempo”. Directora de Formación en ANAMURI e integrante de la Mesa de la Mujer Rural nacional.

ME LO CONTÓ MI ABUELITO



Para mí fue una gran experiencia participar como jurado. Escritos con honestidad, estos relatos reflejan la realidad geográfica y cultural de Chile. En cada uno de ellos se pueden apreciar los matices sociales, humanos y lingüísticos de norte a sur del país. Aparecen naturaleza y costumbres campesinas, relaciones familiares, roles de género, un rico léxico local, vida de los pueblos originarios, mitos, leyendas y tradiciones de pueblos olvidados, entre otros aspectos. El concurso permite que muchas personas de distintas edades puedan participar compartiendo sus historias de vida. Muchos de estos relatos son tan vívidos y están tan bien escritos que pueden perfectamente integrar una antología del cuento chileno o libros de texto para la educación básica y media. Un concurso excelente que nos asoma a la vida real del país a través de la literatura.

Manuel Peña. Escritor, profesor de castellano y especialista en literatura infantil y juvenil. Autor de libros de cuentos, novelas, crónicas literarias y poesía infantil de tradición oral. Premio Gran Angular de Novela por Mágico Sur ediciones SM España. Se ha destacado como relator de seminarios, cursos y talleres de literatura infantil y juvenil que ha dictado en Chile y Latinoamérica. Entre sus libros de crónicas se destacan *Ayer soñé con Valparaíso y Chile*, memorial de la tierra larga. Su página web es: www.elcaballerodelosalerces.cl



Destaco en esta XXIV versión de “Me lo Contó mi Abuelito”, el alto nivel literario y antropológico de los cuentos enviados, así como los nuevos imaginarios y temas que emergieron, como los relacionados con género y el trauma de 1973. Asimismo llamó la atención el que niños(as) muy pequeños escribieran relatos de gran valor ya sea desde las vertientes de la tradición oral o de la creación escritural. Quedó de manifiesto que la transmisión transgeneracional de símbolos y universos mitológicos se mantiene y que las variantes dentro de esas estructuras muestra una renovación y nuevas tesituras.

Sonia Montecino. Antropóloga y escritora, profesora titular del Dpto. de Antropología de la Universidad de Chile. Premio Nacional de Humanidades y Ciencias Sociales, 2013.



Niños de Chile:

Gracias por lo que nos regalan con sus líneas. Nos recuerdan ese Chile aromático tierno y lleno de leyendas ingenuas. Por favor sigan avanzando por el camino de las letras que son lo único que nos va a quedar. Historias y cuentos de los abuelos permanecerán gracias a ustedes porque no hay nada ni nadie que pueda hacerlo mejor. Creo firmemente en ustedes que son el único baluarte que permanece puro y simple ante un arrollador desarrollo mal entendido.

Paul Landon. Periodista y amante del Chile antiguo. Tuve la suerte de estudiar gracias al esfuerzo de mis padres y a la grandeza de campesinos como Reynaldo y Camilo que me enseñaron a conocer nuestra tierra.



En relación al concurso, pienso que las creaciones del nivel de educación básica fueron muy buenas desde el punto de vista cultural y literario. Creo firmemente que uno de los méritos más importantes de este concurso es la permanencia, ya que establecer “tradiciones” en el sistema escolar es siempre positivo y creo que esta instancia lo demuestra. Por otra parte, la impresión de los textos permite que las escuelas cuenten con un material de lectura interesante, con frecuencia representativo de un contexto cultural, social, afectivo, muy cercano y reconocible, con el cual es fácil identificarse.

Josefina Muñoz. Profesional del MINEDUC, Licenciada en Literatura, a cargo de Recursos educativos y edición de textos.

POESÍA DEL MUNDO RURAL



Este año apareció una considerable cantidad de autores que enviaron más de un trabajo, signo externo del interés cada vez mayor que despierta el concurso. En cuanto a contenido, continúa aumentando la expresión poética más tradicional, como es la décima, y me atrevo a intuir un creciente interés por la lectura, como indicarían algunos homenajes a creadores, como por ejemplo Pablo Neruda.

Floridor Pérez. Nacido en Yate, Cochamó, en 1937. Ha vivido en las regiones de los Lagos, de Los Ríos, de La Araucanía, de Coquimbo y Metropolitana. Ha sido profesor de educación básica, media y superior, niveles en los que hoy se leen sus libros de poemas, narrativa o estudios literarios.



FUCOA vuelve a invitar
A los talentos agrarios
Al concurso literario
Que en este año va a empezar
Quiere mejor destacar
Esos talentos perdidos
Que hoy están en el olvido
Sin que nadie los conozca
Y que salgan a la rosca
En nuestro Chile querido.

FUCOA busca en sus planes
Con el amor más profundo
Demostrarle a todo el mundo
Sus talentos nacionales
Premiar al que sobresale
Las obras más exquisitas
Los jurados se dan cita
Para apreciar los talentos
Las poesías y cuentos
Me los contó mi abuelita.

Domingo Pontigo Meléndez. Nací el 26 de Noviembre de 1939, soy Cantor a lo Humano y a lo Divino, Tesoro Humano Vivo premiado por la UNESCO e Hijo Ilustre de la Comuna de San Pedro de la Provincia de Melipilla, tierra donde he vivido toda mi vida. He editado 6 Libros, soy Frutillero y desde hace 15 años trabajo haciendo Talleres de Canto a lo Divino y a lo Humano en mi Comuna y en la Sexta Región.



Desde todo punto de vista este concurso de Poesía Rural me parece notable. Primero, el modo como se ha estructurado el incentivo a los y las participantes: premiación por regiones y premiación nacional con premios especiales; aspecto que lo instala como una buena manera –poética- de recordar y sugerir la memoria de la descentralización. Segundo: La escritura de quienes participaron en esta versión del concurso nos muestra la vigorosa permanencia de la creación y tradición poética de este “largo y ancho territorio”. Niños, jóvenes, adultos y mayores -en su pertenencia al mundo rural- nos invitan a valorar, en su oralidad y oralitura, la valiosa diversidad de nuestro maravilloso jardín de culturas.

Elicura Chihuailaf Nahuelpán. Poeta, oralitor, ensayista. Vive en la lof / comunidad en que nació y creció, Kechurewe, Región Mapuche. Premio Nacional de Poesía “Jorge Teillier”.

*Al realizar la edición de los relatos, se procuró mantener el tono oral propio de cada autor.

HISTORIAS CAMPESINAS



PREMIOS NACIONALES

LA BOTICA

Paula Andrea Nieves Silva (33 años)

Asistente Social

San Pedro de Atacama, Región de Antofagasta

*Primer lugar nacional**Primer lugar regional*

—¿Tiene Enalapril?

—Se me agotó. Pero tengo aceite de bacalao.

El señor Rodríguez meneó la cabeza y se alejó murmurando.

—¿Tiene antiácido?

—Ya no me queda. Pero todavía tengo leche de magnesia.

La señora Carmen se rascó la cabeza y salió de la botica.

—¿Me da algo para la migraña?

—No hay nada mejor que las obleas chinas —dijo el señor López.

El señor Aguirre asintió y le pagó los 500 pesos que costaban las famosas obleas.

—¿Es lo mejor que tiene?

—Nada es mejor. Y de seguro le bajarán la presión.

El boticario, el señor López, tenía setenta años pero seguía en plena actividad. Mal que mal su botica seguía siendo la única del pueblo. Cuando ya no le pedían sino que derechamente le exigían ciertos remedios, López los anotaba en una lista y bajaba a

la ciudad una vez a la semana, trámite que odiaba en lo más profundo.

—La gente no entiende que los remedios antiguos son mejores que los nuevos. Antes la gente moría mucho menos gracias a esa farmacología.

—Seguro que sí —decía el señor Abarca mientras el boticario le colocaba con mucho cuidado una cataplasma de hierbas en el pecho.

El negocio que ni siquiera tenía nombre y era “la botica” a secas, sobrevivía más que prosperaba. Se mantenía a flote en base a la falta de competencia. Su exclusividad era también su poder.

—Tiene que modernizarse, papá —le decía su hija, la Clara Antonia—. Si no cualquier día de estos...

—Cualquier día de estos... ¿qué? ¿Acaso algo distinto va a suceder?

No lo vieron venir hasta que fue demasiado tarde. Primero la botillería de la plaza del señor Montero, que en paz descansa, fue vendida por su esposa a señores que nadie conocía ni habían sido vistos antes en el pueblo. Luego se pusieron grandes carteles anunciando la llegada de una de esas grandes cadenas de farmacias, de esas que se

coluden para subir hasta el cielo el precio de los medicamentos.

La Clara Antonia miraba el rostro preocupado de su padre que se iba tornando más gris conforme avanzaban los días en que se aproximaba la inauguración de la farmacia. Un “te lo dije” podía ser simplemente una nueva estocada dolorosa. Ya no había vuelta atrás para la tragedia.

El día de la inauguración el pueblo entero esperaba en las afueras que abrieran las puertas del local como quien espera que se abrieran las puertas del cielo. A prudente distancia, medio oculto en la plaza detrás de un algarrobo, estaba López y su hija.

—Tendremos que volver a plantar papas y trigo si queremos comer —dijo la hija.

—Nada de eso. Jamás cerraré mi negocio.

—Si mi madre estuviese viva, usted no sería tan cabeza dura, señor.

—No metas a tu madre en esto.

Los días pasaron y la botica cayó de golpe en el olvido. Era lo mismo abrirla o cerrarla: no entraba un alma. López se quedaba mirando a la calle a ver si alguien se animaba a pasar aunque fuese a saludarlo pero sus antiguos clientes apuraban el paso al cruzar frente a la botica, bajaban los ojos, avergonzados, sin saber si era por ellos mismos o por el propio López que nunca había actualizado su negocio y que había insistido en su sueño de que el tiempo no pasara nunca. El boticario se rascaba entonces la barbilla y se quedaba mirando las hojas del calendario.

Un día de marzo la farmacia de la competencia amaneció rayada con *spray* con consignas incendiarias. Decían: “No a la nueva farmacopea”, “Diga sí a la medicina tradicional”. Carabineros

se presentó a primera hora del día en la botica de López.

—Es la primera visita que recibo en mucho tiempo —le dijo el boticario al sargento.

—Y puede que sea la última. ¿Me puede decir por qué le hizo esos rayados a la farmacia?

Lo interrogaron durante casi dos horas. El señor López tuvo que jurar repetidas veces que nada tenía que ver con las consignas escritas en la nueva farmacia. Los carabineros lo miraban muy enojados, pero no tenían pruebas. Amenazaron con llevárselo preso si los rayados volvían a aparecer. El señor López parecía realmente desalentado así que el sargento, para aminorar un poco las cosas, le compró unas tiras de esparadrapo para el botiquín de la comisaría.

—Son como las vendas, ¿verdad?

—Son mucho mejores que las vendas —sentenció López.

A la hora de almuerzo cerró la botica y se fue a casa. La Clara Antonia se afanaba con la cabeza gacha en la cazuela como si ahí estuviese el secreto último de la vida.

López se sacó el sombrero y se sentó en el comedor.

—¿Por qué? —preguntó.

La Clara Antonia se asomó tímidamente desde el borde de su cazuela.

—¿Por qué rayaste la farmacia? —insistió López.

—¿Y por qué dice que fui yo?

—Porque yo no lo hice. ¿Y quién más lo iba a hacer?

La hija estrujó el paño de cocina y se puso a llorar. López fue a consolarla. Después de todo no era su

culpa ni debía pagar por las obsesiones de su padre. ¿Qué sabía su hija por lo demás? ¿Cómo iba a saber del dolor de López cuando su esposa enfermó y lo primero que hizo fue huir a la capital en busca de toda esa inútil ciencia médica que nunca pudo ayudarla? Por eso prefería la medicina del pasado en la que todavía se podía confiar. Pero era la clase de asuntos que nunca se cuentan a nadie, que la gente prefiere llevar a cuestas como una cruz.

—No es tu culpa —dijo López que no había podido cuidar a la esposa pero que sin duda estaba decidido a cuidar a su hija.

—¿Y de quién es la culpa entonces?

“Del tiempo”, pensó el boticario, pero no se atrevió a formular tal acusación en voz alta.

—La culpa es del progreso —prefirió decir.

—El maldito progreso —corroboró la hija.

Y se quedaron ahí abrazados mientras la cazuela se enfriaba en la olla, pensando en mañana, o en pasado mañana y las nuevas formas que el progreso tendría para perjudicarlos a ambos, la tela del tiempo estrechando sobre ellos, sobre todos los hombres, la arena que caía a sus pies.

PREMIOS NACIONALES

EL NENE (1932)

Consuelo Elsa Riquelme Rosas (30 años)

Profesora de inglés

Villarica, Región de La Araucanía

*Segundo lugar nacional**Primer lugar regional**Ansiaban escaparse de su miseria, pero las estrellas quedaban demasiado lejos.**Friedrich Nietzsche*

El niño dormía amarrado para no caer. El viejo, sentado sobre los sacos de carbón, guiaba a los bueyes por el camino apenas visible en la bruma matutina.

Un bulto se removió bajo las mantas y el viejo lo acercó un poco a su cuerpo para mantener el calor. El frío le tenía los pies, las manos y la nariz congelados, pero parecía no importarle; sólo le preocupaba que el *nene* se mantuviera cómodo y calentito. El camino de Los Laureles a Temuco era largo y aún quedaban varias horas para llegar. Luego tendrían que recorrer medio pueblo hasta la pastelería, principal cliente del viejo.

A eso de las siete, el hombre sacó un pan con queso de una bolsa y movió un poco al niño para despertarlo. Una manito apareció por debajo de las mantas y el viejo le entregó un trozo del pan que había sacado. Ambos comieron en silencio.

Al poco rato, el niño sacó la cabeza negra y rizada por un hoyito y dijo que quería hacer pipí. El viejo paró los bueyes, se bajó, ofreció los brazos al niño y este se dejó caer con confianza.

—¡Eh! Nene, caminemos un rato —le dijo el viejo después. Sabía que así podrían entrar en calor. Los bueyes habían encontrado pasto tierno y ahora no querían avanzar. Sólo después de unos buenos garrochazos, continuaron el camino.

El viejo iba sumido en sus pensamientos, por lo que le costó darse cuenta que el niño le trataba de decir algo. Un tirón de manga lo hizo reaccionar. A lo lejos ya se oía el río Cautín.

—Papi, hay un hoyo en un saco —dijo el niño.

—A ver, Nene... —El viejo hizo parar los bueyes de nuevo y se subió al carretón. Uno de los sacos estaba caliente—. ¡Desamarra el cordel blanco! —gritó el viejo. El niño desanudó lo más rápido que pudo y el viejo agarró el saco y lo bajó al suelo. Cortó las pitas y esparció el carbón ahí mismo. Con una pala que llevaba por seguridad, cavó y cubrió con tierra los carbones. Cuando estuvo seguro de que estaban apagados, le pidió al niño que ayudara a meterlos de nuevo al saco.

Ambos quedaron con las manos negras y la ropa manchada. El niño se había limpiado los mocos con la manga y ahora tenía una gran mancha oscura cruzándole la cara de lado a lado. El viejo miró con tristeza al niño. Sacó su pañuelo y le frotó la cara, sin mucho éxito. Siguieron caminando hasta la entrada del puente.

—¡Mira, papá! —gritó el niño de repente. Una gran pila humeante, dos ruedas y un eje era lo único que había quedado de otro carretón, que había terminado de quemarse en la mitad del puente.

—¡Ay, Señor, mi Dios...! —gimió el viejo. Tuvieron que esperar media hora para poder cruzar pues sólo había una vía disponible.

Al llegar, escogieron las calles de la derecha. Recorrieron las cuadras con parsimonia, gritando de vez en cuando la mercadería. El niño, que caminaba por la vereda, iba mirando los escaparates hasta que reconoció la pastelería: era la más bonita del pueblo y le encantaba el aroma que salía del local. Acercó su carita al vidrio y posó sus manos llenas de tierra y carbón para mirar a la gente que sentada y cómoda, tomaba desayuno. Pero vio su reflejo: un niño de no más de ocho años, con la ropa zurcida y sucia, los mocos colgando y unos ojos grandes y brillantes que resaltaban en la negrura de su cara.

El dueño salió a corretearlo. Las manos quedaron marcadas en el vidrio. El padre se acercó a protegerlo y cuando el dueño se dio cuenta de quiénes eran, pidió descuento por la mugre que había dejado el mocoso en la ventana.

—Disculpe usted por la mancha —dijo el viejo y agarró al niño de la mano—. Vamos nene, nadie tiene derecho a tratarte mal. —El niño se puso a llorar, avergonzado, pero el viejo le pidió que se callara—. Ya habrá alguien que nos compre el carbón. Deja de moquillear y quédate tranquilo un rato. —Subió al niño al carretón y encaminó los bueyes al centro—. Con un vendedor menos (Dios me perdone), tendremos mejor suerte.

A eso de las seis, sobraban dos sacos solamente y esos podrían servir para pagar una pieza en La Casona. Era tarde y no alcanzarían a volver al campo antes de la medianoche.

Al llegar a la pensión, el viejo le dio unas monedas al niño y éste las guardó en su morral. Desenyugaron los bueyes, guardaron el carretón y fueron a la pieza a lavarse y ponerse ropa limpia.

—¿Puedo ir a comprar algo? —dijo el niño cuando estuvo listo. El viejo lo miró extrañado: la cara limpia, los rizos aplastados y bien peinados hacia atrás, el mono arrugado pero limpio, las calcetas bien estiradas y los zapatos rotos pero relucientes. Movié la cabeza diciendo que sí, y el niño salió disparado a la calle.

Llegó a la pastelería casi sin aliento y se detuvo en la entrada. Suspiró hondo, dudando, y traspasó la puerta. Compró dos berlines, guardó uno y se fue comiendo el otro a trocitos, saboreando cada miga, para no olvidarlo.

PREMIOS NACIONALES

PURÍSIMA

Sonia Alejandra Ojeda Uribe (58 años)

Abogada

Ñuñoa, Región Metropolitana

*Tercer lugar nacional**Primer lugar regional*

Purísima toma su mate. Está pensativa. Los ojos bien abiertos miran los árboles que mecen sus hojas suavemente. El aire está cálido. El viento Raco presagia lluvia. Está sola. Sus mejillas ya cansadas contienen las lágrimas que caen en silencio. Las arrugas de su frente se han transformado en surcos y su pelo cano se recoge en un moño bien tomado. Se prepara para el día siguiente. Frente a ella están las fotos de sus hombres: su marido y sus cuatro hijos, todos campesinos del asentamiento Número 7 de Isla de Maipo. Las fotos blancas y negras guardan los rasgos de sus seres queridos, como si la eternidad se hubiese apoderado de ellos. Ella tiene mil años.

Ocurrió de noche, como la mayoría de los desastres en Chile. Dormían. Había que madrugar y trabajar fuerte, instalar nuevos cercos, alimentar a los animales, labrar la tierra, la tierra que iba a ser de ellos, la tierra que habían labrado sus antepasados, pero que no les pertenecía. Ese era su tiempo, su historia, esperaban el decreto gubernamental que los haría dueños, pero el infierno llegó antes y hubo que levantarse de nuevo. Había que comer y los sueños de sus hombres se estrellaron contra la brutal realidad. La esperanza de una nueva vida se

destruyó entre ruidos de metrallas. Buscaron sus armas, el azadón, la pala, la picota, el rastrillo y horadaron otra vez la tierra ajena.

Era octubre del año 1973. La noche negra ocultaba a la muerte agazapada tras su guadaña. El perro Gaspar ladró, las gallinas se alborotaron y el gallo cantó antes del amanecer. Las linternas encandilaron la casa campesina donde solo vivían campesinos. Una mujer pequeña despierta a su hombre, luego los porrazos a la puerta, gritos y órdenes de diez uniformados. Irrumpen destrozando todo a su paso. Las armas los apuntan. A medio vestir y a culatazos los van sacando. Los atan de manos y los suben a un furgón. Se los llevan para siempre. Purísima queda sola. No alcanza a despedirse de ninguno de ellos. Atónita, espera el amanecer. No llora, no grita, no hay tiempo. Acude a sus vecinos. Nadie sabe nada. Algunos la acompañan al retén de carabineros, éstos niegan su detención. No hay rastros, no hay detenidos. Se pregunta ¿dónde están?

Purísima llegó a su casa, alimentó a los animales y salió a rasgar la tierra. Caminó bajo el sol y la lluvia, buscó, preguntó y siguió preguntando por Ramiro, su marido, Esteban, Juan, Pedro e Ismael. Los buscó en los rostros de otros campesinos. Afuera

del retén, esperó la salida de los prisioneros día tras día, año tras año. Soportó las amenazas de muerte y groserías de los uniformados.

El toque de queda la devolvía a un hogar vacío. Buscó fotos de sus seres queridos y se las prendió en su pecho. Los pies se le hincharon, los zapatos se rompieron. Les puso cartón en la suela para poder seguir caminando. La piel se le secó. Humedeció sus labios con ciruelas de la temporada. Una vecina le dijo:

–Le traje humitas vecina, comadre, tiene que comer, ellos la esperan.

En su caminata se sumaron otras mujeres campesinas, no estaba sola: eran muchas. La larga fila fue disuelta a golpes, cárcel y bombas lacrimógenas una y otra vez por los soldados de la patria.

La noticia del hallazgo paralizó su corazón, luego latió, latió hasta emerger en un grito salido de sus entrañas.

Lonquén fue el sitio, los hornos no pudieron contener tanto dolor y abrieron sus fauces, dejando salir la verdad. Ahí estaban, ocultos y enterrados por la ignominia de otros hombres homicidas, ellos, sus seres amados, esperando a Purísima.

Alimentó a los animales, buscó su vestido negro, calzó sus zapatos negros, cubrió su cabeza con el pañuelo negro, prendió las fotos de sus hombres en su pecho. Esperó a las otras mujeres y en una larga caminata enfilaron sus pasos hacia el Cementerio de Isla de Maipo. Purísima esperó 37 años para despedirse de Ramiro, Esteban, Juan, Pedro e Ismael.

PREMIOS NACIONALES

UNA HEBRA SE ASOMA

Emiliana Antonia Pereira Salazar (25 años)

Licenciada en literatura

Santiago, Región Metropolitana

Premio especial Pueblos Originarios

En una casa con poca luz hay una mujer rodeada de lana. Es vieja y sus manos se enmarañan en la urdimbre mientras le canta a *Chaw Ngnechen*¹ pidiendo que todo resulte bien. Hace un poco de frío y sin embargo ella, sumida en su trabajo, se entrega por completo a las diversas maniobras que requiere la confección del *witxal*², teniendo un nexo instantáneo con sus antepasados, mujeres del período precolombino entregadas a un telar primitivo hecho de unos cuantos palos sin ser trabajados, ocupando como materia prima la lana del *chilihueque*³ que en periodos se hacía escaso siendo después remplazado por la oveja traída por los españoles, mujeres encargadas de la confección de las ropas de su pueblo, tanto la vestimenta habitual como la de los rituales. Pasado y presente se unen para dar continuidad a un trabajo que

requiere mucho tiempo y esfuerzo. Esta tradición que se ha transmitido oralmente de generación en generación, donde las ancianas son un símbolo de sabiduría ya que sin ellas, sin sus enseñanzas, no existiría una identidad, no existiría una noción de pueblo y comunidad, no existiría continuidad. En este sentido, la madre, la abuela o la *ñimife*⁴ se apoderan de la tradición y transmiten su sabiduría y conocimientos a las más jóvenes.

La casa sigue fría, hay una infusión humeante a su lado. Una niña observa a la anciana hacer un *txariwe*⁵. Poco a poco el telar va tomando forma y el símbolo de cruz se va apoderando del cintillo. Este *pichitxariwe*⁶ será usado por la niña que mira con atención cada paso. Ya pronto será capaz de enseñar a otras ya que en poco tiempo se efectuará

1 Chaw ngnechen: Ser supremo de los mapuches (nota del editor).

2 Witxal: Telar (nota del editor).

3 Chilihueque: Llamo (nota del editor).

4 Ñimife: Maestra (nota del editor).

5 Txariwe: Faja de lana con diseños simbólicos (nota del editor).

6 Pichitxariwe: Faja pequeña para niña mapuche (nota del editor).

la ceremonia de la pichi ngerefe donde envolverán sus manitos con telarañas o le pasarán arañitas pequeñas para que *Lalén Kuzé*⁷ le transmita sus habilidades de tejedora.

En otro lugar de la casa hay dos mujeres. Una de ellas está rodeada por un montón de lana blanca trasquilada hace algún tiempo. Mientras sostiene un puñado de lana, hace girar el huso con fuerza, convirtiendo el enredado pelaje en un hilo fino y suave.

La otra mujer, a pesar del frío, tiñe la lana de diversos colores. En invierno no es tiempo de teñidos ya que el frío hará que el secado sea lento, sin embargo ya ha comenzado con el trabajo y hay que terminarlo. Para teñir el rojo, utiliza una mezcla de yerba *relbún*⁸ con nalca, para el azul, añil con bulley y romanza, para el amarillo con *michay*⁹ y para el marrón con *radal*¹⁰ y *cochayuyo*¹¹.

De pronto se siente un ruido. Un hombre se acerca a la mujer que tiñe. Ella no sabe, no se ha dado cuenta. El hombre es joven y mira con desconocimiento las ollas donde el hilo se colorea. Y aquí la desgracia: cuando un hombre mira la olla donde se están tiñendo los hilos, la pintura se corta y quedará mal teñido. En un rápido movimiento la mujer tira del brazo al hombre y a empujones lo saca del lugar.

La casa ha quedado sola. Los hilos recién teñidos están colgados a la espera de su uso. Ya no hay lana esparcida por todos lados, todas se han convertido en estambres. Hay además tres telares distintos: donde uno está vacío, otro está recién siendo preparado para urdir, y otro tiene un *witral*¹² casi terminado donde se asoma un *mauñimin*¹³. ¡Cuántos años tendrá esa estructura, cuántas mantas, cintillos y fajas habrán sido confeccionados en él! ¡A cuántas personas les habrá dado abrigo! Sus maderas son de color café oscuro, está compuesto por dos largueros verticales, dos travesaños, dos listones paralelos, dos listones auxiliares y un *tonón*¹⁴ que sostiene los hilos de atrás de la urdimbre. Además está el *ñrewe*¹⁵ que se usa para apisonar la lana y de este modo darle forma a la trama.

El telar que está a medio urdir nos deja ver el esqueleto de la futura manta: hilos sujetos desde el travesaño superior al travesaño inferior, intercalándose por los listones auxiliares, repitiéndose siempre igual hasta cubrir el ancho que se quiere. Los hilos se entretrejen, se confunden unos a otros esperando ser escritos, esperando ser utilizados. Este telar no solo será el abrigo de alguien, también le dará nombre a quien lo use. Elaborar este tejido es también decir si es un *longko*¹⁶, una *machi*¹⁷, su estado civil y su edad.

7 Lalén Kuzé: Araña Vieja: Personaje mítico mapuche que enseña a tejer a las niñas (nota del editor).

8 Relbún: Planta medicinal mapuche (nota del editor).

9 Michay: Arbusto espinoso del sur de Chile (nota del editor).

10 Radal: Especie botánica del sur de Chile (nota del editor).

11 Cochayuyo: Alga marina (nota del editor).

12 Witral: Telar (nota del editor).

13 Mauñimin: Diseño de un tejido a telar que representa la unidad del pueblo mapuche (nota del editor).

14 Tonón: Pieza del telar (nota del editor).

15 Ñrewe: Pieza del telar (nota del editor).

16 Longko: Cacique o jefe de una comunidad mapuche (nota del editor).

17 Machi: Chamán (nota del editor).

PREMIOS NACIONALES

MAÑUNGO

Héctor René Núñez Sepúlveda (72 años)

Administrativo jubilado

San Clemente, Región del Maule

Premio especial Reforma Agraria

Soy Manuel Hespús pero en el año 1964, cuando comienza mi historia, se me conocía por Mañungo en el fundo El Peral donde vivía con mis padres y mis hermanos menores. Todos éramos inquilinos del fundo. Yo tenía en ese entonces 18 años. Desde los 16 trabajaba codo a codo con mi padre, desde el alba a la noche haciendo labores de campo. Casi no fui a la escuela, y el patrón había hecho unos arreglos con la autoridad para sacarme el servicio militar ya que hacía más falta como peón en sus tierras.

Recuerdo con mucha pena esos tiempos lejanos. Años de mucha miseria. Nuestro hogar era una parte del conventillo del fundo, es decir, una pieza cuadrada con una puerta y una ventana, vigas hollinadas a la vista. Las divisiones interiores las teníamos hechas con sacos para aislar las camas del comedor.

La cocina era un cuartito pequeño al lado de afuera donde mi madre se ahumaba entera con las fogatas de leña verde, tizones y bostas de los animales. Así y todo éramos felices. Con escasa ropa y ninguna comodidad. El agua la sacábamos de un estero cercano. La luz era una chonchona a parafina y el baño un pozo común para todos los del conventillo.

Salía con mi padre muy temprano a la casa del administrador para recibir las órdenes del día: limpiar esteros, cerrar potreros, arar y sembrar. Sembrar y cosechar, pero para el patrón, claro está. Y así todos los días. Invierno y verano, daba igual.

Con mi padre recibíamos un salario irrisorio. Unas galletas de fundo, un poco de harina tostada, y al medio día una ración de porotos con mote.

Así crecimos. Mis hermanos menores todavía iban a la escolita que estaba muy lejos del fundo, por eso yo tenía que ayudar para sus mantenciones. Pasaron así los años...

Yo poco sabía lo que pasaba en el país, hasta que llegó la noticia que iban a haber elecciones de Presidente.

Llegó a nuestras manos un folleto que hablaba de un gran cambio para el campesino. Decía que las tierras debían ser de los que las trabajaban. ¿Cómo podría ser eso? Andábamos con ojotas, no teníamos platas para zapatos ¿Cómo podríamos comprar las tierras?

La cosa era que había que votar por un señor que prometía eso. La verdad, nunca creímos esas cosas.

Pero por llevarle la contraria al patrón, fuimos a votar por ese señor...y salió elegido con muchos votos. Y pasaron los días y nada cambió hasta que...

Hasta que llegaron unos señores jóvenes que nos citaron a una reunión en una bodega del fundo. Allí nos dijeron muchas cosas. Todas muy bonitas y casi increíbles. Vinieron muchas veces. Mi padre dijo que eran de la CORA¹ ¿Qué señora sería esa? Pero no era mujer. Resultó ser una empresa poderosa del nuevo gobierno que era la que nos iba a repartir las tierras. Y así lentamente empezaron los cambios. A mí me gustaba oír a esas personas. Eran muy capaces. Algunas jóvenes como yo, pero con más agallas.

De repente apareció otra señora en nuestras vidas, doña SARA, que tampoco resultó ser una mujer, sino nuestro flamante sindicato.

Nuestros padres, algunos analfabetos, empezaron a hablar como sabios y formaron una cuestión que se llamó asentamiento. Así comenzamos a trabajar con más empeño. Doña CORA nos trajo maquinarias. Nos enseñaron a sembrar y producir, pero ahora no para el patrón. Al correr de un solo año nuestra vida cambió. Compramos zapatos y ropas. Se construyeron nuevas casas. Aparecieron otras personas que comenzaron a hablar con nuestras mujeres. Eran de una cosa que se llamaba Promoción Popular. Mi madre cambió como con magia. Se empezó a arreglar y junto con otras crearon los Centros de Madres. Aparecieron cosas muy modernas: cocinas, radios, máquinas de coser.

Yo con otros muchachos formamos el club de fútbol “Unión Peral”. Unas chicas formaron un grupo de teatro. Se arreglaron los caminos y se dispuso de un coloso para llevar a los niños a la Escuela. Y yo pude ver con mayor esperanza a Rosa Alba, la hija de don Baucha.

Bueno, la cosa se hizo. Hubo casorio y una gran fiesta. Hicimos una casita en nuestro predio y comenzamos la producción de críos... pero sólo tres. Ahora ya soy viejo. Recuerdo todo esto con muchas alegrías y penas. Penas porque ya se han ido nuestros viejitos y muchos vecinos. Alegría porque hemos logrado con Rosa Alba muchas cosas. Vimos crecer a nuestros hijos sin que tuvieran que andar tras los bueyes. Pudieron estudiar. El mayor ya tiene sus años y nos dio cuatro nietos. Fue contador de una empresa de la ciudad vecina. El segundo que ya también está casado tiene retoños: es profesor en una localidad cercana. Y Raquelita nuestra hijita última, que aún está soltera, es parvularia y directora de un jardín infantil. Alba Rosa y yo no trabajamos. Pero seguimos participando en la comunidad de nuestro sector, donde nos respetan y sabemos que nos tienen mucho cariño.

Hemos envejecido juntos y tenemos los achaques propios de los años, pero hemos sido muy felices en la hermosa etapa de la historia que nos tocó vivir y protagonizar y disfrutar: el renacer de nuestros campos. Y pensar que nada de esto habría sido posible sin la ayuda de estas simpáticas señoras: doña CORA y doña SARA.

1 CORA: Corporación Reforma Agraria (nota del editor).

PREMIOS NACIONALES

EL ÚLTIMO VIAJE

Vicente Caballero (77 años)

Pensionado

Punta Arenas, Región de Magallanes y la Antártica Chilena

Premio especial A la trayectoria

—¡Apúrate, viejo, que la micro de Púatic está por irse ya!

—¡Ya vieja, ya voy, me falta guardar algunas cositas nomás!

Maximiliano Miranda dio una última mirada al rancho que fue su morada durante toda su vida. No se resignaba a dejar atrás tantos años de recuerdos, de vivencias, de alegrías y penas acumuladas en cada rincón del Puesto “El Chingue” donde habían vivido sus padres, sus hermanos y luego él con la compañera que eligió para toda su vida, la esposa sacrificada que le acompañó todos esos años en el solitario “puesto” de la Estancia Cerro Guido, lejos de todo, cerca del cielo.

Allí, al igual que él, crecieron sus hijos, se educaron en la escuela de la estancia, cabalgaron juntos por cerros, vegas y cañadones, buscando ovejas durante los arrees para la esquila, o para llevarlos a los corrales de marca o al baño contra las garrapatas, una vez al año.

Desde todos los rincones de su memoria acudieron miles de reminiscencias.

Se vio cuando niño correteando con su cachorro de ovejero, esperando el camión que lo llevaría a la escuela, junto con otros hijos de puesteros. Ellos vivían a gran distancia y sólo se encontraban en los patios de la escuelita rural, con numerosos alumnos y un solo profesor. El viento soplaba más fuerte arriba del vehículo, pese a que una gran lona los cubría. Sin embargo, el pequeño Maxi iba feliz, era su gran aventura diaria.

Recordó la ceremonia de fin de año cuando terminó el último año de educación primaria, a la que asistieron todos los peones, los capataces y el administrador, el Gringo Nielsen.

En el Salón de la Biblioteca le entregaron un diploma y, como premio por su primer lugar, un contrato para trabajar como vellonero¹ en la próxima temporada de esquila.

Desde ese momento cambió su vida. Se hizo hombre, con tan solo 15 años.

Participó “oficialmente” en los rodeos, recorrió los cerros nevados en busca de ovejas descarriadas junto a su cachorro, el Peñasco, llamado así porque

¹ Vellonero: Muchacho que recoge la lana que corta el esquilador (nota del autor).

nació bajo una gran piedra que estaba en la parte trasera del puesto donde su mamá plantaba papas, lechugas y otras verduras.

El fuerte viento de las pampas cubiertas de coirón² curtió tempranamente su rostro juvenil. Recorrió todos los cañadones que se desprendían de la abrupta cordillera Baguales, siempre cubierta de una gruesa capa de hielo.

Para el joven Maximiliano, los campos de la estancia no tenían secretos. Conocía las aguadas donde bajaban los guanacos cuando el blanco invierno tapaba los cerros. También sabía dónde estaban las fuentes de tibias aguas minerales que sanaban los dolores de huesos.

Recordaba las duras cabalgatas hasta el puesto más cercano de su casa, Laguna Azul, donde don Galindo, a cuatro horas a caballo, pero el viaje no le cansaba: en ese idílico lugar, al pie de las Torres del Paine, allí vivía Carmela, la niña que lo tenía trastornado.

Su imagen lo acompañaba durante sus recorridos por el campo, le daba fuerzas para avanzar contra el gélido viento, para soportar la escarcha que se pegaba en su gorro de guiñiporra³, al grueso poncho que cubría el aterido cuerpo cuando buscaba bajo la nieve, en los “voladeros”, los piños de ovejas tapados por la espuma blanca que envolvía todo su mundo. Ella le daba fuerza para soportar las penas y amarguras de su solitaria vida, hasta el enojo del patrón cuando el león hambriento mataba animales que estaban a su cuidado.

Cuando en la estancia lo contrataron como peón, su primer trabajo fue recorrer los campos de Las Barrancas y Neutral, abruptos terrenos que se extendían desde las casas del establecimiento hasta el río Zamora —unos 15 kilómetros hacia el poniente—. Esa caudalosa corriente bajaba desde la alta cordillera del mismo nombre, cruzaba montes y quebradas hasta perderse mansamente en el río Las Chinas, llegando juntos al Lago Toro.

En esos campos, una soleada mañana de invierno, con cinco grados bajo cero, situación climática tan común de esa zona, descubrió los rastros del puma, ese cruel depredador que, con su feroz apetito, diezmaba las majadas. Pudo apreciar que bajaban hasta la aguada de los guanacos y luego subían hasta perderse en los tupidos matorrales que precedían al espeso monte que coronaba los cerros.

Regresó de inmediato a las casas, sacó su escopeta del estante y pasó a la pulpería a comprar tiros. Luego ensilló el pilchero⁴ y junto a su fiel Peñasco se internó monte arriba.

La nieve escarchada reventaba ruidosa a cada tranco de sus pingos, las ramas retorcidas de las lengas⁵ le regalaban tupidas cascadas de copos blancos cada vez que las rozaba al pasar. Arriba, negros nubarrones presagiaban la vecindad de un frente de mal tiempo. Sin embargo, Maximiliano no se intimidó. Era un hombre de campo, acostumbrado a soportar temporales de viento, agua, granizo y nieve. Tenía lo necesario para continuar y así lo hizo. Cuando las sombras de la noche cubrieron

2 Coirón: Pasto duro que sirve de alimento a las ovejas (nota del autor).

3 Guiñiporra: Lana de oveja (nota del editor).

4 Pilchero: Caballo de tiro en el que se llevan los víveres y elementos para acampar (nota del autor).

5 Lengas: Árbol endémico del sur de Chile (nota del autor).

el maravilloso paisaje —los días invernales son tan cortos en esas latitudes— tendió sobre unas ramas una lona, a modo de carpa, encendió a duras penas una fogata y tras preparar “café carretero” y comer un trozo de asado, se acostó, con la montura como almohada y, pese al intenso frío, durmió profundamente.

Muy temprano lo despertaron unos lejanos aullidos del Peñasco. Rápidamente ensilló el caballo y enfiló hacia el lugar donde se escuchaban los furiosos ladridos. Muy al interior del bosque, en una vega rodeada de aparrados ñirres⁶ estaba el Peñasco ladrando hacia un roble sobre el cual se había refugiado el león asesino. Con un certero disparo derribó a la bestia y feliz regresó a la estancia. Con el dinero que le pagaron por la captura del “bicharraco” le compró a Carmela esas botas forradas con chiporro⁷ que tanto deseaba.

Cuando su padre jubiló y se fue a la casa que tenían en el pueblo, a 80 kilómetros de distancia, fue nombrado “puestero” titular de El Chingue y se casó con Carmela.

Todavía recordaba el arreo anual de los animales de la estancia, unos 30 mil en un solo piño que se llevaban a los campos de verano en plena cordillera Zamora, donde pasaban la temporada estival hasta que desde el cielo brotaban los primeros copos de nieve. Eran 20 o 25 ovejeros, cada uno con todos sus perros y dos caballos con las pilchas y los víveres.

En esas aventuras se encontraba cuando, por un mensaje de la radio Payne, se enteró del nacimiento de su primer hijo. Los otros también nacieron en Natales, pero él sí pudo estar acompañando a su esposa en esos momentos tan angustiantes y felices.

Le faltaba tiempo para repasar todas las vivencias de ese mundo, el único que conocía.

Ahora todo terminaba. Otras personas ocuparían la estancia, por la llamada “Reforma Agraria”. Todos debían dejar sus trabajos, hasta el “gringo” había mandado sus cosas a Natales. Ya no quedaba tiempo para recuerdos. Afuera Carmela lo apuraba porque tenían que iniciar el último viaje.

Salió del puesto, cerró la puerta, entregó las llaves al nuevo capataz y se encaminó, con el cansino paso de quienes deambulan por la pampa tras el blanco mar de ovejas y subió al viejo armatoste que les llevaría “al pueblo”.

Partió la micro. Atrás quedaban 60 años de una vida plasmada de imborrables recuerdos, de alegrías no comunicadas, de penas sobrellevadas con esfuerzo y paciencia.

Carmela lo miró y descubrió las lágrimas que corrían por sus curtidas mejillas.

—¿Tay’ llorando viejo?

—Es este viento e’ mierda que me hace lagrimear, porque todavía no me acostumbro a su furia...

6 Ñirre: Arbusto típico de los bosques magallánicos (nota del autor).

7 Chiporro: Cordero pequeño (nota del autor).

PREMIOS NACIONALES

LA PROFE TERESA

Gabriela Isabel Muñoz Cerda (44 años)

Profesora

Viña del mar, Región de Valparaíso

Premio especial Profesor rural

Dicen que siempre se recuerda con cariño al primer profesor que se tiene en la básica. Si le preguntan a cualquier persona cómo se llamaba su primer profesor, de seguro recordarían su nombre y de seguro vendrían a la memoria un montón de recuerdos de esa etapa de aprendizaje.

Tengo 44 años y aún tengo el recuerdo de la profesora Teresa, mi profesora de primero a tercero básico de una escuelita relativamente cerca de Valparaíso, pero en aquellos años era un sector relativamente rural. La locomoción que nos dejaba más cerca de la escuela pasaba a unas 20 cuadras, mientras que otros compañeros, si iban a pie desde sus casas, tardaban casi una hora en llegar a la escuela.

Los recuerdos que tengo son borrosos, no sé si lo que recuerdo es fiel a lo que fue o si mi mente ha agregado cosas que no corresponden. Como sea, lo que recuerdo de la profesora Teresa es su trato tierno y maternal pero también muy autoritario cuando era necesario. Físicamente era atractiva, delgada y alta. Tenía el pelo castaño y ondeado que le llegaba a los hombros, y sus ojos eran café claros. Usaba unos grandes lentes que probablemente

estaban de moda en aquellos tiempos. Solía vestir un abrigo verde, pantalón café y unos zapatones. No recuerdo haberla visto con otro atuendo, pero seguro había más de lo que puedo recordar.

Luego de vivir en Valparaíso, mi familia se fue a Santiago por un mejor empleo para mi papá, así que dejé la escuelita y cursé por muchos años en un colegio de Santiago centro. Durante el colegio, el liceo y el instituto tuve muchos, muchos profesores. Me acuerdo de algunos pocos y curiosamente no recuerdo los nombres de muchos de ellos. Sin embargo, siempre me acuerdo de mi profesora de básica, la profesora Teresa.

Un día, paseando por las calles de Valparaíso, en la Feria Libre de la avenida Argentina, divisé a una mujer que me pareció muy familiar. Rápidamente supe quién era... ¡Era ella! ¡La profesora Teresa! No sé cómo pude reconocerla, si había pasado tanto tiempo. Su cara, sus bellos ojos claros llenos de brillo no habían cambiado. Sin embargo los años había marcado su rostro y su pelo había perdido el color. No la vi tan alta como la recordaba, pero sin duda era ella. Me acerqué sin pensarlo y la saludé.

—Hola profesora Teresa... ¿cómo está?

—Hola m'hijita. Yo estoy bien, y usted ¿cómo está?

No sé si me reconoció. Pero me saludó como si supiera quién era. No puede evitar preguntarle:

—¿Se acuerda de mí?

—Sí —dijo— una ex-alumna de la escuela.

No quise insistir en saber si realmente me recordaba. Preferí saber más de ella.

—¿Todavía vive en la región?

—Sí —me dijo—. Sigo aquí, aunque no en la misma casa. He estado viviendo en varias partes de Valparaíso.

—¿Y sigue haciendo clases en la escuelita?

—No, m'hijita, me jubilé hace cinco años. Estuve muchos años en la misma escuela. Me costó demasiado dejarla y dejar a mis niños— dijo con emoción.

Mis recuerdos no estaban tan alterados, pensé, ya que así la recordaba, apasionada y muy dedicada a su trabajo.

—Profe, ¿se acuerda de ese columpio hecho con un neumático que todos querían usar a la hora de recreo?

—Claro que sí —respondió—. Hubo muchas discusiones por eso, así que hicimos una lista de niños y tiempos para usarlo.

Me reí de eso, ya que no me acordaba de ese detalle. La profe Teresa hacía todos los días una lista de los niños que usarían el columpio para que todos

pudiéramos usarlo, pero que nadie peleara por ello.

Caminamos juntas por la Feria y la acompañé al paradero a tomar la micro. Todo el camino estuvo llenos de recuerdos y de anécdotas. Fue un momento mágico en que nos transportamos al pasado y revivimos en nuestras mentes varias situaciones agradables.

Me despedí de la profe Teresa con un fuerte abrazo. Cuando ella subió al bus y alcé la mano para despedirme, fue como si un familiar muy querido se estaba yendo lejos. Sentí mucha pena al verla partir. Todo esto fue como abrir un baúl de recuerdos que se guardaba silenciosamente en algún lugar del cerebro. Esas memorias que por muchos años no se habían manifestado ni siquiera un poquito, ahora llegaban por montón. Camino a casa, con el pan frío para la once, pero con el corazón cálido, seguí recordando más y más detalles de la profe y de la escuela.

La profe Teresa era de esas personas que lo sabía todo, TODO. Nos enseñó a leer y a escribir, también nos enseñó matemáticas, castellano, ciencias naturales, inglés, música, baile, educación física y artes plásticas. Todo lo hacía ella sola. La profe Teresa hacía que las clases se llevaran a cabo como fuera. Recuerdo que nos enseñó música y nuestros instrumentos eran las manos, todo era con palma de manos. Recuerdo que hacía educación física, pero no todos los niños iban con la ropa y zapatos adecuados: ella les daba ejercicios diferentes para que igual estuvieran en la clase. Recuerdo que muy pocos tenían cuadernos de caligrafía y ella les pasaba hojas con líneas hechas por ella.

Nuestras clases de artes plásticas eran increíbles, solo papel de diario, algunas revistas viejas, palitos, piedras y engrudo¹, con eso hacíamos arte. Los materiales los hacía rendir magistralmente; el papel lustre lo repartía en pedacitos y nos pasaba dos o tres lápices de colores a cada alumno, aunque teníamos que compartirlos con los compañeros.

En tiempo de invierno, cuando no podíamos salir a jugar al patio, cantábamos y bailábamos en la sala

de clases. Los alumnos no sabíamos de carencias, de limitaciones ni de pobreza.

Esos conceptos personalmente los aprendí mucho después y en otro lugar. La profe Teresa hacía que la escuela fuera un lugar seguro, acogedor y entretenido. Ella lo hizo posible y me dejó un recuerdo grato e imborrable para toda la vida, y de seguro que en la de muchos otros compañeros.

¹ Engrudo: Pegamento casero en base a harina blanca y agua que se cocina a fuego lento, hasta que queda una pasta pegajosa (nota del autor).

PREMIOS NACIONALES

LA ABUELA

Alberto Jesús Torres Espinoza (55 años)

Técnico industrial

Santiago, Región Metropolitana

Premio Especial Mujer rural

La abuela Elena, sentada en el antejardín de su casa, entreabrió los ojos a lo cotidiano que se deja ver por la tarde, después de la infranqueable lluvia nocturna. Las hojas muertas están depositadas en los charcos de agua. Las gotas de lluvia serpentean sutilmente por el tejado hasta depositarse en sus botas de cuero de chanco y el ladrido de los perros hilachentos de tanto frío. Pero ella está ahí, como siempre, a las tres de la tarde, esperando que sus hijos regresen, con el abrazo cálido y sus caras pequeñas y huesudas de entusiasmo. Espera sentada en su trono de ropas viejas, añorando los días fugaces en que los vio correr entre el barro y la esperanza de un futuro mejor. Sonríe, cuando su mente repasa la nevada que se dejó caer por las calles de Rengo, y los niños a medio vestir, a medio comer, dieron rienda suelta al desenfreno infantil. Las manos congeladas no importaban. El hambre había sido saciada con nieve y harta imaginación que daba para mucho a esa edad.

Las horas pasaron y los recuerdos se amontonaron en el respaldo de su trono sin que nadie llegara. Repentinamente cree escuchar algo, mueve la cabeza de lado a lado, abre los poros para respirar algo de alegría. Está alerta en su juicio de noventa

años, pero era sólo el viento sureño que mecía con furia los matorrales. Pensaba: ¡Noventa años es mucho! Quizás el tiempo no mate todos mis recuerdos y me deje alguno para untar el pan...” Y cuando todo parecía indicar que se venía a sus ojos grises un llanterío de telenovela, se pone de pie y agarra su bicicleta, comienza lentamente a pedalear, avanza unos cuantos kilómetros y sonríe, sonríe y su risa le devuelve el encanto del presente.

—Ja, ja, ¡Dejé inválido al recuerdo para que no me siguiera! —exclama desde el incesante crujir de su bicicleta hasta que el pedaleo la lleva de vuelta a su casa, exhausta y con la semioscuridad cubriendo su pelo canoso y desordenado.

A las horas de acecho nocturno se duerme y el sueño se la lleva por bosques precordilleranos donde la espera una fogata en medio de la nieve que se consume lentamente hasta el olvido y el Cacique Renku aparece y le dispersa el sueño para llevarla a donde están sus antepasados, los que le dan la mano y el abrazo que tanto añora. Y se despierta, más animosa, con más bríos, prepara el brasero e incluye la tetera en medio de las brasas, y canta una canción que le enseñó su madre, en su lengua nativa, y la canción llena el aire y la pobreza de la

casa se congela en el refrigerador que no funciona, en los vestidos del domingo que algún día usó para preparar papas fritas a la gente que ya no está y que se olvidó de la vieja Elena.

—Pero qué más da —piensa ella, en voz alta—. Dejaron de lado esta máquina llamada abuela y se averió, pero nadie supo cómo repararla y era tan fácil... ¡No olvides, no olvides el recuerdo, ni recuerdes el olvido! —Y esta vez su canción se ahogó en una olla llena de agua de goteras que desde el tejado anunciaban una lluvia temprana.

Después del desayuno, después del aguacero, después de pintarse una sonrisa en la tristeza y vestirse con todas sus posesiones espirituales, se dirige a ver sus vacas que la esperan en los campos contiguos a su casa. “¡Me echan tanto de menos y son tan regalonas!” se dice desde unas palabras internas que resuenan y rebotan en las orejas de las vacas que mugen de alegría al verla. Les habla mientras las ordeña, les cuenta su sueño nocturno y suelta risitas pícaras.

—¡Estuve toda la noche con el cacique! ¡Y me llevó a lo oscuroito! —Y las vacas mugían como entendiendo la conversación de la abuela, como que la instaban a proseguir con su historia —¡Y no les voy a contar más porque ustedes son muy habladoras! ¡Después voy a andar en boca de todos! —Y las gallinas la esperaban también para entregarle su ración de huevos con los que se dirigía a los negocios de la ciudad donde los vendía a buen precio—. ¡Son huevos de primera! ¡Son las mejores gallinas sureñas y son vírgenes!

Las risas son variadas en tonos y elocuencia. Y mientras camina con la bicicleta a su lado, escucha el saludo de cuanto transeúnte se asoma en su andar, el cariño hacia ella se hacía notar.

—¡Abuela! ¿Cuándo nos echamos una carrerita?

—¡Cuando quieras! ¡Pero te vas a arrepentir! ¡Ni el mismísimo Satanás se mete conmigo! —exclamaba en tanto pedaleaba en dirección a su hogar y de cuando en cuando se detenía para conversar o para comprar víveres para su alicaída despensa.

El frío es intenso. El reloj de pared, que es lo único bueno que conserva de los aquellos memorables tiempos, anuncia las tres de la tarde. La abuela Elena se prepara como siempre, un té de hierbas en las manos, toma asiento en su trono de reina de las bicicletas, cierra los ojos desde una larga respiración que se disuelve en la taza que tiene entre los dedos.

Una loica de mancha roja en el pecho detiene su vuelo entre los espinos, el litre y el boldo que han crecido en su salvaje y disonante jardín. Le envía un saludo a la anciana y luego eleva el vuelo para posarse en la palma de más de diez metros de altura que la misma Elena plantó en su niñez. De ahí el ave se deja llevar por una corriente de aire frío hacia los distorsionados faldeos cordilleranos. Entonces la viejita retorna a sus recuerdos y a la espera... y luego piensa: “No tengo nada en este momento, ni huesos, ni alma y cuando al final soy algo, veo lágrimas de la esperanza que no veo, que está extinta, que está en el viento” y se pregunta:

—¿Dónde estás, esperanza, mientras la noche se vuelve ciega? —y se responde con más optimismo—: ¡Creo que te veo! Sí, sí, te veo aparecer en la lluvia que refresca mi esperanza.

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

LAS REINAS DEL TOMATE

José Maldonado Segovia (37 años)

Técnico agrícola

Arica

Primer lugar regional

Comenzaba la temporada de tomates en el Cindómito y caluroso valle de Azapa, en lo que para el resto de Chile era un crudo invierno. Los jugosos frutos ya lucían relucientes, recién sacados de los invernaderos para ser llevados a las tómbolas seleccionadoras y de allí a los camiones frigoríficos que cruzarían medio Chile para llegar a Santiago. Como todos los años, el grupo de embaladoras estaba completo, quedando solo un cupo para alguna mujer que pudiera igualar la rapidez de las experimentadas damas. Una tía de una prima de una vecina le dio el dato a María Flores, y una amiga que allí trabajaba le consiguió la pega. Recientemente separada, aburrida del minero golpeador y gorrero, María tomó a su hijo, sus cosas y se fue a vivir con su madre. Necesitaba el trabajo, así que el lunes muy temprano tomó un colectivo amarillo del valle rumbo al *packing*¹ de tomates. De inmediato las más antiguas criticaron a “la nueva”, a título de nada y solo por la condición de novata, en el clásico ejercicio de pelar e incluso burlarse de la inexperta. María comenzó haciendo pocas cajas

pero gracias a su esfuerzo y al apoyo de su amiga, la muchacha día a día lograba acercarse al promedio de las demás empacadoras.

—Bien, amiga, estás aprendiendo rápido —le dijo Margarita Huayllas, compañera del liceo de María, también separada, con dos hijas y 15 años como trabajadora agrícola.

—Toda escoba nueva barre bien, pero tiene pinta que no llega a fin de mes —comentaba para callado Nancy Llerena, afrodescendiente y con su marido preso, con una condena de diez años por tráfico.

—No seai’ así, Nancy, todas fuimos nuevas un día, recuérdalo —respondía Verónica Querquezana, viuda y sin hijos, otra de las embaladoras más antiguas de Azapa.

—Sí, pero la negra nunca fue nueva. Ella nació vieja —bromeó Guacolda Segovia, hija de pampinos y recientemente casada, quien con sus tallas hacía reír al packing entero.

1 Packing: Lugar donde se realiza el embalaje de los productos (nota del editor).

Y así, entre tomates del calibre seis, siete y ocho, y al ritmo de las cumbias de la Radio Andina, se pasaba el día María, contenta de poder ganar un buen dinero en aquellos meses que duraba la temporada del tomate. Ese año la sequía había hecho estragos con los tomates de la zona central, por lo que los precios del producto emblema azapeño² se habían encarecido bastante, y cada fruto embalado representaba una muy buena ganancia para las temporeras.

Ya al mes y medio María igualaba y hasta superaba la cantidad de cajas embaladas de sus demás compañeras. Aquello despertaba cierta antipatía y envidia entre las trabajadoras, menos para Lucy Chambe, quien oía con indiferencia los comentarios a favor o en contra de las temporeras. Ella era la embaladora más rápida y también la más antigua. Había llegado desde los inicios del packing, hace unos 30 años, desde los tiempos en que se embalaba en toros de madera en vez de las actuales bandejas de plástico. Siempre muy callada y admirada por su eficiencia, todos los años era premiada por los jefes. Pero quien por años poseía el record de cajas embaladas con tomates en un día, ahora era amenazada por María, la nueva, cosa que no pasaba desapercibida por nadie, sobre todo de los cargadores o mozos, quienes hacían fila para llenar de piropos y palabras de aliento a la joven, y ya se comentaba que pronto habría una nueva monarca en el packing.

Fue así que día a día se concentraba el interés en ambas embaladoras, por un lado María y por otro lado Lucy, registrándose en la pizarra la cuenta final de cajas de todas las trabajadoras, pero subrayadas

las de ellas dos. Pronto comenzaron las apuestas para ver quién sería la mejor temporera ese año. Contagiada por el entusiasmo de sus compañeros, María redobló sus esfuerzos, decidida a romper el record de 87 cajas de tomates, sin ningún tomate malo o de descarte, ya sea apollillado por plagas, machucado o incoloro. Toda una proeza. Y si bien a Lucy no le interesaba aquella competencia que consideraba infantil, era consciente de todos los rumores, apuestas y tallas que rondaban por el packing, por lo que aumentó su ritmo igualmente, decidida a no dejarse ganar así como así. Aquellas mujeres eran verdaderas máquinas embalando tomates, con sus maravillosas manos morenas encajando cada fruto en las bandejas plásticas en forma precisa, casi como armando un rompecabezas.

A un día de que terminara la temporada agrícola, ya con la fiesta armada para ese fin de semana, María igualaba en exactas 87 cajas de tomates de Lucy, lo que desataba la euforia de las trabajadoras que estaban a favor de la nueva y la desazón de las embaladoras que apoyaban a Lucy.

—Que digan que viví en tiempos de Lucy Chambe y María Flores —tiraba la talla Juan Apaza, el volteador de las cajas.

—Yo creo que gana la Mary —decía Richard Cayo, uno de los mozos que hasta una foto le sacaba a la pizarra de los registros.

—Calma, cumpita, las leonas no necesitan proclamar su fiereza —era la respuesta de Rodrigo Tavalí, otro de los cargadores que había apostado 20 lucas a que Lucy mantendría el record.

2 Azapeño: Gentilicio del valle de Azapa (nota del editor).

Al día siguiente, ambas mujeres estaban listas para el desafío, instaladas en sus respectivas tómbolas con sus uniformes, zapatos de seguridad y mallas en el pelo, esperando que encendieran la cinta transportadora y voltearan los tomates, cuales gladiadoras armadas y saludando en el coliseo, dispuestas al triunfo o la derrota. Y fue así como en la última jornada de trabajo del packing, en un inolvidable día para María, todo su esfuerzo y precisión lograban la histórica suma de 89 cajas de tomates, lo que desató la alegría y conformismo de todas las embaladoras, llenando de aplausos, risas y hasta lágrimas aquel rincón agrícola del valle de Azapa.

Un satisfecho jefe entregaba el bono extra en dinero a la emocionada María, junto con invitar a todo el personal a la fiesta que se realizaría al día siguiente. Y con la promesa de volver al packing al próximo año, la micro se fue repartiendo a las sacrificadas embaladoras del tomate para que se fueran a sus casas a descansar.

Ni una lágrima, ni de emoción, pena o alegría brotaron de los ojos negros de Lucy Chambe, quien, para el desconocimiento de todos en el packing, continuaba su jornada ahora en otra parcela, esta vez embalando pimentones.

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

OCHO DÍAS

Héctor Manuel Jesús Morgado Gámez (53 años)

Asistente social

Camarones

Segundo lugar regional

Su retrato, las flores y las maletas. La misa del padre Amador y las despedidas de los familiares. Una vorágine de sensaciones y llantos que me acongojaban. Los seis hombres subiendo el cerro con sus pertenencias a cuestras por el camino tropero de antaño para quemarlas. Recuerdo cómo de niña la veía esperar en los faldeos de aquel cerro para recibir a los marchantes cuando venían del altiplano trayendo piernas de carne de alpaca y enormes bloques de hielo para conservar la comida y para hacer esos inolvidables helados artesanales que hacía mi padre. Ella vivió en la época de los caballos y el transitar por los caminos troperos para llevar la fruta con los mulares hasta llegar arriba de la quebrada de Codpa y cargar la fruta en las viejas camionetas cuyos conductores esperaban pacientes para llevar la carga a Arica.

Las reuniones y las celebraciones de la comunidad se hacían casi siempre en la casa de adobe de mi madre que era la más espaciosa y con una atención de primera. Todos sabían que al terminar degustarían la *calapurca*¹ más deliciosa del valle y el

picante de conejo más exquisito de que se tuviera memoria, ese con aroma a leña de la cocina de fierro forjado que todo el día estaba encendida para recibir a los comensales que sabían de la buena mano de mi madre.

Siempre asoma a mi memoria que en la madrugada temprano salía a la chacra a regar porque le tocaba la *mita*². Mi padre, con los huesos enfermos por la artrosis, ya no podía acompañarla a caminar por la alfombra de hojas descoloridas que anunciaban el otoño. Cuando era adolescente la veía aparecer desde la chacra casi al anochecer y me preguntaba qué hace a una mujer campesina dedicar toda su vida a la tierra. La respuesta a esa pregunta que siempre me hice, hasta adulta, llegó aquel día cuando las llamas ardían en lo alto del cerro: su blusa preferida, su chaleco de lana de alpaca, sus sandalias resquebrajadas por el sol y el barro, sus pertenencias que aún conservaban esa fragancia de la abuela buena onda con sus nietos y nietas. Todo se quemaba y del humo esperaba ver a mi madre decirnos a todos adiós.

1 Calapurca: Guiso tradicional de origen andino que se prepara sobre piedras calientes y contiene carne y verduras (nota del editor).

2 Mita: Trabajos agrícolas (nota del editor).

Esperando esa visión sobrenatural que desde pequeña me habían dicho que sucedería, encontré la respuesta: dedicaba su vida a la tierra porque se amaban. La tierra, su alma, su espíritu, siempre fueron uno solo. La *Pachamama*³ siempre le dio para vivir y la esperó para morir.

—Mamita, para qué se quiere ir al valle si usted está bien aquí en Arica.

—Yo quiero volver a mi pueblo, recorrer mi chacra, ver mis paltos, sentarme y tomar un puñado de tierra de hoja y olerla. ¿Dime, acaso eso no es vivir la vida de verdad? —me contestaba.

Frente a ese argumento, la llevábamos en el furgón y lo primero que hacía era subir los peldaños con su bastón, abrir la puerta y mirar su casa con las sillas, mesa y muebles llenos de polvo y con una severa mirada nos reclamaba: “está sucio todo esto” y yo y mis hermanas nos poníamos a limpiar toda la casa mientras ella comenzaba a cocinar lo que siempre le pedíamos como condición: *calapurca*. Debo confesar que a veces quería que ella siempre se saliera con la suya de retornar a *Guañacagua*, aunque fuera por un fin de semana, para degustar ese plato que tan bien le quedaba.

Siento al mirar el fuego y la humareda que de a poco se extingue, que cumplí con mi madre. Estuve al lado de ella cada momento. El diagnóstico fue devastador: cáncer al estómago. El hospital, las enfermeras, los llantos y el hospital. Un calvario para sus hijos. Sé en lo más hondo de mi corazón que la muerte no se la llevó. La tierra la reclamó. Lo siento así, porque siempre recuerdo que una vez la escuché decir a mi padre cuando yo estudiaba para un examen del liceo en Arica:

—Viejo, si alguna vez te dejo por alguien... será por la tierra.

Mi padre se reía y le contestaba:

—No será que te gane yo antes, vieja, y me vaya antes con mi Pachamama.

Y toda esa discusión se terminaba con un beso y un choque de vasos de Pintatani de la cosecha del año anterior.

Ahora están juntos y dichosos, pero creo en lo más íntimo que la más feliz es la Madre Tierra, porque al fin acurruca a sus incondicionales y vetustos hijos predilectos.

3 Pachamama: Madre Tierra (nota del editor)

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

EL TESORO DE LA ABUELA ANICACIA

Luis Alberto Todonró Ossa (63 años)

Comerciante

Arica

Tercer lugar regional

La mujer se encontraba tendida en el piso. El dolor en su vientre apenas le permitía moverse. Su voz no salía, solo atinaba a morder sus labios hasta casi sangrarlos. Su mente viajaba rápido en el tiempo y la imagen de sus hijos pasaba por ella, hasta llegar al instante de sus juveniles años en que vivía junto a sus dos tías que profesaban la religión evangélica, allá en el pueblo del huacho, las que ponían mano dura, dándole una escasa o casi nula educación. Ella era prácticamente la sirvienta de la casa. Sus viejas tías abusaban a destajo, por el hecho de tenerla bajo su custodia. En su mente se dibujó aquel día en que fue a comprar el pan muy de mañana y se encontró un billete de cinco pesos lo que en aquella época era prácticamente una fortuna. Lo guardó entre sus ropas. Sus tías no debían saber de ese tesoro. De seguro inventarían cualquier excusa para quitarle el dinero.

Su mente adolescente y casi infantil dibujaba poder vivir un mundo maravilloso en algún lugar lejano de aquellas odiosas “protectoras”. Su imaginación voló y empezó a planear la forma de alejarse de allí. Aquel dinero cambiaría su vida para siempre.

Pasaron los días. A la muchacha la ocasión se le presentó, aprovechando una mañana al comprar

el pan. Juntó algunas prendas ocultándolas dentro de una pequeña bolsa y decidió huir del pueblo. La mañana era fría, pero eso no fue obstáculo para Anicacia. Su decisión estaba tomada. Empezó por el camino que salía del pueblo para luego internarse por las planicies y valles del lugar, ocultándose a ratos bajo la sombra de algún arbusto o rocas diseminadas por el extraño y agreste paisaje nortino.

Las horas pasaban lentamente. Cada momento la distancia entre ella, sus indolentes tías y el pueblo que la vio nacer, era cada vez más larga y amplia.

Pasaron algunos años y las tías siguieron viviendo en el pueblo como si nada pasara e inventaron la historia de que la muchacha había viajado donde un pariente lejano, al sur de Chile. Nadie nunca preguntó por el destino de la joven. Y así pasó el tiempo. En aquellos años, la muchacha fue cortejada y enamorada por un infaltable galán, de esos que viven ofreciendo sueños a jóvenes inexpertas. A los meses, tuvo un hijo varón a quien puso por nombre Anicacio y también una hija, quien llevaría el nombre de Carmen.

Con el tiempo, ya convertida en mujer, junto a sus dos hijos, guio los pasos al pueblo de Vicuña donde trabajó como lavandera. En este lugar conoció a Juan, quien la aceptó con sus hijos, Anicacio y Carmen.

Las hojas del calendario fueron cayendo una tras otra, mientras Anicacia envejecía por el paso del tiempo. Su hija crecía transformándose en una jovencita alegre y traviesa, con la figura de una floreciente mujer que en los ojos de Juan fue despertando un sentimiento que trataba de ocultar. Siempre buscaba los momentos solitarios para jugar con ella y cortejarla encendiendo sus instintos de hembra. Fue así que con el tiempo la joven cayó en las redes tejidas por los sentimientos del hombre con quien se encontraba furtivamente hasta que un día, Anicacia los encontró en el lecho de su dormitorio, entregados no precisamente a juegos infantiles, y eso fue el detonante para que su mente abandonara la preocupación por su entorno y los suyos.

Después se trasladaron a distintas oficinas salitreras en las que los varones de la familia buscaban trabajo. Así llegaron a la oficina salitrera José Francisco Vergara. La mujer solo se dejaba guiar por el cariño y afecto de sus dos hijos mayores, Luis y Ulises, que había tenido durante el tiempo de su relación con Juan de Dios.

La vida familiar continuó. La falta de educación y medios económicos influyó para que continuara casi normal, total, las mujeres aun vivían bajo la las influencias del mal llamado machismo permitiendo al hombre acomodar a su manera la forma de vivir.

Carmen aseguró su vida de pareja con Juan, con quien en el transcurso del tiempo, tuvo varios hijos. Junto a ellos criaron a un sobrino huérfano que fue incluido en el clan como un hijo y hermano más.

A pesar de la pobreza reinante en el humilde y precario hogar, de manera inexplicable se veía un gran afecto entre ellos y cariño por los más pequeños.

Anicacia, enfrascada en su mundo imaginario, vivía su propia historia buscando y guardando un tesoro. La gran familia esperaba el momento oportuno para apoderarse de él. Luis y Ulises se mantenían alejados de tal ambición. Ellos amaban a su madre por lo que era, quien estaba ya anciana, y nada material del entorno les interesaba. Solo se preocupaban de cuidarla y darle lo necesario que estuviese a su alcance económico.

La mujer, ya con muchos años a cuestas, saboreaba algunos mangos maduros, comprados en una feria del pueblo. Consumió varios de ellos, escondida de sus hijos para que no se los quitaran, ya que intentaban mantenerla sana, sin embargo ella solo tenía una ansiedad incontrolable de comer esos mangos.

Después de consumir varios de ellos, recordó el almuerzo que comieron al medio día y entró furtivamente a la cocina. Destapó una vieja olla donde había unos apetitosos porotos que empezó a consumir cucharada tras cucharada. Al terminar de saciar su extraño apetito, se retiró hacia su habitación pero apenas entró a ella, un fuerte dolor de estómago la dobló haciéndola caer al piso. La mente de Anicacia pasaba en cosa de segundos por cada instante de su vida, lleno de dichas y sinsabores, y tirada en el suelo se daba cuenta de que su vida se escapaba. Fue entonces cuando repentinamente Irma, la hija mayor de Carmen, entró a la pequeña habitación encontrándola agonizada. Hizo un urgente llamado de ayuda a sus hermanos. Todo pasó muy rápido y la infortunada mujer falleció de un poderoso y fulminante ataque al hígado.

El cuerpo de Anicacia fue sepultado en el cementerio de la oficina salitrera Vergara donde había vivido sus últimos días, junto sus hijos. Luis observaba junto a su hermano Ulises cómo el resto de la familia corría de un lado a otro, cuchicheando entre ellos. Llegó un instante en que todos entraron a la habitación de la ya fallecida Anicacia. Luis los miraba tranquilamente sentado en una banca mientras fumaba un cigarrillo, apoyando una de sus manos sobre el hombro de su hermano menor mientras en su rostro y ojos, se vislumbraba una sarcástica sonrisa.

Algunos instantes después, los afanados parientes empezaron a salir uno tras otro, como en una pequeña procesión, mientras en sus caras se reflejaba decepción y rabia. Ya al salir de la habitación el último de los hermanos, Ulises le preguntó a Luis por qué motivo sus otros hermanos estaban tan enojados al salir de la pieza de su madre muerta. Luis lo miró y con una sonrisa le dijo:

—¡Hermanito, acompáñame y te mostraré por qué están enojados con lo que vieron de la herencia de nuestra madre!

Los dos hombres se pararon frente a un baúl de madera. Luis levantó la tapa abriéndolo delicadamente, con solemnidad religiosa. Los ojos de Ulises brillaron con sorpresa y una ingenuidad casi envidiable, mientras decía con voz quebrada:

—¡Pobre vieja! ¡Cómo cuidaba su tesoro! ¡Solo ella lo valoraba desde su alma!

Luis miró a su hermano y dándole un apretado abrazo, le dijo:

—Gracias, hermanito. Me alegro que pienses así de la viejita. ¡Ella nos quiso mucho! Y en su mundo siempre estuvimos presentes. El tesoro más valioso que nos pudo dejar fue el amor entre nosotros como hermanos y no ese que ellos buscaron sin encontrar.

Ambos se miraron a los ojos y lanzaron una estruendosa carcajada, mientras con sus manos acariciaban aquel incalculable tesoro de Anicacia: chapas de botellas, botones, estampitas, hilos, trozos de lana, un corazón de madera que quizás recordaba algún amor de sus juveniles años, y cartas viejas que nunca fueron leídas.

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

CUANDO EL RELOJ MARCÓ LAS TRES

Hailyng Leonor Vilca Tancara (16 años)

Estudiante

Arica

Mención especial del jurado

En memoria de Enriqueta Quispe A.

Mi abuela poco me contó de su historia, y sé que se llevó a la tumba muchos secretos sobre su vida. Todos los que la conocieron siempre hablaban de ella como una matriarca excepcional, una mujer amorosa y esforzada. Recuerdo que una vez, mi madre me dijo:

—Nosotros somos lo que somos porque la mami nos inculcó valores que yo te estoy enseñando y eso se lo agradezco día a día.

Fue en su funeral, entre lágrimas y dolor, cuando recordé esas palabras y supe que iba a escribir sobre ella y su gran cicatriz que llevó siempre en la espalda.

A los once años, Enriqueta seguía siendo la pálida muchacha flacucha, de ahuecadas mejillas, cuando su hermano Jorge la llamó una tarde cuando él pastoreaba las alpacas:

—Nuestra mami ya está vieja y enferma pa' seguir trabajando —dijo entonces su hermano—. Tú ya cumplirás doce y ya es hora de que te busque trabajo.

Una de las tradiciones más respetadas en el pueblo se realizaba cuando las mujeres cumplían doce

años. Los hermanos mayores, hombres de familia, salían por las mañanas, cuando comenzaba a aclarar el alba y recorrían de casa en casa ofreciendo a sus hermanas para ser empleadas domésticas. Negociaban los pagos necesarios con la familia a la cual se consultaba y cuando ambas partes lograban un acuerdo justo, se aceptaba el trato. Ellos mismos se encargaban de trasladarlas hasta el lugar de trabajo y luego ir a buscarlas. Asimismo, era al final de la jornada laboral, cuando sus hermanas se encontraban listas para regresar al hogar, que solicitaban a los patrones el dinero convenido. Las jóvenes no tenían la facultad de administrar su propio sueldo, por lo que los hombres eran los encargados de recibir la paga diaria que luego era invertida en las necesidades de la familia.

Todo empezó cuando un día Enriqueta se escapó de la casa de sus patrones. En ese entonces, su hermano Jorge se había encargado de buscar una buena familia que le diera trabajo, pero él, aún joven e ignorante, había sido engañado fácilmente por ese matrimonio que le había ofrecido una buena cantidad de dinero a cambio de los servicios domésticos de la joven muchacha.

Sus patrones la maltrataban en diversas ocasiones y solían regañarla la mayor parte del tiempo. Muchas veces le tocó enfrentar las miradas condescendientes que le dedicaban cuando ella terminaba de hacer su trabajo, porque para ellos, todo lo que hacía estaba mal hecho. Es por eso que constantemente le repetían que ella era una mala empleada que no sabía hacer bien su trabajo.

Lloraba todos los días en silencio a las tres de la tarde, cuando sus patrones terminaban de almorzar y continuaban su rutina diaria. Era en aquel momento del día cuando ella era obligada a comer las sobras de los platos como almuerzo diario. Nunca se quejó de aquel abuso, pero siempre odió cuando el reloj marcaba las tres.

El día que se escapó de la casa de los Flores, estaba lloviendo a torrentes y el cielo era tan negro como la alpaca preferida de su hermano.

Ella huyó hacia un camino rocoso rodeado de llamas que comían de la escasa hierba que brotaba del suelo pampeño. Corrió sin rumbo, con el corazón acelerado y los sentimientos suprimidos en él, tratando de liberarse. Ese día, después de que sus patrones se retiraran de la mesa y dejaran los platos sucios, se dio cuenta que no habían dejado restos de comida para ella, sólo huesos. Fue su inteligencia la que le permitió darse cuenta que lo habían hecho a propósito. Enriqueta jamás se había sentido tan humillada y tan dolida. Deseó morir para no vivir lo que estaba sufriendo y le rezó a Dios para que le concediera su deseo.

Sucedió que mientras huía de la casa, un dolor desgarrador le atravesó su cuerpo con tanta fuerza que terminó arrojándola al suelo. Un rayo había caído del cielo y había impactado en ella con tanta fuerza que la dejó inconsciente y moribunda, tirada entre la arena y las piedras pequeñas. “Este es el fin” pensó con la vista nublándose.

Dicen que cuando la gente va a morir, los recuerdos de la vida pasada pasan intermitentes dentro de la memoria. Mi abuela no vio su pasado: Dios le regaló su futuro.

Aún sin poder moverse, Enriqueta se vio a ella misma rodeada de nietos e hijos, y una gran familia numerosa. Se vio vendiendo frutas y verduras en un humilde local de una pequeña feria, y en un rincón de una angosta cocina, sentada en una silla de madera tomando desayuno de madrugada, cuando aún no despertaba nadie en la casa.

Ella eligió vivir.

Cuando abrió sus ojos, el cielo era rosáceo y el sol terminaba de ocultarse. Se levantó con su mayor esfuerzo y un dolor intenso en la espalda. No había muerto pero el rayo le había dejado una cicatriz en la espalda de por vida.

Cuando regresó a su casa para poder contarles a su madre y a su hermano, no halló a nadie. Sólo vio que el reloj que colgaba en la pared estaba malogrado, y se había quedado marcando las tres.

REGIÓN DE TARAPACÁ

LOS DIABLOS DE OJOGA: LA RIQUEZA Y TRISTEZA DE NUESTRA TIERRA

Héctor Manuel Callasaya Bartolo (46 años)

Empleado

Iquique

Primer lugar regional

Los atardeceres en nuestra tierra suelen tener ese encanto y mística que muchas veces nos atrae como espejismos. Así también nos pueden traer sorpresas inimaginables.

Caminaba por nuestra quebrada al atardecer la pequeña Catalina, en compañía de su perro Anu. El tiempo se les había pasado rápido y los amenazaba con pillar la noche en la quebrada, lejos de su casa. De pronto a lo lejos vieron una casa y contentos caminaron hacia ella sabiendo que podrían encontrar refugio para pasar la noche que ya estaba llegando. Lo que ambos no sabían era que en aquella casa vivía una pareja de Diablos y que esa casa solía aparecer y desaparecer al atardecer, poco antes de llegar la noche, atrayendo a ingenuos caminantes que por allí pasaban. La pequeña Catalina llegó hasta la puerta de la casa, mientras su perrito Anu le ladraba como queriéndole advertir algo.

Al golpear la puerta desde dentro de la casa se escuchó:

—¿Quién es?

La niña respondió:

—¡Soy Catalina y mi pequeño perrito Anu!

La puerta se abrió y salió una señora blanca como el papel, su pelo rubio como los del maíz y sus uñas largas como chivata, diciendo:

—¡Haaa, mira que niña tan linda! ¿Qué haces por acá?

La pequeña respondió:

—Estábamos buscando un cordero que se perdió por la quebrada baja y se nos hizo tarde para regresar a nuestra casa, ¿Puede darnos alojamiento?

El perrito Anu no dejaba de ladrar, a lo que la señora dijo:

—Puedes quedarte niña, pero tienes de hacer callar a tu perro, ya que a mi marido no le gusta la bulla y se puede enojar.

—Bueno —respondió la niña.

—Entonces pasa y siéntate en la mesa mientras nosotros te servimos de comer.

La señora fue a la cocina donde estaba su marido, el Diablo, y le dijo:

—Después de tanto tiempo ha caído otra víctima. Por fin volveremos a comer carne humana.

—Sí, claro —dijo el Diablo— pero no confío en ese perro. Sus ladridos me molestan y al parecer presiente algo.

Ciertamente el perrito Anu presentía la presencia de los Diablos y, mientras esperaba junto a la pequeña Catalina, le vino el habla y con voz de humano, le dijo:

—Cata, Catita, oye, ¿que acaso no te has dado cuenta que esa señora no es tal? Esa señora es la Diabla y seguramente su marido es el Diablo. Algo malo estarán pensando hacer.

—Huuuy, Anu, no sabía que podías hablar. ¡Qué sorpresa! y ¿Qué haremos ahora? —dijo la niña.

—Sigámosle la corriente para que no sospechen y luego veremos qué hacer —respondió el perrito Anu.

En eso apareció la Diabla con un plato de sopa que ofreció a la niña Catalina, unos huesos para el perrito Anu, y una jarra de agua, diciendo:

—Sírvelo niña, antes que se enfríe. Refréscate y dale a tu perro estos huesos que es lo único que tenemos para él.

Los Diablos solían matar gente y comérsela, y sus huesos se ocupaban para hacer sopa cuando ya no les quedaba mucha carne que comer, por eso la sopa estaba rara. El perrito, sabiendo, no probó los huesos. Mientras, la niña Cata disimulaba comer sopa, esperando un descuido de la Diabla quien regresó a la cocina. En eso, la pequeña Cata botó la sopa al suelo, diciendo:

—Uuyyy, señora, qué pena. Se me volteó la jarrita de agua en el suelo.

—¿Quieres más agua? —preguntó la Diabla.

—Sí, señora. Tengo sueño y quiero irme a dormir. Me llevaré un vasito de agua —dijo la niña Catalina.

La Diabla tomó las cosas de la mesa y volvió a la cocina donde el Diablo, diciéndole:

—Esperaremos a que se duerman y los mataremos. Esta noche por fin comeremos carne fresca.

En la mesa, el perrito Anu le dijo a la niña Cata:

—Catita, toma ese vasito de agua y vamos a la habitación. Allí veremos qué hacer para escaparnos de la casa de estos Diablos.

Entró de nuevo la Diabla donde estaban los visitantes, y dijo:

—Acompáñame, niña, te mostraré el cuarto donde vas a pasar la noche.

Dentro del cuarto, el perrito Anu le dijo:

—Catita, seguro que los Diablos vendrán en la noche. Cierra bien la puerta, tómate el agua del vasito y luego llénalo con harta saliva. Ese vasito nos salvará la vida.

La niña Catalina hizo como su amiguito Anu le dijo, y así esperaron el mejor momento.

Pasaba la noche, mientras los diablos acechando a sus huéspedes golpearon la puerta diciendo:

—¿Estas durmiendo niña? ¿Ya te dormiste?

La niña le respondió:

—Noo, aún no me duermo.

—Duérmete, que se va a pasar la noche —dijeron los Diablos, esperando que se durmieran para matarlos. Así pasó la noche y cada vez que los Diablos preguntaban, la niña respondía, hasta cansarse.

—Noo, aún no me duermo.

El sueño la vencía cada vez más y ya casi dormida, los Diablos seguían preguntando:

—¿Estas durmiendo, niñita? ¿Ya te dormiste?

Fue entonces que aquel vasito y la saliva cobraron vida y comenzaron a responder. Cuando los Diablos preguntaban:

—¿Estas durmiendo niñita? ¿Ya te dormiste?

El vasito respondía:

—Noo, aún no me duermo.

Los Diablos ya casi entraban en cólera, mientras el vasito y la saliva les seguían respondiendo y, cada vez que respondían, la saliva se iba secando poco a poco.

Cuando ya no quedaba casi más saliva, el perrito Anu despertó a la pequeña Catalina diciendo:

—Catita, Catita, despierta, ya está amaneciendo y en buena hora escaparemos. Despierta.

Despertó la niñita y junto al perrito vieron el vasito casi seco, y viendo que el Sol ya aparecía, escaparon por la ventana del patio de la casa, huyendo por los cerros de la quebrada.

Los Diablos, al darse cuenta del engaño, se enojaron y salieron al patio de la casa. La Diabla tomó unas lanas rojas, naranjas, amarillas, violetas y verdes, y al arrojarlas por la quebrada se convirtieron en serpientes las que arrastrándose perseguían a los dos prófugos: la niñita Catalina y su perrito Anu.

Las serpientes-lanas no pudieron atrapar los rápidos pies de los fugados y cuando ya el Sol estaba presente, las serpientes se secaron y se quedaron en los cerros de la quebrada.

Abajo los Diablos maldiciendo dijeron:

—Desde ahora en adelante, esos colores serán la riqueza y la pobreza de esta tierra. Sus minerales atraparan la codicia de muchos hombres que, encantados por la riqueza, vendrán a estas tierras a comerse sus entrañas minerales.

REGIÓN DE TARAPACÁ

WILA UTAWA (LA CASA ROJA)

Andrea Alejandra Carvajal Almonacid (39 años)

Estudiante de Pedagogía Intercultural Bilingüe

Alto Hospicio

Segundo lugar regional

Cuando era pequeña, visitábamos a mis abuelos que vivían en el interior de Iquique, por allá por Enquelga, cerca de Colchane, al límite de la frontera. El viaje era largo y agotador por el calor y la altura, pero pensar en estar ahí me emocionaba: correr todo el día, ver los animales y ayudar a mi abuelo a pastorear, alimentar las ovejas y, por las tardes, comer pan amasado hecho en horno de barro; tejer con mi abuela y escuchar historias de antaño. Sólo había una cosa que me asustaba y era la *wila uta* que mi abuela me dijo que significaba: casa roja.

Mi madre y mi abuela me prohibían jugar cerca de esa casa y no sólo a mí, porque ni los grandes se acercaban. El cóndor la sobrevolaba y eso no era bueno, decía mi tata.

Una noche nos sentamos cerca de una salamandra y mientras mi abuela ovillaba y mi mamá sostenía la lana de alpaca, mi abuela me dijo que hace mucho tiempo había llegado a ese lugar una pareja, un matrimonio al pueblo y levantó su casa. Nunca pidieron ayuda y no hablaban con sus vecinos. Es costumbre en el lugar que las casas se construyen con ayuda de todos, utilizando el *ayni* que es una costumbre que hace referencia a la reciprocidad y

solidaridad. Tú ayudas y recibes algo a cambio como por ejemplo, más ayuda de vuelta o comida. Pero ellos no. La hicieron con una ventana apuntando al sur y siempre se hace la ventana apuntando al este para que el *Tata Inti*¹ la ilumine y proteja. Todo era un mal augurio.

Un día, después que el sol se ocultó, la paja brava de la techumbre se prendió y rápidamente la casa ardió con el matrimonio dentro. Cuentan las personas que se escuchaban gritos y a pesar de los esfuerzos, no lograron rescatar a aquel hombre y su mujer. Cuando el fuego se apagó, se buscaron rastros de estas personas, pero nada se encontró. Algunos decían que habían salido corriendo y otros que habían hecho algo muy malo y ahora eran condenados.

Como no se conocía a familiares, se puso fuera de su casa un trapo rojo atado a la puerta. Así que quien lo viera podría reclamar el terreno, pero nadie llegó.

Los años han pasado y de aquel trozo de trapo ya no queda mucho. Yo misma cuando voy de visita al lugar, no dejo que mis hijas se acerquen, “porque está maldito”, les digo, pero el lugar sigue llamándose igual: *wila uta*.

1 Tata Inti: Padre Sol (nota del editor).

REGIÓN DE TARAPACÁ

EVARISTO

Héctor Jonathan Barraza Ahumada (31 años)

Kinesiólogo

Colchane

Tercer lugar regional

La hora era la señalada. El reloj marcaba las doce de la madrugada. La luna se hallaba en su máximo esplendor. Las estrellas que aún pululaban a su suerte daban el reflejo exacto para que Evaristo Montoya Robles hiciera de las suyas en la higuera. Era la noche de San Juan o Noche de los Brujos para los más entendidos.

El muchacho que poseía cortos 18 años, dejaba a plenitud toda su hombría. Su cuerpo, que más bien parecía una prolongación de piel tiritando a la nada, se enroscaba en un frío pavoroso que lo condenaba hacia la odisea de sus miedos. Sin ir más lejos, el susodicho debía estar cara a cara con el Coludo, sacrificar a un animal negro y dar en ofrenda la sangre de este para que el mismísimo Señor del Inframundo se instalara ante su presencia para que le enseñara los misterios de su vida a cambio de una que otra cosa.

Las razones de su osada aventura se explicaban por el amor enceguedo hacia una doncella. Esta se llamaba Juliana. Era la más bella flor de su barrio. Sus curvas, que más parecían siluetas de sirena, eran el atractivo inmaculado de cuanto adolescente y varón fornido que merodeaba por los alrededores.

La fulanita de la atracción sabía muy bien de sus atributos físicos, y a raíz de ello, se dejaba querer por cuanto Don Juan que viniera a conquistarla. Eso para Evaristo era una tortura inconmensurable, pues no toleraba que su querida musa fuera invadida constantemente por desconocidos que buscaban lo que él mismo deseaba tener.

Fue por ello que de tanto intento fallido, el joven enamorado se sumergió en los recuerdos de su santa abuela, quien en las tardes de verano y en las lluvias de julio le comentaba de las historias de San Juan, de la bondad del diablo en cumplir cualquier deseo a cambio de un favorcito y de las constantes historias de lugareños que hicieron fortuna con el solo hecho de invocar al Coludo y tener la valentía de pedir lo que deseaban pedir.

La idea se fue hurgando durante semanas, tiempo en el cual Evaristo enviaba cartas de amor y regalos hacia Juliana. Esta, en total hermetismo y sin hacer caso a los mensajes de amor de Evaristo, no contestaba ninguna de las misivas que contenían el macizo de sentimientos que se esparcían sin piedad en el corazón del enamorado joven.

El muchacho sufría sin parar por las constantes actitudes de indiferencia que recibía de Juliana, y ese mismo sufrir era su alimento máspreciado para poseer la valentía que necesitaba para cumplir la tarea, la que en resumidas cuentas se definía como en poseer a toda costa el querer de la mujer que le quitaba algo más que el sueño.

Fueron 15 días en que el condenado se preparó para el encuentro. Los relatos de su abuela le recalcan que el acto en sí era sólo para valientes y eran pocos los que volvían con vida. Teniendo eso en mente Evaristo esa misma noche, justo antes de salir a concretar la misión, dejó en el pórtico de Juliana una carta en la que mencionaba y reiteraba su amor, relataba la finalidad de la hazaña a realizar y de los pormenores que debería sortear en favor de conquistar su corazón. Evaristo tenía todo decidido. En el instante en que dejó la carta, sus ojos se impregnaron de lágrimas y en su fluir, cada gota derramada rociaba y humedecía sus pasos que lo guiaron a dos kilómetros del barrio, justo en dirección de la higuera.

Con el gallo negro en su poder para concretar la tarea, Evaristo suspiraba y transpiraba como un verdadero ser que sabe que va a morir. El animal que aún estaba vivo daba aletazos en todas las direcciones. Se defendía como si tuviese brazos y pies, pero el arrojo del joven pudo más que las ganas de vivir del gallo y, con un cuchillo de medio metro, Evaristo degolló al animal vertiendo en el instante la sangre en la tierra. Justo cuando la sangre fluía como manantial sin cauce sobre la tierra, el muchacho susurraba el nombre de ¡Lucifer! ¡Lucifer! ¡Lucifer!

El repentino viento que irrumpió entre los contrastes del miedo y la expectación dio la sensación de que poco a poco la presencia del nombrado animal de la maldad llegara a tocar las pieles de Evaristo quien,

aterrado por el instante, sólo atinaba a rezar un padre nuestro a su favor. Cada frase de la oración iba con un acento de nerviosismo. Las palabras eran poco claras y la sangre, que se mantenía caliente en sus manos, no daba el abrigo necesario que necesitaba en ese momento.

El reloj ya marcaba las 12:15. El pulso casi por las nubes era el único ruido a cuadras. La higuera que jugaba con el viento a quien era más fuerte, acompañaba a Evaristo a esperar lo que debía esperar. La noche se encontraba solitaria y errabunda. Las estrellas que marcaban su brillo en el universo poco a poco se apagaban por causa de las densas nubes que entristecieron la noche. Evaristo, sin saber qué hacer y habiendo concretado todo, decidió marchar. La caminata desde la higuera hasta la entrada del barrio fue eterna. En su mente pensaba en cada acto realizado, en cada pensamiento y en la desazón por no haber concretado lo que deseaba.

A cuadras de su hogar, un hombre delgado, con bigote pulposo y voz ronca le dijo al pasar:

—¡Acaso no me llamaste!

Evaristo saltó del asombro y con nerviosismo respondió:

—¿Eres quien creo que eres?

—¡Sí! —recalcó el desconocido—. Dime lo que necesitas y después tú me das lo que yo necesito —mencionó el hombre con una actitud desafiante.

—¡Quiero a Juliana! —gritó el muchacho.

El hombre se tomó el bigote, encendió un puro, hizo unos malabares con el humo sobre el rostro de Evaristo y le recalcó:

—No te puedo dar lo que ya te pertenece en el sentimiento.

Sin entender la respuesta, el muchacho estalló en euforia y tomó con violencia el cuerpo del hombre reprochándole que todo era una farsa, un engaño, a lo que el desconocido respondió:

—Yo no soy un engaño. Tú me llamaste, vine y no sabes qué pedir. Entiende que lo que pides ya lo tienes, pues tu insistencia ha de contener el corazón de quien amas; pero como pediste mal, y este juego es mío, hoy te irás a mis refugios.

—¡No entiendo nada!, ¡qué dices! Yo no me marchó a ningún lugar –exclamó el muchacho..

De aquella noche nadie más supo de Evaristo Montoya Robles. Solo quedó de manifiesto la carta que leyó Juliana al despertar. La muchacha lo buscó en su hogar, en las calles, en los paraderos exiliados de buses, pero nada. Ella quería corresponder sus palabras, y así el destino se selló en una incógnita que aún se recuerda en el pueblo donde todos señalan que Evaristo Montoya Robles fue condenado a estar en el inframundo por jugar en tierras donde no debía jugar.

REGIÓN DE ANTOFAGASTA

EL VIAJE DE LA SEÑORITA IRMA

María Eugenia Vargas Pasten (65 años)

Periodista

Antofagasta

Segundo lugar regional

Era marzo de 1960. Apenas había comenzado el año escolar en la Escuela Rural Número 4 de Salamanca, cuando nuestra profesora, la señorita Irma, anunció a su curso de segunda preparatoria, de siete y ocho años de edad, que debería ausentarse una semana para asistir a los funerales de Lucila Godoy Alcayaga, quien fuera su maestra en la Escuela Normal de La Serena.

Nos contó que su profesora, además de ser maestra, era poetisa y había ganado el Premio Nobel de Literatura con el nombre de Gabriela Mistral. Había muerto hacía tres años en Nueva York y sus restos estaban enterrados en Santiago pero ella había dejado en su testamento que quería ser sepultada en su amado pueblo de Montegrande donde había vivido hasta los nueve años y todas sus ex alumnas estarían allí presentes.

La señorita Irma dijo que en su ausencia, haríamos las tareas que nos iba a dejar, que debíamos portarnos bien, que no hiciéramos desorden; y lo que nos hizo más ilusión fue que a su regreso traería “un engaño” para todo el curso.

La semana pasó volando entre juegos y tareas, y el lunes siguiente, luego de sonar la campana de la escuela a las ocho de la mañana, ya estábamos todos sentados en la sala ansiosos por conocer el engaño.

La señorita Irma llegó, luciendo aún la ropa luto que debió haberse puesto en el funeral. Su pálido rostro mostraba una profunda pena por la despedida de un ser querido.

Preguntó:

—¿Cómo se han portado?

Y todos respondimos al unísono y a todo pulmón, como se hacía antes:

—¡Muy bien, señorita Irma!

Al escuchar la bienvenida del coro de niños, cambió su pena por una sonrisa, depositó sobre el escritorio una pesada bolsa y sacó de su cartera una pequeña cajita de laca negra. Arrimó la silla que estaba tras su escritorio y se sentó frente a nosotros. Puso la bolsa sobre sus rodillas nos miró fijamente y habló:

—La señorita Lucila fue mi maestra y nos enseñó que entre las cosas más valiosas que hay en la vida está la lectura, por eso, a mi pasada por La Serena, les compré un libro de cuentos a cada uno. Verán que algunos tienen más páginas y otros menos. Los elegí según la capacidad de lectura que yo veo en ustedes.

Nos fue entregando el libro y cuál no sería mi sorpresa al advertir que el mío era el más voluminoso. Se llamaba El libertador del hada de plata y me acompañó por años. Para la mayoría de nosotros, niños pobres del campo, ese fue el único libro que tuvimos en nuestra infancia y adolescencia.

Recomendó leerlo con calma y si había palabras que no entendiéramos, que habláramos con ella y nos ayudaría. Que sería responsabilidad de los 30 alumnos leer y entender el cuento y después compartirlo con el curso, así cada uno, en lugar de conocer una historia, podría conocer 30 historias diferentes. También dijo que podríamos prestarnos los cuentos entre nosotros y así compartir las historias.

Luego tomó la cajita de laca y nos la mostró. En su interior había tierra que a nosotros nos pareció que era la misma que había en el patio de juegos.

—La poetisa Gabriela Mistral representó a Chile en muchos países extranjeros en misiones diplomáticas y cada vez que ella iba a cumplir una misión, llevaba una cajita como esta, con tierra de Montegrande. Esto porque para ella, el suelo que nos vio crecer es el lugar que debemos llevar siempre con nosotros. Puede ser físicamente, como lo hacía ella, o bien, simplemente llevarlo en nuestro corazón. Nunca olvidar donde vivimos. Cuando esta tarde caminen de regreso a sus casas por las calles de Salamanca, sientan la fuerza de la tierra por donde caminan. Ella los vio nacer y a ella deberán regresar.

A la mayoría de los niños sus palabras entraron por un oído y salieron por el otro, pero quedaron guardadas en algún lugar recóndito de nuestra memoria y ahora siendo adultos nos recuerdan de vez en cuando dónde está la tierra a la que debemos volver.

El llamado de la campana de la escuela rural anunció la salida a recreo. Los niños salimos corriendo a jugar y la señorita Irma se quedó sentada en la sala preparado una nueva hora de clases.

REGIÓN DE ANTOFAGASTA

LECCIONES CON OLOR A HUMEDAD

Víctor Mario Bórquez Núñez (56 años)

Periodista

Antofagasta

Tercer lugar regional

La mamá de mi padre era profesora. Yo no la conocí jamás, salvo por las historias que se contaban de ella y que casi siempre remataban en su habilidad para tocar instrumentos, en especial el arpa. Mi viejo siempre habla de ella como si estuviera a su lado y sus ojos se suelen llenar de lágrimas cuando recuerda una clase en particular que ella dictó, campo adentro, en medio de unos pocos caseríos, en una escuela por donde se escurría el agua de la lluvia de la noche pasada.

—Llegó a la escuela un hombre, un tipo corpulento y de rostro ajado —me dijo—. Y mi mamá lo hizo entrar a la sala de clases, sentarse en uno de los diminutos asientos de madera que remataban en un pupitre y, con sus rodillas casi en el pecho, el individuo debió recitarle un poema apenas audible para los niños que estábamos en el salón, impactados con este gigantón que apenas podía disimular su incomodidad.

Mucho tiempo más tarde recordé el suceso y le pregunté a mi padre quién era ese hombre que una

tarde había recitado un poema delante de todos en la escuelita del caserío.

Ladino, él sonrió.

—Era tu abuelo, niño.

Mi sorpresa fue mayúscula.

—Lo que pasa es que se había portado mal con tu abuela. Se había ido de fiesta por varios días y, cuando quiso regresar, mi madre le impuso una penitencia: recitar un poema delante de todos los niños de la escuela para que supiera que la poesía puede cambiar el rumbo de tu vida.

Nunca le pregunté a mi padre si el poema en cuestión les transformó la existencia a mis abuelos desconocidos. Pero cuando me imagino ese cuadro, esa tarde, ese aroma a tierra mojada y humedad en el ambiente, se me hace un nudo en el estómago.

Benditos sean los recuerdos.

REGIÓN DE ANTOFAGASTA

CUESTIÓN DE ASTRONOMÍA

Paula Andrea Nieves Silva (33 años)

Asistente social

San Pedro de Atacama

Mención especial del jurado

—Buenos días, señor.

Ramos tenía los lentes sucios y no podía ver realmente bien a aquella joven. Se dio el tiempo para restregar los cristales contra su vieja camisa y tras volver a ponérselos, vio con claridad a esa chiquilla flaca y de pelo largo y crespo. “Más o menos de la misma edad de Camila” pensó.

—¿En qué puedo ayudarla señorita? —sonó enojado, mucho más enojado de lo que en verdad habría querido mostrarse. Los años habían depositado sobre él más amargura de la que hubiese querido.

—Me dijeron que estos campos son todos suyos, incluido ese cerro. Lo que pasa es que con unos amigos tenemos un proyecto de turismo astronómico, entonces estábamos buscando un lugar donde montar un pequeño observatorio.

“Negocios, dinero...” pensó Ramos. Todo el pueblo enloquecido buscando dinero: montando restaurantes, hostales y agencias. Todo lo necesario para conseguir más dinero del que nunca iban a llegar a gastar. En tanto Ramos cultivaba en sus campos alfalfa, tomates y maíz, y también criaba cerdos. Con eso era suficiente.

Otros ya se habían presentado en sus tierras para hacerle una oferta y él las había rechazado. ¿No debía hacer lo mismo con esta señorita?

—Mire, estimada, a mí no me interesa vender mis tierras o arrendarlas. Yo aquí, como usted ve, tengo 75 años y hasta ahora he sabido arreglármelas de lo más bien.

La chica levantó las cejas impresionada. Se ajustó sus lentes redondos de estilo vintage y dijo:

—En realidad no puedo arrendarlo, no tengo dinero todavía. Pero podría ayudarle en su campo. Quizás barrer —sugirió.

—¿Qué va a barrer si esto es pura tierra, estimada?

La chica hizo una mueca de tristeza.

—Tiene razón. Lo siento —dijo y se apartó de la alambrada que los separaba, lista para largarse.

—Espere un poco, estimada —Ramos intuyó que iba a arrepentirse de lo que estaba por hacer. —¿Qué es lo que necesita exactamente?

La chica, de nombre Alyson, le dio los detalles. Montar un campamento con un par de telescopios

para estudiar la galaxia de Andrómeda que este año se vería particularmente destacada en el firmamento nocturno. También hacer un poco de turismo astronómico para financiar sus gastos. Solo por tres o cuatro meses. Después ella y sus amigos regresarían a la ciudad.

—Igual que mi esposa. Igual que mis hijos.

—¿Ellos viven allá?

—Ellos viven aquí —dijo Ramos enojado—. Pero ahora están allá.

—Me dará mucho gusto conocerlos.

—Sé que a ellos también les dará gusto.

A la semana siguiente llegó Alyson con sus amigos, dos veintiañeros que saludaron a Ramos con timidez pero también con cierta indiferencia, como si aquel hombre no fuese más importante que la casa o la vieja camioneta apostada en la entrada: un elemento más del decorado campestre.

Se instalaron en carpas en el cerro, y allí también colocaron su instrumental: trípodes con telescopios que revolvían por las noches. Ramos les ofrecía almuerzo pero ellos, que practicaban el veganismo, decían que no podían comerse las cazuelas que la Elisa, la señora que trabajaba para Ramos, había preparado. “Un error haber dejado entrar a estos cabros a mi casa. Un tremendo error”.

Pero en un par de semanas los muchachos ya habían desaparecido. Solo quedó Alyson viviendo en la punta del cerro junto a sus telescopios y su instrumental endiablado. Ramos subió a verla.

—¿Se fueron sus amigos?

—Tenían que volver a la universidad. Pero dijeron que volverían el próximo fin de semana —dijo pensativa.

—¿Y usted? ¿No tiene universidad también?

Alyson miró a la lejanía como a la espera que una nueva estrella se asomara en el horizonte.

—He tenido que dejarla por un tiempo. Pero volveré. No hay duda de eso.

—Entiendo, señorita.

Ramos vio en esa chica un carácter desacompasado con el resto de sus compañeros, que no estaba lista para la vida agitada de la ciudad y que por eso había escapado a la tranquilidad del campo.

—¿Quiere que le muestre la galaxia de Andrómeda?

—Yo no entiendo nada de esa cuestión de astronomía.

—No tiene nada que entender señor. Solo tiene que ver.

Esperaron que cayera la tarde y se pusiera el sol. Alyson sabía trabajar con habilidad sus telescopios y no tardó en alinearlos con la galaxia.

—Asómese a ver —le dijo a Ramos.

Era una figura sin color. Una mancha romboidal llena de puntos.

—¿Qué es esto que estoy viendo, señorita?

—Es la galaxia de Andrómeda. Está a dos millones y medio de años luz. Contiene un billón de estrellas. Está muy lejos pero se acerca. Y algún día, en el futuro, chocará con nuestra galaxia.

Ramos no entendía muy bien pero estaba satisfecho. Se notaba que ella estaba contenta y que había olvidado la partida de sus amigos. Había gente que soportaba la tranquilidad del campo y otros que no. Ramos deseó que sus hijos y esposa alguna vez quisieran volver a esta tranquilidad, a este curso

normal de la vida, pero por mientras estaba Alyson.

—¿Usted no come carne?

Alyson no entendió muy bien de qué iba la pregunta.

—Lo digo para prepararle algo que sí pueda comer

—se explicó Ramos.

La chica se lo pensó un momento.

—Me gusta mucho la sopa de zapallo.

Ramos se sintió aliviado.

—Mañana le diré a la Elisa que le prepare una.

Alyson sonrió. Siguieron viendo la galaxia de Andrómeda mientras cruzaba el cielo nocturno. Ramos volvió a preguntar por la fecha en que la galaxia colisionaría con la nuestra. Un día alejado, muy remoto, pero inevitable. Un día en que la separación entre un mundo y otro llegaría a su fin, donde los universos de aquellos que ahora están separados por fin iban a encontrarse.

REGIÓN DE ATACAMA

LA VACA DE LOS SIETE DELANTALES

Gustavo Estuardo Rodríguez Caroca (73 años)

Profesor de teatro

Freirina

Primer lugar regional

En esa modesta casa apostada en la falda del cerro Punta del Viento, un anciano sentado en una vieja silla está absorto revolviendo las brasas del negro brasero ubicado al centro del recinto, en ese suelo de tierra que señala la humildad del lugar. El término “cocina americana” podría perfectamente ser ocupado en esa casa: la cocina, comedor y living, todo en un todo. Samuel debió recurrir a una toma para lograr tener la casa propia que construyó con sus propias manos.

Pedro, un niño de doce años e hijo natural de la única hija de Samuel, vivía ahora con su abuelo. Esa noche de hogar de campo, el niño preguntó:

—Abuelito, los “cabros” en la escuela andan hablando de la Vaca de los Siete Delantales. Dicen que se cuenta que ahora en septiembre se aparece en la mina de Capote Viejo. Me pregunto si está viva, si es una animita o si todo lo que dicen es mentira.

El viejo se sobresalta, respira profundo y luego entorna los ojos sonriendo en una especie de mueca socarrona que insinúa misterios insondables, como conocidos solo por él.

La noche quieta, con el silencio solo interrumpido por el viento que trajina por entre las incontables hendiduras de la esmirriada casa, crea un ambiente inquietante para el niño, que con un ademán furtivo, acaricia al gato acurrucado junto al abrigo del brasero. Era para él como encontrar una sensación de seguridad.

Don Samuel se sirve una jarra de té de monte, enciende un viejo cigarro y se entretiene mirando las volutas de humo que, rebeldes, compiten con el humo del brasero. La mirada del viejo minero busca dentro de él, recuerdos dormidos en su alma.

—Escuche, hijo, usted sabe que yo soy hombre que no miente, así que le diré que la Vaca de los Siete Delantales no es mentira, pero no le diré que está viva, porque eso no lo sé, pero sí le puedo asegurar que yo la conocí y trabajé con la Rosa, que es su verdadero nombre, hace más de veinte años. Trabajábamos en la mina Capote Viejo ubicada cerca de la quebrada del Burro Blanco. Éramos como quince mineros más la Rosa, que era la cantina, que aquí en el norte es como se llaman las cocineras que dan la comida a los mineros. Ella era una negra linda, mandona como ella misma.

Nos trataba como cabros chicos retándonos por cualquier cosa, y siempre decía: “Respeto, cabritos, que yo soy la vaca que les da la leche”.

—Ella era muy femenina y coqueta, preocupada de estar siempre limpiecita, por ejemplo, los siete días de la semana aparecía con un delantal distinto, de ahí que no faltó el gracioso que se fijó en eso y, ocurrente, le puso un sobrenombre. La llamó “la Vaca de los Siete Delantales”. Pero lo que pasó después fue una desgracia. Se desencadenaron situaciones que me cuesta recordarlas por lo triste de ellas. La Rosa se enamoró del Pelluco, un “gallo” más loco que una cabra. Siempre era el primero en buscar el peligro. Para nosotros era una persona rara. Fíjate que él no dormía en las piezas que nos tenían en la mina. Él tomaba una manta y se iba al cerro a dormir al sereno. Nosotros escuchábamos en las noches cuando la enamorada Rosa gritaba como desesperada: “¡Pelluco, Pelluco, no sea porfiado! ¡Venga a dormir a la pieza! ¡Qué está haciendo ahí en el frío!”.

—Bueno —escuche bien, nieto—. Mire que le contaré cosas muy penosas. Un día cualquiera en el mes de septiembre, el Pelluco no apareció en la mina. Es decir que de frentón desapareció. La Rosa

andaba como loca buscándolo por todas partes. No hubo caso. Nosotros tampoco lo encontramos. Pasaron los días, le avisamos a los carabineros, pero no pasó nada. El Pelluco desapareció como tragado por el cerro.

Triste final, un niño preocupado se hará muchas preguntas.

—Le contaré que después de dos meses, la mina se cerró y todos volvimos al pueblo, menos la Rosa. Ella nunca perdió las esperanzas de que el Pelluco apareciera. De la Rosa nunca más se supo. Ya han pasado más de veinte años y lo único que sé es que algunos cabreros y mineros que pasan por cerca de la mina, cuentan que en el mes de septiembre, que fue la fecha en que desapareció el Pelluco, se escucha el viento que silba entre las quebradas y parece decir: “¡Pelluco, Pelluco!...”, pero otros dicen que es la Vaca de los Siete Delantales llamando al amor de su vida.

Esa noche no fue cualquier noche para Samuel ni para el niño. Las respuestas que cada uno encontró, mientras abrigados en sus camas vagaban en imaginables recuerdos de amores perdidos, eran respuestas que la vida por sí sola no ha querido contestar.

REGIÓN DE ATACAMA

LA VENGANZA

Hilda Olivares Michea (66 años)

Jubilada

Chañaral

Segundo lugar regional

Día lunes y María en la artesa, al fondo del patio, refriega, restriega y lava el mantel dominguero manchada de vino tinto. El Lucho amaneció igual que ella, con sed. Se rasca la cabeza y la abultada panza. María al verlo, le crece la sed... esa sed de venganza albergada en años, muchas noches de insomnio, incapaz de pegar un ojo por los ronquidos y ese olor entre vino, cebolla y sudor. Maquinó la venganza. “Las infamias se pagan”, se decía a sí misma. Entonces el vencido suele ser después de tantos años, vencedor. Con rabia mueve sus manos toscas entre el jabón. Es como si lavara heridas viejas. Y entre escobilleo y escobilleo va recordando sus años de niñez, la gran familia, a esos hermanos que no ha vuelto a ver, todos desparramados.

A ella la llevaron de niñita a trabajar como doméstica en Valparaíso y cuando se cansaron de ella, de patitas a la calle hasta que una amiga la convidó para el norte y ahí se acabó el verdor, el olor a campo y la esperanza del reencuentro familiar. Poco duró en el oficio más viejo del mundo. Una mujer tosca, pudorosa, chica y de mal humor, con poco aguante a los que se propasaban. Difícil resultó disfrazarla de puta. Así conoció al Lucho que la

engatusó y se la llevó a una pensión. Por fin sabría lo que era el amor, pensaba María, y la maraña de la vida la envolvió. El hombre embriagado a diario, un desfile de chuicas de vino, un brasero en el ruedo de hombres groseros en los días de lluvia y los gritos pidiendo esto y aquello. Qué diferencia con sus patrones en Valparaíso. Mirándolo bien, habían sido buenos con ella: un tirón a sus largas trenzas bastaba. Y pensaba María y esperaba María. Oía el camión por la colina que pasaba a buscar a los mineros. Dios escuchaba sus ruegos y descansaba de estos ataques de ira descargada contra sus ojos y el resto de su cuerpo.

No ser padre es cargar con una deshonra, pero ¿qué culpa tiene María de su infertilidad? Desvía la mirada y ve el camión subiendo hacia los cerros. La última paliza la mantuvo tirada en la cama tres días, aunque igual después de servir el almuerzo se ganaba un beso en los heridos labios y diez minutos de sexo. ¡Aquí no importa el “yo no quiero”!, “¡no tengo ganas!”. Un minero tosco está sobre ella, sacude sus carnes. Diez minutos que en su oreja solo escucha a Lucho decir como es ella: una india, fea, mapuche, hueca, seca, mula, gritados con rabia como el peor insulto.

“¡Me las pagará!” parecen gritar las paredes. Las lágrimas caen y las latas desprendidas en el techo parecen confirmar que la venganza viene, donde le perdió el respeto y los dientes. De ser jovencita de carcajada limpia es ahora tímida, introvertida, agredida, degradada de su condición de mujer, escondiendo su sonrisa.

Es fin de semana y día de pago. María sabe lo que le espera: las manos toscas y el zamarreo. Será usada y abusada. Siente que un camión se detiene fuera de casa y mira con horror que Lucho no se mantiene en

pie de borracho. El golpeador ha llegado y se nubla su vista. Por momentos es todo color rojo vivo. Cuando recobra la conciencia, encuentra tirado al golpeador ensangrentado, sus manos manchadas de sangre también. “Los vecinos deben saber”, se pregunta. “Deben haber escuchado algo”.

Los vecinos a ambos lados en silencio y ella en medio de la calle casi medio marchando. La mujer tosca de poncho y trenzas camina hacia la comisaría mirando al frente con un hacha ensangrentada entre sus manos.

REGIÓN DE ATACAMA

ENSALADA DE LECHUGA CON ESPERANZA

Nelson Raimundo Leiva Arqueros (21 años)

Administrativo

Copiapó

Tercer lugar regional

Había mucho tiempo para despedirse. El bus salía a las ocho de la tarde desde la estación y mi papá estaba recién levantándose. Eran cerca de las diez de la mañana del día de la partida. Mi mamá estaba algo triste. Mi padre debía partir por largo tiempo hacia el sur al trabajo de los inmensos campos de viñas donde por recomendación de don Juan Ruiz-Tagle, había conseguido trabajo. Vivía en el pueblo San Fernando y, desgraciadamente, la ausencia de lluvias no permitió que los parronales abundaran ni los pastos en las cordilleras crecieran. Había llegado la cesantía y la necesidad.

Cuando se levantó me dijo:

—¡¡¡Mauriciooooo!!! ¡Anda a cortar unas lechugas, pero fijate que estén tiernas, poh', hijo!

Cuando me dijo eso, me acordé que cuando era más chico me mandó a buscar lechugas y yo traje las que recién estaban creciendo porque me había dicho que quería poquita ensalada no más.

—Sííí, papá, ya entendí —respondí sonriendo.

Pero había algo extraño en su mirada que conversaba silenciosamente con la mirada de mi mamá. Fui por las lechugas al pequeño despeñadero, allí donde

estaban las gallinas, y luego de resbalarme por una pequeña caída de tierra, llegué al verde prado de lechugas. Entonces, encontré la billetera de cuero de mi papá y, curioso yo, la trajiné. No por robarle los dos mil pesos que tenía, sino porque había un papel blanco que me llamó la atención y lo leí. Era una orden de hospitalización en Santiago. Leí el diagnóstico como pude porque la letra de los doctores es muy enredada, entonces leí: “Cáncer al colon”.

Pucha, no sabía qué significaba, pero don Eduardo Valdivieso había muerto hace poco de eso más allá, en el otro terreno y yo vi cómo sufría. Entonces me dolió la guata y quería llorar. Saqué las lechugas más bonitas y me devolví por otro camino porque no quería que mi papá ni mi mamá me vieran llorando.

Cuando llegué a la cocina mi mamá me pilló al tiro... Le dije que me había caído tratando de sacar las lechugas y le devolví la billetera de mi papá, intacta como la encontré. Ella me miró taciturna, pero luego lavó las lechugas, las puso en la fuente de greda, les picó un ajo, les echó orégano, aceite y limón, y me dijo que la llevara la ensalada a mi

papá. Lo hice y cuando dejé la ensalada de lechuga en la mesa y lo vi tan solo, me puse a llorar y lo abracé con fuerza.

—¡No te mueras, papá! —le dije. —¡¡¡No te mueras, por favor!!!

Me abrazó fuerte y luego me puso frente a su cara.

—¿Por qué me dices que no me muera, si todos tenemos que hacerlo algún día?

Pero yo sollozaba y sollozaba.

—Si tú te mueres, ¿qué haremos la mamá y yo? Nos dejarás solitos.

—No te entiendo, hijo. Yo me voy a trabajar al sur. No me voy a morir.

Me sequé los mocos y sorbeteé.

—Leí esa carta que tenías en la billetera.

Entonces mi mamá entró y le pasó la billetera. Él la miró con extrañeza y luego sonrió beneplácito.

—¡¡¡Jajajajaj!!! Mira qué curiosidad. ¿Dónde encontraste esta billetera?

—En el sembrado de las lechugas, poh'...

Me abrazó como nunca lo había hecho. Sentí su abrazo con tanta fuerza y amor.

—Toma, vieja —le dijo a mi mamá—. Llévasela a la viuda de don Eduardo. La han buscado con mucha ansiedad.

Comprendí que era la billetera del muertito de don Eduardo, y que no sé por qué razón estaba cerca de las lechugas en nuestro terreno.

—No me voy a morir, hijito, si eso es lo que teme usted. Voy a trabajar para que cuando usted sea grande y estudie todo lo que tiene que estudiar, tengamos una granja más grande que este terrenito y podamos sembrar muchas lechugas. Mientras tanto no se preocupe y coma. Coma esta ensaladita que está muy rica.

Mi papá no se moriría, al menos no todavía, pero supe en poco rato lo que era la ausencia de la muerte, más aún de mis padres a los que amo con mi alma.

Estaba rica, la ensalada más rica y más reconfortante que jamás había comido. La llamé la ensalada de la esperanza.

REGIÓN DE COQUIMBO

LA TELEVISIÓN EN SALAMANCA

Doris del Carmen Bustamante Osorio (53 años)

Dueña de casa

Salamanca

Primer lugar regional

El niño corría por la hierba húmeda, emocionado. Corría para ayudar a su abuelo. Lo hacía con ánimo, con su mente dando vueltas. ¡Había escuchado que hoy en Salamanca llegaba la televisión aunque no sabía bien qué era! Los niños decían que era una caja mágica donde se veían las cosas. ¡¡¡No le cabía en su cabecita cómo podía haber una maravilla igual!!! Ese día no importaba nada, ni el trabajo, ni el cansancio, ni la helada que había caído en la noche o la humedad que le adormecía sus piecitos descalzos: estaba feliz.

La distancia a Salamanca era mucha. Él vivía en Tahuinco. Mientras ayudaba en los quehaceres de la abuela, pensaba en cómo podía llegar. Jamás había salido solo y menos al atardecer, pero tenía que conocerla.

Al desayuno miraba a su abuelo en silencio antes de atreverse a preguntar:

—Papá ¿queda muy lejos Salamanca?

—Sí, hijo. Son 14 kilómetros o algo así.

—¿Y caminando se llega luego?

—No pues, hijito... Yo creo que deben ser mínimo unas tres horas.

Cómo podría hacerlo. La desilusión le bajó el ánimo y se fue a sentar a la orilla del camino. De pronto sintió el pito del tren que venía llegando desde Salamanca hacia Las Cañas... Fue entonces cuando se le vino la idea: ¡el tren!... ¡Sí, el tren! Pasaría en la tarde de vuelta a Salamanca... Su ánimo dio un brinco. Eso era, se subiría al tren al atardecer.

Corrió a su casa para seguir ayudando y terminar pronto. Tomó sus únicos pantalones largos y una camisita, y fue a lavarlos a una acequia que corría por atrás de la casa. Arrodillado refregaba su ropa para que quedara bien limpiecita. Claro. No se podía ir al pueblo con la ropa sucia. Luego sacó de una caja sus zapatos... Estaban gastados en la suela. ¿Cómo podían haberse gastado tanto? ¡Si solo los usaba para salir y a veces para ir a la escuela! pero eran los únicos que tenía. Así que tomó una escobilla, pasta y los limpió bien. Y después con un trapito les sacó hartos brillos. Habían quedado como nuevos. Nadie se daría cuenta que por debajo estaban agujereados. Dejó sus cosas ordenaditas y siguió con sus labores. Los abuelos no sabían su intención, pero él no lo contaría, porque no lo dejarían salir, menos tan lejos.

Por la tarde, antes que se entrara el sol, se metió nuevamente a la acequia y se bañó bien. El agua estaba muy helada porque era del deshielo, pero en el momento no importaba. Sacó las brasas de la cocina y se las echó a la plancha. Dejó muy bien estirados sus pantalones y su camisa. No se le veía ninguna arruga. Se vistió. Se puso un suéter que le había tejido la abuela y que lo usaba solamente para ocasiones especiales, cuando lo llevaban a la iglesia o cuando iba a la estación del tren a escuchar si acaso había llegado alguna carta.

Tomó un espejo, partió un limón y se echó el jugo para peinarse, como lo hacía la abuela con él cuando llegaban visitas. Sin que nadie lo viera, salió a la estación a esperar el tren.

Cuando escuchó sonar el pito, su corazón dio un vuelco. Se quedó mirando su llegada. Ya no daría un paso atrás a su idea. En medio del ajetreo de las entregas de las cartas, algunos vendedores de dulces, pastillas para el mareo, botellitas con té y sándwiches, se subió rápidamente y se fue a un rincón del carro, apretando en su mano un billete que era su ahorro, su tesoro, que lo llevaba para pagar el pasaje. Jamás se había subido solo. Las pocas veces que se había subido era cuando viajaba con el abuelo a buscar la mercadería y alojaban allá porque durante el día no tenían cómo volver.

El tren partió. Miraba absorto el paisaje por la ventana entreabierta, muy impresionado,

pero con cierto temor. Cuando llegó el tren a Salamanca, ya había oscurecido. Salió de la estación automáticamente siguiendo a las demás personas, caminando hacia la plaza. Ahí supo que la tele estaría en la calle del hospital. Era muy lejos y, muy asustado, continuó con su caminata. Estaba todo oscuro y sentía el palpitar de las sienas.

Cuando iba llegando, se dio cuenta que había mucha gente reunida y, más allá, por la entrada del cementerio, arriba de un camión y conectado a un motor que sonaba muy fuerte, estaba una caja grande. ¡¡¡Era la televisión!!! Y hablaba... Miró maravillado, suspiró, se sentía grande. Ya lo había visto todo, pensaba él. Solo se veía un partido de fútbol, pero estaba viéndola. Se le puso un nudo en la garganta y se les llenaron los ojos de lágrimas. Se quedó mucho rato y con los ojos muy abiertos mirándola.

No supo cuánto tiempo pasó. Serían una o dos horas... pero había que volver a casa. Vio lo oscura que estaba la noche. Recién pensó en lo lejos que se encontraba y, con el corazón aterido de miedo, comenzó a caminar de vuelta hacia su casa...

Hasta el día de hoy aún recuerda ese día, lo que significó y lo importante que fue para él ese momento. "Debe haber sido hace 50 años atrás", dice. Y siempre al recordarlo... vuelve a emocionarse.

REGIÓN DE COQUIMBO

PANCHO

Raquel Eugenia Sánchez Sepúlveda (83 años)

Dueña de casa

La Serena

Segundo lugar regional

La parcela de mis tíos no era muy grande, pero lo suficiente como para autoabastecerse de carne, verduras, hortalizas, harina y alimento para los animales. Además, tenía algunos árboles frutales y cercos de zarzamora por los costados para separarla de las parcelas colindantes. Por el frente, tenía una reja de madera y un hermoso jardín con flores de cosmos, rosas, petunias, flor de la pluma y otras, que aromaban el ambiente alrededor de la casa.

Yo iba todos los años a veranear allá y conocí a Pancho al poco tiempo de nacido. Era un copo de plumillas. Parecía una esponja de esas que usaban las señoras de antaño para empolvase la nariz. Me enamoré de él, porque era un pato casero muy lindo y gracioso. Como se había criado huachito y entre adultos, se las había ingeniado para ser el centro de atención y de admiración de todas las personas que visitaban la casa. Mi tío le había hecho una casita para que durmiera en la cocina, pero durante el día pasaba en el patio, yendo de un lado para otro, como un hacendado que recorre su heredad. Se hizo amigo del Cholo, uno de los perros de la casa, pero a los otros los corría a picotazos, porque nunca le simpatizaron, en cambio con el Cholo hasta dormían siesta juntos.

Cuando ya tenía edad para aparearse, mi tía le buscó pareja entre los patos de una hacienda vecina. Se llamaba Tina y tenía el plumaje blanco amarillento igual que Pancho. Pero Tina era tímida y sumisa, todo lo contrario de Pancho, que siempre fue canchero, bullanguero y confianzudo. A lo mejor por eso mismo, por ser polos opuestos, se entendieron tan bien desde el primer momento.

A contar de entonces, Pancho ya no fue el mismo: cada vez se sentía más libre y se alejaba más de la casa. Solía dormir con su pareja entre las zarzamoras, y en el día atravesaban el pequeño bosque y llegaban hasta el río donde se bañaban y nadaban alegremente.

Un día mis tíos los perdieron de vista y comprendieron que Pancho ya era un adulto hecho y derecho, y que sabía cuidarse solo... Pero todavía Pancho los necesitaba, pues una mañana, muy temprano, casi de amanecida, oyeron el inconfundible “cuac-cuac” de Pancho, aunque sonaba algo extraño y quejumbroso.

Pancho avanzaba hacia la casa con toda la rapidez que podía con sus patas cortas y palmeadas. Mis tíos se levantaron y fueron a su encuentro, y él, apenas

estuvo junto a ellos, desesperado, les picoteaba suavemente los tobillos, se alejaba un trecho y volvía a la carga, como invitándolos a seguirle. Ellos, interpretando su lenguaje, salieron tras él, y Pancho les movió la cola en señal de agradecimiento.

Cruzaron los potreros y se internaron en el bosque, hasta llegar al río; avanzaron por la orilla sin perder de vista a Pancho que nadaba corriente abajo y se volvía de vez en cuando para cerciorarse que lo seguían. En un recodo se salió del agua y, ahí en la orilla, estaba Tina, muerta.

Pancho estuvo varios días inconsolable. Nada lo sacaba de su abatimiento, ni siquiera el ver sus bocados favoritos que antes devoraba. El pobre viudo enflaquecía día tras día. Su pechuga, antes tan rellena, dejaba asomar los huesos de la quilla, y sus patas apenas lo sostenían en pie.

Estando así las cosas, ocurrió que una pareja de patos salvajes, acabado el verano, regresaban al norte y se detuvieron a descansar del largo viaje para comer y beber antes de emprender el vuelo nuevamente. Como todavía no hacía frío, se les vio por ahí un par de semanas. Pero el destino les tenía preparada una mala jugada: un muchacho del lugar, tal vez el mismo que mató a Tina, un día hizo puntería en el macho y también lo mató.

La desconsolada hembra empezó a vagar por el campo llamando a su compañero desesperadamente, no convencida todavía de que éste había muerto.

Pancho escuchó el llamado y salió tras ella. ¡Curioso encuentro! Pancho, con su pesadez de movimientos, parecido a una señora embarazada que está próxima a tener a su bebé, e incapaz de volar. Y la pata, de plumaje oscuro, muy ágil y con las alas hechas para

el vuelo migratorio. Bueno, por lo menos en el agua, Pancho no quedaba tan deslucido, y ella tampoco lo hacía mal, así que, nadando, se entendieron a las mil maravillas.

Pancho no volvió a asomarse por la casa de mis tíos. Ellos a veces salían a recorrer la parcela y veían a la pareja desde lejos. A todo esto, Pancho recuperó el apetito y rebosaba salud.

La pata se sintió hechizada por el simpático Pancho, a tal punto que vio pasar bandadas y más bandadas de patos silvestres, para el norte o para el sur, según la época del año, y no se movió de su lado nunca más.

Un día de primavera en que mis tíos llegaron hasta el río, presenciaron un espectáculo casi increíble. Por los terrenos anegadizos inmediatos al río, avanzaba una curiosa procesión: Pancho iba a la cabeza seguido de la pata y, tras ella, cinco patitos: dos iguales a Pancho, uno igual a ella, y los otros dos con rasgos del uno y de la otra. Pancho saludó a mis tíos con el “cuac-cuac” acostumbrado y los siete se alejaron río arriba.

Mis tíos le gritaron desde lejos: “¡Adiós, Pancho, y buena suerte!”, y regresaron a su hogar con la sensación de “labor cumplida”.

Pero cuándo se iba a imaginar Pancho que, tras su partida, mis tíos, que tenían un corazón muy grande para amar y que nunca pudieron tener hijos, como se sentían solos, decidieron adoptar un niño, al que cuidaron y mimaron hasta su vejez, siendo su alegría, su satisfacción, y también su preocupación, sus desvelos y dolores de cabeza, y que pasados los años, ese hijo les dio nietos que vinieron a colmar de felicidad el resto de sus vidas.

REGIÓN DE COQUIMBO

EL OJO

Tatiana Alejandra Cortés Segovia (42 años)

Servicios

Ovalle

Tercer lugar regional

La criatura no paraba de llorar. Eran berridos interminables hasta agotar completamente su aliento, produciendo a ratos, breves pausas, estertores, microsegundos de quejidos y otra vez el llanto en decibeles impensables para tan tiernos pulmones. Los cerros parecían hacerle eco, rebotaba el sonido de su llanto en las piedras caldeadas de esa noche en el valle.

—Anda a buscarte a la abuela Eulalia, puh', niño. No te quedís' ahí parao —dijo mi madre que paseaba angustiada a mi hermanita agitándola rítmicamente entre sus brazos.

Salí corriendo, asustado, hasta llegar con el resuello agotado y la garganta reseca a la casa de adobe donde vivía doña Eulalia. La encontré acomodándose un chal en los hombros mientras removía con un palo delgado las últimas cenizas en un brasero redondo.

—Ya voy —me dijo doña Eulalia—. Júntame mientras tanto unas hojas del palqui que está abajo 'el pimiento y me tenís' *tamién* un poco 'e sal.

Me devolví a la casa y cumplí fielmente el cometido entre el llanto desesperado de mi hermanita y de mi propia madre al borde de la desesperación.

La abuela Eulalia llegó con calma. Arrastrando sus piernas varicosas bajo los refajos, el delantal de cocina eterno y las medias *pantys* arrugadas, entró por la puerta de madera celeste que siempre permanecía semi abierta y sin saludar sentenció:

—Es mal de ojo, pásame el palqui y la sal, hay que pintarla.

Tomó unas cuantas hojas de la rama de palqui y las puso en su mano izquierda, les agregó un poco de sal y comenzó a moler la mezcla con el dedo pulgar de su mano derecha. Acto seguido se acercó a mi hermanita ya acostada y descubierta del chal por mi madre. La abuela Eulalia le dibujó primero una cruz en la frente con la pasta verde mientras repetía en un susurro:

—En nombre sea de la Santísima Trinidad...

La bebé tomó aliento. Mis músculos se tensionaron en la espera de un nuevo chillido pero solo dio un suspiro ahogado. La abuela continuó dibujándole cruces verdes en sus brazos y piernas rollizas, en las plantas diminutas de sus pies, en sus manitas regordetas. Mi hermanita sólo suspiraba hasta que cayó en un sueño profundo.

—¡Cuánto le debo, vecina! —dijo mi madre con su rostro agotado, suplicante, constreñido aún en una mueca, secuela de la prolongada tensión.

—No es na', procure ponerle una cintita roja no mah' —dijo doña Eulalia y aún agregó después de una breve pausa, como endulzando el tono para ser un poco más cordial:

—Me pica mucho la mano, señal de ojo fuerte.

Al día siguiente mi mamá me mandó a dejarle seis huevos de color recién puestos por la gallina castellana y me encargó que le dijera que por favor los aceptara y le diera muchas gracias. Solícito llevé el encargo y expresé nuestro agradecimiento lo mejor que pude con mis pocas palabras, las mejores que conocía y pude juntar en ese entonces, de tímido niño campesino.

REGIÓN DE VALPARAÍSO

LA PIERINA

Belén Emmanuelle Macías Espinoza (28 años)

Artesana

Algarrobo

Primer lugar regional

Llegué a vivir a Osorno cuando tenía unos 14 años, en 2002, acostumbrada a la vida de ciudad, llena de comodidades y entretención. Fue difícil adaptarme, sobre todo por el clima que era realmente adverso, y también por la mala fama que tiene el santiaguino en las demás regiones de Chile. No tenía amigos pero mi madre, que es muy sociable, conocía a varias vecinas del sector y con ellas yo compartía mayormente. Entre todas había una mujer que llamaba especialmente mi atención. Su nombre era Pierina, aunque no fue así como sus padres la llamaron al nacer.

A la misma edad que yo tenía cuando me llevaron a vivir al sur, a ella los nazis se la robaron de su casa para trabajar forzosamente en una fábrica de armamento militar, y nunca más volvió a ver a su familia, ni tampoco a pisar su tierra natal, Letonia.

Siempre me ha gustado la historia y en especial el periodo de la Segunda Guerra Mundial, así que podía pasar horas escuchando sus relatos. Era mejor que tener amigos de mi edad, ¡mil veces mejor! Cada vez que podía la pasaba a saludar. Ella vivía al lado de uno de los brazos del río Rahue, en el sector de Franke, y yo por ahí cerca.

Cocinaba delicioso: unos dulces que debieron ser lo más similar en la tierra a la ambrosía divina. También tenía unos anaqueles con licor de arándano que alguna vez sin permiso probé, conociendo así lo feo que era sentirse mareada por el alcohol.

Me gustaba mucho estar en su casa y sobre todo mirar las fotos que tenía de sus hijos y de ella misma con varias décadas menos a su haber. Del padre de sus hijos solo había un par de historias, seguro que por respeto a su actual marido con quien tenía una relación muy bonita y complicada a la vez. José se llamaba y era mapuche. Su familia no estaba feliz de que él viviera con ella, que era, además de extranjera, varios años mayor que él. Por otra parte, los hijos de ella no la visitaban porque decían que vivía en una población “callampa” y más encima con el caballero que era de etnia mapuche. Ellos vivían en Santiago y ni siquiera la llamaban por teléfono para saber de su salud. No tenían el apoyo de nadie pero aun así se quedaron juntos, luchando contra viento y marea, solos el uno para el otro.

Me gustaba imitar su acento. Era muy divertido, sobre todo cuando decía palabras que uno no espera escuchar en una señora de edad. Tenía un

temperamento muy fuerte, aunque tras eso existía una frágil adolescente que nunca pudo crecer con normalidad.

A veces le contaba a mi madre que no podía dormir por las noches, pues los tormentos de la guerra seguían latentes en su memoria. Yo me quedaba cerca para oír las cosas que no eran aptas para una jovencita como yo, y un día escuché un relato que me marcó para siempre:

—Me hacían trabajar en un área donde se ensamblaban bombas y vivía en un cuarto con otras muchachas de mi edad. Comíamos una sopa día por medio y nada más. Un día, no sé bien cómo, algo salió mal y una de las bombas explotó dentro de la fábrica. No podía escuchar nada. Solo sentí que sobre mi espalda cayó un pedazo de muro. Quedé atrapada y pensé que ése era el final, pero de alguna forma que no recuerdo me sacaron de ese lugar y me volvieron a dejar en mi cuarto, mal herida y sin atención médica. Sentía que tenía rotos los huesos, y así era, pero tuve que aguantar. Así terminaron por sanar mis heridas aunque hasta ahora cargo con las secuelas de ese accidente —relató la Pierina con lágrimas en sus ojos y la voz temblorosa.

Contaba que pudo escapar de su cautiverio gracias a un militar que se apiadó de ella y le dio una identidad falsa con nacionalidad italiana. Así ella se fue a Italia donde conoció a un profesor chileno con el que se vino a vivir al norte de nuestro país y con quien posteriormente tuvo hijos. Años más tarde quedó viuda. Sobre el militar que la salvó, solo sabe que murió después de ayudarla a recuperar en parte su vida.

Cuando yo escuchaba esos relatos sentía un nudo en mi pecho por la frustración. No podía concebir que

una muchacha de mi edad pasara por tanto dolor. Mis compañeros de curso y yo nos quejábamos de trivialidades que no eran más que polvo al lado de todo lo que ella, y de seguro muchas otras personas, tuvieron que vivir. Nosotros pensando en tener la ropa de moda y video juegos, quejándonos de la comida de la escuela y ella ni siquiera comía a diario. Yo me quejaba del frío de Osorno y ella debía soportar los helados inviernos en Alemania sin tener ni ropa para cubrirse.

La Pierina era un testimonio de la crueldad de la humanidad. Era el rostro verdadero de la guerra. Era un libro vivo con sus páginas escritas con sangre y lágrimas. Era una niña que nunca volvió a ver a sus padres, que apenas recuerda su nombre verdadero, que escucha lejanos los cantos de su tierra, que olvidó por completo el nombre de su pueblo natal. Es y siempre será una mujer a la que le robaron su destino, su identidad y el derecho de vivir en paz.

Cuando ya llevábamos unos años viviendo en Osorno y me estaba acostumbrando a la vida del sur, a mi madre le detectaron cáncer y, como Chile es un país tan centralizado, tuvimos que volver a Santiago para contar con mejores opciones médicas.

Nos despedimos de la Pierina, que debe haber tenido unos 78 años en ese entonces, y nunca volvimos a saber de ella.

Sólo pido que los años no me roben sus recuerdos y, si la vida es generosa, espero verla una vez más para regalarle los cantos de su tierra que para ella aprendí.

REGIÓN DE VALPARAÍSO

POR QUÉ EL DIABLO MURIÓ EN PETORCA

Fernando Guajardo Zenteno (63 años)

Profesor

Cabildo

Segundo lugar regional

El abuelo Marcelino se acomodó en la silla. Apoyó fuertemente en su rodilla la guitarra y empezó a rasguitarla dando forma a los compases de una cueca. Enseguida levantó su mentón a la altura del micrófono y con fuerza verseó:

El diablo murió en Petorca.

y en la Ligua lo enterraron

y el velorio que le hicieron

de las b... lo colgaron.

Finalizado los versos muchos rieron maliciosamente, pero él, le propinó un fuerte golpe a las cuerdas de la guitarra, silenciándola completamente y preguntó:

—¿Saben ustedes por qué el diablo murió en Petorca?

Algunos de los concurrentes a la peña folclórica organizada por el “Club Deportivo Triunfo Campesino” ese día sábado se miraron, encogieron los hombros y hasta movieron la cabeza en señal de negativa.

—Bueno —dijo—. Yo les voy a contar a ustedes una versión que se la escuché por allá en los años del ñauca a mi compadre Faustino y dice así: Hace

muchísimo tiempo atrás, el pueblo minero de Petorca tuvo su época de oro. Eran muchos los afuerinos que llegaban allí en busca de trabajo por lo que pronto, bailes, juegos y apuestas surgieron fruto de la prosperidad de la zona. Cuentan que cierto día llegó a este pueblo un hombre muy apuesto, vestido todo de negro. Su traje, su sombrero y hasta la bufanda que siempre cubría gran parte de su cara eran de ese color. Dicen que este personaje rápidamente demostró gran pericia en los juegos y siempre ganaba por lo que los lugareños comenzaron a sospechar de él y no faltaron los que empezaron a urdir un posible asalto. Una noche, estando ya muy avanzada, el hombre montó su caballo y se alejó en dirección a la Ñipa, sin percatarse que dos parroquianos lo seguían de cerca. Recorrido ya un buen trecho del camino, el misterioso jugador se detuvo en una piedra que tiene forma de tinaja (y que actualmente se conoce como la tinaja del diablo) y ahí, bajo ella, guardó todo lo ganado. Los dos hombres, sintieron una extraña sensación de temor al observar las maniobras que realizó y, de inmediato se volvieron al pueblo de Petorca mientras él se alejaba rumbo a la localidad vecina de Hierro Viejo.

La vida continuó en el pueblo y transcurría en medio de fiestas y lujurias. Cada cierto tiempo aparecía el extraño personaje y volvía a ganarles el dinero y las pepas de oro a todos los que se atrevían a jugar con él. Lo ocultaba en el mismo lugar y siempre vigilado por los dos hombres. Hasta que una noche ellos se adelantaron en el camino y lo esperaron muy ocultos en la sombra de la piedra. Muy pronto lo sintieron llegar y, sin perder ni un minuto de tiempo, se abalanzaron sobre él para asaltarlo. Pero, al oponer resistencia ya que era muy bueno para los combos, uno de ellos sacó un puñal y se lo clavó en el corazón. Ahí quedó el misterioso hombre botado cerca de la piedra.

Al registrar al tipo y quitarle el sombrero y la bufanda que siempre ocultaba gran parte de su

rostro, vieron con estupor que se trataba de un famoso tahúr apodado “El Diablo” que recorría el Valle de Petorca, demostrando su habilidad en el juego.

—Así nació esta leyenda, versión que se la escuché a mi compadre Faustino por allá en los años del ñauca —dijo el abuelo Marcelino y lentamente se retiró del micrófono mientras decía:

El diablo murió en Petorca.

y en la Ligua lo enterraron

y el velorio que le hicieron

de las b... lo colgaron.

REGIÓN DE VALPARAÍSO

EL CANTO MALDITO

Claudia Angélica Sánchez Corvalan (38 años)

Secretaria

Los Andes

Tercer lugar regional

Corvalán temblaba. Sabía que esa era la última noche. Se acomodó el abrigo y se dispuso a empezar su ronda.

—Oiga, cumpa —llamó una voz a sus espaldas. Corvalán giró lentamente y con la cabeza indicó a su colega que continuara—. Tenga cuidado, ya sabe lo que dicen.

Asintiendo, Corvalán retomó su camino. Lo sabía, todos lo sabían. Algunos creían, otros no. Pero a él no le quedaba más opción. En los años 60 no cualquiera podía estudiar y debía sentirse agradecido por tener este empleo.

No se fue cantando como de costumbre. Como guardia de la plantación, no podía permitir que su voz sonara temblorosa. Podría excusarse con el frío, pero sabía que el temblor de su cuerpo no se debía a las heladas temperaturas invernales de Los Andes si no al inminente encuentro de esa noche.

Desde que era niño había oído del cantar maldito, al igual que todos los niños que escuchaban a los adultos después de haber sido enviados a la cama. La historia contaba que cuando le hacían daño a un brujo, éste adoptaba la forma de pájaro por las

noches y cantaba cerca de la casa de su agresor hasta enfermarlo. El canto se prolongaba por toda una semana hasta que el enfermo ya no tenía energía para seguir viviendo y moría.

Algunos insistían en llamarlo el Tué Tué pero nadie había visto un ave con esa descripción. Corvalán podría ser ignorante académicamente, pero conocía las aves de la zona. Había vivido allí toda su vida, así que sabía identificarlas por el canto y la apariencia. Esa fue la razón por la que cambiaron su ronda habitual por la fábrica de cáñamo, a vigilar la plantación, para que disparara al pájaro que estaba matando al hijo del patroncito.

Los negocios no habían estado bien y los despidos no fueron por avaricia de los jefes sino por fuerza mayor. Al menos Corvalán pensaba eso. El patroncito nunca había mostrado señales de ser una mala persona. Era justo con los trabajadores y, a veces, agregaba dinero de su bolsillo para los regalos de Navidad de los hijos de los empleados. Poner una sonrisa en los rostros infantiles había sido suficiente para que Corvalán jurara lealtad al hombre.

Sin embargo, entre aquellos que perdieron sus trabajos, hubo alguien que pactó con un brujo para castigar al patroncito. Desde el día en que esos colegas se fueron desempleados, temerosos y enojados, un pájaro comenzó a cantar por las noches en la plantación de cáñamo. Desde hacía seis días que el pájaro cantaba sin falta y desde hacía seis días que el hijo del patroncito, un pequeñito de ocho años, había estado enfermo.

Hoy era el séptimo día, el último día del canto maldito. Corvalán debía vigilar la plantación de cáñamo y disparar a cualquier pájaro que no conociera.

Su cuerpo temblaba, estaba helado y nervioso. La noche estaba extrañamente más oscura de lo habitual. Las nubes en el cielo cubrían cualquier rastro de luz, dejándolo solo a merced de sus instintos. Todo parecía moverse en cámara lenta. No podía calcular el tiempo porque las estrellas estaban cubiertas y no ganaba lo suficiente como para comprar un reloj, pero lo sabía, lo sentía en cada fibra de su ser.

El silencio era más intenso esa noche. Parecía que todo el mundo aguardaba el cantar maldito y el posterior balazo que lo acabaría. Pero nada ocurría. Corvalán continuó su ronda. Caminaba a paso lento, escopeta en mano, con el oído aguzado en busca de cualquier cosa extraña, pero no oía nada más que el ruido de sus zapatos contra el suelo. Ni los perros aullaban, ni los grillos cantaban. No había nada.

“Esto no está bien”, dijo en su mente, pero no podía abandonar su puesto de trabajo y continuó caminando a paso lento, entrecerrando los ojos para ver mejor. Cuando no soportó más el frío, regresó

a la portería donde el cumpa lo recibió en silencio, ofreciéndole la *choca*¹ caliente. Estaba inusualmente silencioso y sus manos temblaban levemente.

—¿Está bien, cumpa? —preguntó Corvalán después de dar dos sorbos a su bebida, sintiendo de inmediato los efectos del cálido brebaje en su cuerpo.

El hombre frente a él negó con la cabeza y apretó el ceño:

—El hijo del patroncito falleció.

Corvalán dejó la choca en la mesa y tragó pesado.

—¿Cómo lo supo?

—Mi ñiora vino a contarme. El Tué Tué no cantó aquí, en la plantación. Cantó encima de la casa del patroncito. Se llevó al niño en un santiamén —dijo con voz ronca. Podía ser un hombre de campo, pero también tenía hijos y comprendía la pena del jefe.

Corvalán no bebió más, tomó su escopeta y volvió a la plantación.

Las matas de cáñamo eran casi tan altas como él. Parecía que habían esperado a que se enterara de la noticia para recuperar la vida. Comenzaron a balancearse al compás del viento que emitió su ulular característico. Los grillos también entonaron su melodía nocturna y, a lo lejos, un par de perros ladraba a un gato chillón. La vida había vuelto a la plantación, pero una vida había partido de este mundo.

Corvalán no fue testigo del canto maldito, pero sintió su poder, porque la muerte con su capa fría pasó junto a él esa noche.

1 Choca: Taza de lata que se ponía en el fuego para mantener el té caliente (nota del autor).

REGIÓN METROPOLITANA

HUACHO

Leonel Antonio Huerta Sierra (52 años)

Vendedor

Calera de Tango

Segundo lugar regional

Durante el siglo XIX, los niños indigentes vivieron envueltos en incesantes oleajes de violencia. Violencia de todo tipo. A toda hora. De día, de noche. Violencia estúpida. Violencia asesina. Violencia ambiental.

Gabriel Salazar

No sé cuántos años tengo, pero parece que entre seis y ocho. No conozco a mi verdadera mamá, la que me cuida es la Lela. Mi nombre es Juan; pero todos me llaman Huachito porque no tengo papá ni mamá. Ella murió cuando yo nací y como nunca la vi no me acuerdo de nada, a veces cuando me siento triste, hablamos y le pido que me haga cariño. Entonces algunas noches antes de dormir, siento que una mano pasa muy lentamente por mi cabeza. Me contaron que tengo dos hermanas de sangre y que nos repartieron a los tres. A mí me mandaron con el tío Joaquín y la tía Antonia porque ellos solo tenían hijas mujeres y necesitaban un hombre para que ayudara con el trabajo.

Vivimos a unos cincuenta kilómetros de Illapel hacia la cordillera. No conozco la ciudad, pero me han dicho que es grande y que ya tienen eso que llaman luz eléctrica, aquí a pura vela no más y para calentar la pieza la Lela prende el brasero. Primero pone un poco de pasto seco y luego unas ramitas de espino y al final el carbón. Pongo mucha atención porque quiero aprender, veo que a ella le cuesta

arrodillarse, soplar y después se queja durante un buen rato de dolor de espalda, así que por lo menos llevo el fuego a la pieza. Para dormir la Lela y yo ocupamos la misma cama, lo único malo de la abuela es que ronca y por eso me debo apurar y quedarme dormido primero, si no después me cuesta mucho. También dejamos abierta la puerta; no completa pero si un poco. La Lela me contó una vez que alguien había muerto por culpa del humo.

Desayuno un pan con queso y una taza de ulpo. Lela me viste y cuando estoy cerca del rebaño es cuando comienzo a despertar. Hoy tengo mucho sueño porque la abuela roncó toda la noche así que dormí muy mal. Mi trabajo es darle comida y agua a las cabras y después llevarlas al cerro. La Lela dice que soy un pastor y que es un trabajo muy importante, pues si nadie cuida a los animales no tendríamos leche, queso y carne. Hoy me puse un chaleco, me queda un poco grande, eso es bueno porque puedo poner mis manos dentro de las mangas y así paso menos frío. Junto con mi perro Blanco, él es muy negro y muy buen cuidador, tomamos camino

hacia el cerro y nos quedamos arriba hasta la hora de almuerzo. Durante la tarde estuvimos jugando. Yo le tiraba un palo y él lo traía, después estuve haciendo figuras con ramas. Siempre estoy mirando a las cabras, no sé cuántas llevo, no sé contar, pero si las miro las recuerdo una a una, a veces las más chicas se me olvidan, pero siempre vuelvo con todas.

No aguanté y me quedé dormido. Desperté cuando el sol ya estaba muy alto y la hora de almuerzo ya había pasado. Llegué cuando todos se estaban levantando de la mesa, pero la Lela me había guardado un plato de papas con mote; rico. Estaba terminando de almorzar y aparece el tío Joaquín. No me dijo nada y me agarro de las mechas, me llevó hasta el corral, “cuenta las cabras huacho, ¿cuántas hay?”. No sé contar y él me seguía tirando el pelo. “Falta una, huacho mal nacido, ninguna se puede perder, lo único que haces en esta casa es cuidar a las cabras y lo haces mal”. Me tiró al suelo y me dio una patada muy fuerte en el estómago.

Con la correa me dio en las nalgas durante un rato, fueron muchos correazos. “No más, por favor”, él seguía con los golpes, gritando: “Huacho, no eres más que basura, no sirves para nada”, y no paraba, no paraba. “La próxima vez que pierdas una cabra, huacho de porquería, te mato” y entonces terminó de pegarme. La Lela me llevó en brazos a la pieza, mi cara estaba llena de lágrimas y solo me acordaba de mi mamá. No sé cuánto rato estuve así abrazado a la abuela hasta que el sueño me venció.

Después de unos días y cuando ya podía caminar mejor llevé las cabras al cerro, otra vez con Blanco, pero haciendo el recorrido muy despacio. Ahí estuve toda la mañana, muy atento. No sé qué paso pero faltaba una, el tío Joaquín me va a pegar otra vez, esta vez me matará. Hasta que se hizo tarde y no la pude encontrar, entonces escuché los gritos, venían por mí. “Me va a matar, no quiero que me pegue otra vez”. Tomé una soga, la pasé por la rama y luego por mi cuello.

REGIÓN METROPOLITANA

LA MINGA

Antonio Alejandro Torres Miranda (21 años)

Estudiante

Santiago

Tercer lugar regional

En medio de una asamblea por la construcción del puente Chacao, un hombre viejo levanta la mano y pide la opinión rompiendo el sonido de la sala:

—Propongo que empujemos Chiloé a otra parte.

Los demás lugareños dejaron de impugnarse. Llevaban una buena cantidad de horas en ese despelote entre el combo seco del progreso y la oposición. Unos en realidad estaban hartos de los viajes en barco. Algunos planteaban que ese mecer de guagua era algo desagradable para sus estómagos. En ese momento de pretender ignorar y seguir la riña el viejo vuelve a levantar la mano, esta vez exclamando:

—¡Hagamos una minga!; No necesitamos puentes!

Se armó un desplome. El viejo era el chanco seis que permanecía de pie y hacía coincidir cada pieza en su lugar. Bastó solo el empujón de uno tras la estufa que con los brazos levantados gritó emocionado: “¡Eso era lo que debimos hacer desde un principio!”

La gente estaba cansada de pelear y una idea tan absurda, aunque bella como esa, les revivió de pronto, esa brasa apagada del corazón.

Caipillán puso sobre la mesa unos planos y juntó una tonelada de sus libros de mitos que él mismo escribía. Arrancó algunas páginas y las ordenó, de modo que formaban un imaginario de lo que podría ser el proyecto. De aquí y allá, algunas ideas bastante buenas. Las primeras ideas resultaban rudimentarias, amarrar la isla con un gancho y arrastrarla por el mar con botes y lanchas no parecía cuajar.

Caipillán sugirió construir un arca, sin embargo no parecía lucir bien estéticamente ni funcionar bien hidrodinámicamente. La idea de agregar aletas al inmenso trozo de tierra, aunque resultaba poético, tampoco parecía factible. En realidad nada parecía posible por la magnitud de la minga, lo único que parecía dar solución a todo era darle independencia a la isla, tal vez con alguna función que permitiese a la gente librarse de un remo monumental.

Se llamó a todos los egresados de carreras tecnológicas, ingenieros, arquitectos y masters en robótica que en algún punto de sus vidas tuvieron que viajar al continente a ganarse la vida. Todos chilotos, con gorro en vez de casco y la cabeza llena de sueños. De un día para otro, luego de los temporales, la isla se había transformado en una

minga de ocho mil kilómetros de superficie. Una palanca accionaba una polea, los alcaldes de las comunas dieron inauguración al evento bajando el artefacto y dando inicio a la maquinaria. Unos engranajes hacían que la isla prácticamente fuera pilotada desde un timón, en el centro de Castro, desde una cabina de una vieja barca chonchina.

El proyecto duró por muchísimos años y se fue prolongando más y más, y a medida que la isla visitaba otros continentes, el mundo se iba achilotando, y los chilotes se iban diversificando. El amor inevitablemente los juntó y era imposible no ver después de esos viajes a grandes genios involucrarse luego en el proyecto de la colosal minga isleña. Con el tiempo se le fueron agregando turbinas. La isla se desplazaba a impulsos de distintas materias primas proporcionadas por las algas. En un tiempo se conocería a la isla como el gran cangrejo, pues adoptaría grandes patas mecánicas que acabarían por permitirles mover su cultura a los núcleos más apartados del océano. Los propulsores y las patas fueron el principio.

Un filósofo chilote-francés divagaría luego sobre la identidad, qué es lo que les hacía únicos, y qué importancia tenía aquello en una época en que una isla a lo lejos podía ser llamada araña y caminar a ocho patas en un planeta hermoso que nunca necesitó nada de eso. Quiso entonces proteger cruelmente lo que se había construido. Propuso a los ingenieros el gran domo de oxígeno, así que, ¿por qué no?, pensaron. La idea partiría en dos

nuevamente la sala. Sin embargo, a alguien más se le ocurrió que esta suerte de aislamiento en realidad era un paso hacia una profundidad aún más bella que la de los viajes terrestres. Con el domo construido y los propulsores reprogramados, se inició esta vez un viaje extra terrestre hacia otros mundos, pero un viaje de reencuentro, según postularon en algún instante.

Chiloé viajaría en el espacio, impulsado por algo aún más potente que el simple combustible. El amor se quemaba a chorro bajo los troncos y se hacía cada vez más elástico. La gente observaba el espectáculo desde sus propios pies y a esa altura, más que Chiloé, parecía un inmenso palafito volador, que fue eyectado con la fuerza de un géiser hacia alguna galaxia. Una niña pensó que parecía más una caña de pescar con el anzuelo atorado al anillo de Saturno, y en ese caso era romper el lienzo, o ir a ver por qué se atoró y desatascarlo.

El capitán Caicheo vio con melancolía el pequeño punto desaparecer, allí, donde algún instante diminuto estuvo su isla, y cerró los ojos para no alarmar a sus hijos, pensando a dónde llevará al curanto, al Trauco, a los indios pícaros, o qué pescarían a donde fuera que fuesen, aunque tenía claro que aquello no era un aislamiento, ni una derrota a lo que se consideraba el límite entre lo humano y lo robótico, pues sabía que partirían de viaje. Esta vez, a conocer sus verdaderas raíces, aquellas que reposan como bebé, en lo más profundo y recóndito del espacio.

REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS

EL TELAR DEL ALMA

Tatiana Alejandra Farias Ortiz (38 años)

Escritora, historiadora y tejedora

Rancagua

Primer lugar regional

Mi abuela me enseñó a tejer. Durante todos los años de mi infancia la vi mover los hilos con sus manos eternamente arrugadas. Acariciándolos con cuidado de santo, reverencial casi, iba ella levantando y apretando, armando y tejiendo en un tiempo ajeno al mundo.

“Moviendo las manos no hay penas”, decía ella, y estaba tan convencida de eso que cuando enviudó, después de 53 años de matrimonio, pasó su luto tejiendo la manta de su dolor. Antes de morir, pidió que la amortajáramos con ella porque quería verse linda cuando se encontrara con su viejo.

Aprendió a tejer de su madre, y de la madre de ella y ella de su madre también, y así, hasta el principio de los tiempos. Me contaba que antiguamente los ponchos y mantas corraleras eran más largas, que debían tapar las manos del huaso al correr y se usaban de soslayo, tal como lo hacía don Ramón Cardemil, el epítome de la elegancia patronal. Esto obligaba a las chamanteras a poner especial cuidado en el embarrilado. “No como ahora”, decía, “que les ha dado por usar la manta más corta, pura tontera de modas traídas de afuera”. Pero seguía tejiendo.

Fajas rojas y anchas, eternas, porque daban dos vueltas alrededor del hombre para sujetar la riñonada. Mantas sencillas con franjas de colores para la faena diaria y los hermosos chamantos, decorados con parras, espigas o copihues en tres mil hilos mezclados con sabiduría, brotaron de sus manos. “Cada manta me cuesta una parición”, alegaba ella dándole con fuerza a la paleta, apretando bien firme la trama, el secreto de la calidad.

Heredé su casa junto a un arroyo hermoso. Sentada en la banqueta del telar, miro a través de la ventana sin vidrio y tengo una visión completa del patio de tierra apisonada, el horno de barro que cocina los mejores pasteles de choclo y la parra cubriendo todo con su sombra: frescos para el verano, refugio para el invierno.

La urdiembre la tengo lista y voy tocando suavemente los miles de hilos finísimos y delicados que sostendrán mi dolor. El fracaso de mi matrimonio me rompió todos los huesos, me mojó como agua sucia y debo sacudirme si quiero seguir. Pero si mi abuela sobrevivió a ocho partos, dos

hijos muertos y la viudez después de toda una vida, algo debe tener este telar que la mantuvo entera. La siento a ella en mi sangre.

Comienzo a pasar los hilos de contraste una y otra vez, en un viaje completo de ida y vuelta sempiterno y no me doy cuenta cómo pasa la hora y oscurece poco a poco. Al encender una vela veo a mi abuela ahí, sentada a mi lado. Me comparte

su mate mientras la paleta de corazón de espino sigue golpeando y apretando. Me va indicando las combinaciones y colores para el mejor tejido. Sí, el divorcio me hizo pedazos pero quiero rearmarme como ella, tejiéndome un nuevo corazón, con su día y con su noche igual que un tejido, porque la vida es así, pero más firme, eterno y hermoso como las mantas bellas que hacía mi abuela.

REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS

ELLA

Emilio Enrique Jorquera Jorquera (18 años)

Estudiante

San Vicente

Segundo lugar regional

Todo empezaba al alborar. Las estrellas comenzaban a difuminarse en el gran lago del celeste cielo. Los pájaros estaban despertando para seguir componiendo música y continuar armando sus nidos en la cúspide de los sauces, mientras que el gran gallo sacudiendo el polvo y los gorupos¹ de su cuerpo, alzó su voz...

Pero a ella no la despertaba el canto apasionado del gallo. A ella la despertaban los sueños de ver a sus hijos estudiando y que nada les faltase. Sus manos ásperas y sus uñas con tierra tomaban la tetera pa' tomarse un tecito tempranito por la mañana pa' calentar el corazón y el alma, un pancito tostado con margarina pa' la fatiga y vamos en marcha pa' trabajo.

Se montaba en una bicicleta más vieja que el hilo negro. Amarillo oxidado era el color de la "llamativa" bicicleta. Le rechinaban las ruedas por falta de aceite pero a ella no le importaba. Lo que le importaba realmente era llegar a trabajar y nada más.

Pedaleo tras pedaleo iba dejando atrás sus sueños. Por el camino de maicillo, los pequeños granitos iban danzando mientras ella los iba pisando con las ruedas de la bicicleta. Pasaban camiones y tractores, y levantaban una polvareda que se elevaba como incienso pa' cielo. Sus ojos lagañosos y cansados se llenaban de tierra pero ella seguía a través de la niebla polvorienta que tenía por delante.

Al llegar la esperaban unas amigas que pa' comenzar el día, contaban un cahuín pa' llenar sus bocas de risas y que la jornada no marchitase su humor ni su espíritu. Luego cada una se adentraba en una hilera... Y ella ya estaba ahí, entre medio de las plantas de tomates. A simple vista ella no se notaba pero si se observaba con detención, se veía su cabeza en medio de las hileras de tomates, con su cabello corto y alguna que otra cana que como maleza iba creciendo. Las horas pasaban y el trabajo en la mañana no era tan extenuante, mas ya en la tarde, la cosa se ponía ardua.

1 Gorupos: Parásitos de las aves (nota del editor).

La sirena de los bomberos que sonaba a las doce, se escuchaba a lo lejos, y ellos al igual que ellas, entre historias y chistes, se disponían a compartir el descanso bajo la sombra de la ramada. No comían mucho porque con el calor podían vomitar así que con el estómago a medio llenar y con un cigarro entre los dedos, algunos calmaban la ansiedad. Ella también lo hacía de esa forma. En un momento dado, todos sentían el cálido viento de verano golpear sus rostros sudorosos y sentían por un instante como si la vida se les fuese, pero se les pasaba rápido. Era cosa de que vieran sus relojes y que faltaran cinco minutos pa' las dos para que sus almas les regresasen a sus cuerpos.

Se acomodaban la ropa, los gorros y a sumergirse en las hileras otra vez. Un tomate más que se cortaba era un espacio menos en la caja para que se llenara, pensaban todos. Algunas veces ella tambaleaba mientras estaba agachada buscando y escudriñando las hojas para encontrar los tomates. Recordaba que el alimento de las bocas de su familia, dependía del sudor y los tomates que se encontraban en las plantas, así que con más ánimo seguía. Al final de cada hilera se sentaba en el pasto y con su yoki se aventaba aire en la cara para apalea la insoportable calor, y volvía a sumergirse en la hilera otra vez. Y otra vez. Y otra vez.

Las seis de la tarde era la hora más feliz en su vida. Era la hora de por fin volver a casa. Se despedía de

los que quedaban seleccionando los tomates y a sus amigas les decía:

—Nos vemos mañana.

Buscaba la bicicleta, pero no se subía a ella. La llevaba consigo caminando porque no le quedaban ni fuerzas para pedalear.

Al llegar a casa veía que sus hijos le salían a su encuentro y la abrazaban, y en ese momento no importaba que estuviera sudada o que tuviera el hedor impregnado de las plantas de tomate en su ropa y en su piel. Al finalizar el cariñoso saludo, uno le iba a dejar la bicicleta donde siempre se guardaba mientras que otro ponía la tetera y en un sartén comenzaba a freír un par de huevos. Ella se sentía feliz porque sus hijos la atendían. Mientras esperaba que la tetera hirviera se desplomaba en la cama con el vientre abrazando el colchón.

Su hijo más pequeño se acercó a la cama donde estaba tendida y le preguntó casi balbuceando, dado que todavía no dominaba el habla:

—Mami ¿por qué tienes tu cara quemada?

Ella, cansada, hizo un enorme esfuerzo para sentarse en la cama. Tomó las pequeñas manos de su hijo y le dijo:

—Lo hago para que tú no tengas que quemarte la tuya, hijo mío.

REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS

LA INSURRECCIÓN

Gustavo Andrés Leyton Herrera (30 años)

Estudiante

Pichilemu

Tercer lugar regional

En su camioneta Ford del 71, Clemente atravesó la calle pedregosa de San Andrés y no le gustó lo que vio. Muchas de las casas de adobe se encontraban en una situación de deterioro. La central de correos tenía las puertas cerradas y el frontis de la antiquísima capilla del pueblo lucía chamuscado. Clemente manejó unos metros más hasta llegar a su casa resguardada por un portón de metal. Estacionó la camioneta en el garaje situado a un costado de la vivienda, caminó por un pasillo serpenteado por pilares barnizados, miró las acacias y el pasto corto del jardín, entró en el comedor —que tenía paredes añiles con pinturas bucólicas, un teléfono sobre una mesilla y un mueble rinconero— y se sentó en la cabecera de una mesa rústica.

Gabriela, una mujer vieja y atizada, abrió la puerta de la cocina, se acercó a la mesa y dejó una bandeja de mimbre que contenía un plato de arroz con carne de vacuno, vino tinto y una copa. Clemente carraspeó, se puso una servilleta en el cuello y agradeció a Gabriela con un asentimiento de cabeza. Mientras cortaba la carne con un cuchillo filudo, Clemente escuchó voces fuera de la casa. Se paró y miró por la ventana. Las acacias se balanceaban debido a un viento súbito. Nada fuera de lo habitual. Volvió a

sentarse y engulló lo que quedaba de la comida. Cuando Gabriela apareció para recoger los platos, Clemente le preguntó si había visto gente extraña en las cercanías de la casa.

Antes de que Gabriela pudiese responderle, el teléfono de la mesilla sonó con estridencia. Cuando Clemente tomó el auricular y contestó con un poco convincente “aló”, Gabriela se retiró a la cocina. Al otro lado de la línea telefónica, Clemente escuchó la voz de Luis, su hermano menor que vivía en las proximidades de San Andrés. Luis quería informarle que los campesinos se organizaban para adueñarse de los terrenos familiares, pero Clemente no alcanzó a escuchar bien. La comunicación se entrecortó hasta perderse en una bruma de sonido ininteligible, así que resolvió colgar el teléfono.

Mientras observaba con reiteración el jardín, Clemente llenó la copa con vino tinto. En la cocina, Gabriela lavaba la loza. Con inquietud se aproximó hasta el mueble rinconero, sacó una cajetilla de cigarros y se retiró a su dormitorio a pocos metros de distancia. Fumó un cigarro y sacó el álbum familiar del closet. Luego se recostó en la cama de dos plazas, apagó el cigarro en el cenicero puesto sobre el velador y comenzó a examinar el álbum.

En una de las hojas plastificadas observó la foto de Claudia, su mujer, quien miraba hacia la cámara, sonriente. En otra instantánea, Claudia tomaba en brazos a Nicolás, el hijo de ambos. Ambos habían muerto en un accidente aéreo. En ese momento, Clemente escuchó golpeteos rápidos en la puerta. Era Gabriela.

El hombre se paró de la cama, dejó el álbum en el velador y se acercó a la puerta. Cuando abrió, vio que Gabriela vestía un traje negro y en uno de sus hombros llevaba un bolso de lana. Ella le dijo que estaría con una tía, a unos cinco kilómetros al norte de San Andrés. Clemente aceptó con ciertas reservas, pero le deseó buena suerte a la mujer. Gabriela agradeció el gesto y avisó que pronto estaría de regreso. Más tarde, en plena soledad, Clemente extrajo una biblia de un cajón del velador y la leyó durante dos horas. Uno de los pasajes —Lucas-6:27-29— llamó su atención: “Hagan bien a quienes los odian, bendigan a quienes los maldicen, oren por quienes los insultan”.

Al terminar de leer esta frase escuchó ruidos afuera y salió de la habitación. En San Andrés ya anochece. Al otro lado del portón, unos cinco hombres encapuchados lo llamaron por su nombre. Clemente dirigió su vista hacia los hombres anónimos, sin identidad. De pronto, los sujetos comenzaron a patear el portón con violencia. Clemente se tropezó producto de los nervios. Cuando pudo reponerse,

un par de encapuchados trepó la reja y pasó al otro lado. Sin perder el tiempo, Clemente corrió por el pasillo, llegó al garaje, subió a la camioneta Ford, la echó a andar en medio del jardín y derribó el portón.

Uno de los hombres alcanzó a lanzarle un guijarro a la camioneta, destruyendo la ventana trasera. Al ver lo que acontecía por el espejo retrovisor, Clemente se percató de que los hombres encendían antorchas y quemaban las acacias del jardín. Hizo un amago de volver, pero al oír las voces guturales de los sujetos, decidió marcharse. En la calle de San Andrés, Clemente cruzó los hogares silenciosos y la capilla quemada. Apagó las luces delanteras de la camioneta, aceleró hasta el fondo y tomó un atajo nortino, bordeado por álamos frondosos.

En su trayecto frenético, Clemente sintió un golpe que estremeció a la camioneta. Escuchó un alarido quejumbroso. Supo al instante que había chocado a una persona. Más adelante se detuvo y bajó, azorado. Descubrió que la persona atropellada era Gabriela, quien yacía en el suelo, ensangrentada y con las piernas magulladas. A pesar de que ella lo había reconocido, Clemente decidió regresar a la camioneta y continuar por el sendero. Prendió la radio de la camioneta, dejándolo en una estación de noticias y condujo por otra senda en la que jamás había estado para perderse en la noche.

REGIÓN DEL MAULE

EL VIAJE DEL CACIQUE TENO AL HUELÉN

Jorge Eduardo Uribe Ghigliotto (60 años)

Administrativo DAEM Teno

Teno

Primer lugar regional

Cuando los barbudos hombres de Diego de Almagro abandonaron el valle de Chile en el año de 1536 para volver al norte, desilusionados porque el país no tenía oro y dejando a su paso un reguero de dolor y muerte entre los indígenas, los naturales creyeron erróneamente que aquella pesadilla había llegado a su fin. En realidad, la milenaria paz tenina¹ se había terminado para siempre.

Otro hombre, más empecinado aún que el hirsuto Diego de Almagro y su explorador Gómez de Alvarado, que los teninos vieron una vez en su avance hacia el sur, había llegado a Chile con más gente, con más caballos, con más indios *yanaconas*² y, lo más difícil de aceptar, era un peninsular dispuesto a quedarse.

Las huestes de Pedro de Valdivia, acampadas junto al Huelén a las orillas del río Mapocho, venían a cumplir un destino histórico. De hecho, por medio de sus indios hechos prisioneros... y soltados a propósito para que informaran al cacique Teno y a los *lonkos*³, se entera éste que Valdivia ha convocado a un parlamento para los primeros días de febrero a todos los caciques del valle central de Chile.

Por tanto, al amanecer del día tras la primera luna llena, Tennhu, nombre de antes y que se lo cambiaran, decide emprender el viaje desde donde vivía en el actual sector de San Isidro junto a los cerros, envuelto en su toscos poncho, con su cabeza cubierta con pieles de animales y su arco de flechas cruzado en la espalda, además de su lanza fiel símbolo de su soberanía, acompañado de algunos de sus mocetones.

Decide en su primera parada reunirse con el cacique Aloande de Chimbarongo, su vecino, con quien ha tenido algunos problemas de caza menores, a fin de consultar mayores antecedentes del propósito de la cita. Sin embargo, Aloande hace algunas horas partió también al Huelén en el mismo objetivo. Sus hombres le informan que tras ellos, un pequeño grupo de indígenas se acerca. Más cerca, reconocen al cacique Gualemo de Lontué, quien también va a la reunión con tres de sus guerreros.

En Tinguiririca se enteran de la enfermedad del cacique Quintililica, enfermedad verdadera o inventada, no lo sabe, quien no podrá viajar y no tiene quien le reemplace de suficiente liderazgo.

1 Tenina: Gentilicio de Teno (nota del editor).

2 Yanacona: Indígenas que servían al conquistador español como cargadores, sirvientes o soldados (nota del editor).

3 Lonko: Cacique de una comunidad mapuche (nota del editor).

En el Cachapoal, son recibidos toscamente por el cacique Cachapoal y su heredero Elesoca, quienes les expresan su molestia por tener en el territorio a estos españoles barbispesos que han causado tanto daño y le manifiestan que él y su gente combatirán a los invasores y que no tienen que viajar a ninguna parte, porque no son siervos de nadie.

Tanto Teno como Gaulemo se esfuerzan en la ocasión por indicarle el enorme poderío de estos extraños seres que incluso han llegado a dominar a los inkas, sus anteriores gobernantes. Pero Cachapoal permanece en su negativa y los trata ofensivamente de timoratos, por lo que deciden dejarlo y continuar.

Teno y Gualemo son los únicos caciques curicanos que van al parlamento y al cruzar por otros pequeños poblados, conversan con otros indígenas del propósito del viaje, del temor y de la curiosidad que sienten. Todo el mundo conoce la noticia. Se dice que el campamento de Valdivia es un lugar diferente a todo lo visto hasta aquel día. Lleno de colores intensos y extraños, de ruidos profundos y bullicios, de banderas y pendones en donde se habla un idioma extraño y que sólo algunos entienden.

A la llegada al Huelén logran reunirse con otros caciques comarcanos y buscan conversar en reuniones secretas, sin la presencia siquiera de indios peruanos, intentando concertar algún plan. Son los meses en que el maíz está sin cosechar, por lo que es más conveniente hacerse los tontos y esperar. Por el momentola paz y no la acción es lo sensato, indican algunos caciques longevos a los más nuevos.

Después de varios días de esperar, se produce por fin el parlamento y Pedro de Valdivia se presenta montado ante ellos, resplandeciente como un dios en su armadura fulgurante. Su gente le acompaña con lanzas de hierro y extrañas armas a distancia, las que pueden separar el alma del cuerpo sin la necesidad de estar cerca. Visten casacas atadas a la cintura, un pantalón corto con una jareta⁴ a la rodilla y medias de lana. Sus cabezas van cubiertas con cascos de acero y muestran con orgullo sus corazas de mallas, como si estas fueran escamas duras de los extintos cocodrilos de Coquimbo. De su cinto cuelgan espadas, hay adargas⁵, etc. Algunos caciques se han sentado en piedras y troncos, otros, más jóvenes, en el suelo, mientras se observan unos a otros con miradas inteligentes.

Llega el momento en que un peludo importante habla y con voz áspera obliga al silencio. El hombre de a caballo, Valdivia, el líder como se rumorea, les habla en idioma español, desconocido para todos, de cosas extrañas como la fidelidad a un solo Dios, etc.

Un peruano, lenguaraz de los invasores europeos, les traduce al idioma inka que los caciques reconocen. Indican que Valdivia habla en nombre del Rey de España, mil veces más grande que cualquier inka, que las tierras son ahora de su propiedad, que no las entregará nunca y que no regresará jamás a su lugar de origen. Valdivia habla de la fundación de un nuevo pueblo, de cierta ciudad esplendorosa, de un Dios verdadero muy poderoso que no se ve, de la importancia de la fe cristiana y de la salvación eterna, de aprovechar la luz que ahora les llega a raudales.

4 Jareta: Pasador para pasar una cinta o cordón de seda con el fin de ajustar las piernas del pantalón a una altura determinada, en este caso, a la altura de la rodilla (nota del editor).

5 Adargas: Escudos de cuero, madera o metal para defenderse de los golpes de espada de los contrincantes (nota del editor).

El cacique Teno en cierto momento logra pararse y dar una mirada a los presentes. Están allí de la zona del Huelén, el gran Michimalonco, también inka y señor del valle del Mapocho; igualmente Colina, Apoquindo y Vitacura.

De territorios más al sur o hacia la costa, Teno observa a Melipilla, a Pico, a Lampa, a Maiponolipillán, a Talagante, a sus vecinos Aloande y a Cachapoal, este último que también decidió asistir después que meditara lo que junto a Gualemo le dijeran. Han concurrido también Peomo, de los indios Tagua-Tagua; Poangué y Apochane. Por sus hombres se entera que también están presentes Jaujalongo, Chingaimanque, Millacura y también Huara-Huara.

Cuando Pedro de Valdivia deja de hablar, se escucha el ruido infernal de los cañones que los españoles ponen en acción para demostrar su terrible poderío. Las balas de acero de los cañones derriban algunos árboles a la distancia, causando admiración en los caciques.

Los españoles se acercan al cacique Teno en cierto momento, mientras le tranquilizan los lenguaraces, señalándole que Valdivia está obsequiándole un cinturón, un pañuelo de color rojo intenso y algunas baratijas atractivas de vidrio y de colores. Le ofrecen chicha fermentada de maíz y un tipo de licor diferente, algo que nunca habían bebido, algo llamado vino. Este es de un color rojo oscuro intenso, semejante a la sangre coagulada, pero de muy agradable sabor, el que pronto les embriaga.

La borrachera es general entre los caciques, quienes no están acostumbrados a ese vino de los foráneos. Los españoles beben en forma moderada, pues no quieren experimentar sorpresas. Finalmente

los caciques asistentes al parlamento deciden dispersarse a sus tierras, guardando durante algunos días un significativo silencio ante los invasores.

Algunos caciques de carácter, como Michimalonco, Maiponolipillán y Cachapoal señalan que cosecharán tranquilos sus frutos para no tener hambre entre sus hombres y que después de aquello harán la guerra, que ésta será intensa, que se peleará con fiereza y que será decisiva, porque no se dejará rancho con paja en su techo, ni perro que les aülle.

Tanto Teno como Gualemo regresan por los estrechos senderos entre la intensa selva valdiviana, seguros que es imposible la rebelión contra estos invasores poderosos que poseen el rayo a distancia, que con sus caballos y sus lanzas pueden ejercer importante daño. Para qué hablar de sus cañones que vomitan fuego y de sus crueles espadas.

Una terrible inquietud les embarga y les cansa en el camino. Estos invasores son despiadados y poderosos. Son los demonios que han escapado de las profundidades volcánicas, los que ahora les hacen guerra, enfurecidos. Por más que beban de las cristalinas aguas de los arroyos o saboreen los *catutos*⁶ que sus mujeres les ofrecen en el camino, ni los patos que cazan ya les son sabrosos. Se ha ido para siempre la paz, al igual que la juventud.

La tradición cuenta que desde que Teno y Gualemo volvieron del parlamento en el cerro Huelén, su pelo se les tornó blanco y su sangre se les hizo más oscura. Sus hombres dicen que los cañones que se dispararon en la ocasión, tienen algo que ver en eso. Pero sus mujeres dicen que es el nuevo licor, el vino oscuro que bebieron, el que está maldito y el que los envejece más y más.

6 Catutos: Masa frita o cocida de origen mapuche a base de trigo cocido y molido, de forma plana y alargada, muy común en el sur hasta el día de hoy (nota del editor).

REGIÓN DEL MAULE

EL VELORIO DEL ANGELITO

Carlos Lorenzo Toloza Díaz (53 años)

Pensionado

Río Claro

Segundo lugar regional

Dos o tres pasajeros subieron al micro que tanto habían esperado. Carlos y sus hermanos se acomodaron en un asiento, casi uno sobre otro, justo frente a uno de los tres pasajeros que subieron. La primera en subir fue doña Filomena, una señora dedicada a la venta de flores. Sus calas eran las más codiciadas de Cumpeo. Carlos la vio y su mente recordó aquella tarde en que junto a su madre fue al funeral de Óscar, un niño que había muerto producto de una bronconeumonía.

El niño era hijo de la señora Graciela, una muy buena amiga de su madre. Carlos no se imaginaba a dónde se dirigía. Desde luego no era un paseo, pues estaba a punto de llover y no iban todos, o mejor dicho era el único. De hecho su madre quiso ir con él, pues era el más obediente de los hombres que tenía en casa. Ella se asomó a la calle y desde el balcón le dio la orden a Tomás, hermano del muchacho, de que le dijera al taxista que pasara por acá. Carlos escuchó esto y partió a lustrarse los zapatos, cosa que hacía cada vez que salía y además iría en taxi. Se quedó en la ventana sobre el balcón donde acostumbraba a tocar su flauta. Miró con atención hacia el norte

por sobre los techos bajos y divisó el auto que venía tal vez en dirección a su casa. El niño lo vio e inmediatamente corrió escaleras abajo anunciando que el taxi ya venía.

El coche se detuvo frente a su casa y un montón de niños corrió a curiosear. Era un auto negro y grande con dos ventanillas traseras similares a las de los barcos. Llevaba una parrilla en su parte posterior ajena al estado original del auto y puesta ahí para poder transportar las bolsas y paquetes que algunos clientes pudiesen llevar. Angélica, su madre, se acercó al móvil y le dijo al chofer que la llevara a Los Cerrillos. Guillermo, el conductor, le preguntó si iba al funeral y la señora movió la cabeza afirmativamente.

El taxi avanzó un par de cuadras y la señora le pidió que se detuviera para poder comprar un ramo de flores. El taxista obedeció y frenó justo frente a un patio en que cientos de calas sobresalían en el verde de los otros arbustos. Angélica acercó su mano a las calas y después de tomar una, le pidió a la florista el mejor ramo. Luego tomó otro de rosas,

y tomándole el olor a una de ellas, subió al auto y el viaje continuó. Carlos, arrodillado sobre el asiento trasero, miraba el camino y veía cómo unas gotas de lluvia comenzaban a caer sobre los potreros.

Lentamente el auto se detuvo frente a un portón donde un pequeño puente conducía a una casa de inmensos corredores. Un letrero con una caligrafía no muy pareja anunciaba: “Se vende cabritos” y aparecía un dibujo muy similar al que le dibujó el piloto del avión al Principito, posiblemente era obra del angelito que hoy estaba en el centro de todo lo que pasaba.

Un arco iris rayó el cielo y las nubes se pusieron rosadas. Entraron por el sendero flanqueado por tres hornos carboneros que aún humeaban, caminando sobre “chamizas” de espinos, por debajo de unos parrones de añosas parras. Debajo de un amplio galpón, un trío de hombres encendía una gran cantidad de carbón y más allá otros salaban un animal que colgaba sin cuero desde una alta viga. Al paso del niño y su madre, los hombres detuvieron sus labores y saludaron tímidamente con un “buenas tardes, señora Angélica”.

Entraron a la casa que era completamente de adobes emblanquecidos por cal y con grandes macetas floridas que colgaban de cuanto palo estuviese disponible. Más allá, unos cuantos gatos rondaban cerca de la cocina y allí, en una gran mesa, dos mujeres faenaban unas cuantas aves. Angélica saludó a ambas damas y se adentró en la casa que olía a esperma y flores. Allí había varias mujeres que entonaban cánticos, sentadas alrededor de una inmensa mesa. El mueble estaba cubierto con una sábana blanca y rodeado de calas y sobre éste, el cuerpo de Óscar vestido completamente de blanco, sentado sobre una sillita, con un ramo

de florecillas en la mano. A su lado y detrás de él, varias coronas de papel de colores y canastillos con otras florecillas blancas, cuatro cirios y una docena de velas alumbraban la pieza donde se encontraba el angelito.

Carlos recorrió con su mirada la pieza y reconoció a unas cuantas vecinas que acompañaban a la madre de Óscar. También se percató que no era el único niño que estaba allí: unos cuantos chiquillos vecinos habían venido a acompañar a sus madres. Al rato de escuchar cánticos y aprovechando que una señora invitó a los presentes a pasar a la mesa, ellos se fugaron al patio y pudieron husmear el sector buscando algo que les llamara la atención, cosa que no fue en absoluto difícil pues cada cosa que allí existía era una novedad.

Angélica permaneció allí hasta las ocho de la tarde y quedó de volver al día siguiente. El bocinazo del taxi hizo que se pusieran de pie las tres vecinas del Palomar. A pesar de su buen comportamiento, Carlos no fue el compañero de ella al día siguiente, sino que fue Tomás quien la acompañó. El velorio del angelito, que para los niños no produjo reacciones de tristeza como tampoco para los adultos, duró exactamente cinco días. Después de velarlo dos noches en casa de la señora Graciela y de servir tanta comida como tazas de café, vasos de mote con huesillos, caldo de ave y cuatro garrafas de vino, el angelito Óscar fue trasladado a casa de don Galvarino, quien lo atendió de la misma forma como lo hizo la señora Graciela ya que don Galvarino era el padrino del niño.

Por último el pequeño Óscar recibió las atenciones de su madrina, doña Auristela, quien agregó a las atenciones un novillito del año que la gente comió en el velorio regado con una buena chicha de

manzana y tres botellas de aguardiente. Se contó con alrededor de 330 personas que asistieron al velorio en las cuatro noches. Carlos se enteró de aquello porque cuando venía del colegio, se cruzó con el cortejo donde iba también Angélica. La carreta florida pasó frente al colegio con el cuerpo de Óscar dentro de un pequeño ataúd blanco cubierto de cientos de calas blancas y coronas de papel. Detrás,

un centenar de personas caminaba a pleno sol siguiendo los rezos con sus sombreros en el pecho y el sudor en sus frentes. Al paso del cortejo, los niños que salían del colegio se persignaban y guardaban un respeto admirable.

Permaneció un rato inmóvil, tal vez meditando y luego volvió a su viaje y a sus hermanos.

REGIÓN DEL MAULE

ENTRE VEGAS Y TUMBAS

Franco Manuel Fornachiari Astudillo (28 años)

Estudiante de Pedagogía

Linares

Tercer lugar regional

Segundo Ñancuil y su hijo Mariano barrían con sus miradas el suelo, en búsqueda de las atalayas camaroneras. Cuando daban con una, llevaban la boca de la máquina para que besara el escondite de los siniestros camarones. Bombeaban una vez y retiraban a un lado con rapidez, soltando el contenido. Si del interior caía agua, repetían hasta tres veces. Si al cabo del tercer intento no hallaban los frutos de la vega, continuaban a la siguiente madriguera. Cuando daba frutos, solían caer de uno a tres camarones, los que protestaban blandiendo sus pinzas. Los Ñancuil recogían estos bichos y los arrojaban dentro de un balde. Luego continuaban con su cacería. Por mucho que recorrían observando minuciosamente la vega, y a pesar que no eran escasas las cuevas, era un mal día. Segundo comprendió que el lugar estaba repasado, por lo que decidió dirigirse al antiguo cementerio abandonado, pese a las protestas de su hijo.

Más allá de las húmedas moras y los susurrantes álamos que resguardaban el camino al cementerio, solo se divisaban espectrales siluetas, víctimas de la niebla que engullía el horizonte. Un espectral muro de adobe, engalanado de insolentes enredaderas que ocultaban los misterios del interior, se alzaba dando la bienvenida al cementerio.

—Sígueme —le dijo Segundo a su hijo, indicando una sección del muro. El padre repasó con una mano la espesa y húmeda enredadera, hasta dar con una abertura—. Por aquí —volvió a decir. Del otro lado del muro, la niebla ya se había apoderado de las tumbas y mausoleos—. Con cuidado, hijo, no los vayas a pisar —susurró Segundo. Mariano observó el suelo, sorprendiéndose. ¡Numerosos camarones de vega reptaban impúdicos!

—¡Esto es increíble, papá! —dijo—. De las veces que hemos venido, nunca antes vi tantos camarones.

La mirada de Segundo se fijó en Mariano.

—Silencio. No queremos atraer la atención de nada que ronde este lugar —le dijo el padre, en un tétrico tono. Mariano asintió. Luego Segundo se inclinó y recogió un camarón que se arrastraba con lentitud, enseñándoselo a su hijo y agregó, sonriendo—: Seguro nunca habías visto un bicho así de grande.

Mariano contempló el espécimen que, inútilmente, se esforzaba por liberarse.

Entre la espesura de la niebla los Ñancuil arrasaban con los crustáceos. Sin necesidad de máquinas, con las manos introducían directamente a los camarones en los baldes. Las musgosas tumbas y frías lápidas,

ocultas en la bruma, eran mudos testigos de la resistencia infructuosa que oponían los incautos crustáceos. Mariano, de vez en cuando, verificaba la posición de su padre, temeroso de extraviarse en la niebla espectral.

“Son cada vez más grandes”, pensó Mariano al ir recogiendo los camarones. Pero también le parecían cada vez más grandes las lápidas, mausoleos y tumbas. De pronto, vio por un instante pasar una criatura entre la niebla. Se detuvo a observar en silencio. Un camarón del tamaño de un gato asomó tras una tumba.

—¡Papá! —gritó Mariano sin contener la impresión.

—¿Qué ocurre, hijo?

—¡Mira ese bicho! ¡Es inmenso! —El padre no contuvo la expresión al ver aquel crustáceo arrastrándose como un alma en pena—. Si lo capturamos, papá, podría venderse muy caro. ¡Podríamos salir en las noticias!

Mientras Segundo trataba de comprender lo que veía, un pellizco en la pantorrilla lo dobló, soltando el balde que rebosaba en maldad.

—¡Me picó uno de estos bichos! —gritó, apartando de un golpe la criatura. Pero no era solo uno, ni dos. ¡Eran cientos de camarones surgiendo desde la niebla, y cada vez más enormes! El rostro de Mariano se convirtió en el horror mismo. Amparados por la niebla y la oscuridad, los camarones comenzaban a acechar a los Ñancuil. Pequeños ojos resplandecían en la bruma. Segundo tomó su máquina camaronesa y le asestó un brutal golpe a un camarón que acometía con la pinza.

—¡Larguémonos de aquí! —ordenó el padre.

Mariano, sin soltar el balde, corrió con su padre. El barrial le dificultaba el paso, y esa maldita niebla era cada vez más densa. Segundo no quería admitirlo, pero estaban extraviados en el cementerio. ¿Cómo era posible? Él lo conocía muy bien. Desde pequeño había ido, primero a visitar a sus abuelos, después a sus padres. No lograba divisar los muros. Lo único que veía, eran camarones cada vez más grandes que se arrastraban tras ellos.

—¡Allí, hijo, la muralla!

La desesperación les hizo apurar el paso. Al alcanzar la estructura, Mariano descubrió, espantado, que era una descomunal lápida.

—¡Qué cresta ocurre acá! —gritó Segundo, desesperado. Mariano solo atinó a tomar del brazo a su padre y huir de unos colosales camarones que estaban a pasos de ellos.

Avanzaron hasta dar con una tumba abierta. —Entremos aquí— dijo Mariano, mientras acertaba un golpe con el balde a una de esas bestias. Ingresaron refugiándose en la profundidad.

El lugar era oscuro, húmedo, frío. El murmullo de los camarones y de la lluvia que comenzaba a caer, era constante. Una pinza verde grisácea intentaba ingresar por una diminuta grieta pero su tamaño se lo impedía. Segundo creía que era una pesadilla, una alucinación. Él solo fue al cementerio para obtener dinero y pagar las deudas, o ayudar a su hijo en los estudios, pero lo único que consiguió fue estar allí encerrado, con frío, con miedo, empapado con la lluvia que comenzaba a filtrarse.

—Papá, escucha —susurró Mariano mientras miraba al exterior cada vez más oscuro—. Parece que se han marchado. Solo escucho la lluvia.

Segundo prestó atención. Efectivamente, el lejano parloteo de la lluvia sobre las tumbas y vegas era lo único audible. De pronto, un estruendo sobre el techo se hizo notar. Descomunales pinzas destruían el concreto. Mariano logró empujar a su padre a un lado para evitar que le cayeran escombros. El rostro corto inexpresivo de un camarón se asomó contemplándolos. Sus antenas se movían impávidas. Una viscosa tenaza se aventuró hasta los Ñancuil, quienes se arrastraban

sobre el barro intentando evadirla. ¡Pero ese maldito balde les entorpeció la huida! Un sordo chasquido de pinzas fue lo último que se oyó aquel día en el cementerio.

Los dos cadáveres fueron descubiertos en el cementerio abandonado, rodeados de camarones que carcomían los cuerpos. Padre e hijo yacían abrazados. Junto a ellos una lápida rezaba:

“Aquí yace un Ñancuil, quien retorna a su tierra”.

REGIÓN DEL BÍO BÍO

PINO

Sumara Renata Tilleria Medel (20 años)

Estudiante

Talcahuano

Primer lugar regional

Primero fue uno, luego diez, entonces cincuenta, después de esto perdí la cuenta. Éramos una comunidad tranquila. No nos sobraba el dinero ni tampoco el trabajo pero, como aprendí de los grandes, siempre podíamos confiar en la tierra y en lo que nos ofrecía. De pequeño conocí el ciclo lunar y su influencia en la cosecha. Mi abuelo me enseñó a reconocer los árboles y plantas por sus hojas y sus usos medicinales, pues estábamos tan alejados de todo que no había médicos cerca. Sin embargo, nunca hubo resfriado ni enfermedad que no pudiese curar con sus enseñanzas.

De a poco fui creciendo. La escuela quedaba lejos y cuando mi madre se enfermó, tuve que abandonar. Así pasó con muchos de los que vivíamos aquí. Por una u otra razón tuvimos que priorizar lo que era importante en nuestro corazón. Así fue de pronto que los pequeños nos volvimos grandes y los grandes se volvieron recuerdos. Y el mundo siguió avanzando. De

pronto empezaron a llegar cables con antenas a nuestra pequeña comunidad, gente ofreciendo bienes, pero no teníamos suficiente dinero para la modernidad. Empezamos a sentir que nos dejaban de lado por ser del campo, por ser de lejos. Entonces llegaron unas personas muy amables, con trajes elegantes y palabras bonitas. Nos prometieron trabajo y dinero. No quisimos pensarlo dos veces y les dijimos que sí, todos, todos firmamos.

Al principio fue un sueño. Podíamos tener lo que el mundo nos ofrecía, pero luego del encanto inicial pude darme cuenta de que algo andaba mal. Cada vez veía menos los árboles de los que mi abuelo me había enseñado. Las cosechas escaseaban de agua y la tierra ya no era tan fértil. El paisaje de antes era ahora una pila de árboles iguales, uno al lado del otro. Quizás está en mi mente, quizás es todo una coincidencia, pero al menos tenemos dinero y trabajo.

REGIÓN DEL BÍO BÍO

EL BALLICO

Sergio del Carmen Melgarejo Fuentealba (72 años)

Jubilado

Concepción

Segundo lugar regional

Tan solo que ni me acuerdo muy bien lo que pasó ese día de febrero pero cada uno de los asistentes a la fiesta se sumergió en la locura angustiante de la noche en que la Charo murió a manos del Ballico, aquel hombre pequeñito y fornido que nadie supo nunca de donde apareció ni lo que se traía entre manos que no fuera un cuchillo pa' entrar en carnes y un arte único pa' montar a caballo.

La historia sucedió tal como la cuento, una larga noche de tragos y baile en casa de don Floro, donde habíamos sido invitaos muchos de los amigos del viejo a celebrar la “era” y el producto que de la trilla a yegua suelta se obtuviese. La tarde estaba clarita y los peones comenzaron a llegar muy temprano haciendo gala de sus mejores atuendos típicos dispuestos a tomar lo que fuera pa' llorar más de un consuelo en el hombro de un amigo y derramar el ojo a alguna “china” de la servidumbre.

Las mujeres del fundo, en tanto, se reunían en la cocina a comentar la violenta caída que en la última vuelta se diera uno de los mejores peones de la faena al cortar la cincha de su caballo y salir disparao fuera del redondel y que resultó ser, ni más ni menos, que la Charo, hija única de don Floro, que la cuidaba como hueso santificao. Uno de los pocos que conocía el secreto del patrón era el yegüerizo

Estanislao que saltó de su potro alazán y corrió a ayudar a la mujer que había caído en medio de las gavillas pisadas y amontonadas en un extremo del recinto. Algunos de los peones miraron con sorpresa aquel pantalón rajado a la mitad por el que asomó la blancura de una pierna femenina y aquel “moño” sueltcito, escondió en el sombrero huaso, cayendo a raudales sobre los hombros sudorosos de la mujer.

Toos conocían a la Charo, sabían de su juventud y belleza y de esa rara y envidiable habilidad pa' montar que la había congraciao' con toos' los huasos de la hacienda. Su padre comentaba que la chiquilla, desde chiquitita, había salío tan güena pa' montar que más parecía que se había venío' “a caballo en la cigüeña”. Nunca se imaginaron los peones que la hija del patrón pudiera ser aquel hombre que se decía había llegao' del bajo de los Montanares a trabajar al fundo. Mientras los comentarios iban y venían, igual que las copas, apareció don Floro del brazo de la Charo que lucía en su frente los rastros de la caída y que ella trataba de disimular con menjunjes de cúrcuma y amapola preparados por la abuela Naty. No más llegar el viejo se acallaron de un sopetón las voces del pelambre.

REGIÓN DEL BÍO BÍO

EL ÚLTIMO DÍA DE CORTA

Víctor Naldo Torres Canales (47 años)

Comerciante

Portezuelo

Tercer lugar regional

Cuando los campos pintaban de verde sus paisajes y sus colinas parecían temblar tras un imaginario tropel de bestias corriendo a la deriva en forma de viento por sus trigales, Carrullanca parecía ser una tierra plena. El tiempo transcurría y el sol maduraba en los sembrados a punto de soltar las amarras de sus semillas y de sus capis¹. Había mucha gente en aquel entonces que amaba la tierra y que agradecidamente se servía de ella con un placer enorme de satisfacción. Peones y dueños de predios se convertían en uno solo a la hora de armar sus mingacos² para recoger su tan anhelado fruto.

Con el amarillo teñido en los pajales y el tostado perfecto en las espigas de trigo, los agricultores comenzaban las cortas con una buena asistencia de comensales que eran, sin duda, los mejores para la hechona³. En el reconocimiento de sus *tareas*⁴, cuadrillas repletas de familias, se les veía balancearse de un lado hacia el otro bien temprano

en las mañanas con la experiencia de siempre, botando un manajo tras otro antes que los fuera a pillar la “María Antonieta”: la flojera, como le decían ellos.

A esa hora de las diez, cuando el hambre se sentía crujir en las tripas de todos, aparecía doña Hilda, una mujer rechoncha con una tremenda mata de pelo en forma de tomate sobre su cabeza. A un costado suyo traía una cacerola humeante de caldillo con chuchoca y chicharrones, mientras que al otro costado, y casi medio inclinado, le pesaba un canasto de mimbre muy bien abastecido de tortillas a rescoldo y hartas fuentes de porcelana, como para alimentar a un regimiento.

En un ligero descanso nos devorábamos todo nuestro desayuno y antes de que alguien nos condujera con sus palabras hasta nuestros puestos de trabajo, nosotros ya estábamos de nuevo cabeza gacha volteando el trigo. Cada uno trabajaba a conciencia. Cuando el calor y la sed parecían ser

1 Capi: Vaina de las arvejas o habas (nota del editor).

2 Mingaco: Actividad comunitaria agrícola como cosecha o siembra en la que todos se prestan ayuda (nota del editor).

3 Hechona: Herramienta de labranza que sirve para segar el trigo (nota del editor).

4 Tarea: Trozo grande de siembra que elegían los trabadores para cortar a trato (nota del autor).

insoportables, nos íbamos a la sombra de un espino a tomar agua que manteníamos bien refrigerada en una calabaza⁵. Allí en un jarro de lata con mango de alambre nos pegábamos una rica agua con harina tostada bien palomeadita⁶ para permanecer bien vigorosos mientras durara la faena.

Las horas seguían avanzando y bien lejos en el horizonte veíamos a nuestros vecinos con qué destreza se iban perdiendo entre tanta gavilla que iba quedando atrás sembrada como pasos sobre el fresco rastrojo.

Estábamos acostumbrados a almorzar a cualquier hora del día porque en casa no siempre había qué echarle a la olla. En el mingaco en cambio, lo hacíamos a la una de la tarde en punto y como no había reloj ni a quién consultar la hora, un día a la señora Hilda se le ocurrió la fantástica idea de instalar un señuelo que consistía en colgar un paño blanco en el cerco de espino que había frente a su casa. Con él nos guiábamos cada vez que había que bajar “a los porotos”, como solía decir el patrón.

Con la gota gorda que transpirábamos ya a esa hora y con el tremendo esfuerzo que hacía cada uno de nosotros para avanzar con nuestra faena, en cuanto descubríamos que este paño había sido instalado en un par de lomas más allá, de manera unísona dejábamos de cortar todos a la vez. Nos echábamos al hombro nuestras hechonas y con la autorización de nuestro patrón, nos íbamos felices en fila india por un sendero que habían construido de manera espontánea los lugareños del sector.

En la última quebrada, antes de subir la tremenda pendiente que nos conducía hasta la casa de los patrones, había un estero donde aún corría agua. Allí, bajo la fresca sombra de un hermoso sauce, nos echábamos un buen lavado de cara y de manos para refrescarnos un poco.

Con el hambre que ya nos consumía por dentro, en un dos por tres llegábamos a la casa, colgábamos nuestras chupallas en las paredes de adobe, acomodábamos nuestra hechonas y nos largábamos a comer una exquisita cazuela de choncho, seguida de un rebosante plato de porotos que en poco rato nos tumbaba a todos bajo la incesante sombra de una ramada de álamos que de vez en cuando daba gusto observar de qué manera sus hojas titilaban al viento.

Como nuestro trabajo era a trato, reposábamos solo un momento allí y luego con el calor que ardía como llamas sobre nuestras espaldas, nos regresábamos a la loma por el mismo sendero, aprovisionados de bastante agua fresca para no deshidratarnos. De pronto, herramienta en mano y cargados con hartas energías, continuábamos ganándonos la vida en medio de un concierto de hechonazos que cada vez nos motivaba a seguir adelante con la “tarea” que nos habíamos comprometido.

En un momento cuando todo iba bien y cuando el único sonido que reinaba en el sector era el alegre canto de las chicharras, mi madre gritó fuertemente unos pasos más allá diciendo que se había cortado un dedo, cosa común entre los temporeros de la

5 Calabaza: Vasija con cintura en forma de avispa (nota del autor).

6 Palomeadita: Disuelta (nota del autor).

corta. Mi hermano Polo por su parte, que recién se había echado un panucón⁷ de harina tostada a la boca, se puso tan nervioso al verla que se atoró quedando con los ojos blancos de desesperación. Al verlo mi madre muy preocupada, tiró lejos la hechona con la que se había cortado y se fue a socorrerlo con un jarro de agua que le dio de beber para sacarlo de aquel traumático momento que casi le quita la vida. Luego de unos eternos minutos de angustia, mi madre lo consintió por un instante y cuando ya todo había vuelto a la normalidad, se levantaron de las gavillas de trigo con el rostro ya más tranquilo para continuar trabajando.

Más tarde y cuando lentamente el sol se debilitaba en el horizonte y el aroma a campo volvía a acariciar nuestros olfatos con mayor intensidad, volvió aparecer doña Hilda, pero esta vez trayendo en sus manos una bandeja gigante de habas cocidas y un sabroso pebre cuchareado para la onces. En un santiamén nos devoramos completas sus delicias y antes que la patrona recogiera la improvisada mesa, nos fuimos a terminar junto al filo de la tarde, la última parte de nuestro trato. Ese día trabajamos hasta que se entró el sol y hasta terminar las últimas espigas de trigo que nos quedaban en la loma.

7 Panucón: Porción (nota del autor).

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

LA SANTIAGUADORA

Margarita Inés Sánchez Pincheira (43 años)

Profesora

Villarrica

Segundo lugar regional

Yo soy la santiguadora de por acá de que tengo memoria m'hijita, —dice, mientras revuelve el vino tinto caliente en la olla que tiene sobre el brasero—. Ni siquiera la finá 'e mi mamá sabía hacerlo. A mí me enseñaron las monjitas cuando apenas tenía unos ocho años. Ellas dijeron que yo era especial porque dicen que hacía ruido con los dientes mientras dormía, por eso se dieron cuenta que yo servía pa' salvar almas.

Las primeras veces santiguaba con miedo. Me parecía que no iba a resultar. Después cuando las guaguas sanaban, me empezó a bajar un respeto tan grande por el Altísimo. Pensaba todo el día que me vigilaba pa' pillarme en pecado y quitarme el don. Todos hablaban de la santiguadora de por acá y comenzó a llegar gente de todas partes a santiguar sus críos con mal de ojo. Se les pone la frente como salmuera. Una se la toca con la punta de la lengua y pareciera que toca charqui recién sala'ó. Les sube la fiebre y se les achica un ojo. Eso pasa porque hay gente con sangre fuerte que carga a las criaturitas con solo mirarlas. Lo que uno hace en el santigüerio es un secreto. Quizás le pueda enseñar alguna vez. Hay que ver si tiene el don usted y si va a tener dedicación.

El mal de ojo existe, también en las plantas y animales. Una vez me acuerdo, yo era chica todavía cuando me trajeron un porcinico pa' santiguar. Apenas me lo podía pero lo sujeté como pude y me dio por pensar que Dios me iba a castigar por andar orando por los chanchos, pero le saqué el mal de ojo. Cuando lo carneó el vecino, me trajo un pedazo, un lindo asa'ó me salió. Por eso me quedé a vivir siempre acá. A qué iba a ir a la escuela. Ya tenía sobrado de qué ganarme la vida. Eso sí, marí'ó no tuve. Nadie se quiso casar con una chiquilla que lo único que hacía era recibir visitas. No tenía tiempo pa' ser dueña'e casa. Por eso me quedé sola. El vinito herví'ó me sirve pa' entretener las tardes de invierno que son tan largas. Le saco el alcohol prendiéndole un fósforo, así casi no cura.

Cada vez viene menos gente. Es que nacen menos guaguas también. Antes nacían como almácigo. Por todos lados las mujeres tenían un chiquillo por año. Y morían también, viera usted. En mi familia murió un crío al nacer. Dicen que mi padre fue solo a sepultarlo en un cajoncito que le hizo. Qué vida dura. No había ni pa' alimentarse como la gente. Figúrese que una vez yo fui al pueblo a vender unas lechugas que había cosechado. Quería traer

harina y hacer sopaipillas. ¡Hacía tantos días que no comía pan! Pero me fue mal. No vendí ni una sola lechuga. ¡Qué mala suerte! Como a las seis de la tarde, desespera' de hambre, pasé a pedir pan fiao a una panadería bien famosa que había en aquel tiempo. La señora era joven, una buena mujer que me mandó con pancito pa' hartos días. "Nadie puede morir de hambre", me dijo, "si hay un Dios mirando".

Ese invierno fue muy duro. Se inundó todo, hasta animales murieron de hambre y frío. Cuando salió el sol, no teníamos ni pa' sembrar, todo lo habíamos consumido. Menos mal que vinieron de Indap¹ a dejar semillas y abono a todos los campesinos. Pude sembrar unas melgas² de papas y arvejas que

parecían de virtud: daban y daban. Entonces volví al pueblo de nuevo, a devolverle el favor a esa buena señora. Le llevé un canasto con papitas y arvejitas. Quizá ella pensó que no me vería más, pero uno tiene que ser agradeci' a. Era tan buena, que en vez de reclamarme por la deuda, se alegró de verme bien. Hay gente muy buena entre los ricos m' hijita.

Ser sola no es fácil, ahora dicen que las chiquillas no quieren buscar marí'o porque no lo necesitan (se ríe). Míreme a mí no más, vieja y sin tener quién me sirva un vaso de agua.

Vuelva cuando quiera, le hace bien conversar a una un rato. Aunque usted es bien rara, escribe sin parar mientras conversa (ríe de nuevo).

1 INDAP: Instituto de Desarrollo Agropecuario (nota del editor).

2 Melga: Parcela de tierra delimitada para sembrar (nota del editor).

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

EL CHUCHITO

Luis Arnoldo Oróstica Muñoz (66 años)

Profesor jubilado

Angol

Tercer lugar regional

No sé si está bien dicho, pero en la sala de clases de aquella pequeña escuela rural “se hizo el silencio”. Lo común, lo cotidiano, era sentir el grito metálico, potente y estridente de los queltehues que emitían en vuelo sobre la cancha de fútbol que era el patio escolar.

Lo extraño fue que no se estaba realizando ninguna acción que exigiera tener esa actitud de mutismo y quietud. Más aún, lo normal era una actividad constante donde el aprendizaje se lo encontraba ayudándose. Hasta el que más dificultades tenía, entregaba su aporte y se creaba el conocimiento. Esa era al menos la intencionalidad del método.

Cinco sumaban el total de los alumnos: tres mujeres y dos varones. Las damas cursaban una, el primer año, y dos, el sexto; los varones uno de cuarto y otro de sexto.

En este escenario, el ruido que prorrumpía aquella ave sonaba fuerte y claro. El tiempo que transcurrió escuchándolo pareció largo pero nadie podría decir que así fue. Nadie hacía nada, todos estaban sorprendidos. Daba la impresión que buscaban en su recuerdo ese sonido y no lo encontraban.

La expresión de todos era de gran extrañeza. No recordaban aquel sonido, no lo asociaron con las criaturas que ellos conocían.

El mayor de los varones que a la vez, era el mayor de todos los alumnos, rompió ese inquietante silencio y preguntó:

—¿Qué pájaro es ese?

Alguien contestó:

—No sé, no lo había escuchado nunca.

—Profesor, usted lo conoce ¿podemos ir a verlo?

—Sí, vamos, pero no hagamos ruido para no espantarlo.

Salieron y sus miradas fueron a buscar en el ramaje de los viejos cerezos que cubrían parte del techo del establecimiento escolar. El ave siguió cantando. Al parecer no le producía temor la presencia de esos seres que deseaban encontrarlo.

—Allí está. Nunca lo había visto.

—Tampoco yo.

—¿Usted, profesor?

—No, nunca y creía conocer las aves de mi región. Saben, quédense observando y veré en Internet y si la encuentro y sabremos cómo se llama.

El profesor regresó a la sala de clases, encendió su computador y buscó “Aves de la región de La Araucanía”. Revisó todas las que allí se mostraban y no estaba aquella que aún informaba su presencia en el árbol. Mas, de pronto, se calló, lo que hizo que el profesor volviera donde había dejado a los niños. Ya no estaban. Jugaban ahora en la cancha de fútbol y se dio cuenta que todo el ruido había regresado. La magia de aquel silencio se había ido. No sin antes de haber escuchado a ese pájaro por última vez cerca de la capilla católica a unos cincuenta metros de donde empezó su canto. Los niños siguieron jugando.

Terminada la jornada a las cinco de la tarde, los chicos se retiraron a sus hogares como todos los días, informando cada uno lo que había aprendido y lo que más le había gustado de ese aprendizaje. Ninguno habló del pájaro.

Mientras el profesor completaba el libro de clases, acomodaba el material ocupado y preparaba parte del que necesitaría para el día siguiente, se asomó a la puerta que siempre permanecía abierta, un miembro de la comunidad que conversaba permanentemente con él, informándole de la historia del lugar, dificultades y actividades del sector. Tenían cierto grado de confianza.

—Mari Mari.

—Mari Mari *peñi*.

Fue su saludo, una manera afectiva dado el origen de aquel buen hombre.

—¿Qué anda haciendo mi *peñi*?

—Vine a verlo porque cantó mucho rato el “chuchito” por este lado y algo anda anunciando.

—¿Ese era el pajarito? ¿Así se llama? Los niños no lo conocían.

—No creo que lo conozcan. Aparece para anunciar cosas que no son tan buenas.

—Me irá a pasar algo a mí, dijo el profesor sonriendo.

—No bromeo, profe, el chuchito algo vino a decir.

—No bromeo, pero es una posibilidad, que sea lo que sea.

—Sí —dijo— pero mejor que no sea.

Luego conversaron de otras cosas y se despidieron.

A la mañana siguiente, el profesor de inmediato notó la ausencia de uno de los alumnos, el de cuarto año.

Nadie sabía por qué no estaba y el educador quedó preocupado. Planificó una actividad que le permitiría que todos juntos pasaran por la casa del ausente y así sabría el motivo de su inasistencia. Sería en el último período de clases.

Pero no fue necesario ese cambio de actividad, porque durante el primer recreo, los alumnos avisaron al profesor que a la capilla estaba llegando un vehículo de la funeraria y el niño de cuarto año, el ausente, venía en el cortejo y que lo hacía porque acompañaba el cuerpo difunto de su abuela que durante la tarde del día anterior había dejado de existir.

El otro alumno varón, el mismo que rompió el silencio mientras el ave cantaba, se acercó al profesor y casi con temor le dijo:

—Señor, ayer, cuando usted fue al computador, el Pancho le tiró una piedra al pajarito que voló para la iglesia. Nosotros no quisimos contarle y nos fuimos a la cancha.

Salimos todos a la entrada de la Escuela para observar el grupo de personas que caminaba tras el féretro que habían bajado para entrarlo en el templo para ser allí velado. Entre aquellas gentes venía “mi *peñi*” y a pesar de la distancia que nos separaba, creí ver que me miraba y me hacía un gesto con su cabeza que definitivamente no era un saludo, más bien un “se lo dije”.

REGIÓN DE LOS RÍOS

BLANCO Y NEGRO

Juan Pablo Scroggie Smitmans (53 años)

Campesino

La Unión

Primer lugar regional

Georg Fritz se colocó en posición y apuntó su rifle Comblain, que había traído desde Alemania, al cuerpo de Aucán Queipul. Cuando el humo del disparo se disipó, pudo ver que el joven recibió el impacto en su torso, se echó para atrás y cayó del caballo. Montaba sin silla, sólo con una manta. El alazán, entrenado para la guerra, no se alejó mucho, esperando que su dueño lo volviese a montar. Pero no sucedería, porque el mocetón, hijo menor del cacique Queipul, estaba herido de muerte.

Se acercó al joven para examinar la herida. Le acomodó la cabeza en la manta que fue su montura para que expirara lo más confortablemente posible, ojalá sin dolor. Amarró el caballo a un árbol para devolvérselo a la familia junto con el cuerpo y las ovejas.

Según la costumbre, era lícito para el dueño dispararle al indígena que hubiese, sin autorización, entrado a su propiedad. Se presumía a todo evento la eximente de legítima defensa, pese a que las víctimas estuviesen desarmadas.

Había advertido en reiteradas oportunidades al nativo que no se introdujese a su predio. Cada vez que lo veía en sus tierras le decía en su champurreado español:

—¡Irte de mi propiedad. Fuera. No dar permiso para pastar animales!

El *williche*¹, rebelde como su nombre, no se doblegaba y respondía, también en un castellano precario porque su lengua era el mapudungun:

—Ser tierras ancestrales. Aquí pastaron ovejas, abuelos de mis abuelos. No haber cercos.

Se sentó al lado del joven que se desangraba lentamente. Al menos no moriría solo. No tenía más de 17 años. No conocía sus creencias o el *taiñ feyentún*² del moribundo. Rezó una plegaria en alemán, aprendida en la iglesia luterana. Creía que los indios no tenían alma. El moribundo yacía inconsciente, aún respiraba dificultosamente.

1 Williche: Mapuche de tierras australes (nota del editor).

2 Taiñ feyentún: Conjunto de creencias del mundo mapuche (nota del editor).

Sintió alivio después de todo. El indígena ya no vendría a pastar ovejas en su campo. Había hecho lo que Franz Kindermann le indicó cuando le vendió el inmueble, parte del loteo de la Hacienda Bellavista, norte del faldeo de la ribera del Río Bueno. Le había dicho:

—Los títulos de la propiedad están válidamente otorgados por el Estado de Chile. Fueron originalmente constituidos sobre terrenos baldíos. No existe la figura legal de propiedad ancestral. ¡Defienda sus tierras!

Fritz llegó como colono junto con su familia a asentarse en el sur de Chile, aceptando un llamado del Gobierno para colonizar con extranjeros, porque se estimaba que eran más aptos para el trabajo y promovían mejor el progreso y civilización a esta zona.

Reflexionó acerca de lo que este país le había dado: transporte en el bergantín Wandrahm; estadía en Valdivia; viaje en carreta hasta La Unión; tres libras al mes para toda la familia por un año; trescientas tablas y vigas, clavos; materiales de construcción; una yunta de bueyes; semillas, y asistencia médica por dos años. La tierra la había comprado con el producto de la venta de una parcela en Schichten, Würtemberg. El balance arrojaba algunas pérdidas, como ser la vida de su pequeño hijo Helmuth, muerto por la epidemia de sarampión en el barco.

Aucán Queipul exhaló un último suspiro. El alma del difunto inició su trayectoria a la “tierra de arriba”. Fritz se quedó mirándolo largo rato. Tenía que esperar para llevar el rebaño que regresa al pesebre con el crepúsculo. Le quitó la manta de la

nuca para que no se manchara con la sangre que brotaba de la boca del cadáver y, por curiosidad, se detuvo a examinarla. Era de gruesa lana blanca con figuras negras, artesanal, hilada a mano. Pensó que en Europa se hacían finas y suaves frazadas de lana del mismo material, todo tipo de ropa refinada, teñida con los más diversos y llamativos colores. Una idea iluminó su mente: “Claro, lo que este país necesita son industrias que maquilen lo que la tierra puede dar.”

Se imaginó a La Unión con molinos, curtiembres, cervecerías, destilerías, madereras, hilanderías de lino y lana, queserías, empresas que pudieran radicarse y hacer progresar la villa. Desde luego esperaba que los bancos prestamistas y autoridades lo apoyaran. ¿Quién podría negarse al desarrollo del país? ¿A preferir lo extranjero por sobre lo nacional?

Subió el cuerpo del joven al caballo, acomodándolo como un bulto atravesado en su lomo. Ató los brazos a las piernas, por debajo de la barriga del animal, para que no resbalara. Se puso la manta del difunto en el hombro. Bajó el cerro hasta el borde del Río Bueno, pastoreando las ovejas. Al llegar a las rucas de madera y paja de la familia Queipul, encontró solamente mujeres. Entregó el cuerpo, el caballo, y las ovejas a la madre del joven, quien quedó muda de impotencia y dolor.

Convencido de su idea titánica, emprendió rumbo a casa, la que tanto esfuerzo le había costado construir a la usanza de su tierra natal, labrada de madera firme, dos pisos, pintada blanca, con jardineras en las ventanas. Ahora la iba a vender para iniciar su industria. Iba determinado a asumir

el riesgo de emprender. Mientras caminaba con el fusil amarrado en la espalda, divagaba, con profundo beneplácito, que dentro de algunos años la modesta villa de La Unión se convertiría en una ciudad próspera y civilizada. Él sería el iniciador del proceso. Devolvería, con creces, el favor que éste país le había dispensado.

Se detuvo en un recodo del camino, cansado del permanente vuelo amenazante y grito estridente de los treiles³ que están siempre muy atentos a cualquier asomo de peligro, y observó la hermosa vista del Río Bueno, desplazándose cual mansa serpiente verde entre cerros y vegas. En ese momento se dio cuenta, finalmente, que en su hombro aún llevaba la rústica manta blanca y negra del joven al que había dado muerte.

3 Treiles: Aves (nota del editor).

REGIÓN DE LOS RÍOS

MUÑECA DE TRAPO

Yasna Mabel, Rayenpan Trecanao (18 años)

Estudiante

Panguipulli

Segundo lugar regional

Nos levantamos y hacía un frío enorme. Mi mami se dedicó a lavar lana toda esa mañana y mi papi salió con la motosierra a cortar leña, de esa de hualle verde que hacía lagrimear mis ojos. Nunca antes había sentido un frío tan grande. Mis patitas estaban rojas y mis manos, para qué decir. Mi hermanito estaba más entumido que yo y medio enfermo. Él le ayudaba a mi papi a botar el árbol mientras yo jugaba con mi muñeca de trapo que me había hecho mi mami.

Yo miraba a mi mami cómo lavaba lana en el agua que corría por el lado de la casa. La veía como sufría con cada gota de agua que caía en sus pies congelados y descalzos que traía, pero ella no se inmutaba, ya que la lana que lavaba era para poder hilarla y convertirla en chombas y calcetines bien bonitos que ella nos hacía para poder estar calentitos y soportar esas grandes nevazones que poco a poco se hacían más frías.

Mientras mi papi trozaba el árbol en palos chiquititos para poder echarlos al fuego, mi mami por fin salió del agua aterida de frío y con un montón de lana blanquita. La ayudé a colgarla y entramos a la casa, porque iba a cocinar. Después llegó mi papi con leña y mi hermanito lo seguía de

más atrás. Echaron leña al fuego e inmediatamente el calorcito de las llamas temperó la casita humilde y ahumada donde vivíamos. Salimos al patio con mi mami a agarrar un pollo de esos grandes y ricos para echar a la olla. Comenzamos a llamarlos:

—Tiki-tiki-tiki-tiki —les gritaba mi mami, y yo les regaba trigo para que se acercaran y pudiéramos agarrar uno de ellos.

Agarramos el más bonito que había. Mi mama le cortó la cabeza de un machetazo al pobre pollito que más tarde se convertiría en una rica cazuela. Luego, en una olla de agua hervida que teníamos en la cocina, echamos el pollo para poder sacarle las plumas.

Después de todos estos preparativos, por fin estaba lista la cazuela que mi mami había preparado. Mi papi puso las cucharas y sirvió los platos que se veían muy ricos y salía ese vaporcito sabroso con olor a cariño de mamá. Yo y mi hermano pusimos las inmensas ganas de comer. Al rato nos fuimos a acostar. De pronto afuera sopló un viento fuerte y comenzó a granizar. Sonaba el techo donde caían esas tremendas bolitas de hielo. Más tarde llovió con más fuerza y se desprendió una lata de zinc

que estaba mal puesta y comenzó a azotarse contra las tablas. Mi papi se subió al techo y comenzó a martillar sin conseguir ningún resultado. Mi mami, que también había subido al techo, le ayudaba a clavar.

De pronto un miedo inmenso se apoderó de mi corazón. Fue como un presentimiento, o un mal augurio, y sentí una gran tristeza, y unas ganas de llorar. Era algo jamás experimentado. Sentí cómo mi papi llamaba a mi hermano, el cual, sin pensarlo dos veces, salió corriendo a socorrerlo. Luego oí cómo lloraban y gritaban de dolor. Yo miraba a mi alrededor y no entendía nada. Me levanté con mi muñeca de trapo y comencé a caminar hacia afuera. La lluvia caía y parecía partir la tierra con cada gota que tocaba el suelo. Sentía cómo la lluvia, poco a poco, empapaba mi cuerpo y las ropas que mi mami me había hecho con tanto cariño. Me acerqué y cerré los ojos. Las lágrimas corrían por mi cara mezclándose con la lluvia. Los volví a abrir y vi cómo el viento se alejaba por el bosque, pasaba por los inmensos y frondosos árboles y dejaba una gota de lluvia en cada hoja que había en su camino. La lluvia cesó y miré el suelo donde estaba mi mami. Se veía helada, mojada, inerme, con los ojos cerrados. Se había ido, se la había llevado el viento. La lluvia nos la había arrebatado y nos había dejado a nosotros desamparados, nosotros que éramos su vida y su adoración.

Lloré hasta más no poder. Al despedirme de ella para siempre le di mi muñeca de trapo para que la acompañara, para que no se olvidara nunca de mí, estuviera donde estuviera. Entendí que la próxima vez que hubiera un temporal, preferiría que se mojaran las cosas y se apagara el fuego a que mi papi se subiera a arreglar el techo, porque no quería que el viento ni la lluvia se lo llevaran a él también.

Mi nombre es Rosa y tengo treinta años. Ahora soy yo la que prepara las cazuelas a mi marido. Tengo un hijo fuerte y sano que crece día a día. Contar esta historia estremece mi alma y rompe mi corazón. Siempre que se avecina un temporal recuerdo a mi madre buena y abnegada.

Éramos cuatro. Mi hermano se fue a la ciudad y formó una familia. Sé que es feliz. Mi papi siguió a mamá tiempo después que me casé. Se reunió con ella en el cielo. Desde ahí ven todo, ven cómo el viento mece los árboles, cómo la lluvia se lleva mis tristezas, cómo el sol trae la misma alegría que sentía cuando jugaba en el patio mientras mamá trabajaba en la huerta y papá y mi hermano reparaban el techo de nuestro hogar. Soy una mujer orgullosa de su origen y de la vida que le tocó vivir. Vengo de allá, del clarito del bosque, de aquella casita humilde y ahumada donde jugaba una niña con su muñeca de trapo.

REGIÓN DE LOS RÍOS

SE LE ECHÓ LA YEGUA

Carlos Eloi Zuñiga Ojeda (75 años)

Profesor jubilado

Valdivia

Tercer lugar regional

La agraciada profesora rural sale muy ufana de paseo montada en su vieja y distinguida yegua. Porque en los animales mestizos hay también los que tienen clase. Al verlas pasar por el camino desde el fundo del frente, es como observar una tarjeta postal en movimiento, con un fondo de notros en flor donde sobrevuelan gran cantidad de verdes y bulliciosos loros.

El dueño desde la hacienda le grita:

—¡Pase, señorita, a saludar a su alumno que está de cumpleaños!

Ella acepta gustosa, ingresa y deja pastando libremente a la yegua, junto a otro caballo fino del predio.

Pero, después de la abundante y alegre once, cuando vuelve al portón principal, acompañada de los dueños de casa para irse, se encuentra con la vergonzosa sorpresa que su “distinguida yegua” está totalmente borracha, mientras el caballo fino sangre la observa atónito. Se ha tomado casi toda

la chicha picante de un tonel que estaba con la tapa abierta, mostrando lamentablemente así “la hilacha”. Y cuando ésta intenta acercarse a su ama, zigzagueando con su inflada panza, se le va el pesado cuerpo sobre un tronco semi inclinado y sin más, se queda allí dormida. El dicho “se le echó la yegua” seguramente ha salido de observar casos similares y actualmente se aplica al cristiano que se ha bajoneado o quedado dormido, especialmente, después de haber estado bebiendo.

La sonrojada profesora se vuelve a casa sobre el fina sangre que le fue facilitado amablemente, dejando a la yegua hasta al otro día para permitir así que se le pase la curadera. Pero para su sorpresa, al otro día en la mañana cuando la va a buscar, la encuentra nuevamente ebria, pues ha compuesto la caña con el resto de chicha fuerte que quedaba en el tonel. La profe no sabe que su animal proviene de una familia alcohólica, por lo que en el futuro lo más probable es que la dejará nuevamente en vergüenza, a no ser que le haga el tratamiento antialcohólico para equinos.

REGIÓN DE LOS LAGOS

EL ÚLTIMO VUELO DEL CÓNDOR

Marcela Tamara Quiroz Opazo (35 años)

Turismo

Puerto Varas

Primer lugar regional

—Así no más fue pue’ —dijo el abuelo, empinando la bota de vino y acertando medio a medio el chorro a su garganta, media secona ya después de la larga historia que acababa de versear.

La risotada de los hijos surgió espontánea, picarona, incrédula. Estaba casi el piño completo reunido junto a la cocina que ardía a toda leña en el rancho que habitaba el papá. De tiempo en tiempo trataban de ir a echarle un ojo, sobre todo ahora que se había quedado viudo. Ahí estaban los cuatro hermanos de Valle Esperanza: Tito, Erwin, Manuel y Jorge. Incluso había venido Sergio acompañado de su hijo Heraldito desde el contiguo valle de Cochamó, viaje que implicaba un par de días de a caballo por antiguas sendas cordilleranas, trazadas por los antiguos.

Heraldito fue el único que no se rió. A sus 12 años no le encontró gracia al asunto. Todo lo contrario. Se imaginó arriba en el monte, solo, sin *pingo*¹, perdido, mojado hasta el *caracú*² y le dio una especie de escalofrío que el jolgorio del ambiente no logró amilanar.

Miró a su abuelo con ojos nuevos. Se lo imaginó disparando su revólver, enfrentándose a la vida, a la muerte, al miedo, a la soledad. Le pareció que esas cosas no son para la risa. Le pareció que a su corta edad ya sabía distinguir lo importante de lo no importante. Le pareció que sus tíos y su padre debían tomarse la historia del viejo con seriedad. Le pareció que debían venir más seguido de visita, que la cordillera no era una tranca impenetrable, que las piernas de su Lucero eran lo suficientemente fuertes para cruzar los estrechos pasos y subir las empinadas cuestas que separaban a las familias. Le pareció sentir como nunca antes que quería ser por siempre arriero, que sólo en el monte podía percibir eso que algunos llaman libertad.

Al día siguiente Heraldito, su padre, tíos, abuelo y casi una decena de perros, rumbearon valle adentro para ir a dejar las vacas donde la tía Clara, y ayudarle a reparar los cercos de la invernada. Y de pasadita, aprovechar de pegarse un buen baño en las aguas termales que afloran de las rocas de cancagua³ al costado del río Blanco.

1 Pingo: Caballo (nota del editor).

2 Caracú: Palabra guaraní que se refiere a la médula de los animales (nota del autor).

3 Cancagua: Tipo de roca de origen volcánico propia del sur de Chile (nota del editor).

Después de varias noches de naipes y asados y días donde Heraldito, entre otras tareas camperas aprovechó de trabajarle la yegua baya a su tía —*mañera*⁴ como ella sola, pero que no pudo resistirse a la pericia de domador del muchacho—, llegó la hora de pegar la vuelta. La mamá no iba a permitirle a Heraldito faltar más días a la escuela, así que ensillaron, armaron carga, y partieron.

—Este chiquito salió aventajao, oiga, le pega una miraíta no más a cualquier pingo de la tropilla y el bicho se le acerca como hipnotizao, mansito —contaba a sus vecinos la tía Clara, tras la partida del familión.

Después de dos horas de tranco firme, compartieron el último mate antes de apretar la carga del pilchero⁵ y despedirse de los tíos que ahora enfilaban en dirección al río Blanco. Cuando pasaron frente a la casa del abuelo, no desmontaron. Se dieron un buen apretón de manos y antes de perderlo de vista, su taita le gritó:

—Que le vaya bien en sus exámenes, ché.

Fue la última vez que vieron al viejo, famoso en toda la región por sus historias mentidoras, no mentirosas. El viviente más antiguo de todo el Valle Esperanza.

Heraldito hoy es Heraldito. Tiene 26 años. No ha retornado al valle desde entonces. La verdad, nadie de la familia ha vuelto a cruzar el paso que separa los dos valles cordilleranos en todo ese tiempo. Ya no hay animales que arrear, abuelos que visitar, familiares a quienes acompañar. No hay ranchos

que arreglar, puestos que aprovisionar, cercos que levantar. La mayoría de los familiares vendieron hace tiempo ya las tierras y la mayoría decidió bajar al pueblo. Sólo queda Tito, pero vive en campo ajeno, cuidando la casa de un dueño que jamás ha conocido.

Hoy a Heraldito le cuesta abrirse paso por la huella trazada por los antiguos. Apenas se distingue. El machete no para en su afán de derribar las quilas que inundan la senda, ahora casi en desuso. Después de tres días de viaje, divisa por fin a lo lejos el rancho de su abuelo. Apenas desmonta, prende fuego en la casa, hoy vacía. Enciende un negro en homenaje a los que partieron, a los que ya no están. Saca el verijero⁶ y corta un poco de charqui para engañar al buche. Toma un sorbo de vino y, sin pensarlo, sin quererlo, la historia comienza a salir de su boca, de a poco, como esquivando al tiempo:

Hubo temporal toda esa semana. De esas lluvias que ya no se ven por estos lados. La cosa es que hace rato ya que tenía perdidas a dos vacas y como quería tener a todo el piño reunido para bajar a Ralún y vender a los animales antes del invierno, le hice frente al aguacero no más. Me puse la manta, la pierneras y vamos tranqueando. Fui sin perros, los hallaba medios flacones de la vuelta que me había pegado hace poquito donde la Clara. Total iba y volvía no más. Ensillé al Negro y encontré las huellas que estaban fresquitas. Las seguí monte arriba, iban derecho al cerro que sube al ladito del río. Silbando llegué casi a la punta del monte y ni rastro de los animales. Levanté la vista: abajo

4 Mañera: Mañosa (nota del editor).

5 Pilchero: Caballo en el que se llevan los víveres y ropa (nota del editor).

6 Verijero: Tipo de cuchillo personal que llevan los gauchos y campesinos del sur de Chile (nota del editor).

el rancho se veía chiquito y me pareció oír aullar a Coraje, como vaticinando un mal augurio. Al tiro después escuché como el cerro retumbaba entero. Se me vino encima, ché. Quedé sobre una roca, el despeñadero a un lado y al otro, un monte de barro, piedra, árboles y cuánta cosa se pueda imaginar. No había paso. No podía volver. Quedé atrapao.

Pasó un día, dos. No tenía na' qué comer y la lluvia seguía. No tuve más opción que pegarle un tiro a mi Negro. Lo destripé y del cuero comencé a hacer tientos⁷, primero pa' matar las horas, luego porque pensé que un lazo me podía servir pa' algo. Comenzaron a llegar los cóndores y ahí fue cuando se me iluminó. Empecé a poner las tripas al medio de la roca y con los armaditos fui atrapando uno a uno a los cóndores, que los dejé bien laceados a un árbol pa' que no se me volaran. Uno, dos, tres, fueron cayendo. Hasta que completé doce. Ya había pasado casi una semana, no era fácil atrapar a esos tremendos ni que bichos. Les iba dando las tripas del Negro pa' que no se me enflaquecieran y yo estaba bien aprovisionao con la carne, así que al menos de hambre no me moría.

Pero la lluvia no amainaba, entonces me armé de valor no más y agarré seis cóndores, cada uno con su tientito, en cada mano. Cerré bien los ojos y me lancé cerro abajo, bien afirmao a la docena de bichos. Y así pasó: yo volaba, ché, volaba como un cóndor. Pa' no irme tan alto, iba de a poco soltando los tientitos con su respectivo cóndor pa' ir acercándome cada vez más al rancho. Iba bajando y bajando. Parece que calculé bien, oiga, porque cuando solté a los últimos dos cóndores, aterricé frente a frente a la puerta de entrada del rancho. Estaba salvao. Me había librao de una bien fea. Así no más fue, pue'.

Al terminar, empina nuevamente la bota de vino. Mira a su alrededor. El polvo y el silencio se le vienen encima. Acomoda en el piso del rancho su montura, se recuesta y cierra los ojos. Antes de quedarse dormido, casi como un impulso, Heraldito finalmente se ríe. Afuera se escucha el aullido de un perro. El rancho cruje entero, doblegado por una ráfaga de viento.

7 Tientos: Tiras de cuero (nota del editor).

REGIÓN DE LOS LAGOS

PAMPA ALEGRE

Enrique Orlando Moreira Castro (54 años)

Profesor

Osorno

Segundo lugar regional

La vida es aquello que nos va sucediendo, mientras nos empeñamos en hacer otros planes.

John Lennon.

Mientras la abuela Emelina rezaba el rosario de las siete de la mañana, tras cocer los 41 huevos duros para el viaje, mi primo Juan escarbaba bajo el catre, el minúsculo salón de cine que había construido Pepe, haciendo añicos la cámara fotográfica regalada para navidad por el tío Tulo.

Era uno de esos domingos que esperábamos con toda nuestra alma. La Abuela Emelina, tras degustar el último chapalele en su mortero de madera, anunciaba la noche del sábado en que iríamos una vez más a ver a la tía Lucha en Pampa Alegre. Por ese entonces Pampa Alegre era una especie de villorrio donde sobresalían dos hitos: una larguísima calle pavimentada y el aeródromo que antiguamente había sido el aeropuerto de nuestra ciudad. La verdad que ninguna de las dos cosas nos llamaban la atención al ir donde la tía Lucha.

Tras subirnos a la micro azul número cuatro que nos dejaba al inicio de esa larga calle, nos esperaba el tío Raúl con la única magia para nosotros: su carretón junto al caballo Soñador. Subirnos y comenzar a viajar por este medio, solo lo comparo con el viaje

que hice a Alcalá de Henares, España, 30 años después. Bailar, oler, amar, ver, cantar y conducir se fundían en una sola sensación: un niño que no anda en un carretón jamás entenderá el sentido del viaje de los hombres por este mundo.

Ya en casa de tía Lucha, el tío Lalo, a cambio de enseñarle el arte de ver cine, nos invitaba a recoger las manzanas más brillantes y dulces que he comido en mi vida. Cuando comenzaban a salir los aromas culinarios de la cocina, simbolizaba que era hora de iniciar la matiné para tío Lalo, quien nunca había ido al cine, ni tampoco había visto televisión. Como tío Lalo era un hinchado furibundo del Chago Morning, Pepe iniciaba la tanda cinematográfica con un despliegue inusual de imágenes de los mejores goles convertidos en su historia por el Chaguito. La Revista Estadio había sido un buen recuerdo de papá Orlando. Tras poner al día en lo deportivo al tío Lalo, era hora de comenzar el largometraje del domingo: El LLanero Solitario. La revista la habíamos cambiado con Juan, al Diuca, un tramposo negociante de revistas de aventuras.

Tío Lalo terminaba abrazado junto a nosotros a modo de agradecer la diversión complacida.

Tras la once sagrada de las cuatro de la tarde venía esa pichanga interminable de dos para dos en una cancha de una hectárea. Siempre terminábamos empatados. A mí siempre me gustaba jugar con Pepe.

Con pasos de gigante herido, veíamos cómo se acercaban la siete de la tarde, hora dramática del regreso. Mientras la gente se despedía, no con menos penas y pucheros, pedí permiso a mi abuela Emelina para ir al baño. Le mentí, como pocas veces le mentí en mi vida. Fui a contemplar y a conversar con Soñador. Lo noté triste, pensaba porque nos íbamos. Me movió la cabeza. Vi en sus hondos ojos café piedra, una lágrima de fuego azul. Según los antiguos, era una señal poco feliz.

El regreso no era para nada alegre, a pesar de venir en el mismo medio, con el mismo conductor y los mismos pasajeros. Ya los aviones no se veían tan altos, ya el paso de Soñador no era tan cansino, ni la conducción de tío Raúl era tan diestra, ni el cantar de tía Lucha y abuela Emelina era tan armónico.

“El toque de la puerta de la madrugada del domingo siguiente, fue como un terremoto”, dijo tía Edith 35 años después. Los pies del tío Lalo se habían desangrado y desfigurado por el caminar de los 20 kilómetros que nos separaba de su casa. Traía sobre su espalda una talega¹. En su boca se leía un mensaje. Tío Raúl, tía Lucha y Soñador habían sido arrollados por el capotar de uno de los aviones del aeródromo. En su desmayar y desfallecimiento, de su talega se dejó caer, como una manzana del árbol, la máquina de cine que se nos había quedado olvidada el domingo pasado. Hoy día no tendríamos ni cine... tampoco a Soñador.

1 Talega: Bolsa tejida que se utiliza en el campo para transportar alimentos y objetos (nota del editor).

REGIÓN DE LOS LAGOS

EL MISTERIO DE COIPOMÓ

María Eugenia Ojeda Uribe (56 años)

Profesora

Ancud

Tercer lugar regional

Cuentan los lugareños que ese día el chucao, oculto tras los bosques frondosos de Coipomó, tierra de coipos, cantó con su trino melodioso y fuerte. Lo oyeron atentos y se santiguaron, era el sonido de la muerte.

La historia sucedió hace 40 años, y desde aquel funesto día, ven en las noches de San Juan, una sombra que se asoma por el camino nuevo. Algunos, los más curiosos y atrevidos, lo esperan para que les dé suerte con las cosechas, y le rezan la oración de las almas en pena para que pueda lograr el descanso y así, año tras año, la leyenda se acrecienta.

Dicen que llegó de la capital, que tenía como 30 años, que era delgado, usaba anteojos y era letrado. Era un profesor normalista de la Escuela Normal José Abelardo Núñez. Lo habían nombrado profesor titular de la Escuela Número 5, la que está subiendo por la cuesta La Plata. Eran cinco niños sus alumnos, pero él se preocupó de salir por los campos a buscar más niños para que estudiaran. Lo veían bajo la lluvia, caminar casi de madrugada a la escuela.

Ese día aciago, el profesor no llegó a su trabajo. Desapareció sin dejar rastro. Se fue. Algunos dicen

que por una pena de amor, otros agregan que se ahogó en el Río Negro, cerca de Chepu, pero los sobrevivientes de ese tiempo dicen que los brujos “ejercieron su arte” porque el profesor era de “los limpios” y ellos lo consideraban su enemigo, porque enseñaba a los niños que el mundo era inmenso y tenían que viajar y conocerlo.

Doña Elcira que fue una de las que lo trató en aquél entonces, cuenta:

—Era un cabro bueno, se notaba, porque mi hijo, el Segundo, aprendió a leer con él. Pero un día no llegó a la escuela. Los niños se quedaron esperando. Lo salimos a buscar al camino, pero nada. Ni una vista de él. Fuimos donde la comadre Nora, a ver si sabía algo del profesor, porque vivía de prestao’ en su casa. Nos dijo que unos hombres oscuros, con la cara pintada, y el pelo corto, llegaron casi al alba por el camino nuevo y preguntaron por él:

—Entraron a mi casa y revolvieron sus libros y papeles, botaron too’. A mí me dio miedo. El Aliro, mi marí’ o casi se desmayó de susto, pero qué íbamos a saber nosotros qué buscaban los fulanos. Les dije que seguro iría por la senda porque tenía que pasar a buscar a los niños del vecino Pedro.

Don Jacinto, uno de los más viejos, dice:

—La noche anterior a la desgracia, escuché al chihued¹ y sentí como abatía su vuelo y eso trae los males, ñor. Le dije a mi mujer: “la muerte anda cerca”. Nadie me saca de la cabeza que fueron los brujos. Los vi cuando la camioneta se asomaba por la loma del Puqueldón. El vecino Aliro dijo que traían puesto el macuñ², seguro que venían con el encargo de La Casa Grande. Nadie me saca de la cabeza que hicieron el aquelarre en Quicaví y lo condenaron. Lo tenían desgraciado. No lo vimos más.

Visité y escuché a los últimos testigos de ese tiempo y tengo la certeza de que el profesor rural,

ese hombre que me enseñó a leer cuando yo tenía diez años, y que nos dijo a sus pocos alumnos que el mundo había que conocerlo, desapareció una madrugada de octubre porque los brujos de La Recta Provincia lo decidieron una noche de luna llena en que la bruja se transformó en “la voladora” y lanzó sus gritos, chillidos y carcajadas, llevando el mensaje para decidir la suerte del profesor.

Hoy, mientras admiraba los restos de troncos hundidos del Río Negro y la belleza de su vegetación, lancé a las aguas unas ramas de maqui en homenaje a ese hombre, que un día conocí y que seguirá viviendo entre los hombres sencillos de estas tierras, como si el olvido no existiera.

1 Chihued: Pájaro sureño de mal agüero (nota del editor).

2 Macuñ: Chaleco que usan los brujos del sur para volar (nota del editor).

REGIÓN DE AYSÉN

BURRO HAMBREADO NO SIENTE LA HUASCA

Camilo Monsalve (18 años)

Estudiante

Aysén

Primer lugar regional

El viejo se ha demorado más de la cuenta, piensa, mientras echa el último choco de leña a la cocina. El reloj le confirma sus sospechas desde la pared. Probablemente se quedó a jugar truco. Se congela mirando las brasas por más minutos de los que está dispuesta a confirmar en el reloj, hasta que decide aprovechar ese tiempito que Dios le dio, sin nada que hacer. Llama a los hijos, suena que suena el *bip*, pero no pasa nada. El más chico contesta después de cuatro intentos fallidos. No se entiende mucho. Unas voces al fondo que reclaman, se corta sin previo aviso. Debe de ser la mala señal.

Se pasea por la casa con la escoba en la mano, inspeccionando. Revisa las tres piezas por enésima vez, sin encontrar ninguna falla. Ya tuvo tiempo para eso en la tarde. Las camas las hizo al mediodía. ¿Y si le hace un pancito al viejo? No, que se sirva él mismo. Ni avisa que llegará tarde y más encima hay que esperarlo con la once servida. Además hay almuerzo en la olla. Si quiere que caliente.

Vuelve a la cocina cuando se percata de que probablemente el viejo pondrá el grito en el cielo cuando vea que de cena tiene lo mismo que hizo para el almuerzo. “En esta casa se come y se come bien”, diría de seguro. Si tanto le gusta, que él

cocine, no sólo para enmugrentarlas le dio Dios sus manos. Motivada por su auto respuesta, decide seguir inspeccionando con el juicio imparcial de su escoba, ahora a su vieja cocina.

Para desgracia suya, la única falla que pudo encontrar fue la falta de leña, por lo que con poncho en mano, destrabó la puerta, se puso las botas de goma y salió hacia la lluvia.

Llevaba unas cuantas astillas cuando escuchó al primer pollito quejarse. Le resultó difícil encontrarlo con las gotas egocéntricas dando su espectáculo acrobático contra el suelo y el techo de lata, pero cinco minutos después, cuando sus hermanos lo acompañaron en el alegato, el ubicarlos no fue el problema, sino que el entender cómo habían llegado a parar ahí. Levantó dos troncos secos de lenga, de esos a los que el viejo aún no le había pasado la motosierra y los encontró mirándola con carita de pena.

Esto si que era el colmo. A pesar de que ella se había esforzado en ser lo más molesta posible con en la reiteración del temita, todavía no había terminado el gallinero. Qué le costaba tapar a los pobres en una cajita que sea, pero claro, él tenía que hacer las cosas

de hombre, en qué momento iba a poder clavar tres tablas cuando tenía tantas truqueadas que ganar.

Cómo no se dio cuenta de que esto se aproximaba en el momento en que rosas azules la esperaban posando sobre su cama, las mismas rosas que el día anterior alguien había cortado del jardín de su mamá, olvidando el machete en la escena del crimen.

Para cuando transmiten el avance del capítulo del día siguiente, el viejo estaciona la camioneta. Las noticias muestran los avances y él deja su chaqueta de ciudad encima del sillón de mimbre. Ella le hace notar que se perdió el capítulo en el que por fin el Luis se le declaró a la Isabel. Él pasa directo a la cama, sin dar señales de haberla escuchado.

Por lo menos en esos tiempos mozos, la palabra se le escapaba hasta por el cuello del traje de la misa dominguera. Ahora sus labios siempre estaban más apretados que poto de mula en tiempo de tábanos.

Acostada mirando el techo, decide que debe hacer algo al respecto. No es posible que su único momento para sociabilizar con más gente que ella misma sea una vez por semana, mientras vende los huevos que le sobran en la feria del pueblo. Le da un coscorrón al viejo, medio porque ronca muy fuerte y medio porque recuerda el asunto de los pollitos.

A las siete de la mañana el viejo ya está listo para partir. Ella no ha aparecido en todo el día. Tanto mejor, lo único que viene haciendo en este último tiempo es quejarse del gallinero y hablarle de la

novela. Cuando termina el último sorbetón de mate, cae en cuenta de que su chaqueta no está. En vez de eso, una nota ocupa su lugar sobre el sillón, con sus lentes encima y su viejo machete al lado. Estira los brazos frente a él y recién entonces reconoce su letra:

"Hoy te quedas sin chaqueta y sin permiso para ir a jugar truco. Si los quieres de vuelta, llévale una yapita al rosal que dejaste pelado."

Le toma toda la mañana deducir que se trata del rosal de la casa vieja. Llega al lugar pensando qué cara de enojo poner y se encuentra con tablas, un martillo y una docena de huevos esperándole.

Vuelve a la cocina con ganas de un mate bien amargo. "Última vez que le hago caso", piensa, antes de ser acribillado por el olor de ese chupe de guatitas, servido en su lugar.

La vieja lo espera con un vaso de vino en la mano y una rosa azul en el bolsillo del delantal. Él la mira, inexpresivo.

Ninguno dice una sola palabra.

Al dormirse el sol, incluso un poco antes, los dos están acostados.

—Buenas noches, viejita.

—Buenas noches, viejo mañoso, córrete más para allá que me estás sofocando. Córrete te dicen, que vas a dejar todas transpiradas las sábanas.

REGIÓN DE AYSÉN

LLEGADO Y QUEDAO

Mauricio Antonio Melgarejo Jorquera (48 años)

Guía ornitológico

O'Higgins

Segundo lugar regional

La lluvia que a esa hora de la noche caía sobre mi carpa me mantuvo despierto y no me quedó otra que arroparme con mi chaqueta y aprovechar el cuero de cordero que Don Remigio me había prestado.

Él me lo había advertido desde principios de semana, que se venían las lluvias de mayo, que eran cosa seria, que no fuera porfiado, que lo hiciera a lo gaucho...

¿A lo gaucho?

¿Qué diablos significaba a lo gaucho?

No llevaba ni una semana de recién llegado a La Patagonia, con un puro bulto con mis ropas, un par de libros y mi carpa...una carpa para parar el Diluvio Universal, una carpa que era mi casa por esos días y el hazmerreír de los locales.

—¿Nació y cria? —me interrogó doña Mirta, la dueña de la única pulpería del pueblo, mi primer día de llegado con una cara insoportable de afuerino que me delataba al punto que hasta las gallinas se me apartaban pero me miraban de reojo.

Por el tamaño de mis ojos y el silencio como respuesta no le quedó duda.

—¡Ah! recién llegao...—me dijo— ¿y del norte?

—Bueno, sí. Soy nacido en...

—¿Va a llevar algo? —me interrumpió en seco.

—Sí, eh, verduras —dije.

Me miró por arriba del arco de sus anteojos y soltó una carcajada que, sin entender por qué, logró contagiarme.

—Por estos pagos es más fácil encontrar un “entierro” antes de conseguir verduras —me dijo y aprovechó de ponerme al día de cómo iban las cosas en el pueblo al que escogí para iniciar mi nueva vida.

De eso había pasado una semana. Ahora estaba en el proceso de “hacer el alambre”, o sea, alambrar el terreno para evitar que vacas y yegüerizos siguieran mermando las pocas plantas de flores que allí había.

A don Remigio lo conocí de casualidad mientras intentaba levantar un toldo donde poner mi carpa.

Parado en silencio, un cigarro al borde de los labios, como masticándolo, y la boina caída al lado derecho. Brazos en jarra me gritó:

—¿Nació y criao?

—No —le respondí medio molesto por lo inoportuno del interrogatorio, además que me hizo rodar con toldo y todo, ladera abajo. Mientras terminaba de ayudarme con el toldo y medio riéndose de la pobre solución que había logrado para palear la lluvia, y de mi notorio aspecto de afuerino, terminó por decirme:

—¡Hágalo a lo gaucho!

Y se mandó a cambiar.

No alcancé a preguntarle qué diablos significaba “hacerlo a lo gaucho” cuando ya se había perdido en la curva del camino que me separaba dos kilómetros del poblado.

A la mañana siguiente lo vi aparecer con un bulto enrollado bajo el brazo.

Mientras me ayudaba a acomodarlo en el piso de la carpa, me fue explicando que ellos lo usaban cuando salían arreando animales. Era ideal para palear el frío. “Quillangos”¹ le llamaban.

Antes de irse, de nuevo volvió a mirar el desastre de mi carpa y el toldo, por lo que volvió a decirme “hágalo a lo gaucho” y desapareció.

Sin entender qué significaba, no hice mucho esfuerzo por descifrar sus palabras, ni menos hacerles caso.

Apenas empezó a llover esa noche, me apuré en meterme a la carpa con la esperanza que fuera

pasajera. Pero ya me lo había advertido doña Mirta y la mitad del pueblo: que las lluvias de mayo eran cosa seria. Pero poco puede un pedazo de lona cuando el mismo cielo pareciera que se quiere meter adentro de tu casa, o en mi caso, una carpa.

Mojado como un pitío² y envuelto en el cuero de cordero me encontró Don Remigio, alumbrándome con un chonchón y la brasa de su inseparable cigarro.

—Le dije que lo hiciera a lo gaucho, ñor. ¡Son tan porfiaos los nortinos! —me dijo mientras me ayudaba a enderezar el techo del pobre toldo que de nada servía a esa hora...

—¡Pero qué diablos significa hacerlo a lo gaucho! —le grité medio faltando el respeto...

—Son muy porfiaos los llegaos —volvió a decirme—. ¡¡¡Si se lo dijo medio pueblo ganchito!!!

De eso han pasado casi ocho años.

Desde esa noche nos hicimos amigos inseparables. Siempre aparece en los peores momentos, sin mediar llamado o petición de mi parte. En este tiempo ha sido mi “firmeza”. Nos separan mundos e historias diferentes, pasado e historias previas. Pero si ahora soy capaz de mirar por la ventana de mi casa, abrigado y seco, es en gran parte gracias a él.

Nunca me aceptó un peso, a lo más un cigarro de tabaco armado, “un torcido” como le decimos por acá.

1 Quillango: Manta de pieles cosidas de origen aborígen que se usa en la Patagonia como alfombra o como manto para paliar el frío (nota del editor).

2 Pitío: Ave chilena que habita especialmente en los bosques del sur y tierras de Aysén (nota del editor).

Nunca le pregunté por qué vino en mi ayuda, pero ahora cuando me veo socorriendo a otros que como yo, años atrás, llegan con un bultito de sueños, aprovecho de aconsejarles y compartir lo que he aprendido estos años.

Cada uno tiene sus razones, cada uno sabe por qué.

La gente de estos pagos es así. Te ayudan sin conocerte. No te preguntan y te afirman el rancho. No son tus amigos, pero son los más leales a la hora de comprometerse.

No fallan. Son un ejemplo en todo minuto.

—¿Nació y criado? —me preguntan, como suele llamarse a los nacidos en estas tierras.

—No, llegao y quedao —les digo. Mientras sin perder tiempo agrego:

—Hágalo a lo gaucho...

REGIÓN DE AYSÉN

LA SEÑORITA DE PELO BAYO HUEVO DE PATO

Rosa Ida Gomez Miranda (71 años)

Profesora jubilada

Cochrane

Tercer lugar regional

Con ese nombre me bautizaron los alumnos el primer día escolar en que me presenté a trabajar en la Escuela Hogar 47 de Cochrane.

—Oye, Faustino, llegó la profesora de la escuela. Yo la vi cuando se bajó del avión. Es media pituca, porque andaba con unos tacos altos que ni va a poder caminar acá en las piedras.

—Yo igual había ido a la cancha con mi mami y también la vi. Tiene el pelo bayo y es un poco flaca...

Acababa de salir egresada de la Escuela Normal de Ancud y estaba ansiosa por trabajar. Había presentado mi currículo a distintas partes, entre ellas, a una escuelita ubicada en la región de Aysén en un pueblito llamado Cochrane. Allí fui destinada. Ubiqué el lugar en un mapa. Nada me dijo el papel, con excepción de que estaba ubicado cerca de un lago homónimo. Un familiar me habló de que conocía a la esposa de un carabinero que había trabajado en esa zona y decidí entrevistarme con ella para indagar sobre el lugar donde debía marchar en pocos días.

—Si yo fuese su mamá, no la dejaría irse tan lejos. Ahí se llega en avión no más, pero tampoco hay vuelos regulares. Son aviones viejos de carga que

salen del aeropuerto de Coyhaique. Son como 30 minutos de vuelo en total, si es que no está malo, porque le diré que hay hartas corrientes ascendentes y descendentes en la ruta. Bueno, también hay avionetas particulares, como del Club Aéreo, y el avión de don Ernesto Hein que es un piloto de mucho prestigio, pero hay que pedir un *chárter*.

Después supe que eso significaba arrendar el avión, algo que para mí era inalcanzable económicamente, teniendo en cuenta que recién empezaría a trabajar.

—Otra forma es llegar por Puerto Ibáñez, embarcarse allí en unos barquitos chiquititos hasta Puerto Bertrand y de allí seguir a caballo hasta Cochrane. Deben ser como unas siete a ocho horas... También puede ser por Argentina, pero ahí es más difícil, porque hay que tener contactos. De Coyhaique salen camiones de la Estancia Explotadora que llegan hasta Entrada Baker y después hay que seguir a caballo el día entero, pero para eso hay que conseguir con los jefes de la Estancia para que un guía la lleve...

De todas estas alternativas, a decir verdad, ninguna me seducía. Nunca había andado ni en barco, ni en avión y menos a caballo, pero como había que tomar

una decisión, opté por el avión de carga. Al fin de cuentas era la más conveniente y menos riesgosa, además como el aeropuerto estaba en Coyhaique, podría pedir información y ayuda en la Secretaría de Educación.

El director nos vino a presentar a la señorita a la sala, ella nos dijo su nombre. Se llama Marcela. Nosotros la mirábamos embelesados. Tal como había dicho el Faustino, tenía el pelo largo y amarillito, como un caballo bayo huevo de pato. También tenía una voz clarita y nos trató bien. Al tiro nos gustó... La mayoría de nosotros éramos grandes, casi todos campesinos y dos que eran hijos de empleados públicos, pero a excepción de la vestimenta se igualaban al resto en todo.

El pueblo es pequeño, debe haber unas veinte casas. Se fundó un 17 de marzo de 1954. Es relativamente joven. La plaza está cercada con alambre para que no entren los caballos y vacunos que circulan por las calles empedradas. Hay una sola casa donde dan pensión. Allí me quedé. Otro pensionista era don José, un funcionario del Correo que tiene su familia en Aysén y que está pronto a jubilar.

Él fue un gran apoyo en mis primeros días. Como jugaba canasta, matábamos las horas con el naípe inglés. Pronto se nos agregó la dueña de la pensión y su hija.

Primer día de clases y mi primer chascarro. En un puesto al final de la sala hay una señora sentada. Me acerco a preguntarle qué deseaba y si era apoderada. Nada me contesta y los niños tratan de ocultar sus risas. Vuelvo a preguntar y uno de los chicos me dice:

—Señorita, ella es la Lila. Es alumna igual que nosotros...

Recién me doy cuenta que muchos de los alumnos son mayores. Son de primer año básico pero tienen de ocho —los dos hijos de empleados públicos— a 17 años.

El director me comunicó que hay posibilidades de que se venga otra maestra muy pronto... Ojalá sea verdad y tenga una compañera con quien compartir...

Echo de menos la civilización. Aquí todo transcurre sin prisa. Se practica mucho un dicho: “En la Patagonia el que se apura pierde el tiempo”. Existen muchas carencias: no hay luz eléctrica. En la pensión usan lámparas Pretomax y velas. La dieta alimenticia es a base de carne y casi no consumo verduras.

Me cuesta comunicarme con mi familia. No hay teléfono. Solo puedo enviar telegramas pero allí debo restringir mis palabras: “No se preocupen. Estoy bien de salud y muy contenta”...

Lo último no tiene mucho de verdad porque hay días en que lo paso llorando y que quisiera dejar todo botado y volver a mi hogar.

¡He salido de la rutina! Llegó Nelly, la otra profesora. Es joven como yo, tenemos muchas cosas en común. Ella es de la región y no le ha costado adaptarse. Me ha enseñado un sinfín de cosas, costumbres y tradiciones, canciones y bailes. Por mi parte le enseñé a jugar canasta y algunos bailes folclóricos chilotes.

En la escuela formamos un grupo folclórico, con bailes de Chiloé y rancheras con relaciones de acá con versos dichos por el hombre y la mujer a modo de contrapunto.

Varón:

*Sos la más linda del pago,
que hasta hoy he conocido,
dichoso mi bien sería
si yo fuera tu marido.*

Mujer:

*Si así lo fuera algún día
como usted me lo propone,
vaya sabiendo mocito
que me lo tendré a coscorrónes.*

Algo ha ido cambiando en mí, dicen que el hombre —en este caso la mujer— es un animal de costumbres. Debe ser verdad pues vine a trabajar por dos a tres años, pero estos pasaron demasiado rápido y me fui quedando. He aprendido a andar a caballo, a soportar el humo de la cocina fogón, a comer sopaipillas sin levadura, fritas en grasa y que se llaman “tortas criollas”. También sé del uso de remedios caseros con hierbas naturales. Mi familia me pregunta cuánto tiempo más permaneceré aquí y de verdad ignoro la respuesta.

No sé cómo me fue atando el amor a esta Patagonia, hecha de corazones audaces y generosos, de silencios profundos, de soledades que hacen doler el alma. Aprendí a amar a esos niños y sus familias que me abrieron las puertas de sus casas y compartieron sus vidas, que me enseñaron a adentrarme en los misterios de esta tierra, a conocer un lenguaje creado por ellos mismos, a falta de diccionarios,

como “a todo imperio” —por intemperie— o “coltro arisco y aspamentoso” al referirse a un niño poco sociable y espaventoso.

Poco a poco fui haciéndome parte de esta tierra, me fui mimetizando con el verde de los bosques, donde el golpe del hacha se hace canción. Me fui adentrando en el corazón de esos niños que alguna vez me llamaron “la señorita del pelo bayo”. Su simpleza me sedujo, su amor a la naturaleza y agradecimiento a la vida me hicieron comprender su grandeza. Junto a ellos conocí la palabra felicidad. Ya no era la maestra que llegó a entregar conocimientos, al contrario, ellos me enseñaron a amar las cosas simples de la vida.

—¿A dónde vas con esas riendas, Moroco?

—A buscar los caballos de las profesoras. Mañana temprano se van al campo invitadas para la señalada de los Cárdenas... Quién iba a pensar que ahora estén tan gauchas y cuando llegaron, lo único que sabían era andar en auto. Ahora hasta aprendieron a carnear una oveja y a picar leña...

Faustino ya es un hombre. Algunos de sus hijos también fueron mis alumnos. Hace poco me lo encontré en el recién inaugurado Banco del Estado. Charlamos un poco y entre otras cosas, hicimos mención de mi sobrenombre: “la señorita de pelo bayo huevo de pato”.

Estuve conversando con la profesora. Me la encontré en el Banco. Se acordó de cuando la nombrábamos por el color de su pelo. No le dije nada, pero la miré y pensé que los años no pasan en vano. Ya su cabello no es el bayo amarillento que tanto nos cautivó. Ahora tiene mechones negros. Si tuviese que bautizarla tendría que decir que ahora es una “señorita de pelo bayo cabos negros”...

REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

EL NEGRO

Fabián Andrés Silva Arriagada (25 años)

Estudiante

Punta Arenas

Primer lugar regional

Lo que comenzó con la expedición de la goleta hace más cien años no solo trajo consigo comidas, bailes y apellidos provenientes de Chiloé. Con ellos llegaron otros seres. Seres que prefieren caminar en secreto, protegidos por su soledad y por la oscuridad de la noche.

Ramón se alistaba para embarcarse. Era uno de esos días donde la mar estaba en calma y los pájaros se posaban en la orilla del estrecho a buscar su alimento. Pescador desde siempre, mi viejo se iba en búsqueda del sustento para una parcela en la que vivíamos solos los dos. Sin hijos y ya con el tiempo en contra, solo nos teníamos a nosotros mismos y a nuestros perros. La actividad diaria era trabajar, él en su lancha y yo en la siembra. Con regularidad se acercaba una señora llamada Dolores a preguntar cómo estábamos, en especial por Ramón. Lo curioso es que solo venía cuando estaba él. No sabíamos de dónde venía, ni dónde vivía. Aparecía de la nada, pero de alguna forma era compañía.

—Que Dios te bendiga, mi viejo —le dije mientras él se alejaba y poco a poco se iba adentrando en el mar.

Era ya costumbre despedirlo en el muelle y después volver a trabajar. Esa mañana era como tantas otras. El viento y la presencia de los perros eran

la única compañía, pero había algo diferente. No había notado, sino hasta que los perros ladraron desesperados, que desde el alambrado trasero nos observaba un perro negro. Ellos no se acercaban, solo ladraban en un intento por ahuyentar a ese calmo animal que solo estaba sentado mirando.

Estuvo ahí lo que quedaba de la mañana y la tarde, sentado. De vez en cuando solía pasearse, pero no hacía nada más. Parecía perdido y le ofrecí un poco de comida. En cuanto me acerqué a tirarle un poco de las sobras que quedaban en casa, se alejó, dio media vuelta y lo perdimos entre la pampa. Pasó un rato y escuche un: “Llegué vieja”. Era Ramón. Había llegado sin tener mucho éxito pescando, pero nos alcanzaba para unos días y eso bastaba. No le conté lo que pasó con el perro perdido porque no era relevante, pero me dejó una sensación rara, quizá era la culpa o la preocupación de que se extraviara, no sé, pero algo me molestaba.

Al día siguiente, Ramón no salió con la lancha. Quería dejar descansar a la mar, por lo menos eso siempre decía. Esa tarde apareció doña Dolores. No nos percatamos de su llegada hasta que Ramón se asomó por la ventana. Ramón salió a conversar con ella y ella le preguntó cómo estuvo la faena. Él le explicó que no andaba bien hace varios días

pero sí nos alcanzaba para vivir. Después de un rato, Dolores se marchó, como tantas otras veces, y continuamos con nuestro día.

Ya en la madrugada y después de despedir a Ramón que había vuelto a zarpar con esperanzas de tener mejor fortuna, fui a la casa, tomé un café y comencé a arar la tierra. Luego de unas horas y sin previo aviso, sentí como aullaban y entremedio ladraban mis perros. Con miedo rondé alrededor de la casa. El pensamiento de que entraron a robar era fuerte. Cuando di vuelta por la parte trasera de la casa, sentí un alivio que me recorrió todo el cuerpo, pero a la vez la situación era inquietante. El perro negro se encontraba otra vez observando al otro lado del alambrado. Parecía estar vigilando o tal vez esperando a alguien. Con los días la situación se volvió mucho peor. Ramón no conseguía tener suerte en la pesca. A la tierra ya le costaba mucho dar frutos y ese perro aún se aparecía en el cerco de atrás. Ya me daba miedo acercarme. Aparecía únicamente cuando estaba sola con mis perros. Tal vez ellos eran los únicos que podían protegerme ante “El Negro”, como ya lo había bautizado. Lógicamente le dije a Ramón lo que pasaba y que ese perro llegaba cuando él no estaba, pero me dijo que no me preocupara. Los perros eran fieles y me protegerían en caso de que al Negro se le ocurriese atacar.

Un fin de semana en el que Ramón se encontraba en casa, Dolores nos visitó. Conversamos un poco con ella y Ramón le contó que las cosas no estaban bien con su trabajo, con la siembra y le preguntó si conocía a aquel perro negro. Ella lo negó y dijo que quizá andaba perdido o era de algún estanciero o parcelero de por ahí, pero yo no conocía a ninguno que viviera lo suficientemente cerca como para no saber de él ni de su mascota. Finalmente Ramón

seguía optimista y mencionaba cada cierto rato que aún estábamos bien, que no teníamos problemas. Además yo tenía protección en caso de que él no estuviese.

A la mañana siguiente “Merluza”, uno de nuestros dos perros, cayó enfermo. No se movía, no comía, ni bebía. Hicimos lo posible por que se sintiera mejor, pero no fue posible. A los dos días no despertó más y lo perdimos. Ninguno de los dos quería levantarse a la madrugada siguiente y era entendible. Perder a un compañero siempre es difícil, y aún más en la situación en la que nos encontrábamos. Aun así debíamos continuar. Él se marchó con su lancha y yo trataba de hacer que creciera algo más en la tierra. Me sentía desprotegida, triste y con muchas dudas. El Negro ya estaba ahí, vigilando o más bien esperando, pero ya no había caso echarlo.

Recordé que mi abuela antiguamente decía que los brujos eran negros y que allá en Chiloé se transforman en animales para pasar desapercibidos. No quería pensar en eso en un principio pero ya era un pensamiento recurrente ¿Quién querría hacernos mal? ¿Quién querría destruirnos? La pregunta tenía una respuesta obvia, pero Ramón no la quería admitir. Creo que son muchas las casualidades: la muerte, la mala suerte, el deterioro que poco a poco nos va consumiendo y no tengo como enfrentarlo.

Con el tiempo nos hemos mantenido así, sin frutos, sin muchos peces, con un Ramón optimista e incrédulo, cada vez con menos compañía y con un ser que está presente todos los días, a veces como mujer, otras veces como perro negro. Lo único que sé con certeza es que está ahí, siempre en su rol de bruja. Nos vigila y con paciencia espera nuestro deceso.

REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

POR LA AMISTAD

Rubén Darío Gómez Alarcón (19 años)

Estudiante Pedagogía en castellano

Punta Arenas

Segundo lugar regional

—No sé, Juancho, la verdad. No me dan confianza estas cosas, no, no, no, no y no.

—¡Yapo', Bozo, vamos a ver si hay suerte! ¿Qué es lo peor que puede pasar?

—Pues que se nos aparezca el Pata e' Hilo o nos crucemos con ambiciosos en las mismas pue' compadre.

Mientras se terminaban su mate, Juan Pericles estaba jugando sus últimas cartas para convencer a Ambrosio Matacana, alias “Bozo”, de salir en la noche a buscar tesoros en la pampa patagónica. Lo había invitado a almorzar a su casa para intentar por última vez hacerlo cómplice de la aventura que se disponía a emprender esta noche en especial. Eran amigos desde que tenían memoria y se acompañaban en todo tipo de situaciones. Si uno se metía en peleas, el otro acompañaba con las trompadas. Cuando uno sufría por desamor, el otro se encargaba de emborracharlo para pasar las penas. Si la esposa de uno tenía sospechas de una posible infidelidad en la casa de remolienda, el otro le cubría la espalda diciendo que la jornada en el aserradero se extendió y que se tuvieron que quedar en la estancia. Eran 51 años de amistad en los que

ninguno de los dos dudó en ayudar al otro, pero en esta ocasión Juan había llevado las cosas a un punto delicado debido a las supersticiones de su amigo.

—Pero Bozo, el Cola e' Flecha va estar ocupado esta noche recolectando los tratos.

—No siga compadre, con esas cosas no se juega. Ya sabe que no me gustan esos rituales que llaman al infortunio.

—No se lo niego compadre, es cierto que en la noche de San Yo las cosas se descontrolan un poquito.

—¿Un poquito? El Pipe Huenuman en la noche de San Juan del año pasado hizo el ritual de invocar al Cornudo en el espejo para ver si era cierto. Y ya vio como quedó.

—Con la mirada en la nada y la voz perdida. ¿Y qué? Eso no comprueba nada, si todos sabemos que el Pipe era medio loquito pa' sus dramas. Acompáñame, Bozo, si lo peor que puede pasar es que no encontremos nada. En ese caso nos volvemos pa' mi casa a tomar un vinito.

—No sé, compadre, no sé.

—Vamos, Bozo. Por la amistad.

Ambrosio odiaba que hiciera eso, que ocupara la amistad de años para meterlo en sus caprichos. El desgraciado tenía claro que ante eso, no podría negarse. Recordó que precisamente por uno de los caprichos de Juan, convencido finalmente de ir a una fonda para ver a su amigo competir contra el campeón local en un enfrentamiento de quién tomaba más jarrones de chicha, fue que conoció a su señora esposa con quien seguía viviendo feliz. Quizá hubiera un poco de suerte en la noche y encontraran algo. También recordó que Juan ganó el enfrentamiento.

—Está bien compadre, pero llevaré mi crucifijo para estar protegido.

—¡No po', Bozo! Hay que ir neutrales. Sin protección divina, sin persignarse, sin rezar, sin nada pue' compadre. Esas cosas repele la suerte en la noche de San Juan en cualquier ritual. Solo ir por la pampa, buscar la señal, cavar y si encontramos algo, nos vamos callaítos con el tesoro, libres de polvo y paja.

—¿Está seguro, Juancho?

—Segurísimo.

Un poco más convencido pero con la misma cara de preocupación, le dio el afirmativo a Juan.

—Ya. Está bien. Pero solo porque prometiste vino.

Cuando el cielo nocturno se vio plagado de brillantes estrellas lideradas por la luna, salieron al frío de la noche con azadón y pala en mano. Solo se oían sus respiraciones añejadas y sus pasos en el pasto seco. La mujer de Juan no había puesto objeción a la locura de su marido. Sabía que aunque se dispusiera a persuadirlo de que no fuera, éste no le haría caso, pues porque era un porfiado con la cabeza más dura que la lengua que trabajaba en el

aserradero. El silencio de la noche no ayudaba a la confianza de Ambrosio y mucho menos a aplacar el miedo.

—¿Y cuál es la señal, compadre? —le preguntó a Juan.

—Debemos encontrar alguna luz en la pampa y acercarnos a ella.

—¿Qué tipo de luz?

—No sé, compadre. Una luz.

Caminaron y caminaron hasta adentrarse de tal manera en la pampa que sus oscuras y abrigadoras prendas no tardaron en camuflarlos en la seca y oscura tierra patagónica. Eran las once de la noche pasadas, y los años junto a la fatiga de la infructuosa caminata empezaron a hacer presencia en los dos. Juan se frustró.

—Por la mierda, Bozo, discúlpame por meterte en esta webada. Mejor volv...

—¡Juan, mira! —interrumpió a su amigo y apuntó hacia una luz.

Unos veinte pasos delante de ellos, una luz difusa danzaba, saltando sin piernas como si jugara en una rayuela invisible en cierto trozo de tierra. Ambos veían la luz, paralizados y mudos por el asombro y el miedo. La luz, cual catarata de anciano, se estampaba fuertemente, pero sin brillo alguno en sus ojos. Juan decidió actuar, impulsado por una ambición más fuerte que el miedo latente en sus entrañas. Agarró del hombro a su amigo y lo animó a correr hacia la señal que estaban esperando. La parálisis momentánea que Ambrosio tenía en sus piernas fue reemplazada por una corriente de sangre en sus venas, dándole movilidad para seguirle el ritmo a su amigo Juancho. La luz desaparecía a medida que

se acercaban a ella. Cuando llegaron a la rayuela invisible de la luz, ésta ya se había esfumado. Con la respiración entrecortada se quedaron rondando el espacio un momento, buscando alguna explicación al fenómeno lumínico, pero no duró mucho, pues sus pisadas ahora eran blandas e irregulares debido a la tierra húmeda en la que estaban parados. Un único espacio rectangular de tierra húmeda en toda la sequedad de la pampa.

—¡Aquí es, compadre! ¡Aquí es! —exclamó Juan, eufórico—. ¡Pongámonos a cavar!

Le pasó la pala a su amigo y, por su parte, con el azadón se puso a picotear la tierra para ablandarla. Ambrosio blandió la pala en la tierra húmeda, hundiéndola con el pie, sacando una buena porción de ella. Así estuvieron por casi media hora. Picando tierra, paleándola, picando y paleando. En cierto punto, en la oscuridad empezaron a aparecer siluetas que Juan y Ambrosio con una mirada significativa pactaron ignorar. Seguramente era el cansancio jugándoles una mala pasada. Era la explicación menos aterradora que habían decidido creer, pero no duró, porque los lamentos, sollozos y risas de las siluetas no eran ninguna ilusión. No pararon de cavar, más bien aumentaron el ritmo. Las siluetas se acercaban cada vez más y sus lamentos y risas se fueron convirtiendo en gritos desesperados, gritos de tortura. Juan parecía no hacerles caso ya que estaba inmerso en su misión, pero el miedo de Ambrosio solo aumentaba.

En la locura del infierno en el que se habían metido, Ambrosio creía saber por qué las siluetas iban hacia ellos. Quizá el tesoro era de ellos, o tal vez ni siquiera había un tesoro enterrado y solo se metieron al lugar de descanso de almas perdidas en la pampa, y ahora les harían pagar por su insolencia... ¡CLAMP! El ruido del choque entre el metal de la

pala y la madera. Una caja de madera.

—La encontramos, compadre —dijo Juan, casi sin poder creerlo—. ¡Encontramos el tesoro, Bozito!

Los gritos se habían detenido y las siluetas desaparecido. Ambrosio no daba crédito al hallazgo de la noche de San Juan. Olvidando las instrucciones de su compadre, solo atinó a mostrar su sorpresa con una expresión de la cual después se arrepentiría.

—¡Dios mío! —fue todo lo que dijo, invocación divina suficiente para provocar que el suelo temblara por un segundo, haciendo sonar el contenido de la caja, quizás oro, tal vez diamantes. Nunca lo supieron. Después del temblor, el único contacto que tenía la pala era con más tierra. La caja había desaparecido con lo que sea que haya tenido dentro.

—¡Por la mierda, Bozo! ¡Qué te dije! —gritó Juan, con furia—. ¡Cava, mierda! ¡Hay que revisar si ya no está!

Estuvieron cavando otra media hora, pero no servía de nada. El tesoro se había perdido. Juan y Ambrosio discutieron por un rato entre los “es tu culpa” y los “yo no quería venir”. Al final, no importaba nada. La búsqueda del tesoro había acabado para ellos. Estaban cansados y sedientos. Más sedientos que cansados.

—Ya fue, compadre. P’al otro año será. Vamos a mi casa, Bozo. Ese vino no se va a beber solo.

—Como guste, Juancho. Como guste.

—Debimos probar con las tres papas, compadre. Menos problema.

Se devolvieron por donde vinieron. Ninguno le pidió disculpas al otro, pero las cosas ya estaban bien entre ellos. Y con vino de por medio, mucho mejor.

REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

EL PERDÓN

Julia Ester Roehrs Mata (81 años)

Escritora

Punta Arenas

Tercer lugar regional

Desde los lavaderos de oro en el Beagle, tortuosos canales y campos auríferos, los dos hombres cabalgaban, cortidos por los vientos fueguinos, las barbas crecidas, las botas raídas y sucias de lodo, que evidenciaban un largo trayecto. Cargaban ese precioso oro que habían logrado reunir... soñando con ser acaudalados latifundistas. Armados con carabinas Winchester, tenían algo en común: ser asesinos a sueldo.

Se oía el rumor lejano del río, el trotar de los cascos atenuados por la nieve. El frío era tan intenso que un vaho brotaba de las narices de los fatigados caballos. Se oían los graznidos de una bandada de avutardas que cruzó en raudo vuelo desapareciendo en el horizonte.

Un impetuoso y violento ataque surgió de la espesura... los onas... abrigadas las espaldas con piel de foca... los rostros pintados, dispararon sus flechas de muérdago tan pulidas que dejaban un débil silbido flotando en el aire. Una saeta perdida rasgó las ropas de Cayún y se incrustó en su hombro.

El hombre blanco había invadido sus tierras llenándolas con el fragor terrible de una boca que escupe fuego.

—¡¡Azota las bestias!!! —alzó la voz en un clamor de dolor el herido. Acto seguido los animales se perdieron en indómita carrera a través de los campos de coirón. Se abrieron camino a través de la mañana entre retorcidas hayas, frondosos helechos y matas espinudas, en una zona boscosa al pie de la cordillera, continuando el sinuoso derrotero hacia las cumbres nevadas. Habían realizado la caza del nativo, cumpliendo con esa indigna misión de exterminarlos.

Algún ganadero en desmedro de sus utilidades y esfuerzos, producto de las arremetidas de los indígenas que no trepidaban en atacar, quebrando las patas de su ganado y rompiendo alambradas, decidieron tomar sus armas en pro de sus dominios.

—¡Pronto regresarán... por nosotros! Cuando adviertan el engaño... —habló Jadenate Burge, el escocés.

—¡Resiste, amigo, llegaremos! —le urgió Burger. A la distancia se divisaba la cabaña que les esperaba al amparo del rigor de las heladas de invierno.

Encendieron la exigua fogata, reuniendo algunos maderos. Se oía un ligero chisporrotear de la leña húmeda.

—¡Estamos atrapados! —sentenció el escocés. Un vaho mal oliente comenzó a expandirse de sus ropas. Miró la herida sanguinolenta del brazo de Cayún. Tomó en sus manos el oro del talego de cuero de lobo y vaciándolo formó con él un torniquete para contener la hemorragia del afebrado compañero, cuyo rostro cetrino mostraba la huella de su lenta agonía.

—¡Hay que salir en busca de ayuda! —apremió el escocés.

Apenas amanecía y dificultosamente caminaron paso a paso, enterrándose en la planicie blanca. ¿Pasaron minutos? ¿Pasaron horas?

El herido, perdiendo fuerzas, se desplomó sin un quejido...

—¡¡¡Levántate amigo!!! ¡¡¡ No me dejes!!!

Se devolvió intentando ayudarlo... El cuerpo era pesado... las fuerzas lo abatieron y rodó con él. Un frío letal se apoderó de sus extremidades...

—Estoy muriendo amigo...

Y quedó allí, con los ojos al cielo, esperando el fin.

Un aguilucho cortaba el aire con un ruido estridente, descendiendo...

—¡Señor, perdóname!

Por primera vez pensó en Dios en su rudimentaria plegaria.

Algo se iluminó a su alrededor... Sus músculos agarrotados se distendieron y un fuego recorrió su cuerpo... Dificultosamente se fue incorporando y avanzó con una loca y frenética esperanza. Una gran luz surgió a la distancia, como guiándolo. Siguió tras ella, sintiéndose ligero y liviano.

Un ser superior... se había compadecido de él, de su vida miserable, que él no merecía, sin duda alguna.

Miró hacia atrás en la lejanía... lejos, muy lejos de él...

Dos cuerpos yacían en la soledad de la Cordillera.

REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

RECORDANDO LOS VIEJOS TIEMPOS

Rubén Darío Gómez Alarcón (19 años)

Estudiante Pedagogía en castellano

Punta Arenas

Mención especial del jurado

Por allá, camino a las parcelas de Leñadura, donde la carretera de cemento se convierte en camino de tierra y piedras y el mar de la Costanera exhala su aliento salino, nunca falta una que otra estancia ganadera. Joaquín y Sergio se encontraban fuera de una de estas estancias, hablando para pasar el rato después de una cansadora jornada de trabajo. Bueno, cansadora para Joaquín que estaba descansando el cuerpo en el portón de madera. Sergio, que ya llevaba nueve años sin trabajarle un día nadie, estaba relajado y sentado despreocupadamente en el techito de una animita, como si fuera lo más normal del mundo.

—¿Cómo dices que fue el accidente?

—Fue como de película —le respondió Sergio a Joaquín—. Te juro que me cagué de miedo.

Los dos amigos se pusieron a reír.

—Ya, pero en serio, Checho ¿Cómo pasó? Quiero detalles.

—Ya, ya, tranquilo, Juaco. Estaba conduciendo con unas cuantas copitas en el cuerpo.

—¿Unas cuantas copitas?

—Ya. Fue una noche descontrolada. Me tomé todo

lo que encontré: cerveza, ron, vodka, pisco y una cosa verde que no me acuerdo como se llama.

—Unas copitas...

—¿Me dejas continuar?

—Continúa.

—Bien. Agarré mi auto y me fui rajado a un carrete en el que un amigo prestaba el quincho de su parcela. Todo me daba vueltas. No sé cómo chucha duré tanto tiempo conduciendo.

—Me imagino. Pero el accidente, Checho, el accidente ¿Cómo fue?

—Como de película.

—¡No empieces po, weon!

—Solo me divierto —decía entre risas—. ¿En cuánto dijiste que viene tu relevo?

—A ver... —vio la hora en su celular, un Nokia ladrillo con botones—. Como en diez minutos.

—Bien, hay tiempo.

—Y ¿qué pasó?

—No me di cuenta de que había pasado al carril

de sentido contrario. Andaba medio adormilado. Despabilé cuando vi las luces al frente y escuché unos bocinazos y entonces...

—¿Y entonces?

—No sé qué mierda hacía una máquina de tierra a esas horas de la noche.

—¿Qué máquina de tierra?

—Esa que es como una pala al frente, con dientes puntiagudos.

—Una pala excavadora.

—Como se llame la wea'.

—Y no tiene los dientes puntiagudos.

—¿Tú sufriste el accidente?

—No, pero...

—Pero nada. Yo podría decir que un puto unicornio chocó conmigo y me tendrías que creer porque no estuve ahí.

—El que hayas visto un unicornio no me sorprendería. Con lo bebido que estabas...

—Eso fue un golpe bajo, Juaco.

—Continúa.

—Bueno, esta máquina de tierra venía de frente y cuando traté de esquivarla... ¡PUUM! Choqué de lleno con ella y me arrastró unos veinte metros antes de frenar.

—Wow.

—Sí, wow. Metal hecho añicos, esquiras de vidrio por todos lados y los bocinazos no paraban.

—¿Qué tan mal quedaste?

—¡Vaya! Debiste verme. Era como una película de terror.

—Tienes un problema con las películas ¿Sabes?

—No sé con qué más comparar. De verdad quedé horrible. Pierna izquierda rota en cuatro partes, brazo izquierdo cercenado, dos costillas rotas y tres astilladas, los dos pulmones perforados y ya olvidé cuántas vértebras se me fueron al carajo.

—¡Mierda! Y yo pensaba que al Rigoberto en la ciudad le había ido mal por caer desde un octavo piso ¿Hace cuánto tiempo fue el accidente?

—Sale en la placa, Juaco.

—Nunca la leo. Tú me distraes con conversa.

Sergio se puso a contar con los dedos.

—Hace nueve años.

—¡Nueve años!

—Puede que ocho, no estoy seguro.

—¿Y qué haces aquí? Ya deberías haberte ido.

—Dos kilómetros más allá —apuntó hacia la ciudad de Punta Arenas—. Doña Natalia me dijo que no funciona así la cosa. Me dijo que algunos esperan varios años.

—No le hagas caso a una vieja loca que se encerró en su parcela y se suicidó tomando un frasco entero de pastillas.

—En fin. En parte creo que fue bueno no haber sobrevivido. No sé si habría aguantado verme al espejo y observar tanta destrucción. En cambio, como estoy ahorita, me gusta. Completo, con mis dos brazos y la pierna sanita.

—No te envidio pa' nada, Checho ¿Extrañas algo?

—El vodka.

Juaco y Checho rompieron en carcajadas.

—¡Juaco! ¿De qué te ríes?

Apareció de pronto Ricardo, su relevo.

—De nada, Ricardito. De nada.

—Me estas asustando, Juaco. Ya es como la quinta vez que te veo riéndote solo. Sin contar las veces que te pillo hablando solo.

—Oye, simplemente hablo conmigo mismo y a veces soy muy chistoso. Me tengo que encontrar una distracción mientras te espero, y como no me alcanza pal' IPod...

—Los que es la pobreza ¿Eh?

—Terrible. Ya, chao. Nos vemos el lunes.

—Chao.

Ricardo se quedó parado un rato viendo caminar a Joaquín. “Es un buen cabro, medio raro, pero buen cabro”. Siempre que lo pillaba riendo y hablando, era al lado de la animita del tal Sergio Montoya, una de las tantas víctimas de las Fiestas Patrias. Observó la foto del finao y leyó la inscripción de la placa con flores secas a los lados:

“Sergio Montoya Reyes 1982-2007 / Checho para los amigos”.

ME LO CONTÓ MI ABUELITO



PREMIOS NACIONALES

EL CABALLO, LA NOCHE Y EL NIÑO

Sofía Inés Arregui Contreras (14 años)

Estudiante

Aysén, Región de Aysén

*Primer lugar nacional**Primer lugar regional*

La primera vez que vio un verdadero parto, fue una madrugada a finales de agosto.

El niño se había despertado en su cama por los ruidos de pasos fuera, en el pasillo. Escuchaba con atención, tratando de averiguar qué sucedía. Sabía que era algo importante, lo sentía en el pecho, como una extraña emoción, un raro presentimiento.

En la litera de abajo, su hermanita también se había despertado. El niño se asomó y vio sus ojitos brillantes en la oscuridad, como los de un animalito asustado.

Quería bajar y tranquilizarla, decirle que todo estaba bien, pero apenas se estaba planteando aquella idea, la puerta se abrió y su primo, años mayor, apareció recortado en el umbral.

—La yegua está pariendo —dijo.

Minutos después, el niño, abrigado apresurada y torpemente, corría hacia el establo donde tenían a los animales. Levantó la trampilla de la puerta como pudo y se coló dentro. Los caballos lo recibieron con relinchos de alegría; estaban nerviosos aquella noche, pero la presencia del hombrecito siempre lograba calmarlos.

Allá al fondo, en el último espacio, el niño divisó a su padre. Corrió hacia él, candil en mano, pero al llegar se quedó totalmente quieto y paralizado.

Todo estaba lleno de sangre. El caballo estaba tendido en el suelo, con la cabeza levemente levantada. Gruñía y se quejaba, y su aliento errático y jadeante creaba nubecitas tibias que se desvanecían en el aire. La yegua dirigió su mirada hacia él por un momento y el niño estuvo a punto de dejar caer el candil, pero su padre, presintiéndolo, volteó la cabeza.

—No seas cobarde —le reclamó—. Ven, necesito ayuda.

Ese tono no aceptaba objeciones, así que el niño obedeció.

Pasaban los minutos y aún no salía el bebé. El adulto tranquilizaba a la yegua con caricias, hacía lo posible para ayudarla a pujar, pero nada sucedía. Y el niño seguía lavando la sangre, una y otra vez. A pesar de su corta edad, comprendía que aquello estaba mal. Muy mal.

—Vamos a necesitar ayuda —dijo al cabo de un rato su padre, levantándose. Tenía las rodillas sucias de tierra y paja—. Tú quédate aquí. Si pasa algo, grita.

Y entonces el niño se quedó solo.

Y por alguna razón que nunca pudo entender, apenas unos minutos después de que su padre se hubiera marchado, la yegua comenzó a empujar.

Al principio se volvió loca. El niño se corrió hacia atrás por reflejo cuando el animal se sacudió, y solo eso evitó que fuera pateado. Intentó gritar, pero la voz no le salió. Tenía miedo.

El caballo relinchaba ahora y los otros del corral también, histéricos. El niño se acercó como pudo y tratando de esquivar los golpes, se posicionó peligrosamente cerca de ella. Se le escapaban las lágrimas de terror y desesperación, pero se las secó con la manga.

La sangre salía a borbotones y la yegua tenía los ojos entornados. Otra vez lo miró, pero de una manera distinta. “¡Ayuda!”, decía su mirada.

—¡Fuerte, Blanca! —susurró entonces el niño. Tenía los músculos tensos y el pecho oprimido, pero intentó sonar seguro. Y el animal pareció entender.

Su estómago comenzó a moverse, violentamente, de arriba abajo, como en patrón y, el hombrecito, temblando, se arremangó. Actuaba como por instinto.

—¡Aquí viene! ¡Sigue, sigue! —chilló cuando vio aparecer, a medias, un pequeño hocico. El corazón le latía fuerte, ensordecedor. En sus cuadrillas, esta vez, los otros animales parecieron vitorear.

Luego, el niño vio una pata. Otra. Tres patas. Un ojo cerrado.

—¡Un poco más, Blanca! —insistió, poniendo una palma sobre el vientre animal.

Y entonces la yegua lanzó un último relincho adolorido, justo cuando el niño tiraba de la pata del bebé, buscando sacarlo al exterior, sacarlo a la vida.

Cuando su padre volvió, diez minutos más tarde, angustiado y esperando ver el peor panorama, el niño lloraba en silencio en el suelo. A unos metros allá, el caballo, aún recostado, lamía a su pequeño potrillo, quién movía la cabeza, como buscando alimento. El chiquillo se volteó a verlo y le sonrió. Aún tenía algunos dientes de leche.

—Nació —fue lo único que dijo.

Y no fue necesario decir nada más, porque el hombre le leyó en la mirada todo lo que necesitaba saber. Se acercó y se sentó junto a él a mirar cómo el potrillo abría los ojos, y en ellos se reflejaba la luz de la vida. Había roto el cascarón, había nacido. Y al padre le dio la impresión de que, aquella noche, el niño también lo había hecho.

PREMIOS NACIONALES

LA FLOR DEL MAR

Amparo Asenjo Baxa (12 años)

Estudiante

Frutillar, Región de Los Lagos

*Segundo lugar nacional**Primer lugar regional*

Yo vivo con mi *ñuke*¹ Isabel. Desde que me acuerdo hemos estado solas las dos. Tenemos una pequeña *ruka*² y en el patio una huerta donde plantamos papas, zanahorias, betarragas y lechuga. Todos los días voy a buscar *luche*³ para ir a venderlo en la feria. Uno de esos días, vi que había una *domo lafkenche*⁴ con unos brillantes e intensos ojos negros. Estaba sentada sobre una gran roca cantando una hermosa melodía mientras las olas la acompañaban en un suave murmullo como si conocieran las notas de esa pieza musical. Tras ella había un *lituche*⁵ de cabello oscuro y ojos café escuchando y admirando su hermoso canto. Yo estaba tras un arbusto, igual de maravillada que el *lituche* viendo a la *domo* cantar. Cuando terminó, ambos se tomaron de las manos, pero al hacerlo,

ella mágicamente se convirtió en una *Kai-Kai*⁶ y él, en un *Tren-Tren*⁷. ¡No podía creer lo que estaban viendo mis ojos! En el instante, desaparecieron en la inmensidad de la orilla.

Al poco andar, quedé paralizada pensando en lo que pasó. Me sentía confundida y extraña. No sabía cómo reaccionar. Raudamente y aún sorprendida por aquel suceso, volví a mi *ruka* para preguntarme qué había pasado. Estaba tan inquieta que no podía dormir. Me daba vueltas de un lado a otro y no sabía si era solo un *peuma*⁸ o una señal de *Nguenchen*⁹.

Para tranquilizarme un poco, salí a caminar. Al llegar a la playa, otra vez estaba la *domo* y el *lituche* pero esta vez tomando *mudai*¹⁰ en grandes y bellas caracolas.

1 Ñuque: Mamá (nota del editor).

2 Ruka: Vivienda tradicional mapuche (nota del editor).

3 Luche: Alga marina comestible (nota del editor).

4 Domo lafkenche: Mujer lafkenche, mapuche de las costas sureñas (nota del editor).

5 Lituche: Hombre del comienzo del mundo (nota del editor).

6 Kai-Kai: Serpiente mitológica marina (nota del editor).

7 Tren Tren: Serpiente mitológica terrestre (nota del editor).

8 Peuma: Ilusión (nota del editor).

9 Nguenchen: Divinidad de la creación del mundo (nota del editor).

10 Mudai: Bebida mapuche.

Ya se había hecho de noche y en eso sentí que la *kuyen*¹¹ se iluminó majestuosamente recibiendo su luz nocturna en mi cara. Entendí inmediatamente que era definitivamente una señal de *Nguenchen*. Regresé y al llegar a mi *ruka* caí dormida como nunca.

Al día siguiente, y sin razón alguna (al menos eso creía), mi *ñuke* me sorprendió regalándome un hermoso canelo y me dijo que mientras más lo cuidara, más crecería, que siempre me acompañaría y que algún día iba ser el más grande y hermoso canelo de todos los alrededores. Entonces comprendí, decidida, que debía llevarlo conmigo a todas partes con la idea de cobijarlo, como si fuese mi mascota, a pesar de lo extraño que se veía.

Después de hacer mis deberes en la *ruka*, recordé a la hermosa *domo*. Tomé mi canelo para ir a la playa con la esperanza de volver a verla, pero ahí solo estaba la *domo* cantando tristemente, mientras de sus ojos brotaban cristalinas lágrimas que cuando caían, sentía que el cielo se tornaba gris oscuro.

Comenzaba a llover mientras las aguas se movían con mayor violencia. El susurro de las gotas de lluvia me hizo sentir algo que me destrozaba por dentro y me obligaba a ir, pero no me atreví pues tenía miedo de lo que podía decirme. Tan grande fue el temor que me devolví corriendo a mi *ruka*.

Al caer el *antu*¹², supe que algo tenía que hacer para ayudar a esa pobre mujer, pero no sabía si podría hacerlo ¡Solo era una niña! Le pregunté a la *kuyen* qué podía hacer. Tras eso le dije:

—*Kuyen*, dame una idea, ¡ilumina mi camino!

Seguía inquieta y desconcentrada. Traté de descansar.

Cuando *antu* despertó y mostró sus luminosos colores, volví a la playa y una vez más me encontré con ella. Seguía sentada cantando y llorando más apagadamente que la última vez, pero nuevamente no me atreví a hablarle y no supe qué hacer.

Al tercer día, sentí que debía llevar mi canelo, porque mi *ñuke* dijo:

—Mientras más lo cuides, más crecerá y más bello será.

Así lo hice. Me fui a la playa con mi canelo en el brazo y con una mano bajo el macetero. Esta vez me atreví a acercarme (¡por fin!) y pude ver cómo sus hermosos ojos negros se iluminaron con algo de esperanza. Con una seña, me invitó a ir con ella, pero no me dijo dónde íbamos ni para qué lo hacíamos. Nunca habló, pero insistió en que la acompañara haciendo siempre el mismo gesto.

Me llevó al centro de la playa y me mostró un lugar cerca de la arena. Instintivamente entendí que quería que plantara mi canelo en ese lugar. Con una extraña sensación de seguridad y cariño, lo hice. Cuando terminé, sus hermosos ojos negros rebosaron de felicidad y de agradecimiento. Al verla de esta manera también sentí que me invadía una sensación de agradecimiento y antes de irse, con su mirada, me transmitió que lo cuidara con mi vida y que siempre estuviera con él. Me sonrió, se despidió con la mano y desapareció entre la niebla que había en la playa.

11 *Kuyen*: Luna (nota del editor).

12 *Antu*: Sol (nota del editor).

Con el tiempo mi canelo fue creciendo. También mis sentimientos, conocimiento y mi vida. Al pasar el tiempo, tuve que partir lejos al colegio. Volvía cada verano a visitar mi canelo que crecía y crecía. Tras varios años, un día cualquiera sentí que debía ir a verlo. Volví a mi pueblo y, al llegar donde lo había plantado, me asombré al ver a la misma domo que conocí en mi niñez. La gran sorpresa fue cuando también vi al *lituche* que caminaba tras ella con una bella sonrisa en su cara. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que lo vi en la

playa. Ambos se tomaron de la mano, como cuando estuvieron juntos la primera vez que pude verlos y, mágicamente, la *domo* se convirtió en una *Kai-Kai* y el *lituche* en un *Tren-Tren*. Los dos subieron juntos al canelo. Entendí que el lituche le había prometido que se encontrarían de nuevo en el canelo más grande, frondoso, hermoso y con más vida de los alrededores, que juntos subirían a él como si nunca hubieran estado separados y en ese canelo —mi canelo— estarían juntos para siempre.

PREMIOS NACIONALES

EL AHORCADO

Catherine Antonia Belén Melo Matamala (13 años)

Estudiante

Negrete, Región del Bío Bío

*Tercer lugar nacional**Primer lugar regional*

El olor a mate con hierba recién sacada de su envoltorio inunda toda la casa. Es una noche de invierno, con lluvia y viento. Uno se sobresalta cuando escucha el ruido del agua cayendo sobre los tejados de zinc, porque la modernidad desplazó a la señorial teja.

—Ya es hora de dormir —me dice mi madre, pero sé que quieren que desaparezca de la cocina. Algo pasó y no quieren que los escuche porque mi tío Juan es cazador. Sale a poner *huaches*¹ o a calar, como dicen ellos, para traer conejos y liebres además de las tórtolas para el estofado de San Juan, el que se hace todos los años en esta fecha. Doy las buenas noches y me voy, pero mi curiosidad de niño puede más que el miedo a los palos que me ganaré por desobediente. Me quedo agazapado a un costado del aparador donde se guardan los vasos y mi tío empieza su relato:

—Vi al ahorcado —dijo mi tío—. Se me apareció el ahorcado del bosque de ciprés.

Mi madre dio un grito de horror que me paralizó el corazón y le dijo:

—¿Tú sabes qué significa eso? —Y mi tío lloraba, no sé si de miedo.

—Eso es lo que me preocupa. Dicen que si se te aparece el ahorcado es porque te queda poco tiempo de vida y yo no me quiero morir —sollozaba el pobre hombre.

—¿Y cómo te fuiste a meter al bosque? —le reclamaba mi madre con angustia.

—No lo sé —decía él. De pronto bajó la neblina y no se veía nada.

—¡Pero cómo! —decía mi madre—. No es posible si no ha dejado de llover.

—¡Pero allá no! —gritaba mi tío—. Fui siguiendo una liebre. La encandilé con mi foco y ahí lo ví, colgando del ciprés.

—¿Estás seguro?

1 Huaches: Sistema de trampas que utilizan los campesinos para cazar conejos (nota del editor).

—¡¡¡Sí, mujer!!! —decía mi pobre tío que ya no sabía qué más decir.

En eso llegó mi padre y al enterarse de tal tragedia se puso frente al aparador en donde yo estaba escondido y sacó un botellón de vino “para calmar las pasiones”, dijo, y yo ni respiraba del miedo, no sé si a la reprimenda o al relato que allí se estaba dando.

No encontrando solución a lo que allí había acontecido, todos se fueron a dormir y yo tuve que esperar un buen rato para hacer lo mismo. Entonces me di cuenta de todos los ruidos nocturnos que hay afuera y que jamás me había percatado. Con miedo y en una noche lluviosa es horroroso: los árboles con sus enormes ganchos con dedos arqueados como de brujas rasguñan todo lo que encuentran a su paso. Apegados a la casa hay dos castaños gigantes y al rozar sus ramas unas con otras, parecen quejidos de una mujer muy afligida.

Me armo de valor y muy agazapado me voy a mi cuarto y, como el piso es de madera, cruje al apoyar mis pies descalzos. De pronto, siento el grito de mi madre:

—¡¡¡Luchín!!! ¿Eres tú?

—¡¡¡Sí mamá!!! —le respondo.

—¿Todavía no te duermes? —me pregunta un poco enojada.

—Es que andaba en las casitas —le contesto.

Las casitas son baños de pozo hechos al final del sitio, sobre todo en el campo cuando no hay alcantarillado, para que la familia “haga sus necesidades”. Parecen unas casas pequeñas, de ahí el nombre de “casitas”. Me arropo lo que más puedo.

Solo me saco los zapatos, me acuesto ensillado, con la misma ropa que ando, y me duermo, total con la luz del día las cosas se aclaran más.

Mi curiosidad de niño me lleva a preguntarme por lo que le pasó a mi tío Juan y es muy grave, es como una sentencia irreversible: ¡estás destinado a morir!

Con mis amigos nos armamos de valor y fuimos a investigar. Pasamos por un cerco de alambres de púas que tiene dos estacas, una a cada lado. Es como un paso para que la gente no corte los alambres y pueda acortar camino. Es un atajo para llegar a un campo cercano además para los que van a sus casas, después de hacer algunas compras en el pueblo y también para los que trabajan en ese campo. Es todo muy tranquilo y muy bonito: hay muchos pájaros, pinos, eucaliptos y otros árboles que no conozco adornan el paisaje. Pasamos por un canal y vemos el bosque de ciprés. No se ve nada anormal, pero me imagino que en la noche y con lluvia debe ser muy distinto. A lo lejos se ve un claro y luego otro grupo de árboles. De pronto, a lo lejos, vemos algo colgando de un gancho...

—¡¡¡¡¡Dios mío, es el ahorcado!!! Solo pudimos decir eso y salimos disparados arrancando como alma que se lleva el diablo. Un pedazo de mi pantalón quedó en los alambres de púas y seguimos corriendo. Llegué a mi casa gritando:

—¡¡¡Mamita, mamita!!! Me voy a morir junto con mi tío. Se me apareció el ahorcado del bosque de ciprés...

—¡¡¡Luchín!!! ¡¡¡Y qué hacías allá!!! —se molestó mi madre.

Le iba a contestar cuando apareció mi padre...

—¡¡¡Niño, por Dios, no me escuchas que te vengo gritando desde el bosque!!!...

—¡¡¡Yo lo vi!!! —y me aferré a sus piernas sollozando— ¡¡¡Me voy a morir papito!!!

—¡¡¡Qué estás diciendo, cabro leso!!! —me gritó mi padre.

—Fuimos a investigar con los chiquillos lo que le pasó a mi tío anoche y vimos al ahorcado.

—Cabro tonto —me dijo mi padre —Si nosotros te vimos. Fui a buscar mi chaqueta que ayer, cuando

andaba buscando leña, se me quedó colgada y como se puso a llover, se me olvidó ir a buscarla y fue la misma que vio tu tío anoche creyendo haber visto al finao. Eso le pasa al Juan por salir “cargado al litro”. Y a vos te pasa por andar escuchando detrás de la puerta —dijo mi padre. —Ya— Juan agregó—. Anda a buscar un botellón para pasar el susto. Esta vez te salvaste. La próxima te va a llevar el ahorcado. Si eso no es mentira: el finao existe al que se le aparece, se muere.

Y nos tuvimos que entrar porque empezó a llover de nuevo.

PREMIOS NACIONALES

LOS VIAJES DE MI ABUELITA: COMERCIO ENTRE POBLADOS INDÍGENAS

Melanie Patricia Cáceres Pachao (11 años)

Estudiante

Pica, Región de Tarapacá

*Premio especial Pueblos Originarios**Primer lugar regional*

Mi abuelita es originaria del pueblito de Cosca, pueblito chileno de la región de Antofagasta, en la frontera con Bolivia y perteneciente a la etnia quechua. Yo vivo en el pueblo de Pica al interior de la región de Tarapacá.

Cierto día mi abuelita me contó que ella desde pequeña ya visitaba Pica ya que sus padres una o dos veces al año realizaban un largo viaje desde sus tierras de Cosca hacia los pueblos del interior de Tarapacá, a los poblados de Pica, Matilla y Huatacondo para comercializar sus productos.

Mis bisabuelos vivían de la agricultura y la ganadería, por lo que era común viajar por la venta de sus productos: charqui de llama, cueros, lana, harinas y *quinua*¹ o hacer *trueque*² por productos de otros lugares: limones, narajas fruta y verduras. En ciertas fechas se juntaban las familias para realizar la venta de la cosecha de sus productos y el trueque de los mismos. El viaje era largo. Demoraban cuatro días en llegar hasta Pica haciendo varias paradas en el camino.

Mi abuelita decía que ella se cansaba mucho porque casi todo el tiempo le tocaba ir caminando, ya que los burros y llaos estaban cargados con grandes canastos en los que trasladaban los productos, además que desde siempre sus papás utilizaban el Camino del Inca para llevar sus animales ya que era el camino más corto para viajar pero ella lo seguía encontrando largo, de todos modos se entretenía con su honda tirándoles piedras a los lagartos y pájaros.

Durante el viaje, cada vez que anocheaba, amarraban sus animales y hacían una gran fogata para estar calentitos. Comían hartos *charqui*³, pancito y te con *rica-rica*⁴. Hacía mucho frío en las noches.

A la mañana siguiente, apenas salía el sol, tomaban teciito y continuaba el viaje. El agua de los pastizales estaba congelada y se veían los trozos de hielo como vidrios flotando y todo estaba escarchado. En cada pueblito en que se detenían, se hacían cambios. A veces se cambiaba lana por semillas o papas por charqui.

1 Quinoa: Cereal de origen andino (nota del editor).

2 Trueque: Sistema de comercio basado en el intercambio de especies (nota del editor).

3 Charqui: Palabra de origen quechua que designa la carne seca (nota del editor).

4 Rica-rica: Planta andina

También me cuenta que en cada lugar todos se conocían y ella era amiga de los niños de esos lugares, aprovechando para jugar un ratito mientras esperaban.

En los pueblitos a los que llegaban, había corrales hechos con piedras para dejar los animales guardados y pasar la noche más tranquilos para que no se escaparan y se confundieran con los de otros dueños. Pero lo que más le gustaba era el regreso del viaje, porque los cestos venían vacíos y ella se iba dentro de uno, sentadita mirando todo el paisaje.

Mi abuelita dice que le gustaba mucho viajar, porque se conocían lugares nuevos y que en el camino se encontraban con muchos animales del altiplano: flamencos, guanacos, patitos, vicuñas y zorros, además que ella tenía una vizcacha de mascota y también tuvo un quirquincho con sus bebés que eran animales muy dóciles e inteligentes.

¡¡¡ Yo quiero tener una vizcachita!!!

Me dice que son iguales a los conejos pero más lindos y hacen caso cuando se les llama y hacen un ruido como un silbido cuando sale el sol en las mañanas.

Gracias a mi abuelita conozco muchos lugares hermosos del altiplano, distintos animales y la cultura de mis antepasados. Mi abuelita ya no está conmigo, pero todos los años viajamos a verla a su tierra y aprovechamos de visitar a todos nuestros parientes lejanos y pasamos las fiestas religiosas con ellos. Soy muy feliz de ser chilena y descendiente de quechua-atacameña.

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

EL PORDIOSERO DE SIBITAYA

Pablo Antonio Yante Chambe (11 años)

Estudiante

Camarones

Primer lugar regional

Había una vez, hace muchísimos años, un joven llamado Aníbal que llegó al valle de Sibitaya. Vio que en la quebrada había tierras vírgenes y agua de vertiente así que comenzó a trabajar. Limpió, regó y sembró hortalizas, papas, choclos, habas y todo tipo de verduras que se daban en el lugar porque son buenas las aguas. Al cabo de unos años, fue habilitando más terrenos y decidió plantar árboles frutales como limoneros, tunas, guayabas, duraznos, ciruelas y vides. Así siguió prosperando y trabajando el terreno que estaba desocupado. Después se buscó una compañera, se casó y formó una familia.

Los árboles frutales empezaron a dar sus primeros frutos y de ahí empezó a ocupar obreros agrícolas ya que era mucho trabajo para él solo. Siguió trabajando, habilitando más terreno y sacando agua que afloraba de vertientes a medio cerro y del río producto de las lluvias estivales. Al final trabajó todo el valle de Sibitaya o sea 35 hectáreas de árboles frutales y sembradíos. También crio animales de corral, ovino, porcinos y demás animales de carga: mulares y burros para transportar la producción de frutas y hortalizas. Fue tanto el progreso de este hombre que ganaba hartos de dinero con la producción de frutas.

De repente, su carácter cambió y se puso un poco tirano con los obreros o sea que no los trataba bien. Entonces empezó a realizar fiestas paganas ya que él mismo elaboraba el vino Pintatani de sus viñedos para acompañar en estas fiestas y para beber e invitar a otros dueños de parcelas de pueblos cercanos. Siguió maltratando a los peones y sirvientas y se volvió orgulloso ya que tenía de todo: poder y dinero. Trataba mal a la gente pobre y siguió con sus fiestas.

Cierta día, cuando realizaba una de sus fiestas paganas, llegó al lugar un anciano con aspecto de mendigo con su carita sucia y solicitó un vasito de agua a don Aníbal, pero no le gustó el aspecto que tenía el caballero así que lo trató mal y lo echó del lugar sin darle agua. El anciano se marchó pero una de las sirvientas llamó al anciano a escondidas hacia la dependencia de la cocina, le dio agua, le limpió su carita, le dio un plato de comida y le dijo que descansara en un rincón de la cocina. A todo esto se hizo de noche y el anciano le dijo a la sirvienta:

—Hija, yo mañana me iré muy temprano. Toma desayuno y atiende a tus patronos. Después carga a tu guagua y te vas del pueblo sin mirar hacia atrás, escuches lo que escuches.

Al otro día ya no estaba el anciano y ella sacó su pañuelito con el que había limpiado al anciano y era todo de oro. La sirvienta se sorprendió y lo guardó. Luego hizo sus labores cotidianas en la mañana, se alistó para el viaje y después se marchó con la guagua rumbo al sur tomando la cuesta, pero al estar en la mitad del camino, sintió un ruido muy fuerte. Siguió caminando pero el ruido seguía, por lo que ella no contuvo más su curiosidad. Miró hacia atrás y vio cómo se enterraba el pueblo. Solamente en ese

lugar se desprendían grandes piedras enterrando el pueblo entero y ella por desobedecer al anciano que era un ángel enviado por Dios, quedó convertida en piedra junto a su bebé hasta el día de hoy.

A veces se nota la figura de una mujer con su guagua en brazos en el cerro donde hay una roca, pero la figura hay que mirarla detenidamente.

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

WARA Y SU VIDA EN EL PUEBLO

Sandra Pamela Pinto Muños (13 años)

Estudiante

Arica

Segundo lugar regional

Hace muchos años atrás, una niña llamada Wara de solo de 12 años vivía con su familia. Su madre se llamaba Waylla, su padre Apumayta y su abuelo, Amaru. Vivían en la región de los Andes en un pueblo retirado de la ciudad. Su abuelo Amaru le tenía mucho cariño a Wara ya que era su única nieta. La niña ayudaba a veces a su familia en la cosecha de verduras y frutas del campo. Su labor era darles comida a los animales ya que le gustaba ayudar a sus padres porque trabajaban duramente todo el día.

Cada vez que iba donde su abuelo, a Wara le gustaba escuchar las cosas que le contaba sobre su vida, antes de que ella naciera. Le contaba que siempre iba a jugar en el campo, que le encantaba la rica comida que le hacía su madre sobre todo una llamada *Potje de Olluko*¹. Le contaba que siempre iba a las montañas y subía sin miedo solo para ver al *Mallku*, el espíritu de las montañas que circulaba en el pueblo. “Quise ver si estaba ahí, ja ja ja”, le dijo el abuelo. También le gustaba contemplar cómo se veía el campo desde arriba y el aire que circulaba.

“Mi madre, Wara, siempre me retaba porque cada vez que subía a la montaña, me podía caer y lastimarme, pero eso nunca pasó, Wara, porque yo era inteligente y sabía dónde ponía mis pies antes de subir”.

La niña nunca se distraía y le prestaba mucha atención al abuelo cuando le contaba su historia aunque siempre se cansaba de hablar porque no tenía tanta fuerza y energía y necesitaba descansar. Pero Wara sentía cariño por él, se preocupaba por su salud y quería que estuviera bien. Lo ayudaba para que se acostara y que durmiera un poco. Lo tapaba cuidadosamente para que no tuviera frío en sus pies y en su cuerpo.

Wara salía de su casa para respirar y relajarse. Su casa estaba hecha de adobe y tenía el techo de madera. Sentada en el suelo, mirando hacia el horizonte, vio un lugar y quiso ir a ver qué era y entonces fue y vio que era una escuela y quiso ver qué había adentro. Viendo desde una ventana, vio a niños jugando, dibujando, leyendo, escribiendo y

¹ Potje de olluko: Guiso de origen aymara que contiene una especie de tubérculo andino, papas, manteca, ají seco y queso fresco (nota del editor).

estudiando. Wara, sorprendida, se dijo: “¡Oh, qué hermoso es este lugar! Yo nunca supe que había una escuela en la ciudad pero me quedaba lejos, mmm. Me gustaría estar allí para estudiar y aprender más cosas de la vida”.

Entonces Wara se fue de la escuela y volvió caminando a su casa porque su madre estaría preocupada ya que no podía alejarse tanto del pueblo. Cansada de caminar, llegó a casa. Fue a ver a sus animales. Tenía llamas, ovejas, vacas y alpacas. Fue al lugar donde descansaban para hacerles cariño y para que su mamá no se pusiera nerviosa. Su madre la vio llegar a la casa pero no le dijo nada en ese momento. Luego la llamó para almorzar. Wara decidió aprovechar que la familia estaba sentada en la mesa disfrutando de la comida, para hablar de la experiencia que había vivido, de la escuela que había visto, entonces dijo:

—Mamá, papá, abuelo: quiero decirles que yo vi algo afuera y quise ir para ver porque tenía un poco de curiosidad y vi una escuela y me gustaría estar ahí. Hay niños de distinta edad que hacen cosas creativas, como por ejemplo, estudian para tener una profesión en el futuro.

Su padre la miró a la cara y le dijo:

—Ah, por eso que no te vimos, hija. Pensamos que estabas donde tu abuelo, pero qué bien. Se nota que te gustó mucho, hija, claro que puedes ir. Y ¿dónde queda?

Wara contenta le dijo:

—En la ciudad.

Su madre puso una cara y dijo:

—Mmm, ya, Wara pero tendré que ir contigo.

Wara respondió:

—No importa, mamá.

Su familia orgullosa vio que Wara era una niña inteligente que quería tener profesión y hacer algo en su futuro.

Se hizo de noche y Wara se fue a dormir esperando hasta el otro día para ir a la escuela y poder inscribirse. Al amanecer, Wara y su mamá fueron a la ciudad donde estaba la escuela. La recibieron y quedó en el curso sexto A.

Desde el primer día, Wara entró a la sala de clases. Se presentó ante el curso y aprendió de las células de los seres vivos, su función y estructuras, multiplicación de potencias, comprendió textos aplicando estrategias de la lectura y se hizo amiga de dos compañeras llamadas Ámbar y Anastasia. Cada vez que iba a la escuela, aprendía más cosas porque para ella no era difícil. Se daba tiempo en su casa para estudiar y escuchar las increíbles historias de su abuelo Amaru y sus aventuras.

Una de las historias que más le encantaba a Wara era que en el pueblo, su abuelo Amaru había visto criaturas mágicas como un duende, un hada y un elfo. Le dijo que era imposible ver a las criaturas porque no se dejaban mostrar y sin embargo, él tuvo la oportunidad de ver un duende. Le dijo que cuando lo vio, no se escondió sino que se quedó parado ante él, sonriendo. Desde ese momento vio otras criaturas y se asombraba de ver a cada una de ellas. Siempre iba al lugar donde vivían, conversaban y jugaban con él.

Cuando Wara llegó a su casa después de haber ido al colegio, le preguntó a su abuelo si todavía seguía viendo a las criaturas mágicas pero el abuelo le dijo no porque se habían ido, según él porque ya

no las veía. Wara se puso muy triste pero igual le encantaba saber cómo se sintió su abuelo al ver a las criaturas.

A medida que pasaban los años, Wara ya no era una niña, pero sí siempre era tierna. Había salido de la escuela. Tenía 18 años y se estaba preparando para ser doctora. Le encantaba porque le gustaba ayudar a las personas y preguntarles cómo estaba su salud. Daba consejos útiles para la vida. Su amistad entre Ámbar y Anastasia era única. Comenzó a nacer desde el día en que fue Wara a la escuela. Tenían en la mayoría, los mismos gustos. Wara nunca se imaginó que había compañeras que tuvieran las mismas opiniones y eso le encantó. Las tres decidieron ser doctoras para estar juntas y no separarse y que siguiera la amistad.

Dos años después, Wara sacó su título de profesión doctora junto con sus amigas. Trabajaron en el hospital y se ayudaron pero Wara no solamente trabajó en el hospital sino que también ayudaba a su familia y a la gente que estaba en el pueblo.

Su abuelo había fallecido un poco antes que cumpliera los 15 años. Lo había acompañado al lugar donde estaban sus amigos del pueblo — las criaturas mágicas— a ver si estaban ahí para verlas por última vez y vio un duende que estaba corriendo porque tenía miedo. El abuelo de Wara se estaba acercando mucho a él. Luego le dijo:

—Oye, no corras, soy Amaru, tu amigo ¿No te acuerdas? Hace tiempo que no te he visto porque nunca te encontré ni a ti ni a tus amigos. No sé qué paso contigo. Me olvidaste y yo no.

El duende le respondió:

—Yo no te olvidé. Tuve que irme del lugar porque no encontraba a mi amigo. Había desaparecido y lo estuve buscando porque siempre estaba a mi

lado. Era como un hermano para mí. Al final lo encontré. Estaba en la ciudad en una casa muy grande. Dijo que había visto una cosa brillante. Era una luz morada que nunca había visto. Fui pero no era muy sorprendente. Pensó que era algo o alguien igual que él, pero era diferente, solo que era solo una luz. Quiso salir de ahí pero no podía porque no encontraba una salida. Después, Amaru, fui yo y lo saqué. Había un vidrio. Estaba cerrado y tuve que romperlo y eso fue. Perdón, lo siento.

Amaru, el abuelo de Wara le respondió:

—Pero ¿y los otros?

El duende le dijo:

—Debe ser que se escondieron de algo, pero, eso sí, no de ti.

Amaru un poco confundido y feliz respondió:

—Bueno, pero qué bueno que te encontré. Estoy muy viejito pero no importa. Vine a visitarte.

Wara y su abuelo estaban sentados conversando con las criaturas mágicas. Se reían y se divertían. Estuvieron ahí horas. Después se despidieron y se dieron un abrazo muy fuerte. El abuelo de Wara junto con las otras criaturas y el duende lloraron al abrazarse.

A la mañana siguiente, Wara fue donde su abuelo a despertarlo para ir otra vez al lugar donde estaban las criaturas pero no despertaba. La niña pensó que se estaba haciendo el dormido pero no. Pensó que era mentira. No quiso llorar porque no servía de nada. Solo lo abrazó y estuvo con él durante una hora a su lado. Después les dijo a sus papás pero la mamá de Wara lloraba sin parar. La niña fue a consolarla y le dijo que la vida es así. Todo tiene un fin y nada puede detenerlo.

Wara quiso enterrar a su abuelo en el lugar donde estaban las criaturas para que así estuviera junto a sus amigos y siempre iba al pueblo a visitar el lugar donde estaba enterrado.

Ese día salió antes de su trabajo porque casi no tenía tiempo de visitar a su abuelo. Tenía muchas personas atendiendo así que fue difícil para ella salir del trabajo. Al llegar, estaban los amigos del abuelo de Wara. Se sonrieron y abrazaron a Wara. Ella no tuvo tiempo de hablarles pero le juró al duende ir al lugar de vez en cuando.

Wara estaba casada. Tenía una linda familia con dos hijos a quienes amaba mucho. Pensó en sus padres a quienes tenía que cuidar muy bien para que no les pasara nada pero siempre sabía que aunque no estuviera con sus amigos, siempre estarían a su lado protegiendo a su familia desde arriba pero ahora lo que le importaba era que sus padres tuvieran los mejores días de su vida.

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

UN REGALO PARA TI

Bárbara Alejandra Santelices Ortiz (11 años)

Estudiante

Arica

Tercer lugar regional

Yo soy Taxue. Así me apoda mi familia al ser la más pequeña de la casa. Vivía en la hermosa ciudad de Arica cerca del mar. Mi mamá me invitaba en las tardes a pasear a la playa porque sabía que era mi paseo favorito. Cuando llegábamos a la playa aún estaba la arena caliente gracias al sol. A los minutos empezaba a esconderse y su tamaño aumentaba cada vez más. Yo no dejaba de mirar hasta que desaparecía ahí donde termina el mar que mi mamá me explicaba que era el horizonte. Es un panorama que todos debiéramos apreciar. Hay mucho silencio, mucha paz y mis ojos querían verlo todo. No me cansaba de contemplar cada segundo de ese instante. Mi mamá me repetía que todo este paisaje era gratis. Solo había que disfrutarlo y todas sus palabras quedaron grabadas en mi mente. Es algo que no se olvida.

Ahora les cuento que ya no vivo en la ciudad cerca del mar. Ahora con mi familia vivimos en el hermoso valle de Azapa que en aymara se dice Jasapa que significa “tierra blanda y suave”. Mis paseos a la playa cambiaron por conocer y aprender

de este hermoso oasis donde se cultivan aceitunas, mangos, plátanos, papas, tomates, choclos y paltas. Hay cerros con figuras que se llaman *geoglifos*¹. También existe un cerro sagrado y un museo donde hay momias que se han conservado muy bien por muchos años.

En este valle también está mi escuela que se llama Chitita de Sobraya. No puedo dejar de contarles que al principio no me gustaba la idea de cambiarme de colegio porque estaba acostumbrada en la otra escuela muy linda. Todo era de cemento y pisos brillosos. La tierra era enemiga de ese lugar. No sé por qué los adultos se enojaban tanto cuando barrían los pisos de mi antigua escuela.

Mi sala preciosa tenía muebles nuevos, pizarrón interactivo, data y computadores. Lo que no me gustaba era que mis compañeros gritaban en clases. A veces más que la profesora. Ella siempre estaba triste porque decía que los alumnos se portaban mal. Mis compañeros peleaban mucho, se daban golpes, se burlaban del más tímido, del más gordito,

1 Geoglifos: Figuras de piedra en las laderas de las montañas desérticas del norte de Chile (nota del editor).

del más flaquito, del más pequeño o del más alto. Siempre era lo mismo: muchas risas y burlas hacia los más débiles y hasta palabras feas les decían pero yo estaba acostumbrada a ese ambiente ya que mi mamá siempre me ha enseñado a ser agradecida de lo que la vida nos da.

Al pasar los días, no podía evitar estar triste del alma porque sabía que al cambiarme de casa debía cambiar también de colegio, pero mi *jach'a tata*² me contaba que en esta nueva escuela la mayoría de los niños eran extranjeros y que su cultura era muy entretenida y que me iba a gustar mucho.

Mi *jach'a tata* tenía razón. El primer día de clases, después de haber recorrido más de 20 kilómetros en el auto con mi *jach'a tata*, llegué por fin a la nueva escuela. No puedo negar que al cruzar esa reja metálica, sentí mucho temor y angustia. Caminaba contando cada paso. Recuerdo que mis piernas temblaban y cuando entré a mi sala, me di cuenta que eran todos muy parecidos en sus rasgos. Su hermosa piel y sus cabellos de color negro brillaban mucho con los rayos del sol.

Mis compañeros y compañeras son, en su gran mayoría, bolivianos y peruanos. Tienen un acento tan particular muy diferente del mío. Ellos me recibieron muy bien. Estoy feliz. Les tengo mucho cariño. Puedo nombrar algunos de ellos para no nombrar a todo el curso: Dayris, Tola, Chambi, Priscila Zambrana, Abraham Chambilla, Daniela Mamani, Karen Churqui, Amaya Vicente y Anabel Vargas. Somos muy unidos. No hay diferencias de razas, ni colores, ni nacionalidad. Acá comprendí el verdadero significado de hermandad y de inclusión, ese concepto tan mencionado por mi profesora del otro colegio que hasta pruebas me hacían relacionadas con ese tema.

2 *Jach'a tata*: Abuelo (nota del autor).

Acá somos niños felices que disfrutamos lo que tenemos y que vivimos en la misma tierra y que juntos podemos ver día a día cómo de un cuesco de una palta nace una plantita y de ahí un árbol que da sus frutos.

En las noticias me di cuenta de la importancia y del valor del trabajo realizado por los padres de mis compañeras y compañeros ya que estos productos que ellos cosechan en esta tierra llegan al sur de nuestro país. Son muy famosos los productos del valle de Azapa y yo soy compañera de los hijos e hijas de estos grandes trabajadores de la tierra.

La mayoría de mis compañeros realizan un gran sacrificio para llegar a la escuela, a veces hasta cruzando puentes, ríos y caminando sobre tierra blanda y suave. Aunque la escuela tiene buses, estos los dejan en la carretera y mis compañeros valerosos y esforzados cruzan grandes distancias para regresar nuevamente a sus hogares. Tanto amor hacia la educación no había visto nunca algo igual. Seguramente porque ellos fueron criados cuando *wawanakas*³ junto a sus madres, cargados en sus espaldas, mientras trabajaban la tierra con ese hermoso manto de colores llamado awayu.

Me gusta mi linda escuela con sus grandes espacios de tierra, grandes árboles frutales, un aire puro y un gran silencio cuando nuestro *yatichiri*⁴ está dando las clases. ¡Qué respeto tan emblemático! ¡Todos con ganas de aprender! Mi salita es de modesta construcción ya que aún tiene sus muros que son de adobe y mesas desgastadas por el uso. Nuestro pizarrón no puede ser borrado de manera fácil. Es muy chistoso ver al *yatichiri* borrar lo que ha escrito porque se nota que utiliza mucha fuerza en ello.

En las clases de educación física, nuestro *yatichiri* nos hace subir un cerro. Es muy entretenido sentir que las zapatillas se llenan de una tierra suave y fina. Todos participamos con mucho entusiasmo. Nosotros creemos que este cerro es nuestro ya que está ubicado en el patio de nuestra escuela y yo, con orgullo, pienso: “qué suerte que tengo de estar acá porque no cualquier alumno tiene un cerro en su escuela”.

Las leyendas que me cuentan mi *jach’atata* y mi *jach’amama*⁵ son muy entretenidas y quisiera que nunca dejaran de contármelas ya que mi imaginación vuela junto con sus voces melodiosas.

Quiero contarles que para mí es fácil aprender y entender el idioma inglés y me costaba mucho la lengua *aymara* que en mi actual colegio es una

materia fundamental. Mis compañeros me han ayudado para que pueda aprender y comprender esta hermosa lengua aymara. Ellos me hablan en su lengua durante los recreos y todo ha sido más fácil.

Quisiera que este cuento sirva para que los adultos no se hagan tanto problema y que aprendan a disfrutar las cosas simples y maravillosas que están a nuestro alrededor y que piensen que todos somos iguales porque todos nacemos, vivimos, respiramos y morimos en esta misma tierra.

Y como un regalo para ti, termina mi cuento. *Jallalla*⁶.

3 Wawanaku: Niño pequeño (nota del autor).

4 Yatichiri: Profesor (nota del autor).

5 Jach’amama: Abuela (nota del autor).

6 Jallalla: Palabra quechua y aimara para expresar deseo, festejo y esperanza (nota del autor).

REGIÓN DE TARAPACÁ

EL DESPACHO

Mariane Mamani García (13 años)

Estudiante

Pica

Segundo lugar regional

El despacho es una de las tradiciones más hermosas de mi familia. Se realiza cuando alguien muere, entonces hay que esperar que pase una semana para poder empezar la tradición. Yo sabía cómo era, pero solo porque me lo contaron los ancianos, hasta que un día, me tocó vivirlo.

Esta vez tuve que ir al despacho de mi bisabuela. Para poder empezar esta tradición, hay que armar una mesita donde tiene que haber una foto de la persona y cositas para comer en preferencia lo que le gustaba comer a ella. Luego hay que estar toda la noche ahí. Podemos jugar o comer las cosas que están allí acompañando a la persona fallecida. Al día siguiente después del desayuno, hay que poner un llamito en el suelo. Luego, alguien que no sea de la familia tiene que vestirse con la ropa de la persona fallecida y tiene que empezar la ceremonia, sacando de la *chuspa*¹, hojas de coca para echarlas encima del llamito y tiene que pedirle algo a la persona fallecida. Luego a cada uno le toca pedirle algo o despedirse de ella. Al rato tienen que sacrificar al llamito.

Al momento del sacrificio, le pregunté a mi abuela por qué tenían que sacrificarlo y ella me dijo que el llamito ayudaría a mi bisabuela a encontrar el camino correcto. Luego hay que esperar que se esté

ocultando el sol para que la persona que se vistió de mi bisabuela se despidiera de todos para poder ir a quemar sus pertenencias. En ese momento, ninguno de los familiares puede salir de la casa porque mi bisabuela se los puede llevar con ella.

Cuando los otros queman las cosas, el fallecido, en este caso mi bisabuela, se aparece en el humo recogiendo sus cosas para llevárselas.

Mi bisabuela se fue feliz porque al fin se volvería a juntar con mi abuelito Pancho. Luego que las personas llegan a la casa, nos hacen dar una vuelta entera a la casa y al entrar hay que lavarse la cara y secársela con un saco. Luego una persona te pregunta si quisimos, cuidamos y ayudamos a mi bisabuela, antes que se muriera y si uno miente, la persona se dará cuenta y hay un momento en el que tiene que golpearlos en el trasero y si mientes, el golpe será más fuerte. Luego ellos nos contaron todo lo que dijo o hizo mi bisabuela, y así termina la tradición.

Sólo espero poder ser como ella: una persona llena de valores y siempre tener una sonrisa en el rostro. Ahora tengo otro angelito que me cuida desde el cielo.

¹ Chuspa: Bolsa pequeña de lana o cuero que se emplea en el norte (nota del editor).

REGIÓN DE TARAPACÁ

EL CÓNDOR Y EL ÑANDÚ

Edilson Antonio Castro Condori (13 años)

Estudiante

Pozo Almonte

Tercer lugar regional

Hace muchísimos años, mucho más de lo que te imaginas, tanto el cóndor como el suri, que es el nombre que le dan al ñandú allá por el norte, sabían volar.

¡Así es!

Y volaban muy bien a pesar de su gran tamaño, surcando el cielo desde el cual contemplaban bosques, campos, montañas y a veces hasta el lejano mar. Un día, mientras dejaban que las brisas cordilleranas los impulsaran por entre las nubes, vieron desde lo alto, una cría de llamo recién nacida que había muerto y por ello había sido abandonada por su madre.

Volaron hacia donde se encontraba y entre los dos se la comieron como buenos amigos que eran. Cuando terminaron de comer, el cóndor miró hacia el suelo y le dijo así a la diosa Tierra que lo había ayudado:

—¡Gracias, Pachamama, porque hoy me has dado de comer! Te estoy agradecido. Me siento satisfecho.

Entonces miró a su amigo el ñandú, esperando que hiciera lo mismo, pero el ñandú no quiso

agradecer. No le importó dar las gracias. Se hizo el leso y mirando para cualquier parte, se dedicó a mordisquear una espiga.

El cóndor voló. No era asunto suyo si su amigo daba o no las gracias a la Pachamama. Sin embargo, el ñandú de puro terco que era, dijo obstinado:

—Lo que es yo, no agradezco nada. ¿Pa' qué si fui yo el que descubrió al llamito? Eso quiere decir que era para mí. Por eso me lo comí.

Y así se quedó. No quiso reconocer la ayuda de la diosa Madre Tierra.

Entonces agitó las alas para irse volando pero sucedió que cuando trató de hacerlo, no lo logró. Solo pudo correr... Lo intentó varias veces, pero lo que era volar... lo que era volar... ¡nada!

Así es que subió el cerro corriendo, mientras parloteaba:

—¡Desde acá voy a poder elevarme y volaré como siempre lo he hecho!

Llegó a lo alto del cerro y partió a correr para tomar vuelo suficiente para remontar, pero lo único que logró fue un trastazo. ¡Casi se quebró las patas!

Llamó al cóndor para que le ayudara:

—¡Eh, compadre! —le gritó—. ¡Ven y dame un empujoncito para que pueda salir volando!

El cóndor, buen amigo que era, le dio un empujón, pero lo único que logró el suri fue que casi se quebró el pico con el porrazo...

Definitivamente no pudo volar.

Y ya ni siquiera trata de hacerlo.

Hoy, el ñandú no vuela sino que corre dando vueltas en una extraña danza, como si tratara de elevarse, pero ¡nada!

No ha logrado volar desde aquella vez en que la Pachamama lo castigó debido a que no supo agradecerle por la cría de llamo que había merendado.

REGIÓN DE COQUIMBO

LAS PELAS DE DURAZNO

Valentina Ignacia Tordecilla Bugueño (11 años)

Estudiante

Salamanca

Primer lugar regional

Mi abuelito me contó que por allá en otros tiempos pasados, las familias y vecinos compartían y se ayudaban mucho más que hoy en día.

Me contó mi abuelito que en Huanque, por ejemplo, había un gran predio agrícola y la temporada de durazno era una fiesta porque en el día se recogían los duraznos y en la noche los pelaban. Por este trabajo no se recibía paga alguna, dice mi abuelito. Junto con eso hacían otras actividades como ver quién cortaba la pelusa más larga, quién sacaba con el cuchillo la cáscara más delgada, quién le quitaba con la punta del cuchillo los gusanillos que estaban en el durazno, quién era más cuidadoso de no cortarse con el cuchillo, quién era más limpio para pelar el durazno, sin dejar las pelusas por cualquier lado o quién pelaba más duraznos. Además se contaban chistes e historias fantásticas de aparecidos, entierros de tesoros, encuentros de cargas de plata, y otros cuentos no tan fantásticos, solo casos que les habían ocurrido a ciertas personas. También había premios como hacer dos montones, pilas o rumas de duraznos: una para que la pelaran los adultos y otra para que la pelaran los niños, como un tipo de competencia.

En la pila, montón o ruma de duraznos de los adultos, había escondida una damajuana o chuica de vidrio protegida con canastillo de mimbre, llena de vino. El caballero, señora o vecino que encontraba la chuica o damajuana se lo ganaba, lo llevaba a su casa y se quedaba hasta que se terminara la pela de duraznos.

El grupo de adultos lo componían gente de la casa y vecinos voluntarios que venían a ayudar en la pela. En la de los niños que solamente participaban los de la casa, había escondido un paquete de galletillas y otro de pastillas o dulces en forma de gajos de naranja o limón. También había pastillas o dulces de miel y anís que en los despachos, negocios o mercados, vendían a granel así como un octavo, un cuarto, un medio, un kilo o simplemente por chauchas y más tarde por pesos, según el bolsillo y la necesidad del comprador.

Cuando algún niño ganaba o encontraba solo los dulces o solo las galletas, se iba a acostar con el premio y si encontraba las dos cosas a la vez, tenía que repartir o compartir con los demás niños. Todos se iban a acostar de inmediato, claro está que la pila, montón o ruma de duraznos de los niños era más pequeña que la de los adultos, así los niños se

retiraban a dormir más temprano o antes que los adultos.

En una ocasión hubo lluvia y todos los árboles de duraznos se pudrieron. El patrón del fundo llamado Enrique, no sabía qué hacer. Cerca de su casa había un barranco y el patrón estaba listo para tirarse porque era mucha la desesperación. De pronto se le apareció un hombre al que no se le veía el rostro y vestía de terno. Este extraño hombre le dijo:

No te tires, Enrique, que yo puedo resolver tu problema. Te puedo dar dinero, lo que tú quieras pero a cambio, quiero tu alma.

Entonces hicieron un pacto que se llevaría a Enrique. Al otro día volvió el diablo y leyó el pacto: “Enrique, no te llevaré hoy pero te llevaré mañana”. Y así volvía todos los días pero se aburría y no volvió nunca más porque siempre leía lo mismo.

Los árboles de duraznos todos los años comenzaron a prosperar y daban tantos frutos que no paraban, pero con el tiempo y la tecnología, la fiesta de la pela del durazno fue desapareciendo poco a poco, pero aún queda el recuerdo de los trabajos y la gran amistad de esos tiempos.

REGIÓN DE COQUIMBO

EL MILAGRITO

Joan Sebastián Solar Madrid (14 años)

Estudiante

Monte Patria

Segundo lugar regional

ID 1433

Mi abuelita me contó que su mamá le contaba una historia muy increíble. Cuando ella era pequeña, vivía en un pequeño pueblo llamado Mialqui. Cuando llegaba la noche, después de los quehaceres del campo, la abuelita Sandra se sentaba alrededor de un brasero a tomar mate. Entonces su hija Lucía se allegaba a ella para que le contara una historia.

Un día, mientras mi abuelita Lucía pelaba mote, me contó una de las historias que le contaba su abuelita. Me senté al lado de ella para escuchar este interesante relato:

Hace mucho tiempo atrás, había una familia vecina que viajaba todos los veranos a la cordillera a pastar sus animales. Salían muy temprano con sus mulas cargadas y su repuesto ganado. Tardaban siete días en llegar a su destino. Cuando se les hacía la noche, dormían en cualquier lugar.

Fue en uno de estos viajes rumbo a ese anhelado lugar, que se detuvieron una noche para descansar y tomarse su tradicional *tacho* de té. Armaron su carpa para abrigarse y cubrirse de la temida tormenta de nieve. En su carpa alrededor de una

fogata, empezaron a contarse historias de terror hasta la madrugada.

Muy temprano esta familia se levantó para ver su ganado. Todo estaba cubierto de nieve. Los animales estaban inquietos. Un piño de cabras salió corriendo hacia la montaña, cuando de repente se sintió un fuerte temblor que hizo que hubiera una avalancha que cubrió a todos los animales que estaban en la montaña.

El padre y sus hijos corrieron a sacar los animales para salvarlos. Hicieron todo el esfuerzo para lograrlo, recatando la mayoría del ganado. Mientras tanto, la mujer que estaba embarazada se quedó sola en medio de las cabras que se habían quedado en un cerco. La mujer comenzó a tener dolores de parto. Dicen que por la pura impresión se le apuró el parto. La mujer estaba sola. El esposo y sus hijos estaban lejos: la avalancha los había dejado aislados. Todos se habían olvidado de ella por el afán de rescatar a los animales.

La mujer como pudo, sin que nadie la ayudara, tuvo a su bello hijo. Pasaron las horas. La madre quedó muy débil porque había perdido mucha sangre. Las cabras se acercaron a ella para abrirla, pero ella no resistió el frío, muriendo al llegar la noche.

Después de varios días, el padre y sus hijos pudieron llegar a la carpa. Grande fue su sorpresa. ¡La mujer estaba muerta! Lloraron con desesperación. De repente, sintieron el llanto de un niño. Corrieron

hacia donde estaban las cabras acurrucadas y en medio de ellas, estaba el niño calentito. Lo tomaron en sus brazos y lo abrigaron.

La familia se regresó al pueblo para nunca más volver a la cordillera. Dicen que el niño tenía un don especial: lo que le decía a la gente, eso le sucedía. Todos lo conocían como "El Milagrito".

REGIÓN DE COQUIMBO

ÑO CARNAVALÓN

Camila Rosenda Vergara Castro (12 años)

Estudiante
Salamanca*Tercer lugar regional*

A continuación, les daré a conocer un cuento que me contó mi abuelo. Todo esto ocurrió en la región de Arica y Parinacota. Este cuento transcurre en la época previa al *Anata*¹.

Estaba Juanito preparando sus maletas, puesto que iba a ver a su abuelo en Tapaka.

—¡Se viene el carnaval! —le decían alegremente sus hermanos y primos. Ya estaban planeando las distintas travesuras que harían. Para Juanito era especial porque era el primer carnaval en el que tocaría en la *tarkeada*² de su pueblo.

Al llegar a la casa de su abuelo en Tapaka, éste lo esperaba con una sorpresa, un regalo: era una *tarka*³. El abuelo le contó a Juanito que dicha *tarka* se la había regalado su abuelo y que a éste también se la había regalado su abuelo, pues era una tradición familiar siempre tocar en la *tarkeada* del pueblo. El abuelo le explicó a Juanito que el día en que dejara de sonar la *tarka*, el pueblo desaparecería. Por eso, nunca tenía que dejar de tocar.

Juanito partió feliz hacia el pueblo junto a su tarka. Su abuelo viajaría el “martes de challa” para empezar a tocar con su nieto el “miércoles de ceniza”. Faltaba solo un día para la *tarkeada*. Su padre, muy triste, le contó que mientras su abuelo pastoreaba en Tapaka, hubo una avalancha. El abuelo había muerto enterrado en los campos nevados del altiplano. Juanito guardó su tarka puesto que toda la familia solo asistiría al pueblo a presenciar el carnaval. En señal de luto no bailarían ni tocarían la *tarka*.

Ya había pasado un año y esta vez Juanito sí tocaría en la *tarkeada* de su pueblo. Soplaría la *tarka* tan fuerte con el frío de su corazón que los vientos de soplo llegarían hasta el cielo para que su abuelo lo escuchara.

Cuando Juanito llegó al pueblo el “lunes de entrada”, vio que la gente armaba con vivacidad un muñeco. Su interior se llenaba de ropa, telas y *plumavit*. Su madre le contó que al Ño Carnavalón algunos también le decían “Abuelo Carnavalón”. Y

1 Anata: Carnaval andino (nota del autor).

2 Tarkeada: Carnaval con danzas autóctona en el norte de Chile con instrumentos andinos (nota del autor).

3 Tarka: Pequeña flauta vertical de madera que se utiliza en el norte para carnavales y fiestas (nota del autor).

que para hacer el *phawa*⁴ no tan solo se solicitaba el permiso de la *Pachamama* sino que también se pedía a los espíritus de nuestros antepasados, los *Achachilanaka*, que nos acompañaran, protegieran y guiaran durante el carnaval.

Una vez que el Ño Carnavalón estuvo armado, Juanito le habló muy templado y alegre:

—Aquí estoy, abuelo. Te vine a ver para cantar, jugar, bailar y tocar la tarka junto a ti. Acompáñame, pues esta tarka nunca dejará de sonar...

4 Phawa: Ceremonia andina de origen aimara para agradecer a la Pachamama (nota del autor).

REGIÓN DE VALPARAÍSO

ONCE DE HISTORIAS

Anyelo Miranda Plaza (13 años)

Estudiante

Cabildo

Primer lugar regional

En una casa de la localidad rural del sector Las Puertas, un abuelo se sienta en la mesa con su nieto a tomar once. Entre conversa y conversa, el nieto le pregunta a su Tata Pin, que así era como él lo llamaba:

—Tata Pin ¿por qué no me cuenta una de esas historias que usted ha vivido en sus años?

—Acomódate y escucha esta historia —responde el abuelo—. Luego toma un sorbo de té, respira profundo y comienza a contar su historia:

Cuando yo estaba casado con tu abuelita, mi ex esposa que en paz descanse, éramos una pareja feliz. Mis padres me mandaban a ensillar al Demonio, mi caballo, y a bajar los animales del cerro, incluyendo vacas y cabras. Después de eso volvía a mi casa y disfrutaba el resto del día con mi viejita Chabela... tu abuela.

Todos los días pasaba la misma rutina pero un día domingo 9 de septiembre del año 1973 me llegó la mejor noticia: ¡iba a ser papá! “Ányelo se llamará mi hijo”, pensé. Ese era tu padre que todavía no nacía y ya le tenía un nombre.

El lunes 10 de septiembre del mismo año, desperté de sopetón. Tenía que ir a la reunión del Club Deportivo puesto que yo era el presidente así que no podía faltar. En esa reunión me entregaron una montonera de libros que eran de propaganda hacia el presidente Salvador Allende. Los tomé, me los puse bajo el brazo, me fui a casa y sobre el velador quedaron todos ellos. Por la tarde subí al cerro a buscar los animales y de regreso, me acosté inmediatamente ya que me sentía un poco cansado, pero era feliz de la vida.

El martes 11 de septiembre de 1973 era un nuevo día y la mañana lo pasé junto a tu abuela Chabela y con mi hijo que aún no veía la luz. Recuerdo que ese día yo cociné y preparé una buena olla de porotos que, según comentarios de todos, me había quedado muy buena. Fue una mañana feliz. Después de almorzar, me fui a sacar metales a una mina que no recuerdo su nombre y de ahí, como de costumbre, nuevamente subí el cerro a buscar los animales. Al venir bajando del cerro, un amigo me dice:

—¡Oiga, ño! Váyase pa’ la casa al tiro. Mire que hay Golpe de Estado y usted tiene a su señora sola.

Yo quedé asustado y perplejo. Bajé lo más rápido que pude en mi caballo y en menos de un minuto ya estaba donde la Chabela. Fui corriendo a buscar los libros que me habían pasado en la reunión y me dirigí para el fondo del sitio para hacer unos hoyos y enterrarlos. Ahí quedaron disimuladamente todos tapados con tierra y hojas de los árboles. Regresé a mi casa y saqué un bolso de un cajón. Agarré unas cuantas frazadas, una linterna y las puse dentro de ella.

En la comunidad, estaban preocupados por la situación que se vivía en esos momentos así que nos pusimos de acuerdo y nos fuimos a alojar a un cerro. Cuando llegamos allá acomodamos las cosas y nos hicimos un causeo para compartirlo y después nos acostamos.

En la noche, todo fue muy tenso. Estábamos asustados porque podíamos apreciar cómo a lo lejos, los militares entraban a las casas y buscaban por todas partes. Una vez que se fueron pudimos respirar más tranquilos. Nos habíamos salvado de esa. El resto de la noche fue tranquila pero igual no pudimos dormir.

Pasaron los días. Veníamos a casa por momentos cortos y regresábamos después al cerro y lo hicimos hasta que todo se calmó. Como era más relajado y ya no andaban militares merodeando en los alrededores, decidimos volver a nuestros hogares.

Recuerdo que en las radios sintonizábamos emisoras extranjeras para escuchar las noticias de

lo que estaba pasando en el país. Así supimos que había un toque de queda hasta las ocho de la tarde y nadie podía andar por las calles en los pueblos.

Una tarde, estaba sentado en el sillón cuando llegó la Chabela diciendo que habían reunido a mucha gente en el Estadio Nacional y que las habían fusilado y que entre esa gente estaba mi primo. Yo me puse a llorar y estuve decaído harto tiempo y hubiese seguido así hasta no sé cuándo si no es porque una mañana, la Chabela amaneció con los dolores de parto y tuve que reaccionar. Fui corriendo a avisarle al Servando y la llevamos a Cabildo. Allí nació tu papá y me alegró el día y la vida. El Golpe se nos olvidó y vivimos cuidándolo junto a tu abuela.

Después nacieron tus dos tíos y tu tía madrina. Fueron cuatro en total los hijos que me dio tu abuela antes de que le diera la infección renal el año 1990 y como sabes, en el 2000 ella murió. Pero ahora estamos todos felices, recordándola y llevándola siempre en el corazón. ¿O no, nietito? Je, je, je.

—Sí, Tata Pin, muy felices —respondió el niño. Enseguida agregó—: Me encantó la historia y me gustó mucho escucharte y compartir contigo esta once y esta tarde. Ojalá se repita.

—Se repetirá, nietito, se repetirá —dijo el abuelo.

REGIÓN DE VALPARAÍSO

LA GALLINA QUE CRUZÓ LA CUESTECILLA

Nicolás Antonio Muñoz Briones (12 años)

Estudiante

Cabildo

Segundo lugar regional

Se dice que los habitantes en la localidad de la Vega antiguamente eran muy callados, pero tenían muchos secretos escondidos que no comentaban con nadie, como el cuento que me relató mi abuelo Benicio.

Él me contó que antes estos caminos eran de tierra, es decir, sin pavimentar y él junto a mi abuela Norma Delgado tenían una casa a pasos de la cuestecilla. Además, tenían un pequeño furgón de color blanco que aprovechaban mucho.

Un día tuvieron que ir en su furgón a buscar provisiones a la ciudad de Cabildo porque ya no tenían qué comer. Se fueron cuando casi ya estaba atardeciendo, por lo que lo hicieron muy rápido. Dicen que en la cuestecilla vieron una gallina de color negro que pasaba con muchos pollitos, lo curioso es que eran todos negros.

Al volver de Cabildo, comentaron esto con sus vecinos, quienes también habían visto a esta gallina cruzar siempre la cuestecilla en todos los atardeceres y siempre entrar en una mata de higuera.

Todos decían que era la gallina del diablo y que si alguien mataba a algunos de sus pollitos habría muchas maldiciones para la familia y que la higuera era un portal al infierno.

Un día, los vecinos de mi abuela atropellaron a la gallina y dicen que una maldición de sequía llegó a la comuna. Fueron casi siete años que no cayó ni una gota de agua. Pasado ese tiempo, se fue la maldición y vinieron las lluvias benditas que salvaron la localidad de la Vega.

REGIÓN DE VALPARAÍSO

HISTORIAS DEL CULÉN Y LA MORA

Bárbara Fernanda Retamales Muñoz (11 años)

Estudiante

Cabildo

Tercer lugar regional

Cuenta mi abuela Ángela que más o menos en el año 1960 llegaron a vivir al El Culén, sector de la Mora, comuna de Cabildo, provenientes de Santa Julia de Petorca. Ellos se radicaron en El Culén y vivían en una casa de quincha con barro junto a sus padres y cuatro hermanos: tres mujeres y un hombre. Dice ella que por las noches siempre solían golpearle la puerta muy fuerte y con el susto se quedaban inmóviles porque supuestamente era Satanás el que lo hacía.

Al otro día se levantaban y con sorpresa se daban cuenta de que en el patio de la casa o en la era donde trillaban el trigo, había agujeros con forma de cántaros. Así otras veces, cuando había luna llena, sentían una gallina que cloqueaba con muchos pollitos. Se asomaban por las rendijas y nunca vieron nada. Todas esas cosas quedaron en el misterio puesto que todos los de la casa solo las escuchaban, excepto Carlitos que veía los duendes cuando lo perseguían.

Pasaron los años y mi tío Carlos tenía ya unos 16 años cuando se hizo muy amigo de un joven de la Mora llamado Fernando. Para juntarse con su amigo, por las tardes tenía que cruzar el río. Dice que al pasar por la puntilla, cerca del agua, había

una piedra grande partida en dos y de ella salían dos niñitos chicos que siempre lo perseguían. Pero él le ponía las espuelas en las costillas a su caballo y los dejaba perdidos.

Cuando volvía por las tardes, ahí estaban nuevamente los niñitos esperándolo. Volvía a azotar y a poner las espuelas a su caballo y otra vez los dejaba muy atrás y más encima tapados con tierra.

En otra oportunidad lo persiguieron tanto que hasta perdió su poncho en la escapada. Al otro día lo vinieron a buscar con su papá, pero la prenda nunca más apareció.

Con el pasar de los años, Carlitos acrecentó más la buena amistad con Fernando, ya que salían con los demás hermanos y hermanas a las fiestas y pichangas que se realizaban en los alrededores como El Guayacán y San Lorenzo. De regreso, Fernando siempre acompañaba a Carlitos al El Culén, para que no fuera solo.

De todas estas historias, los misterios quedaron y resulta que Fernando, el amigo de Carlos, es mi abuelo, el esposo de mi abuela Ángela. Él se la trajo desde El Culén a vivir a La Mora. Allí tuvieron cuatro hijos: un hombre y tres mujeres, y una de

ella es mi madre y Carlitos es mi tío abuelo. Con los años después, mi madre se casó con mi padre y la mamá de él tenía un primo que me contó otras historias que también compartiré.

Resulta que entre unas piedras del cerro de La Mora, un hombre encontró a otro, pero muerto y a éste nadie lo conocía. Uno que lo vio se asustó tanto que comentó esto en la comunidad y por curiosidad fueron a verlo y no encontraron nada ahí. Seguramente era su alma que penaba seguidamente.

También me contó que en una oportunidad cuando salió a regar de noche, se asustó mucho porque en el río de La Mora sintió llorar a una mujer desconsoladamente y que decía: “¿Dónde están mis hijos? ¿Dónde?”...Hasta le dio escalofríos cuando la escuchó. Para más remate, cuando llegó a su casa, los perros lo esperaban en la puerta pero aullaban fuerte mirando el cielo. Se acordó de un rezo que se sabía y lo dijo:

*Santa Ana parió a María,
Santa Isabel a San Juan,
con estas santas palabras los perros
se han de callar.
Así fue y le resultó.*

También me contó que cuando ellos salían al cerro en las noches, siempre escuchaban voces como pidiendo auxilio y diciendo: “¿Dónde están?” y a los minutos después, sentían caer piedras. No sé si creerle o no a todo lo que me han contado pero concluyo diciendo que ellos desde chicos han sido de estos lugares, pasaron por estas experiencias y las cuentan con tanta seguridad que yo también siento como que las he vivido personalmente.

Gracias, abuela Ángela, abuelo Fernando, tío Carlos y al primo de mi abuela paterna por mostrarme ese mundo.

REGIÓN METROPOLITANA

SAYÉN Y EL COLIBRÍ MÁGICO

Francisca María Paz Moreira Moncada (11 años)

Estudiante

Puente Alto

Primer lugar regional

Sayén era una niña mapuche de diez años. Le gustaba un juego llamado el *palín*¹ y su comida favorita era el *charquicán*². ¿Qué quería ser cuando grande? Quería ser una *machi*³. Una vez fue a un ritual de una abuelita machi y se enamoró de esa ceremonia. Su mamá y su papá siempre la apoyaban en todo. Un día su mejor amiga Aylín le contó una leyenda. Era la leyenda del colibrí y le dijo:

—¡Cuenta la leyenda que a una mujer bella la amaba un hombre llamado Paineofilu. Un día se casaron, pero cuando supo que ella estaba embarazada sintió mucha rabia y no quería a ese bebé. Cuando el niño nació, lo robó y lo puso en una caja y lo lanzó al lago. Paineofilu le dio a su esposa un cachorro de perro y le dijo que ese era su hijo. La mujer se volvió loca de pena. El hombre un día volvió arrepentido y quería pedirle perdón, pero ella ya no estaba y el hombre descubrió que su amada estaba convertida en un pequeño colibrí.

Sayén quedó impresionada con esta triste leyenda. De vuelta a casa, la niña pasaba por un lindo

riachuelo y pensaba en la leyenda que su amiga le contó. En un momento, sintió el revoloteo de un pajarito, se detuvo y con algo de susto, empezó a observar qué era eso... Una voccecita le decía qué le pasaba y en qué pensaba. Era un colibrí que iba y venía junto a Sayén. El pajarito le dijo a la niña que tenía muy claro su deseo y ella le respondió:

—¡Quiero ser una machi!

—¡Lo serás —dijo el colibrí—. Debes esperar algunos años y ser siempre una niña buena.

Pasaron muchos años y Sayén nunca dejó de pensar en ser una machi y una noche en su ventana, apareció el colibrí, pero ahora tomó forma de una hermosa mujer. La bendijo y le dio el poder para ser una machi, ya que vio que su corazón era bueno y jamás dejó de soñar en lo que quería ser. Hoy es la mejor machi de Temuco.

¿Tú tienes sueños?

1 Palín: Juego de pelota muy arraigado en la cultura mapuche. Los jugadores deben golpear la pelota con un bastón de boldo o avellano. También se le conoce con el nombre de chueca (nota del editor).

2 Charquicán: Guiso tradicional mapuche en base a verduras molidas, principalmente zapallo, papas, acelga y charqui o carne de vacuno seca (nota del editor).

3 Machi: Chamán del pueblo mapuche (nota del editor).

REGIÓN METROPOLITANA

TE CUENTO MI HISTORIA

Daniela Carolina Fonseca Gutiérrez (12 años)

Estudiante

El Monte

Segundo lugar regional

Era una noche de invierno intenso en la que el agua golpeaba ruda sobre las planchas de zinc de nuestra mediagua. Allí vivíamos con mi abuela materna hacía ya varios meses. No sabía lo que pasaba ni por qué mi madre nos había dejado allí con la promesa de venir por nosotros al día siguiente.

Estábamos comiendo unas ricas sopaipillas cuando sonó la puerta. Un ruido lejano nos advertía que alguien se alejaba por el camino polvoriento de mi barrio. Los ojos de mi abuelita me parecieron húmedos, pero ella salió, cogió una carta y se volvió a sentar junto al brasero, lo único que nos daba calor en esa noche de lluvia. Silencio, mucho silencio. Después, la abuela nos pidió que escucháramos con mucha atención:

—No es real, solo una historia para contar —dijo—. Hace ya muchos años, una mujer tuvo una hija con muchas dificultades, por ser madre soltera y ser pobre. Nadie ayudó a esa mujer para salir adelante con su hija. La niña creció y la madre conoció a otro hombre, pero éste no estaba cómodo con la niña en la casa, así que la madre decidió que la niña se fuera a vivir con su hermana, pero era muy difícil para ambas separarse. Ya habían estado

diez años juntas. Todo fue un caos, confusión, pena. Desde ese día, la niña comenzó un camino sin retorno. El sufrimiento atrapó a la pequeña. Pensaba que su madre nunca más la vendría a buscar y a su tía, a pesar de darle amor y tratarla como a una más de su familia, le faltaban recursos, pues era muy pobre. Los días comenzaron a ser más fríos, tristes, húmedos, sobrios. El dolor fue acrecentándose y el hambre ya era un invitado habitual en la cena de la familia Fonseca...

La historia describía a otras personas y ambientes. Todo fue causando curiosidad en los niños de esa habitación. Las luces que producía la tormenta iluminaban toda la diminuta casa. El ruido del trueno provocaba escalofríos y la historia seguía su curso. Es ahí cuando la niña comienza a soñar. Es ahí cuando sus recuerdos se confunden con esta historia, pero la abuela sigue.

La niña comenta con su tía la posibilidad de viajar a un lugar mucho más apartado de su pueblo y vivir con su abuela, una mujer que solo sabía que era huraña, más bien agria y con resentimiento porque su hija se alejó de ella por esta niña que aún no conocía. Era muy necesario para la niña viajar, pues el hambre ya era insoportable y las pocas

provisiones que había, apenas alcanzaban para sus primos que eran más pequeños. Así que emprendió un nuevo viaje donde el dolor y la incertidumbre se apoderaban cada vez más de ese pequeño cuerpo, pero con un mundo de dudas y lágrimas.

Salía el sol por los picos de las montañas. Los Andes era un majestuoso paisaje de color y nieve. Esa micro hacía que todo fuera movimientos y brisas de aire frío entrando por los sin fines del recorrido. Llegaba al fin de esa aventura forzada. Tomó su mochila y al bajar, una mujer pequeña de tez morena con un maquillaje algo exagerado con tonos rojos y azules, le tomó la mano para que bajara y al mismo tiempo la apretó fuertemente en su pecho. Sentía como lloraba.

—Me decía que me amaba.

Sabía que en ese momento no sentiría dolor. Había más amor que el que esa niña se imaginó... Mi abuela me hizo amar a los nietos...

Nos dormimos junto a la abuela, recordando que esa historia era muy parecida a mi propia historia. Mi abuela también sabía en el fondo de su corazón que todo lo había dicho en metáfora porque la realidad nos haría mucho daño.

Recordando una historia convertida en cuento sigo esperando que mi madre regrese...

REGIÓN METROPOLITANA

LA MAMI

Belén Millaray Pezoa Millanguir (13 años)

Estudiante

Pedro Aguirre Cerda

Tercer lugar regional

La Mami es muy tierna. La llamamos así pues con mis hermanos escuchamos desde guagüitas a nuestra mamá así nombrarla.

La Mami es bajita. Dice que es por su raza mapuche y por ser nacida y criada en el sur, y que si no hubiese sufrido tanto, jamás se hubiese venido de la tierra que la vio nacer: Pitrufquén.

Con la Mami tenemos nuestros domingos. ¡Me gustan muchos los domingos! porque es el único día en que mi mamá no anda corriendo para irse al trabajo y el único día en que siempre llegan mis tías a compartir un mate con la Mami y mi mamá.

Hay veces que viene más familia del sur y ahí todo es aún más entretenido porque la gente del sur, como dice la Mami, es muy cariñosa. Conversan, hacen asado y siempre traen tortillas de rescoldo y sopaipillas que son ¡tan ricas! Y como hacen fiesta, mi mamá me deja acostarme más tarde y mis tíos prometen que para los próximos viajes me traerán pollitos y conejos de mascota.

La Mami sabe bien como hacerse escuchar. Cada vez que termina mi tío Bernabé de tocar la guitarra, interrumpe con algún recuerdo. Dice que su niñez fue muy triste, pero de gran aprendizaje. Cuenta

que la vida de las muchachas campesinas era de esfuerzo, de trabajo duro, que desde pequeñas les enseñaban a obedecer y atender a los hombres, ya fueran muchachos o amigos de sus padres, que debían aceptar lo que ellos les ordenaban. Eran casadas muy jóvenes, a eso de los trece o catorce años con amigos de la familia y a veces con los propios familiares, primos o parientes muy, muy lejanos.

Cuenta que a ella no la casaron porque mi bisabuela Marta decidió simplemente entregarla a don Carlos, dueño de muchas hectáreas y uno de los hombres más conocidos de Pitrufquén, pero ella nunca entendió por qué su mamá la había desprendido así de su niñez ni por qué la obligaba a trabajar a sus trece años. Y aunque sabía de sus amigas y algunas primas que tuvieron que empezar a trabajar de jovencitas, vivirlo era otra cosa.

Por su cara, cuando la Mami habla de su historia, sé que hay recuerdos que aún le duelen. Dice que en ese tiempo ni hablar de derechos de la mujer como ahora, que la vida está cambiada pa' mejor y que ahora las mujeres no obedecen como antes a los hombres. Que eso es bueno para mí que siempre le digo que soy su nieta, la que defiende el valor de la mujer.

La Mami cuenta que su vida con don Carlos fue muy sacrificada. Trabajaba duro desde el alba hasta las seis de la tarde y su paga la recogía mi bisabuela Marta.

—Tenía que hacer muchas cosas, m'hijita: cocinar, lavar ropa, recoger agua del río, entrar a los animales, darles de comer y atender las “necesidades del patrón”.

—Yo no podía reclamar, ¡no! Ahí se hacía lo que el patrón decía y na' más.

Dice que desde el día que mi bisabuela Marta la dejó con don Carlos, la fue a ver solo un par de veces y luego ya no supo más de ella. Que era difícil conseguir un par de zapatos y recorría el campo en invierno a pies pelados. Que no fue a la escuela porque cuidaba de sus hermanos y les tenía que hacer comida. Que su mamá le decía que con cocinar y atender bien a un hombre no necesitaba más y que así iba a encontrar a un buen marido.

—¡Pero yo no quería un buen marido! ¡Yo quería conocer Santiago! Y ella siempre me hacía callar la boca.

La Mami piensa que por esto la llevó donde don Carlos. Dice que ella le tenía mucho miedo ya que era un hombre grande y olía a vino. Que hubo veces en que tuvo que esconderse en el potrero para que él no la encontrara. Que una vez intentó escaparse y llegó a la casa de su mamá, pero ella la devolvió donde don Carlos y que él le dio tremenda paliza. Y dice que desde ese día, supo que no tenía madre.

La Mami dice que don Carlos una sola vez tuvo un gesto humano con ella, que fue justo al cumplir sus quince años. Ese día le regaló un par de zapatos que, para su suerte, son los mismos que ocupó para

escapar de él tres años después y venirse por fin a Santiago y sentir lo que era la libertad.

La Mami se encoge cuando habla de él. Es como que aún le tuviera miedo. Aunque dice que si ahora lo viera, le diría en su cara que ¡siempre le tuvo asco!

¡Yo no sé por qué nunca la respetaron, como debe hacerse con una niña o cualquier ser humano sobre la tierra! Creo que eran otros tiempos y otra la consciencia.

La Mami dice que ahora hay un poco más de justicia para nosotras, y que por suerte se habla de los derechos de las niñas y mujeres porque ella eso lo aprendió de grande.

La Mami no sabe que fue ella la que me enseñó a conocer el valor de la mujer. Me ha contado tantas veces su historia que logré sentir su pena y comprender que jamás dejaría que alguien me maltrate.

Yo una vez le pregunté si ella creía que habría justicia por todo lo que vivió y me dijo que no. Me dijo:

—¡No, m'hijita! ¡Eran otros tiempos!

Aunque yo creo que sí, porque me puse a pensar que quizás compartiendo su historia, contándola en distintos lugares, otras personas sabrían que muchas niñas por tradición, religión o pobreza, eran explotadas y abusadas en esos años en que nadie alzaba la voz por ellas. Y tal vez así, a modo de justicia para la Mami, puede que al dar luz su historia, sean muchas más las niñas y mujeres que entiendan y reconozcan que se pertenecen a sí mismas, en cuerpo, corazón y alma. Pues lo más triste es que tragedias y abusos como los vividos por la Mami no han terminado del todo.

REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS

LAS LIEBRADAS

Lissette Alejandra Leiva Castro (12 años)

Estudiante

Peralillo

Primer lugar regional

En la localidad de Marchigüe, en la sexta región, se celebra la maravillosa tradición de la liebrada que cada año se celebra con gran cantidad de gente, todos los 15 de agosto. El Club Deportivo “Victoria de Marchigüe” es el que está a cargo de esta linda tradición. Viene gente de todas partes, hasta de otros países, para disfrutar esta maravillosa liebrada. Vienen cazadores con sus perros liebreros que participan en los cerros de la localidad cubiertos de viñas.

Bajo esta fiesta nació yo y en mi casa es una tradición que se realiza cada año. En mi familia nos preparamos para este evento todos juntos, pero esto partió con mi abuelo que fue quien nos enseñó esta tradición que se ha transmitido de generación en generación, y aunque tengo primos que no les interesa la vida del campo, aún quedamos algunos que queremos que esto siga. Siempre debe existir alguien que transmita la cultura en la familia y creo que por eso mi abuelo me eligió a mí. Yo seré quien se encargue de hacerlo.

Y como les contaba, esta competencia comienza muy temprano, como a las seis de la mañana, hasta medio día. Los perros galgos corren para buscar su presa, que son las liebres. Después, todos los participantes con sus perros y sus liebres se dirigen a disfrutar en la media luna sus comidas típicas, sus ricas empanadas de liebres y, en la competencia de la liebre mecánica, los participantes llevan a sus perros a participar y competir, y sus dueños apuestan dinero como de 40.000 pesos hacia arriba por cada carrera.

Todo es muy entretenido. Lo particular de esto es que yo soy mujer y aunque la vida en el campo aún es muy machista, creo que con el tiempo podrán entender que yo también puedo ser parte de esto como una gran mujer de campo. Total, mi abuelo lo dijo.

REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS

FLORES NEGRAS EN MI JARDÍN

Karin Francois Pinto Aravena (14 años)

Estudiante

Graneros

Segundo lugar regional

Mi nombre es Beberliz. Mi pueblo era llamado Graneros y estudiaba en el Colegio Municipal “Escuela Número 13”. Cursaba Cuarto Básico y tenía una amiga llamada Isabel, mi mejor amiga. Nos juntábamos en los recreos a contarnos películas de terror. Era divertido y espeluznante. A las semanas siguientes llegó una nueva profesora a la escuela. Era una mujer que no sabía tratar a los niños y no tenía paciencia para enseñar. Era gritona y siempre me sentí inferior a ella. Le tenía miedo. Solamente con verla me asustaba. Era una profesora que en vez de explicar, gritaba. Se llamaba Luz Montecinos y vivía al lado de la estación.

Cada día debía levantarme para ir al colegio. Me daba terror con solo pensar que iba a ver a esa mujer, pero a la vez sentía una felicidad enorme ya que vería a mi amiga Isabel para seguir contándonos historias fantásticas y de las películas que veíamos a diario en nuestras casas.

En mi casa teníamos gallinas, un jardín hermoso y además un hermoso perro llamado Duque. Todo

era perfecto con el tema de mi familia. Mi padre tenía un trabajo en la fábrica y mi madre cuidaba a mis dos hermanos en casa.

Un día mi madre me llevó al doctor para que me realizara un chequeo médico en Santiago, en el Hospital Arriarán. El doctor le dijo que me llevara cada seis meses porque tenía una luxación a las caderas. En el primer viaje que realizamos me di cuenta que las calles estaban solitarias y a lo lejos se escuchaban unos ruidos, similares a un tambor. Mi madre tenía miedo. Yo lo sentía y la miraba a los ojos. Cuando nos veníamos de vuelta en tren, sentí una sensación muy genial. Fue maravilloso viajar en la locomotora a Santiago.

Mi amiga Erika era mi vecina. Jugábamos siempre y compartíamos las tardes contándonos experiencias de nuestra vida. Ella llegó a cursar hasta Cuarto Básico y no quiso estudiar más. No sé porque habrá decidido eso.

Al frente de la casa de mi amiga Erika había un árbol de tuna y la mayoría del tiempo íbamos a arrancarlas y nos clavábamos con las espinas muy finas de aquel árbol y después no podíamos sacarlas. Nos

pasábamos toda la tarde quitándonos las espinas y me parecía divertido porque disfrutábamos haciendo eso.

Una tarde mi madre tuvo la visita de mi primo y mi tío. Ese día fue muy visitada porque ella era muy cariñosa con nuestra familia. Fueron a conocer a mi sobrina que estaba viviendo unos días en la casa porque algo estaba pasando, pero yo no lo entendía.

Ese día en la tarde estaba en mi hogar cuando de repente aparecen dos furgonetas verdes y grandes. De ahí salieron unos hombres con cascos que no les dejaban ver los ojos. Andaban armados con pistolas, pero eran más que eso. Eran armas demasiado grandes que les dificultaba tenerlas cargadas en sus manos. Me sentía como si estuviera en una película de esas que me contaba mi amiga Isabel.

A pesar de todo no tuve miedo. Les tuve que abrir la reja de mi jardín. Cuando entraron, me quedé paralizada. No sabía qué sucedía en ese momento. Afuera se quedaron dos de esos hombres haciéndome preguntas, pero yo solamente les decía que no sabía ni entendía nada de lo que pasaba. Ellos registraron toda la casa, la desordenaron y dieron vuelta todo. El patio también lo registraron, al igual que el gallinero. Ellos pensaron que en el jardín había algo enterrado. Esos hombres me interrogaban preguntándome quién había visitado

ese día la casa. Les dije que no lo sabía porque pasaba estudiando y en ese mismo año quedé repitiendo en la escuela.

Ese día de primavera cuando interrumpieron mi casa, el miedo lo sentí cuando esos hombres se marcharon. Miré a mi madre y a mi padre pero aun no lograba entender qué pasaba.

Mi madre Elsa con el tiempo se enteró de que una vecina había llamado a esos hombres para inculparnos de que se hacían reuniones políticas en mi hogar. Ellos se equivocaron ya que mi familia era de gente humilde y honrada que no estaba interesada en la política.

Ese día no estaban mis hermanos mayores, lo cual fue algo de suerte porque si hubieran estado presentes, esos grandes hombres se los hubieran llevado y nunca más los hubiese visto. Luego con el tiempo entendí de qué se trataba todo. Era por el régimen militar que se llevaba a toda la gente que estuviera metida en la política del lado opuesto.

Los días que pasaron entendí que en todo este tiempo, mi madre y toda mi familia solo fingían que todo estaba bien para que yo no me preocupara porque era muy pequeña.

REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS

LA LEYENDA DEL CERRO GULUTRÉN DE PEUMO

Patricia Antonia Núñez Contreras (11 años)

Estudiante

Las Cabras

*Tercer lugar regional**A mi tía Mónica que se lo contó su abuelita Doralisa...*

Cuenta la abuelita Doralisa que hace muchos años atrás, cerca de los inicios del pueblo de Peumo, en el cerro más alto, aparecía el diablo. Este ser espeluznante molestaba mucho a sus habitantes. Algunas de sus travesuras se relacionaban con el secuestro de las jovencitas solteras del pueblo para seducirlas y llevarlas con él. También jugaba con un enorme tejo desde el cerro Gulutrén hasta el otro extremo del cerro de Larmahue cruzando así todo el ancho valle del Cachapoal.

Cierto día la gente del pueblo, aburrida y asustada de este demonio, quiso hacer algo para terminar con sus abusos. Se reunieron con el curita del pueblo para buscar una solución pacífica. Luego de unos días de discusión, a uno de los pueblerinos se le ocurrió que debían colocar una cruz de madera bendita en la cima del cerro más alto para que el diablo no volviera a aparecer en el lugar.

Entre todos los habitantes subieron esta gran cruz de madera e hicieron una ceremonia para su instalación. Pasaron unos días y el diablo no volvió a aparecer. La gente pensó que ya se habían terminado

esos días de terror pero una noche, un hombre desconocido quemó la cruz. En el momento que ardía, el diablo nuevamente apareció. Así subieron una y otra vez una nueva cruz de madera que luego de unos días, ardía nuevamente en llamas.

Pasaron varias semanas y entre todos los habitantes decidieron reunir fondos y construir una enorme cruz forjada en un firme fierro que a gran distancia se veía imponente en aquel alto cerro. Hasta el día de hoy nunca más se vio aquel demonio merodeando dicho lugar y la cruz jamás fue retirada ni destruida.

Actualmente se celebra el Día de la Cruz. Ese día se realiza una peregrinación con antorchas hasta la cima y esta se ilumina siendo vista de todos los rincones del valle. De las jóvenes desaparecidas nunca más se supo y, de los tejos, estos aún se encuentran marcados en el cerro de Larmahue, donde muchas personas llegan incrédulas a observar las mencionadas piedras, terminando finalmente sorprendidas por su gran envergadura.

REGIÓN DEL MAULE

DON PEDRO VILLANUEVA Y LA SEÑORA CLODOMIRA

Estefanía Alejandra Andrades Pérez (11 años)

Estudiante

Chanco

Primer lugar regional

Había una vez en la antigüedad, cuenta mi abuelito Rigoberto Pérez, que hace muchos años atrás, en un sector rural llamado Batuco, un lugar muy apartado de la comuna de Chanco, los habitantes del sector se trasladaban caminando o montados en caballo y en carretas tiradas por lindos bueyes a comprar la mercadería a la comuna más cercana.

Las personas que allí vivían se dedicaban al trabajo forestal. Los hombres y mujeres juntaban leña, hacían carbón y trabajaban en el bosque. En ese lugar había frondosos bosques de pino, eucaliptus, robles, avellanos y muchos más. Las personas eran muy trabajadoras, respetuosas y honradas. Todos eran buenos amigos. Sus casas eran enormes construcciones hechas por ellos mismos. Con sus caballos mojaban la tierra y paja, y hacían los adobes y luego entre amigos y familiares construían sus grandes casas con techo de teja.

A orillas del río Batuco, existía una casa grande donde vivía la señora Clodomira Guajardo, una señora alta y delgada. Su esposo había fallecido hacía ya tiempo y sus hijos se habían ido a trabajar a la ciudad. Ella vivía sola. Tenía mucho ganado y bonitos caballos, gallinas y pavos. También la señora Clodomira era la partera del sector.

Las mujeres antes, en la antigüedad, tenían sus bebés en su misma casa, ayudadas por parteras como la señora Clodomira que tenía muy buena voluntad y experiencia en ayudar a las mujeres a dar a luz sus bebés. Era muy querida. También vendía vino en su casa, ya fuera para beber ahí mismo o llevar.

Una noche muy oscura y lluviosa del mes de julio de 1780 se enfermó la señora María, esposa de don José Villanueva. Iba a dar luz a su hijo así que rápidamente fue a buscar su sombrero y su manta de Castilla. Le colocó un saco de lona en el lomo a su caballo y salió en busca de la señora Clodomira. Llegó y le explicó lo que sucedía así que la señora fue en su caballo a todo galope para ayudar a la señora María.

La señora Clodomira buscó una sábana blanca y un lavatorio con agua tibia, y empezó el parto. Todo salió bien. Nació llorando el bebé y fue bautizado con el nombre de José, igual que su padre. Todos estaban muy felices en esa casa y don José Villanueva decidió hacer una linda fiesta e invitar a sus amistades y familia. Mató un lindo animal y le compró vino a la señora Clodomira para atender a sus invitados. Hubo música con guitarra. La fiesta duró dos días y todos estuvieron contentos.

En la antigüedad no existían monturas. Los hombres le colocaban a su caballo un saco de lona o un cuero y montaban en pelo. Don Pedro Villanueva, hombre de mucho dinero, acostumbrado a mandar, tenía a su mejor amigo que era don Agustín Lara. Ambos eran muy buenos para tomar vino.

Una tarde, después de terminar sus trabajos, salieron en sus caballos: el “No me toque”, de Villanueva, y el “Lucero”, de Lara, con rumbo a casa de la señora Clodomira a comprar y tomar vino. Entre copa y copa, decidieron echar a correr sus caballos. La señora Clodomira tenía que apostar y gritar la carrera. Ella apostaba y si perdía el caballo que ella apostaba tenía que hacer una rica cazuela: matar una de sus lindas gallinas, atender a Villanueva y Lara, y así se entretenían.

Al pasar los días llegaban nuevamente a casa de la señora Clodomira y estos caballeros se ponían de acuerdo entre ellos para hacer perder el caballo que apostaba la señora Clodomira, quien nuevamente tenía que prepararles una rica cazuela y el buen vino en la mesa.

Al tiempo ella se fue quedando sin gallinas porque todas las perdió en las apuestas que hacía.

Una noche de luna llena, salió Villanueva en su caballo “No me toque” a comprar vino donde la señora Clodomira.

Mi abuelito cuenta que en la antigüedad las personas hacían entierros de tesoros, oro y, después que ellos fallecían, no le decían a nadie donde enterraban sus cosas. En el camino por donde iba Villanueva en su caballo, de repente en una vuelta, había un árbol llamado litre que al pasar tarde en la noche resplandecía. Y el caballo “No me toque” se asustó mucho. Se paró en sus patas y cayó Villanueva

para atrás, pegándose muy fuerte en la cabeza y muriendo en el mismo lugar.

El caballo salió corriendo del lugar llegando a su casa relinchando. La señora María se despertó y siguió al caballo hasta donde estaba su amado esposo Villanueva, ya sin vida. Su caballo no lo dejó solo en ningún momento. Se realizó el velorio de don Villanueva en su casa del campo. Vino mucha gente a acompañarlo y rezadoras.

La señora Clodomira estaba muy triste por la muerte de su amigo. Llegó el día del funeral y fue llevado hasta el cementerio en una carretela tirado por su caballo “No me toque”, que relinchaba a cada tranco que daba.

Cuenta mi abuelito que desde esa noche que falleció Villanueva frente a aquel litre iluminado, las personas que pasan tarde, en la noche, escuchan la voz de Villanueva que dice: “¡Mi caballo amigo, nunca te voy a olvidar!”.

En este lugar la familia de Villanueva hizo una grutita de laja y pusieron una foto de él con su caballo. El lugar se convirtió en campo santo y las personas le encienden velas, le hacen mandas a Villanueva y son concedidas.

En el sector de Batuco hicieron una cancha de carrera de caballos en honor al querido amigo finadito Villanueva y durante los meses de verano, disfrutaban las personas de lindas carreras a la chilena que por lo general se realizan los días de domingo.

Don Villanueva desde el cielo es feliz de que lleven su tradición de las carreras y su hijo José Villanueva está muy contento de haber seguido con la tradición que tanto le gustaba a su padre. Ahora él es jinete en las carreras y todo el sector y alrededores recordarán por siempre a don Pedro Villanueva.

REGIÓN DEL MAULE

EL BARCO FLAMEANTE

Juan José Quiero Correa (10 años)

Estudiante

Licantén

Segundo lugar regional

Me contó mi abuelita Eulalia que en España tenían un barco ganado a Inglaterra en una batalla. Ese barco traía riquezas del rey George II a las Indias. Era un viaje largo y frondoso en el cual podía pasar cualquier cosa. Ese viaje duraba seis meses aproximadamente y pasó lo más inesperado... Por llevar tanta carne y tan poca fruta y verduras para un lapso tan grande de tiempo, les llegó una de las peores enfermedades de aquella época que te puedes imaginar: el escorbuto.

Pasando por Valparaíso, el capitán del puerto, que era amigo del capitán del barco español, tiró un cañonazo al cielo como muestra de saludo, pero no hubo respuesta. El capitán del puerto de Valparaíso ordenó abordar el barco de España en preocupación por su amigo, pero estaban en su mayoría muertos, y los únicos vivos, agonizando, casi moribundos.

Cuando los iban a rescatar, una fuerte y feroz tormenta arrastró el barco español hacia el horizonte sin dejar rastro. Solamente se escuchaba el clamor de los moribundos en solicitud de auxilio, que nunca se efectuó.

En aquellos días de invierno había mucha corriente. El mar tempestuoso los ayudó a seguir un rumbo hasta entonces desconocido. Mi abuelita me contaba que era un barco fantasma y que los lamentos de sus muertos tripulantes se escuchaban desde la orilla, dando fama al mítico barco fantasma de la costa del Maule.

La última vez que fue visto este barco fue en el año 2.000 en Maule y dicen que aún se escuchan los lamentos de quienes no pudieron ser rescatados.

REGIÓN DEL MAULE

ENCUENTRO CON BRUJOS

Felipe Ignacio Silva Muñoz (13 años)

Estudiante

Hualañé

Tercer lugar regional

Siempre contaba mi abuela Alicia las historias de sus tierras. Algunas eran creíbles, otras no tanto, pero la que más me gusta es la que relataré ahora.

Mi abuela, siendo joven, vivía en Vichuquén: tierra de brujos. Ella siempre viajaba con su padre desde el Peral al pueblo de Vichuquén. En uno de esos largos viajes, les dio la noche a mitad de camino, entonces hicieron campamento. Ya muy oscuro empezaron a sentir sonidos de Tué Tué, y escucharon ruidos raros, hasta principiaron a ver unas luces a lo lejos.

Ellos, muy curiosos, quisieron ver de qué se trataban las luces y el ruido. Entonces se acercaron y vieron una tremenda olla de oro, casi enterrada en la tierra. Lo único malo era que estaba rodeada de personas haciendo un baile y gritando sonidos muy extraños y escalofriantes. Cuando su papá se dio cuenta de lo que pasaba, ya era tarde. Uno de esos personajes lo había visto. Se les acercó y les dijo que si ellos iban a sacar ese oro, los perseguirían por toda una vida porque ellos eran brujos y con el oro de los brujos no se jugaba.

Obviamente dada la amenaza, no hicieron nada más que obedecer e irse a su campamento con mucho miedo y temor de lo dicho por el brujo.

Pasaron la noche en vela, escuchando sonidos raros y pájaros que revoloteaban arriba de sus cabezas. Según contaba mi abuela, hasta sintieron que los tocaban. Buen susto se dieron que hasta el caballo relinchaba de vez en cuando de terror.

Ya sintiendo que llegaba el amanecer, se tranquilizaron un poco. Le dieron comida y agua al caballo para seguir el viaje. Lógicamente ellos también comieron. Mi abuela siempre decía que su padre debe haber quedado con ganas de volver. Era mucho oro, suficiente para vivir bien toda una vida y que eso lo tenía en el corazón y la cabeza, por esta razón pasó lo que pasó después.

Cabalgaron todo el día hasta llegar al Aquelarre donde había una casa, especie de posada en la cual siempre su padre descansaba y comía.

Nuevamente llegó la noche. Mi abuela literalmente decía que estaba muerta de miedo. Era tanto que no podía conciliar el sueño. Tiritaba de susto ya que presentía que algo pasaría. No se acuerda por qué razón su padre no estaba con ella. Tampoco supo dónde estaba él. Solo sabía de su miedo y con ello de sus ganas de ir al baño.

En esa época los baños no estaban en las habitaciones. Por lo que cuenta mi abuela, tenía que caminar casi media cuadra para llegar a una especie de caseta de madera oscura y hedionda, rodeada de árboles que hacían un sonido muy acogedor de día pero muy aterrador de noche. Y ella sola, solita en esta habitación de madera, sin más luz que una vela, espantada de todo lo que oía o creía oír, se armó de valor y, como pudo, fue al baño. Llegó corriendo, casi saltó en él, y se volvió a la habitación como si alguien la persiguiera.

A mitad de camino sintió el caballo de su papá y corrió hacia él. Le preguntó dónde andaba, pero no supo contestar. Solo la hizo dormir. A eso de las doce de la noche se empezaron a sentir ruidos, esos sonidos que te penetran los huesos de puro horror. A la habitación la golpeaban por los lados, se sentían gritos, se escuchaban personas afuera. El pobre caballo relinchaba a cada rato hasta que su padre le contó lo que había hecho. Fue a buscar el oro, trató de engañar a quien no debía, pero no pasó nada, no encontró nada, pero los brujos se dieron cuenta de lo que él quería, así que igual lo siguieron para darle, según yo, un buen susto.

Toda la noche con ruidos. Toda la noche que fueron como mil noches. Así me cuenta mi abuela que sintió el tiempo.

A eso de las cuatro de la madrugada, su padre salió a dar la cara, abrió la puerta y había una gran luz. Apenas pudo ver mi abuela lo que había afuera. Divisó un tremendo caballo negro con dientes de oro y en el caballo la sombra de un hombre. Alrededor, muchas personas, sin rostro, solo figuras. Ella, según decía, se escondió bajo la cama y rezó. Apenas se acordaba de las oraciones del puro susto. Solo pedía seguir vivos.

Al cabo de un rato entró su padre con lágrimas en los ojos y su cara de espanto. Le contó que le había jurado al gran brujo de la zona que nunca más iría a buscar su tesoro, que siempre contaría la historia para que nadie hiciera lo mismo que él, y que ellos nunca revelarían quién era esta persona. Y así fue.

Ellos siempre contaron la historia pero nunca dijeron quiénes fueron los brujos que en ella estuvieron.

Así termina uno de los más grandes cuentos de mi abuela Alicia.

REGIÓN DEL BÍO BÍO

EL CHANCHITO DE TRES PATAS

Sebastián Antonio Pastén García (10 años)

Estudiante

Chillán

Segundo lugar regional

Hace muchos años atrás, ocurrió un terremoto en Chillán que destruyó todas las construcciones y hubo muchos muertos, tanto en la comuna como en los sectores rurales aledaños.

Recuerda un día mi abuelito, mientras tomábamos once, la historia de una alfarera de Quinchamalí que en esa época del terremoto perdió su casa y todos los trabajos en greda que había hecho para sacar adelante a su familia.

Mientras lloraba con desconsuelo sobre los escombros de su casa, encontró entre medio de las piezas de greda rotas, cinco mil pesos y un chanchito de greda que en vez de tener cuatro patas, solo tenía tres. Al ver esta pieza de greda en este estado, comenzó a golpearla y tirarla al suelo muchas veces pero nunca se pudo trizar y tampoco romper. Frustrada por la situación, llorando su desconsuelo, se calmó, miró al cielo, bajó la mirada, tomó al chanchito en sus manos, miró a su alrededor y se dio cuenta que sus vecinos se quejaban de dolor por

los golpes con objetos. Lloraban por sus viviendas derrumbadas y otros lloraban las pérdidas de familiares y amigos, en cambio ella y su familia se encontraban bien y solo tenían que lamentar las pérdidas materiales, por lo tanto agradeció a Dios y miró fijamente al chanchito de greda.

Al día siguiente lo tomó nuevamente y reflexionó que ella se parecía a esta pieza de greda ya que tenía tres patas, igual que él, y lo relacionó con la salud, el dinero y el amor. Se dio cuenta que ya no había razón para llorar pues con esas tres cosas que tenía era muy fácil empezar y salir nuevamente adelante.

Desde ese entonces aquella alfarera comenzó a fabricar chanchitos de tres patas que simbolizan los tres conceptos: salud, dinero y amor.

Es por eso que se dice que en la localidad de Quinchamalí y sus alrededores, regalar un chanchito de tres patas es desear salud, trabajo y buena suerte en el amor.

REGIÓN DEL BÍO BÍO

LA CHANCHA ACUCHILLADA

Felipe Andrés Fernández Martínez (12 años)

Estudiante

Nacimiento

Tercer lugar regional

Era una mañana de invierno. En la noche anterior había llovido mucho, mucho. Daba la impresión de que el cielo se iba a caer con viento y relámpagos.

—Buenos días, mi niño. ¿Cómo amaneció?... Llovió hartito anoche ¿cierto? Parece que estaba enojado Diosito... —me dijo mi abuelo mientras trataba de prender fuego en la cocina—. Venga, venga a tomar desayuno conmigo que falta que hace para empezar el día con fuerza y ánimo...

Mi tata Chaco siempre me decía que un hombre de trabajo tenía que desayunar muy bien para que toda la faena saliera como corresponde... Yo no entendía mucho porque mi única labor era la de estudiar, pero si mi abuelo lo decía era porque así era. Él era muy sabio.

—¡¡¡Dónde está mi niño!!! —se escuchaba a lo lejos...

Era mi abuela que se asustaba cada vez que se despertaba y no me veía en la cama. Ella era muy maternal conmigo... ¡Mi Lela!... ¡Cuánto la quiero!

—¿Les dio de comer a las gallinas, mi niño? ¿Tenían un huevito para nosotros? Ja ja ja —se reía, y yo con él—. ¿Sabes? ... —me dijo mi abuelo—, que este tiempo me hizo recordar cuando

yo trabajaba en la Forestal...

Esas eran muy buenas historias y yo no me las quería perder porque eran vivencias que mi Tata había pasado en sus trabajos.

—¡Qué mentira le vas a contar ya al niño, oye! —le dijo mi Lela.

—No te preocupes vieja, si solo le voy a contar una historia no más —le respondió mi Tata Chaco.

Y mientras preparábamos un caldillo de cebollas y harina tostada con mi Tata, me empezó a relatar la historia que ahora les paso a contar.

Mi Tata Chaco empezó a relatar su historia que dice más o menos así:

Estábamos trabajando con mi cuadrilla, en una faena forestal por allá en el fundo de los Barros, cerca de Curanilahue, cuando me llamaron por radio y me dieron la orden de que teníamos que ir a podar unas hectáreas de pino más adentro de la cordillera. “Bien”, dije yo... “Me voy con mi gente a terminar esa faena”... Era una buena cuadrilla, éramos todos amigos, años trabajando juntos.

Nos vino a buscar el furgón y nos fuimos rumbo a la zona donde teníamos que trabajar. Nos bajamos y seguimos trabajando y luego, de repente, se escuchó un ruido muy raro, un chillido feroz... Todos quedamos mirándonos. Pensamos que era el león y de repente de entre las zarzas aparece... ¡una chancha! de esas chanchas lobas que se crían solas en pleno cerro. Nos miramos y ya teníamos mucha hambre de tanto trabajar.

Ya se nos había abierto el apetito y... ¡zas! Entre cuatro la tomamos y preparamos todo para matarla... Ya se nos hacía agua la boca de solo pensar que nos íbamos a comer un rico asado de cerdo en pleno cerro.

Ya estaba todo listo para el sacrificio y cuando le estábamos enterrando la cuchilla... ¡esta chancha loba se soltó y salió corriendo con cuchilla y todo en el pecho!... La tratamos de alcanzar pero no pudimos y se nos fue... ¡Qué estábamos enojados! Porque hasta ahí no más quedó el asado.

Pasó el tiempo y terminamos la faena. Nos fuimos a nuestros hogares hasta la próxima temporada que era en primavera. ¿Y sabes qué pasó? Nos mandaron a la misma área en la que pillamos a la dichosa chancha, y nos acordamos y nos pusimos a reír... ¡¡¡ja, ja, ja!!! ¡Qué chancha más loca! —decía mi tata—. De repente —me dijo— cuando estábamos lo más bien trabajando, se escuchó de entre las matas, unos chillidos ¡y adivina qué era! —me dijo— ¡¡¡Era la chancha que había parido seis chanchitos y todos ellos traían en su pecho un cuchillito como el que le enterramos a su mamá!!! ¡¡¡Ja, ja, ja, ja!!!

Se puso a reír y mi Lela y yo igual nos reímos de la historia fantástica de su chancha acuchillada...

Luego me tomó de la mano y fuimos a pescar y allá me contó otras historias más fantásticas que las que les relaté, pero esas se las dejo para otra oportunidad...

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

LA VISITA DEL ZORRO

Tomás Marcelo Necul Zúñiga (8 años)

Estudiante

Freire

Primer lugar regional

Esta historia sucede en la Novena Región cerca del hermoso río Tolstén. Durante mucho tiempo, habían dejado de visitarse el zorro y la hermosa ñandú. Un día de primavera, cuando el sol abrió sus bellos ojos bajo un cielo azulado, había caído un rocío muy abundante y el pasto estaba muy verde. La señorita ñandú decidió ir a visitar a su gran amigo el zorro porque había recibido la noticia de que el zorro se había casado y, como era su buen amigo de toda una vida, era el momento preciso para realizar su visita. Fue así que partió muy feliz. Le llevó algunos huevos frescos y frutas silvestres en una canastita que había tejido. Su amigo vivía como a unos siete kilómetros de distancia al lado del río. Ella iba feliz por un caminito de tierra con mucha vegetación como sauces, aromos con hermosas flores y muchas abejas que rodeaban los árboles floridos. A lo lejos pasaban patos silvestres y muchos cuervos que cantaban muy felices sobre una rama que estaba en medio del río. También cantaba el martín pescador, muy elegante en la rama de un sauce, observando el bello río y tratando de encontrar un pecesito para su bocado. Y continuó su andar la hermosa ñandú.

Del pequeño cerro se sentía caer agua de una vertiente. La señorita ñandú se acercó respetuosamente a la vertiente y se echó junto a ella dando gracias a la naturaleza por tener la suerte de haber llegado al *trayenko*¹ más hermoso de la Novena Región, rodeado de flores de chilcas y muchos picaflores que iban y venían sobre las hermosas plantas del bosque.

—¡Qué bien me siento aquí! —dijo la señorita ñandú. Y bebiendo un sorbo de agua, le dijo a la vertiente—: ¡No sé si vuelva por aquí, pero si no fuese así, te llevaré en mi corazón y pediré a las fuerzas de la naturaleza que esta vertiente no se seque y sea también un agua que sane al ser humano de sus dolencias del cuerpo y de la mente!

Después siguió su camino hasta que llegó al *raghue*² donde se encontraba su amigo zorro.

El sitio estaba rodeado de plantas verdes grandes y pequeñas. Había muchos boldos hermosos, maquis, aromos y muchas plantas. También se podía escuchar el canto de muchas aves.

—¡Qué hermoso lugar y tan tranquilo! ¡Aquí hay paz! —dijo la señorita ñandú, y caminó por una pequeña quebrada hasta que llegó a la casa de su amigo el zorro. Llegó a la puerta y tocó:

—Toc, toc, toc.

El zorro que estaba descansando con sus pies en alto sobre su sillón de mimbre con muchos almohadones, respondió:

—¡Ya voy! —El zorro se sentó, se puso sus zapatillas, se dirigió hacia la puerta y preguntó—: ¿Quién es?.

—Soy yo, tú amiga ¿no me reconoces? —le dijo la señorita ñandú.

En ese momento se abrió la puerta y el zorro salió a su encuentro. La abrazó y besó una y otra vez. La señorita ñandú le dijo:

—¿Cómo estás? ¡Tanto tiempo sin verte! Estoy muy bien y feliz de encontrarme contigo. Te extrañaba y por eso estoy aquí.

El zorro le dijo:

—Ven, pasa a mi casa. Como ves, es pequeña pero hay mucho cariño para ti.

—Gracias —dijo la señorita ñandú entregándole los regalos que le traía.

El zorro saltaba de alegría, en tanto que ella pudo observar una hermosa casa, muy acogedora, pero lo triste fue que al entrar por la estrecha puerta, no pudo pasar y quedó atrapada. El zorro comenzó a tirarle del cuello con sus patas una y otra vez, pero mientras más tiraba, más se apretaba la pobre ñandú. Así transcurrieron las horas hasta que el zorro comenzó a sentir hambre. Vio los regalos para ver si era comida, pero resulta que ninguna de las cosas le llamó la atención. Él quería comer carne.

Transcurrieron las horas y la pobre ñandú no podía salir. Estaba desesperada y muy adolorida.

—Creo que este viaje no tendrá regreso —dijo la señorita ñandú.

Luego volvió a insistir el zorro, pero el hambre fue tan grande y el deseo de comer fue tan inmenso que pensó: “Ya no soporto más el hambre y no puedo salir a cazar”.

Entonces el zorro, dándole un beso a su amiga, se despidió y se la comió.

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

LA TRAPELACUCHA DE FELICINDA

Amanda Calfueque Quintero (9 años)

Estudiante

Curarrehue

Segundo lugar regional

Mi bisabuela se llama Felicinda y, tal como inspira su nombre, ella es una mujer feliz. Ella me prestó su *trapelacucha*¹ para que la usara en la celebración de *We tripantu*² de mi escuela. Cuando mi mamá me colocó la joya, me sucedió algo “extraño”. Me sentí poderosa y también bonita. Mi mamá me dijo que la *trapelacucha* que llevaba en mi pecho era muy antigua, ya que la bisabuela la había heredado de las mujeres antiguas del linaje. Yo la miré con cara de ¿qué significa eso? Mi mamá me dijo que era una joya de mujeres aún más antiguas que mi bisabuela.

Ahora te voy a contar la historia con detalles. Mi bisabuela Felicinda es feliz, pero brava. Un día mi papá fue a visitarla y le comentó que yo quería usar la *trapelacucha* en la ceremonia y mi bisabuela dijo que yo era la que tenía que ir a pedírsela, así que

al otro día con mi papá fuimos en auto a su casa que vive en el campo Maichín. Yo no conocía a la bisabuela Felicinda, pero después de ese día su carita quedó en mis recuerdos. Ella es una mujer muy feliz, muy anciana y de trato cariñoso. Entregó en mis manos la *trapelacucha* y me dijo que era de plata, que la plata es protectora y que la *trapelacucha* protege el corazón lunar. Yo no sé qué cara habré puesto, pero mi bisabuela Felicinda sonrió de oreja a oreja.

Hace varias noches que me sueño con mi bisabuelita. Tengo muchas ganas de ir a visitarla. ¿Será que me busca en los sueños para contarme más secretos de la *trapelacucha*? También me sueño con el *ngillatun*³. En marzo hay uno. Ojalá mi bisabuela me preste nuevamente su *trapelacucha* de plata.

1 Trapelacucha: Adorno de plata mapuche (nota del editor).

2 We tripantu: Celebración del año nuevo mapuche en el solsticio de invierno (nota del editor).

3 Ngillatun: Ceremonia religiosa mapuche (nota del editor).

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

LA LAGUNA CRISTALINA

Margarita Catalina Pereira Henríquez (9 años)

Estudiante

Pucón

Tercer lugar regional

Un día mi abuelo me contó que antes él vivía en las cercanías del Lago Caburga junto a sus padres y hermanos. A unos cuantos metros por detrás de su casa se encontraba una laguna de aguas muy cristalinas que todos admiraban, pero a la vez sentían temor, porque la gente contaba que ocurrían cosas extrañas. Una vez le contaron que si uno se introducía en ella, una mujer de aspecto terrorífico aparecía y te llevaba al fondo de la laguna y luego te soltaba.

Cierto día, mi abuelo visitó a un amigo para ayudarlo con el traslado de unos animales a un campo cerca de la cordillera para conseguir mejor talaje. Cuando estuvieron de regreso ya era de noche y al regresar a su casa, tuvo que pasar por la laguna de aguas cristalinas de la que se contaban dichas historias. Él creía mucho en esas cosas por lo que trató de pasar lo más rápido posible para no tener que vivir ninguna experiencia desagradable.

Cuando ya estaba llegando a su casa sano y salvo, respiró profundamente con un gran alivio y en ese instante escuchó un grito desgarrador. Sintió un gran temor pero igual acudió al lugar de

donde provenía el grito. Era su vecina que estaba desconsolada. Ella le relató que su hijo se había caído a la laguna. Era un muchacho de unos 17 años. Mi abuelo la calmó a pesar del miedo que sentía y le dijo que esperaran un rato porque pronto el cuerpo volvería a la superficie como según se contaba.

Así fue como de pronto, mi abuelo miró hacia la orilla y se dio cuenta que ahí se encontraba un cuerpo flotando. Corrieron hasta allá y era el hijo de la vecina. Lo sacaron de inmediato y lo llevaron a la casa, pero como no reaccionaba, lo llevaron a la posta que quedaba como a cinco kilómetros de ahí. Lo llevaron de a caballo ya que era el único medio para transportarlo. Cuenta mi abuelo que estuvo casi todo un día inconsciente y cuando despertó lo primero que dijo fue: “¡Mujer!”.

Al poco tiempo el muchacho falleció sin una causa aparente y desde ese día mi abuelo no volvió más tarde a su casa y trataba de andar lo más lejos posible de la extraña laguna.

REGIÓN DE LOS RÍOS

EL CAMINERO DEL PACTO

Joaquín Alexis Vicuña Valenzuela (9 años)

Estudiante

La Unión

Primer lugar regional

Mi abuelita me contó esta historia, una historia que le contó su mamá.

Hace muchos años, cuándo acá en mi región no se hacía el camino a La Unión, los militares empezaron a romper el camino, pero no daban abasto con tanto trabajo, así que optaron por traer de otros lugares, entre ellos la mayoría era de Temuco, pero también llegaron chilotes.

El caso es que los trabajadores vivían en unas mediaguas que levantaron al otro lado a orillas de un río llamado río Futa. Ahí dormían todos amontonados por el reducido espacio. También tenían una *rancha*¹ que les servía de cocina. Algunos hombres trajeron a sus esposas que se encargaban de hacer el rancho, como le llaman en el campo. Hacían tortillas de rescoldo para que comieran los trabajadores. Entre ellos, había uno cuya esposa estaba embarazada. Ahí la vida era muy dificultosa pues no había un puente para cruzar el río, así que cruzaban sobre unos tremendos *coihues*² que ellos mismos botaban sobre el río como puentes. Era muy peligroso pero no había otra opción.

Un día, el esposo de la señora embarazada cruzó para el otro lado del río y se encontró con un señor que era dueño de un campo al lado del río. Él le contó al caballero que su señora estaba embarazada, entre otras cosas. El caballero le contó a su señora que se había encontrado con un trabajador del otro lado del río, y que el hombre le contó que su señora estaba embarazada. La señora se preocupó mucho, así que mando a su marido a buscarla para hablar con ella.

Así fue que el hombre fue en busca de ellos. Les propusieron que dejaran el campamento, pues cuando el niño naciera podrían tener problemas. En fin, los convencieron y ellos aceptaron y les pasaron una casita en otro campo que el señor arrendaba. El caballero era bueno con ellos, les pagaba bien y los tenía al cuidado de sus animales. Ellos vivían bien. Tuvieron más hijos ahí en tranquilidad.

En esos años era muy lluvioso y el río salía de su caudal y había que tener cuidado con los animales ya que el río se los podía llevar.

1 Rancho: Construcción rústica (nota del editor).

2 Coihues: Árboles frondosos que crecen en el sur de Chile (nota del editor).

En eso andaba el cuidador, un día de pleno invierno, a orillas del río, cuando escuchó un ruido de algo raro en el río. Se acercó y vio un barco muy lindo, todo iluminado con luces de colores, y en su interior mucha gente, unos tocando música, otros bailando, en fin. En eso alguien lo llama y lo invitan a subir un rato al barco. El hombre aceptó y ya dentro del barco le propusieron que si no contaba nada de lo que había visto, sería inmensamente rico. El hombre aceptó pues se creía bastante hombrecito en su palabra.

Le dijeron los del barco:

—Mañana te haces un corral, lo más grande que puedas, y no le cuentes a nadie lo sucedido y pasado mañana, cuando amanezca, verás una sorpresa, pero tienes que cumplir tu promesa. Ahora baja y regresa a tu casa como si nada hubiera pasado.

El hombre pensó: “la suerte me está llamando”. Al otro día hizo su corral sin dar ninguna explicación. Trabajó todo el día y en la noche se acostó pensando y ansioso de ver si sería verdad lo que le dijeron. Cuando amaneció, no lo podía creer. El corral estaba lleno de animales. Había de todos. Pensó que eran los de su patrón, pero en la tranca en una tabla decía: “Todo esto es tuyo. Disfrútalo, pero no olvides tu promesa”.

El hombre se asustó y fue a esconder la tabla para que nadie la viera, pues ni su esposa sabía nada de esto. Muy nervioso metió la mano en su bolsillo para sacar su pañuelo, pero al sacarlo, cayó mucha plata: billetes y pesos. Se asustó y pensó dónde esconder todo el dinero pero al fin se calmó y como las esposas antiguas no hacían preguntas, nadie dijo nada.

Así pasó mucho tiempo. Un día su patrón fue a verlo y le dijo:

—Me contaron que te ha ido muy bien con tu crianza. Fíjate que venden este terreno y no piden muy caro. Piénsalo y ahí ves si te alcanza.

El hombre le hizo caso y lo compró, haciéndose dueño del campo.

Vivió muy feliz. Ya no dependía de nadie. Hasta orgulloso se puso el caballero, pero un día se juntó con un vecino amigo quien lo invitó para su casa a tomar vino. Bebieron mucho. Ya estaban bien ebrios. El amigo le empezó a preguntar cómo lo había hecho si cuando llegó era un pobre patipelao. El pobre hombre le contó lo que nunca debía haber contado, lo cual fue una burla de su amigo quien riendo le dijo:

—Quién te va a creer que viste el Caleuche.

Y así siguieron bebiendo, sin pensar en nada más. Llegó la noche y el hombre se fue para su casa en su lindo caballo que tenía. Llegó y se acostó a dormir. Al otro día se levantó como de costumbre a ver a sus animales que eran su orgullo pero no encontró nada, pues ya no había nada. De repente recordó que había roto su promesa. Se acercó al corral muy apenado y encontró una tabla que decía: “Rompiste tu promesa. Ahí te quedas, pobre como llegaste”.

Solamente le quedó la tierra que había comprado. El pobre hombre se volvió loco al verse tan pobre como lo fue un día. Dicen que al poco tiempo murió su señora. Sus hijos se fueron y él quedó completamente solo y pobre. A los años, se le quemó su casa. Después de un tiempo cuentan que lo encontraron muerto a orillas del río, tal vez esperando ver el barco que lo llenó de riquezas y que a la vez lo dejó pobre y solo.

Así termina esta historia de una persona que fue víctima de un lindo sueño y que de un momento a otro se transformó en una horrible pesadilla.

REGIÓN DE LOS RÍOS

LA PUMA

Alondra Antonia Maldonado Opitz (11 años)

Estudiante

Paillaco

Segundo lugar regional

Había una vez una escuela en un campo que tenía el nombre de El Puma donde había muchos niños y niñas. El nombre era porque en ese sector había un puma que asustaba a los alumnos del colegio. Los profesores no sabían que en ese lugar una puma había perdido sus hijos de muy pequeños y siempre pasaba por el lugar pensando “¿dónde estarán mis hijos?”, “¿qué será de ellos?”. La puma cada vez que pasaba por el lugar se sentía muy triste hasta que un día uno de los niños del colegio se arrancó al monte en busca de una pelota que había caído muy lejos. El pequeño niño se perdió en el campo. Profesores, alumnos y sus padres, desesperados, lo buscaban, mientras el niño, muy asustado, estaba perdido por el campo.

La leona escuchó que la madre del niño lloraba por su hijo. Al sentir aquella la angustia de la madre, la puma decidió ayudar a encontrar al niño que se había perdido. Al pasar la noche, la puma encontró al niño dormido en medio de los árboles y la vegetación del campo. Despertó al niño que estaba

durmiendo. El pequeño sintió mucho miedo, ya que siempre la leona pasaba por la escuela haciendo que todos sintieran miedo de ella pero la puma subió al niño en su lomo llevándolo a donde estaba la madre muy angustiada por su hijo.

Al ver que la puma llevaba a su hijo en el lomo, la madre sintió un gran alivio ya que vio que estaba sano y salvo. La puma entregó al niño a su madre. Una vez que la mujer tuvo a su hijo en sus brazos, sintió que la puma que todos decían que era un animal del campo que no tenía sentimientos, era mentira.

Y desde ese día la puma no ha dejado ni un solo día de ir a ver y a jugar con todos los niños y niñas del colegio. Ahora se siente feliz cuidando a cada uno de los alumnos.

Desde aquel día, el campo donde estaba el colegio El Puma fue más lindo y seguro desde que está la guardiana de los niños y niñas: la puma.

REGIÓN DE LOS RÍOS

CONTIGO POR SIEMPRE

Diego Alfredo Pinuer Alvarez (13 años)

Estudiante

Paillaco

Tercer lugar regional

Todo pasó muy rápido. Mi pequeño amito estaba durmiendo plácidamente como todos los días después de su comida, mientras mis dos amos estaban discutiendo en la otra habitación. Nunca logré entender por qué discutían ya que el amor que le entregaban a mi amo era incondicional e infinito y luego... sentí un cambio. El instinto canino me alertó de algo, aunque no sabía qué era y me fui debajo del sofá. Después, en solo un segundo, todo se derrumbó. Estaba muy oscuro. Los muros cayeron sobre mí. Al recuperar el aliento pude ver perfectamente cómo mis amos estaban durmiendo debajo de los escombros. Les hablé, los acaricié, traté de que despertaran, pero no lo logré. Lo bueno era que mi pequeño amo estaba aún en su camita, intacto, como si nada hubiese ocurrido. Un closet cayó sobre la cama dejando un espacio seguro donde nada lo dañó. Me miró con aquellos ojos tiernos que tanto adoro. Miré a mi alrededor y alcancé a divisar una salida. Lo alcancé a sacar antes de que la casa se desmoronara por completo. Lo tuve que llevar en mi hocico, ya que no tenía más que esa opción.

Cuando salí de la casa, todo estaba patas arriba. Presentía que venía algo peor que eso y que debía

llegar cerca de la ciudad. Debía encontrar comida para mi amo y para mí. Por suerte en el fogón siempre había quesos, charqui, miel, chicha y longanizas. Eso fue bueno, porque me estaba cansando de llevar a mi amito con el hocico por los escombros. Me detuve para darle un poco de compota que había en un frasco recién destapado. Yo buscaba una buena comida y di justo con las longanizas. Comimos durante un rato. Nos esperaba un largo viaje. El pobrecito se quedó dormido con tanta compota. Lo subí a mi espalda y me aventuré a buscar un camino que nos llevara a la ciudad.

Esa tarde busqué un refugio seguro, pero por más que buscaba, no encontraba humanos en condiciones para ayudarnos. Al andar esquivando árboles y derrumbes en el camino, se podía observar casas en llamas, casonas completamente destruidas, potreros completamente desarmados. Esos bellos parajes ahora parecían un campo de batalla. Pronto divisé a lo lejos una pequeña construcción que aún seguía en pie. Al acercarme, me di cuenta de que era mejor de lo que esperaba. Era un pequeño establo. Había unos cuantos quesos en una repisa cerca del fogón. Le di de comer a mi amo y nos recostamos sobre un montón de paja seca que estaba en una

esquina protegida del viento. Durante el día se sintieron muchos movimientos extraños. Yo solo rogaba para que esas vigas se mantuvieran en su lugar. Mi amo, por su parte, seguía en la seguridad de sus sueños infantiles.

Me quedaba poco tiempo. Sabía que venía algo grande y que debía poner en resguardo al pequeño, pero ya era demasiado tarde. El agua empezó a llegar y me tocaba las patas. Tomé al niño con la boca y me dispuse a correr lo más rápido que pude. Cuando me di cuenta, el agua me llegaba a la barriga y empecé a nadar. Afortunadamente pude ver un pedazo de roca grande en el que afirmarme. Me puse a mirar y todo estaba hecho un desastre.

Por fin pude divisar una zona sin escombros y despejada, pero me costaba nadar con el niño en la boca, pero algo me pasó, sentí un dolor muy

fuerte en el vientre y de repente, entre el agua con barro, vi sangre. Me iba debilitando, pero a la vez, el agua desaparecía. Encontraba mi “luz al final del túnel” al ver unos carretones y gente en la entrada de la ciudad. Aún con el niño en la boca, pero tambaleándome, el que mi amo estuviera a salvo, me empujó adelante aunque me sentía muy débil.

Ahora me estoy debilitando... apenas puedo ver que unas personas encuentran a mi amito... Lo bueno es que ahora sé... que estará bien... Esperen, puedo oír algo:

—Ese perro salvó la vida de ese niño. Ese perro salvó otra vida del terremoto aquí en Valdivia.

Y al oír esas palabras ya puedo dormir con mis amos grandes en paz.

REGIÓN DE LOS LAGOS

RAMONCITO, EL MONITO DEL MONTE

Amparo Isabel Arriagada Leyton (7 años)

Estudiante

Ancud

Segundo lugar regional

Mi abuelita me contó que cuando era muy pequeña su papá, que se llamaba Rolando, la invitó a pasear por el campo. Se subieron a una carreta que llevaba víveres para las personas que vivían más alejadas. Al llegar al campo, su papá le dijo que el lugar se llamaba Coñimó. Bajaron de la carreta en lo alto de una colina. Desde allí, me contaba, se veía la playa de Coñimó. En uno de los extremos se veía el estero que era un lugar donde cruzaba la gente en bote que venía de Ancud. Además se veía la iglesia, más conocida como iglesia San Miguel.

Por la tarde subieron donde una tía que se llamaba Rosa quien los invitó a comer tortilla al rescoldo y a tomar mate. Antes de que se terminara el día, Juanito, el hijo de tía Rosa, invitó a mi abuelita a pasear por el bosque. Salieron por el camino y se adentraron a un bosque lleno de arrayanes. Yo también los he visto. Son muy fáciles de reconocer en el camino porque su tronco es anaranjado. Después de tanto caminar y caminar, llegaron a una parte donde el bosque es más espeso. Allí, mi abuelita me contaba que conoció a un gran amigo. En el medio de un árbol muy alto, había una especie

de roedor de ojos muy grandes. Su cara era como la de un mono, pero su cuerpo era como de un ratón. En ese momento no lo sabía, pero ahora sabe que es un monito de monte.

El monito de monte estaba congelado. Ella pensó que estaba muerto, pero cuando lo tomó en sus manos, se dio cuenta que respiraba. En la escuela yo investigué y me di cuenta que era la forma en que ellos hibernaban, o sea, que descansan mientras dura el invierno. Pensó que agonizaba, así que lo envolvió en su chaleco y lo abrazó para que no tuviera frío. Ya se estaba haciendo de noche, así que mi abuelita y Juanito decidieron regresar a la casa de la tía Rosa. Pasaron la noche allí, así que mi abuelita durmió con el monito de monte al cual había apodado Ramón.

Al día siguiente volvieron a subirse a la misma carreta y volvieron a Ancud sin contarle mi abuelita a mi bisabuelo Rolando que llevaba entre sus ropas a Ramoncito. Al pasar los días el monito de monte parecía estar de mejor ánimo. Mi abuelita lo llevaba a todos lados y aprendió que se alimentaba de insectos y también de algunos frutos.

Pasaron dos semanas, pero mi abuelita notó que el ánimo de Ramoncito ya no era el mismo. Entonces decidió contarle la verdad a su papá y decirle que tenía al monito de monte viviendo ahí. Entonces mi bisabuelo Rolando le dijo a mi abuelita que Ramoncito estaba triste porque ese no era su hogar. Su hogar estaba entre los árboles y el bosque espeso de Coñimó. Entonces mi abuelita tenía que tomar la difícil decisión de ir a dejarlo de vuelta al bosque, así que tomó su mantita que le había tejido para el invierno y partió rumbo a Coñimó. Mi abuelita estaba muy triste.

Cuando la carreta llegó a la colina, Juanito ya la esperaba, así que juntos tomaron a Ramoncito y se fueron a dejarlo al bosque. Mi abuelita buscó

el mismo árbol donde lo había tomado, le puso su frazadita de lana y le dio un gran beso. Juanito le buscó algunos insectos y se alejaron deseándole la mejor de las suertes.

Mi abuelita aprendió una gran lección, que además me transmitió a mí también, y es que hay que cuidar a nuestros animales y proteger los lugares y bosques donde viven. Hoy, al leer un libro en la biblioteca, me di cuenta que los monitos de monte están en peligro de extinción, por eso me alegra cuando mi abuelita me cuenta que Ramoncito volvió a su hábitat.

REGIÓN DE LOS LAGOS

LA JARRA MÁGICA

Bárbara del Pilar Miranda Silva (11 años)

Estudiante

Castro

Tercer lugar regional

Esta historia comienza en un lugar ya olvidado, Ercóndito de Chile, en la Octava Región, a poca distancia de un pueblito llamado Rere, donde vivía la abuela de mi mamá.

Mi mamá me contaba que su abuela le contaba de la existencia de una tal jarra mágica que se encontraba en el campo donde vivía. Estaba en una pradera rodeada de bosques en su mayoría de robles y canelos. El lugar era muy hermoso. Lo cruzaba un río no muy profundo y de aguas muy claras. En la pradera había unas rocas gigantes puestas ahí quizás por los mismos gigantes en una época anterior, por eso los campesinos hablaban de la existencia de una jarra mágica.

Esta jarra mágica estaba llena de monedas de oro y su altura te llegaba a la rodilla. Podía decirse que estas monedas tenían el tamaño de una moneda antigua de cien pesos chilenos.

Estas monedas eran tan brillantes que no podías verlas sin usar algún tipo de lentes de sol u otro tipo de lentes, y además decían que había una gran cantidad de ellas en su interior. Se decía que si la encontrabas podrías ser muy rico o quizás multimillonario.

Cuentan los campesinos que esta jarra mágica se revelaba a través de un cordero blanco solo cuando había luna llena. Este cordero podía verse jugando o pastando alrededor de unas grandes rocas donde estaba la jarra mágica entre las grandes rocas de la pradera de varios metros de altura y profundidad.

Muchos campesinos trataron de enlazar al cordero, pero era muy difícil y escurridizo para poder atraparlo. Se decía que si uno lo enlazaba, tenía que esperar hasta la mañana siguiente y así encontraría la ubicación exacta de dónde estaba la jarra porque ahí estaba el cordel enlazando la jarra en vez de un cordero.

Además contaban los campesinos que la jarra mágica te podía también conceder deseos, por lo que había que tener cuidado con cada deseo que uno pidiera, porque cada moneda te concedía un deseo diferente y no se podía repetir, porque si repetías un deseo, perdías toda tu fortuna y no tenías ningún recuerdo de la jarra mágica.

Había muchos campesinos que intentaban enlazar este cordero cuando había luna llena, pero no se les revelaba a todas las personas. No todos podían ver el cordero. En algunas oportunidades, cuando

andaban dos o más personas, uno lo veía y los otros no podían verlo.

No se sabe por qué algunos si lo veían y otros no. Los lugareños decían que la fortuna es para algunos y no para todos.

Un día, un campesino muy avaro pudo enlazar al cordero y a la mañana siguiente encontró la jarra mágica. Su felicidad era tan grande que comenzó a sacar las monedas una a una y decía que no iba a compartir su fortuna con nadie. Y la jarra cada vez se iba hundiendo en las profundidades de la tierra,

cada vez más, hasta que el avaro no pudo retroceder para poder salir, pero su avaricia era tan grande que no podía dejar las monedas y salir con las manos vacías por lo que siguió intentándolo hasta que fue succionado por la jarra mágica.

Se dice que el avaro no era digno de la jarra mágica, por eso se lo tragó la tierra, y ahora cuentan los campesinos que en luna llena se pueden ver dos hermosos corderos pastando y jugando entre las rocas de la pradera, muy felices.

REGIÓN DE LOS LAGOS

CIPRESEROS DE LAS GUAITECAS

Paloma Estefania Huenteo Antipani (14 años)

Estudiante

Quellón

Mención especial del jurado

Cuenta mi abuelo Juanchio que aproximadamente en el año 1980 al 1998, en el sector de Molulco, vivía una familia muy numerosa que los apodaban los *Huenteo* que en *mapudungun* significa “gente del alto”. También eran conocidos como “Cipreseros de las Guaitecas” y se dedicaban a extraer el famoso ciprés. Partían desde sus casas contactando a un grupo de gente que se dedicara a la madera y que le gustara este trabajo. Posteriormente viajaban a Quellón, compraban suficientes víveres para dejar en sus casas y llevar a su viaje de trabajo. Se preparaban con una embarcación y emprendían viaje a las Guaitecas donde podían estar hasta dos meses trabajando, extrayendo ciprés.

Una vez llegado a un lugar, fabricaban algunas ranchas o chozas de nailon donde se pudiera dormir y cocinar de buena forma. Se acondicionaba un lugar como fogón y cocina, y alrededor se hacían las camas en donde se dormía muy calentito. Al fogón se le colocaba una base de arena muy fina para poder cocer tortillas al rescoldo y dos horcones por los costados a una altura de unos 80 centímetros con una vara atravesada que servía para colgar las ollas donde se preparaba la comida.

En algunos lugares había que navegar largos trechos de ríos y poder avanzar internándose lo más cercano posible a los bosques donde se acopiaba la madera extraída. Este trabajo se realizaba de forma artesanal, solo con hachas muy filosas para cortar, labrar y arreglar la madera de tal forma que quedara bien cuadrada. Se les hacía un moño o perilla en la parte de adelante donde se amarraba con un pedazo de cabo o cuerda de un metro y medio aproximadamente con un trocito de madera en un extremo de aproximadamente 50 centímetros que servía como yugo y los cuadrados de ciprés eran arrastrados con esta herramienta por largos tramos de huellas que eran abiertas a punta de hachas. Cada persona cumplía distintos roles. Algunos golpeaban o cortaban madera, otros carancheaban los palos, esto significaba que sacaban las partes más gruesas y adelgazaban un poco la madera. Este trabajo lo realizaban las personas más novatas. Otros labraban y cuadraban la madera. Esta labor la realizaban las personas con más experiencia por nombrar algunas, como el abuelo Juan Huenteo Mayorga, apodado Juanchio; también el abuelo Luis Obando Millalonco, apodado Obando; mi tío ya fallecido Diego Guenteo Llautureo, dueño

de la embarcación Sofía Carolina y quien cumplía también la misión de trasladarlos a las Guaitecas y además era el capitán de la embarcación. Cuando emprendía viaje, a mi tío le gustaba escuchar la canción “Pescadores de altamar”.

Otros realizaban la labor de arrastrar los palos cuadrados hasta la desembocadura de un río donde era navegable. En ese lugar se acopiaba y cuando había lo suficiente para la carga de la embarcación, se confeccionaban balsas de puros cuadrados que eran fabricadas por todas las personas. Este trabajo consistía en hacer una primera capa y, en cada extremo, una vara de luma de unos cinco metros de largo. Se amarraban con *goques* o lianas, uno a uno, de tal manera que quedaran bien firmes. Se colocaban hasta tres capas de cuadrados tomando una forma de balsa y cuando subían las mareas más altas y un día antes de que fuera la luna llena, flotaban todas las balsas.

Se procedía a desarmar los campamentos, se subían todas las herramientas y las cosas que eran utilizadas durante el periodo de trabajo y emprendían viaje por el río empujándose por varas largas de unos cinco metros. Navegaban río abajo con marea variante y eran arrastrados por las corrientes del río. En algunas ocasiones las balsas se desarmaban o se encajaban en las puntas de los troncos y necesariamente tenían que esperar el otro mar lleno. Esto significaba esperar un día más, por eso la salida era siempre un día antes de la última marea más alta hasta llegar al lugar en donde esperaba la embarcación.

Una vez llegados, se cargaba la embarcación y se emprendía el viaje de retorno a Quellón. En algunas ocasiones, especialmente en el invierno, no se podía viajar por condiciones de mal tiempo pudiendo quedar encerrados en algún puerto seguro que ya eran conocidos por los navegantes. A

veces se quedaban sin víveres, viéndose obligados a sobrevivir de cualquier forma.

A mi papá Albán Huenteo, hijo de mi abuelo Juan Huenteo, con ochos años de edad en ese entonces, le gustaba acompañar a su papá, hermano y primos. Le tocó vivir en algunas ocasiones estas experiencias teniendo que salir a pescar caminando muchos kilómetros de hermosas playas, mariscando almejas, cholgas, locos, pescados, róbalos y corvinas y cuando se retornaban de esta misión, en un campamento improvisado en tierra, se procedía a ahumar los pescados para que pudieran aguantar muchos días más y poder tener alimento suficiente.

Uno de los pasatiempos era jugar a los naipes, truco y brisca, y a veces, cuando bajaba la marea, fabricaban pelotas de cochayuyo y con estas se podía jugar fútbol. Se podía estar hasta medio día jugando mientras que otros salían a picar leña y a buscar agua dulce. Los meses más complicados eran julio y agosto.

Los cipreseros podían estar encerrados en algún puerto entre cinco y 15 días entregando y cuando calmaba el viento o temporal, se continuaba el viaje hacia Quellón. Las salidas siempre eran de noche para llegar temprano por la mañana y comenzar a entregar la madera que ya estaba encargada o negociada. Se pagaban en efectivo y se podía ganar hasta unos 2.500 pesos por metro de ciprés. Esta madera era muy apetecida por constructores de embarcación de ribera y propietarios de lanchas y aparte de los cuadrados, también de los cipreses se hacían tejuelas, estacas, pilotes, cuadernas naturales y otros encargos de madera.

Una vez encontrados todos los productos, volvían a las casas para dedicarse a las labores del campo invirtiendo algunos recursos que habían sido ganados por la venta de la madera.

REGIÓN DE AYSÉN

EL TALLER DE MI ABUELO

Michel Ivon Aguilera Nahuelquin (12 años)

Estudiante

Aysén

Segundo lugar regional

Antes que finalice la primavera, en el colegio donde estudio nos dan vacaciones de verano por tres meses, de los cuales disfruto mucho, ya que nos vamos de vacaciones a visitar a mis abuelos, junto a mi familia. Ellos viven en Puerto Puyuhuapi, un pueblo muy hermoso donde podemos disfrutar de la naturaleza en su totalidad y de las brisas del mar.

Cada vez que nos vamos de vacaciones, preparo con ansias mis maletas, una con la ropa que más me gusta y la otra con mis muñecas.

—¡Al fin llegó el día! —gritamos y saltamos con mi hermanito Maximiliano de tres años y Cristófer de 15 años. Ya muy ansiosa por viajar, escribo una lista de todas las cosas que quiero hacer en mis vacaciones. Una de ellas es estar con mi abuelo e ir a jugar y ayudar en su taller donde hace botes para toda la región de Aysén.

Es un viaje largo, de cuatro a cinco horas, muy agotador, pero vale la pena viajar a tan hermoso lugar, como Puyuhuapi. Tratamos de entretenernos con mis hermanos y mis papás. Ellos nos cuentan historias, muy buenas, tales como los animales que vemos en el trayecto y mi papá inventa buenas historias porque tiene una imaginación increíble.

Nosotros lo escuchamos con atención, ya que pasa más rápido la hora de viaje y sin darnos cuenta llegamos a nuestro paraíso.

Nuestros abuelos nos esperan sentados. Mi abuela, una anciana pequeña, de mi estatura porque no soy muy alta. Solo tengo 12 años, gordita, pelo corto y seria; y mi abuelo, un hombre alto, esbelto, moreno, con un bigote debajo de su nariz, su boina azul y su ropa llena de aserrín, muy risueño. Nos abrazan con mucha felicidad por nuestra llegada y, como siempre, nos esperan para cenar con pescado frito y papas hervidas, algo delicioso.

Ya anhelaba que sea otro día para salir temprano a recorrer Puerto Puyuhuapi. Yo creo que en menos de una hora recorro todo porque no es muy grande como Puerto Aisén.

Mi abuelo se despierta todos los días a las seis de la mañana a tomar mate amargo y después a comer algo antes de dirigirse a sus labores diarias en su taller. Yo lo escucho levantarse y me levanto detrás de él. Mi abuelo me queda mirando sorprendido y me dice:

—¡Hija, tan temprano levantada!

—¡Sí, abuelo, quiero ir contigo a trabajar hoy!

Mi abuelo se ríe orgulloso. Ya listos, nos vamos a su taller y, como todos los años, me tiene un columpio listo. Siempre está lleno de gente su taller. Yo le pregunto por qué y él me dice:

—¡Ya es momento de ir a dar una vuelta!

Caminamos por la orilla del mar y él me toma de la mano.

—¡Abuelo, cuéntame de ti! ¡Cuéntame de tu gran vida! Yo te admiro mucho. ¡No sabes cuánto!

Mi abuelo suelta una lágrima que corre por su mejilla.

—¡Bueno, hija mía! Mi nombre completo, por si no lo sabías, es Arturo Nahuelquin Rain. Soy carpintero de ribera en este hermoso paraíso, un oficio con tradición familiar. Mi papá fue carpintero de ribera. Él vino desde Chiloé hasta donde estamos los dos. Empecé a trabajar con él junto con mi hermano, desde chicos, y aprendí lo que hago acá. Soy nacido y criado. Desgraciadamente yo no tuve estudios, trabajo solo en lo práctico. Los secretos de un bote, hija mía, son en primer lugar empezar desde la base, de la quilla. Uno arma, coloca la quilla, después coaje, espejo, roa y el emplantillaje. Se encintan al lado y cuando está todo encintado, se coloca la ligación. Ya teniendo todo eso listo se colocan las tablas —contaba emocionado sobre su trabajo—. ¡Para mí no hay nada fuera de mi alcance. Todo lo sé, eso es lo que quiero que aprendas, hija mía, que nunca vayas a tener nada fuera de tu alcance. ¡Todo es posible en esta vida! ¡Cuando estaba mejor de salud, en 24 días tenía un bote, pero los años no pasan de gusto!— nos reímos juntos—. ¡La madera con la que se trabaja es ciprés y tenío, y si no me falla la memoria hice aproximadamente 150 botes para la región de Aysén, y ahora hay poca gente que trabaje artesanalmente haciendo botes, ya que ninguno de tus tres tíos quiere trabajar conmigo.

¡Se perderá esta tradición! También salgo a pescar mucho y a buscar leña con tu abuela en nuestro bote. Llevamos muchas cosas ricas para comer en nuestro viaje! ¡Mi viejita! —da un tremendo suspiro—. ¡Aunque sea un poco enojona, la amo y es mi compañera, pero cuando estamos los dos juntos es estar en el cielo! ¿Quieres que salgamos en bote e ir a pescar y visitar las termas que descubrí? —me pregunta con alegría para conocer lo que más le gusta.

—¡Sí, abuelo, vamos!

Con emoción me cuenta su vida.

—Ya, hija mía, ¿en que estábamos? Ah, ya recordé. ¡Ahora te enseñaré a pescar y después iremos a las termas naturales. Creo que algún día le colocaran mi nombre! ¡Me gusta bañarme acá, es relajante y alivia los dolores musculares! Con tu abuela tenemos siete hijos vivos y dos muertos. Tratamos de criarlos lo mejor posible y gracias a Dios salieron buenas las cuatro mujeres que me han dado muchos nietos. ¡Un poco flojos los hijos para tener relaciones amorosas, pero buenos también! Creo que he tenido una gran vida. Me gusta. Ojalá esto nunca acabe: Ver a mis nietos crecer y todos los logros que han hecho en su vida para poder decir: “He criado bien a mis hijos, ya que en mis nietos se reflejará lo que yo hice con mis hijos”. ¡Ya, hija mía, es hora de despertar.

Están llegando a Puerto Puyuhuapi, y esta es mi historia.

—Espero que te haya gustado y servido para tu vida, pero es momento de irme a descansar al cielo. ¡Sé una buena niña porque en ti veo muchas cosas de mí! ¡Te cuidaré por siempre, ya que te vi nacer pero no te veré crecer en vida! ¡Lo haré como tu ángel guardián desde el cielo junto con Dios! Adiós.

REGIÓN DE AYSÉN

LA MANO NEGRA

Aelyn Michel Ruiz Muñoz (13 años)

Estudiante

Aysén

Tercer lugar regional

I

Hoy, en la celebración de los 80 años de mi bisabuelo, en el fragor de la conversación, nos comienza a relatar una leyenda muy poco conocida en mi región.

Hace muchos años cuando Aysén se formaba, la mayoría de la gente se movilizaba entre Aysén y Argentina. Muchos lugareños viajaban entre estancias con mucho ganado. En el camino que hoy va hacia Balmaceda, nace nuestra historia.

Cuenta la leyenda que un hombre traía ganado de intercambio por un camino boscoso. En aquel lugar comenzaron a ver deslizamientos de tierra con movimientos bruscos y fuertes, dispersando el ganado que el hombre traía. El caballo se asustó y comenzó a relinchar volteando al hombre que quedó tendido en medio del bosque no pudiendo reaccionar.

El hombre se encontró en el suelo con una herida en la cabeza mientras un aire álgido le recorría su cuerpo. Él solo atinó a arrastrarse en medio del lugar. En ese momento vio que se acercaba un nuevo deslizamiento de tierra que arrastraba una

gran palizada. Con las escasas energías el hombre trató de zafarse, pero la fuerza de la naturaleza fue más intensa arrastrándolo varios metros entre los escombros, mientras pensaba en todo lo inconcluso que tenía en su vida, aquella hija que esperaba en una pequeña casa a un héroe que nunca llegaría. Entre estos pensamientos aquel hombre se esforzó por salir, aferrándose como pudo a unas matas que aún estaban intactas, logrando salir pero a muy mal traer. Su cuerpo pedía morir mientras su alma soñaba con la vida.

Así se arrastró varios metros. Todavía en la cima del cerro se sintió un estruendo mucho más fuerte que el primero. El hombre solo dio un grito. Entre la tierra y la palizada trató de aferrarse en aquel cerro con tanta desesperación que sus manos quedaron retratadas en dicho lugar, como una marca para su familia, para que supieran todo lo que luchó hasta el final por ellos. El cuerpo del hombre nunca fue encontrado, solo el rastro de sus manos.

Hoy en día en aquel cerro existe el vestigio de aquel incidente en él, denominado “cerro Mano Negra”.

REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

CACIQUE MULATO

Gabriel Ignacio Miranda Zúñiga (12 años)

Estudiante

Laguna Blanca

Primer lugar regional

Cuando era pequeño, mi abuelita Elena me contó una historia de cuando ella era niña. Yo estaba ansioso porque se trataba de un indio que conocí. Yo era muy curioso y quería saber cómo vivían en ese tiempo, ya que antes no había utensilios como los que usamos hoy en día. La historia dice así:

Antes aquí, en Villa Tehuelches, vivían los indios tehuelches. Hace muchos, muchos años, fuimos con mis padres a visitar un lugar llamado “la cueva de la leona”. Yo sabía que ahí vivieron los indios. Lo que yo quería era saber de sus costumbres y sus formas de vida.

Cuando llegamos, mis padres comenzaron a hacer el almuerzo. Yo les dije que quería ir a conocer el lugar mientras ellos preparaban todo para comer. Recorrí casi todo el lugar. Me dio hambre. Quería volver rápido y mientras volvía, vi una pequeña cueva. Me pareció raro porque no la había visto cuando recorrí el lugar. Me quedé pensando si iba a comer con mis padres o iba a investigar la cueva. Yo tenía mucha curiosidad y entonces decidí ir a investigar la cueva. Mientras iba caminando, se veían lanzas, boleadoras y pieles de animales. Más al fondo, se veía una fogata y también una sombra.

Al verla, me asusté. Quería correr porque me dio mucho miedo y además tenía hambre. De repente, la sombra se movió y parecía que venía hacia mí. Cuando estaba a punto de arrancar, me di cuenta que era un hombre. Me tomó del hombro y me dijo:

—No temas, no te haré daño.

El misterioso hombre me dijo que se llamaba Cacique Mulato y que era un indio. Yo estaba sorprendida y quería que me contara historias, sus costumbres, etc.

Llegué donde estaban mis papás y les presenté al Cacique. Al principio creyeron que era una broma, pero cuando les dije que era un indio y que nos iba a contar historias, estaban sorprendidos. El Cacique nos habló sobre su vida. Dijo que para cazar usaban boleadoras y lanzas como las que tenía en su cueva cuando entré. También nos contó que se vestían con pieles de animales, pero lo más triste fue que nos dijo que vinieron hombres más armados que ellos y los mataron a todos menos a él. Era el único que sobrevivió. De la tristeza, lloré, pero el Cacique me secó las lágrimas y me dijo:

—No estés triste —Me secó las lágrimas—. Son cosas que pasan.

Al rato después, mis padres dijeron que nos teníamos que ir. Guardaron todo y estaban listos para partir. Nos despedimos del Cacique y le agradecemos por las historias y él me regaló su collar. Como estaba tan agradecida, le di un fuerte

abrazo. Nos despedimos y nos fuimos.

Me gustó la historia de mi abuelita y también el collar del Cacique. Ahora me pregunto: ¿seguiré vivo?

REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

TRAICIÓN EN LA PATAGONIA

Rodolfo Exequiel Solís Carvajal (14 años)

Estudiante

Laguna Blanca

Segundo lugar regional

Me había quedado sin trabajo. La empresa donde yo laboraba quebró. Tenía que hacer algo para conseguir dinero para sobrevivir así que hice un par de llamadas a algunos amigos y me dieron el dato sobre una estancia en la que necesitaban peones, con o sin experiencia en el rubro. Llamé y sorprendentemente me dijeron que enviara mis datos a un correo electrónico y al día siguiente me respondieron que ya estaba contratado para trabajar en la esquila. Me pasaron a buscar a mi casa cerca de las seis de la mañana del día posterior al aviso.

Cuando llegué a la estancia, me sorprendió el hermoso paisaje de la pampa magallánica. No imaginaba que me pasaría algo tan inesperado. Bajé del auto y el chofer me dijo que esperara al jefe de la estancia con su hijo para que me hicieran una especie de tour por el lugar.

Conocí a mi jefe. Su nombre era Damián y su hijo Diego y la pareja de él se llamaba Amanda. Ella me cautivó desde la primera mirada que dirigió hacia mí. Fui con ellos en el tour por todos los lugares de la estancia. Me gustó demasiado así que firmé el contrato sin pensarlo dos veces.

Al día siguiente empecé a trabajar. La verdad es que me encantó cómo me trataron, excepto el hijo del patrón. Se notaba que no le simpatizaba para nada, pero yo tenía que tratarlo con respeto porque era el hijo de mi jefe. Me correspondía a esa hora de las 13:30 horas ir a almorzar y la vi a ella, con su sonrisa que me enloquecía cada vez que la miraba. Me atreví a hablarle y ella con su encantadora voz me empezó a conversar de igual manera que yo le hablaba a ella. Me contó de su vida. Tenía a sus padres difuntos y por obligación ella tuvo que irse a vivir con Damián, su esposo, ya que el padre de él era el mejor amigo de su padre.

Terminé de almorzar y tenía que regresar al trabajo y debía ser muy puntual, ya que a mi patrón no le agradaba que ningún peón llegara atrasado. Tuve que trabajar hasta tarde. Mi jornada fue muy agotadora y terminó cerca de la 17:30 horas.

Al regresar pasé cerca del río Penitente. El lugar estaba muy silencioso, pero oí un ruido que llamó mi atención. Fui sigilosamente a ver. Me escondí en las matas y vi sola a una mujer sentada a la orilla del río. Me preguntaba qué o a quién estaba esperando.

Al cabo de unos segundos, llegó Diego, el hijo del jefe en el auto de su padre. Abrazó cariñosamente a la mujer y le susurró al oído: “Cómo quisiera estar más tiempo contigo, pero el destino ha querido, a pesar de amarnos, mantenernos separados”. Después de eso, se dieron un beso apasionado y cada uno se fue a su hogar.

Me quedé muchos días pensando en lo que vi sin decirle a nadie, sin decidirme si le contaba a alguien la verdad de lo que sucedió ese día.

Un día tomé la difícil decisión y le conté a Amanda toda la verdad de la infidelidad de su marido. Ella, descontrolada, fue con furia a encarar a Diego y tuvieron una violenta discusión que llevó a la mujer a coger el auto de su esposo y a exceso de velocidad huyó del lugar. Diego tomó un jeep de la estancia y la persiguió. La persecución duró cerca de diez minutos hasta que en una curva peligrosa, la mujer perdió el control del vehículo y se volcó en un barranco perdiendo la vida en forma instantánea.

Al recibir la noticia de lo ocurrido, sentí dolor, rabia, arrepentimiento y ganas de no estar en ese lugar. Decidí renunciar a mi trabajo y regresar a mi ciudad natal para olvidar esa tragedia de la cual me sentía en alguna medida responsable.

Pasaron los meses, años y decidí ir a visitar la estancia. Allí, conversando con la cocinera, me contó que los dueños anteriores vendieron todo y se fueron al extranjero después de la muerte de Amanda. Pero me dijo algo muy curioso y a la vez perturbador. Relató que desde hace muchos años, cerca del río Penitente, se escucha el llanto desconsolado de una mujer en la fecha que ocurrió la tragedia.

¡Mi hermosa Amanda! Su espíritu aún merodea por la pampa de Magallanes.

REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

EL CAMPAMENTO

Nicol Franchine Barrientos Leiva (12 años)

Estudiante

Laguna Blanca

Tercer lugar regional

La historia que me contaron trata de ocho jóvenes magallánicos que vivían en Villa Tehuelches. Los jóvenes eran: Juan, Pedro, Álex, Andrés, María, Julia, Julieta y Ana.

Juan y Pedro eran los menores. Tenían 12 años. Álex tenía 15 años y Andrés, 14. De las mujeres, Julieta era la mayor. Tenía 14 años. María y Ana eran menores. Tenían 11 años y Julia, 13.

Un día a Álex se le ocurrió ir a acampar. Invitó a sus amigos y amigas que estaban muy contentos. Se fueron todos juntos. Al llegar junto a un lago, armaron sus carpas, comieron un poco y luego fueron a jugar. Al anochecer, Juan tenía ganas de ir al baño. Como tenía miedo de ir solo, despertó a Alex, quien lo acompañó. Al regresar, caminaron y encontraron una casa que al parecer estaba abandonada.

Llegaron al campamento pensando en la casa que habían visto. Al día siguiente les contaron a los demás y acordaron que irían todos en la noche a la casa. Así lo hicieron y, al llegar, vieron a través de las ventanas unos frascos con algunos elementos raros. Se asustaron mucho y salieron corriendo.

Al llegar al campamento de vuelta hablaron en conjunto y planearon esta vez entrar a la casa. Llevaron linternas y los más miedosos se quedaron cuidando el campamento. Luego, en la noche, se dispersaron para entrar por las ventanas, pero estaban las luces encendidas. Vieron a un hombre que estaba sentado en un sofá tomando té. El hombre escuchó un ruido y salió a ver. Los jóvenes le dijeron que los disculpara, que no sabían de quién era la casa. El hombre de carácter afable los invitó a pasar y los invitó pan recién horneado.

Julieta le dijo muy curiosa:

—¿Qué tiene en el frasco?

El hombre les contó una historia que trataba de una vivencia de su juventud. Él y su papá, que se llamaba Juan, fueron al campo a una laguna y encontraron unos huesos de zorro, de chingues y de otros animales de la Patagonia. Ellos los convertían en instrumentos para tocar y luego los vendían. Con eso ganaban dinero que les ayudaban a vivir mejor. Cuando su padre murió de cáncer, se sintió muy triste y dejó de hacer instrumentos pero coleccionó algunos huesos y los guardó en grandes frascos que

conservó como recuerdo de la hermosa tarea que realizaba con su padre.

Los ojos del buen hombre de tez morena se llenaron de lágrimas al recordar a su progenitor. Terminó de contar la historia, muy acongojado. Los jóvenes le dijeron que ya tenían que irse.

Desde ese día, los jóvenes visitan al hombre solitario, escuchan sus interesantes historias y realizan algunos trabajos con huesos, plumas y otros elementos de la zona

POESÍA DEL MUNDO RURAL



PREMIOS NACIONALES

ALLÁ POR CUREPTO

Ricardo Altamirano Aravena (73 años)

Profesor

San Bernardo, Región Metropolitana

Primer lugar nacional

Primer lugar regional

Yo fui Profesor Rural
por El Queñe, allá en Curepto:
debo decir al respecto
como balance final,
no lo hice nada de mal
en ese duro trabajo,
estuve pelando el ajo
casi dos años seguidos,
de esos tiempos no me olvido
ni reniego por lo bajo.

Debo contarles primero
que fui “Maestro Ciruela”,
hice de todo en la escuela,
fui Director, cocinero,
auxiliar y hasta enfermero;
enseñaba el silabario,
celebraba aniversarios
de la historia con sus fiestas,
también las sumas y restas
eran mi trabajo diario.

Con mis alumnos salía
a hacer largas excursiones,
repasábamos lecciones
que en la sala se aprendían,
y en grupos se competía
sin trampas y sin rencillas
haciendo listas sencillas
de árboles y matorrales,
también aves y animales,
plantas, hojas y semillas.

La Escuela era una casona
de adobes y pastelones,
se paseaban los ratones
corriendo, haciendo maromas,
y lo que digo no es broma
para rematar el cuento,
había pulgas por cientos
que picaban noche y día
con saña y alevosía,
era terrible el tormento.

Sin baño ni agua corriente,
sin luz, con pocas ventanas,
fue tarea de semanas
dejarla decentemente,
trabajando duramente,
sacando mugre a montones,
limpiando bien los rincones,
tapando los agujeros
y haciendo de carpintero
arreglé hasta los portones.

El pueblo estaba cercano,
camino casi no había
así que todos los días
en invierno o en verano,
a levantarse temprano
y ponerse a caminar,
con gran cuidado avanzar
para cruzar un estero
o atravesar los potreros,
la cuestión era llegar.

No faltaba el buen vecino
que un caballo me prestaba;
de este modo se alegraba
y se acertaba el camino
llegando pronto a destino
y corriendo como cuete
alardeaba de jinete,
llegaba al pueblo volando
y no lo estoy inventando,
me ponían nota siete.

Aprendí a cazar conejos
con trampas originales,
a distinguir los zorzales
y tórtolas desde lejos
y escuché sabios consejos
de los viejos campesinos,
esos chispeantes, ladinos,
al lado de un buen fogón
en grata conversación
y compartiendo un buen vino.

Siempre las tengo presente
y a mi memoria aferradas
historias nunca olvidadas.
Amigable era la gente,
solidaria y diligente,
de palabras verdaderas,
generosas y sinceras
que ayudaron a salir
de apuros, y no sentir
la soledad traicionera.

Si no fue color de rosas,
el recuerdo es el mejor.
Aún conservo el sabor
de situaciones hermosas.
Allí aprendí muchas cosas
que atesoré y he guardado,
y aunque el tiempo haya pasado
de nada yo me arrepiento:
es verdad, ciento por ciento
todo lo que he relatado.

PREMIOS NACIONALES

DE VIHUELA Y GUITARRÓN

Aida Amanda Correa Toro (55 años)

Dueña de casa

Las Cabras, Región de O'Higgins

*Segundo lugar nacional**Primer lugar regional*

I

Te espero, mi guitarrón,
entóname dulces cantos
pa' sacarme de mis llantos
y alegrarme el corazón.
Yo tiemblo como gorrión
recordando sinsabores
de diferentes colores;
los quiero yo olvidar
ayúdame tú a cantar
“guitarrón de mis amores”.

II

Yo te quiero, vihuelita,
no me atrevo a confesarte
que siempre yo he de amarte
con mi bondad infinita.
Eres tú mi palomita,
aquí en mi pecho te alojo,
de entre las flores te escojo
un jazmín encantador,
te pregunto con amor
“cuándo me has de dar tus ojos”.

III

Cuando escucho tu trinar
mi pecho queda temblando;
mi alma queda pensando
no te dejaré de amar.
Mi sentido al delirar
de tanto amor, me sonrojo.
Sueño momentos de gozo
guitarrón de mi embeleso,
vivo extrañando tus besos
“y tus dulces labios rojos”.

IV

Mi vihuelita, yo espero
olvidar una acordeón
que me partió el corazón,
un día diré te quiero.
Yo te quiero ser sincero
y evitarte sinsabores.
Un día vendrán albores
para nuestros pensamientos,
yo quiero olvidar momentos
“causantes de mis dolores”.

Despedida

Ordeno la despedida
de vihuela y guitarrón,
sufren por una acordeón
que ya inició su partida.
El guitarrón no la olvida,
insiste en seguirla amando.
Él se lo pasa culpando
por no haberla comprendido,
pero ella lo echó al olvido
y lo dejó delirando.

PREMIOS NACIONALES

DEFENSA DE LA CARRETA

Cecilia Margarita Vargas Retamal (52 años)

Dueña de casa

Viña del Mar, Valparaíso

Tercer lugar nacional
Primer lugar regional

Quiero rendir homenaje
 a mi querida carreta,
 aunque parezca chancleta
 abandoná en el paraje,
 fue muy largo su bagaje
 por esta querida tierra,
 cuántas historias encierra
 en sus ejes ya mohosos,
 entre tristezas y gozos,
 veterana de la guerra.

Les cuento, mis caballeros,
 que por el año cuarenta
 aromadita de mentas
 tirada por dos overos,
 cruzando por los potreros
 entre cantos y vihuelas,
 llevó a mi mamita Lela
 al casorio con mi abuelo,
 linda como flor de cielo
 con toda la parentela.

Según contaba mi tío,
 cruzaba las alamedas
 dejando sus dos estelas
 en el sol de los estíos.
 No venga un mozo atrevido
 a decirme que es arcaica,
 vieja está mi perra Laica
 pero pa' na' esta chiquilla,
 aún gimen sus gavillas
 como plegaria de guaica.

Claro que está muy malita
 ya con su pértica rota,
 gastadas sus dos ojotas
 mordida por las termitas;
 de tantas lluvias tiritita
 como poncho de baquiano.
 Se fueron ya tus veranos,
 tus yuntas, tus carreteros,
 lejano quedó el granero
 solo te quedan mis manos.

Así que no venga, ñore,
mi guaina de poca monta
a decir palabras tontas,
agora que sus amores
es su yunta de tractores.
Es re cierto que el Fortuna
y el lenteja del Cuncuna
ya son cueros pa' la monta,
el corazón de esta tonta
carretea en esta cuna.

Era de verla en invierno
arremangá la rotita,
dejando con mi taitita
pan, quesillo y trigo tierno
allá en el fundo El Averno;
o bajo la resolana,
cargaita de damajuanas
por la cuesta La Puntilla.
Pobre mi linda chiquilla,
mi compañera, mi hermana.

Qué importan ya los abriles
sobre tu estampa de roble
si eres la más linda y noble,
la que recorrió por miles
los caminos de mi Chile.
Por eso, carreta amada,
entre cerros y quebradas
siempre queda tu rumor
cual copihuales de amor
dibujando la alborada.

PREMIOS NACIONALES

LAMENTO DE LA PACHAMAMA

Hailyng Leonor Vilca Tancara (16 años)

Estudiante

Arica, Región de Arica y Parinacota

*Premio especial Pueblos Originarios**Primer lugar regional*

Pasó un día la Pachamama,
recorriendo senderos nortinos,
cantando con voz del alma
al norte salino:

¡Norte mío y tierra olvidada,
de valles y pampas salitreras,
no te aflijas hijo mío,
por la soledad que te condena!

Llama al Lluta y al Lauca,
para que crucen mi tierra morena,
que el lamento de mis ríos,
es lamento de mi pena.

No te olvides de mi Azapa
y su valle milenario,
que los frutos de su olivo,
son los frutos de mi llanto.

Caminemos hacia el Tamarugal
en busca de Pica y Camiña,
limón y mango se suman
al oasis de la pampa escondida.

Santa Laura y María Elena
se unen a nuestro clamor sufriente:
salitre, sangre y sudor
es la historia de su gente.

Suframos todos este lamento,
lamento de tierra Chilena.
¡Clamemos a todo Chile,
el lamento nortino de mi tierra!

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

CANCIÓN DE LOS PAJARITOS

Mariela Rubí Gallardo Zuñiga (46 años)

Pintora y profesora

Arica

Segundo lugar regional

Bailaba la loica
como una amapola;
bailaba en el trigal
cárdena y sola.

En fecundo campo siega
la niñita cuculí,
en estanque se refresca
¡no es algo baladí!

Vestido de sal y nardo
por los senderos del mar,
albatros errante, gallardo
sin canto y sin murmurar.

Gentil ave pequeñita
llamada en voces chincol
vuela, vuela y palpita,
parece hija del sol.

Parina, reina de la altura
glorioso plumaje ardiente,
esplendorosa criatura
de sus hermanas anuente.

En grandes valles espigados
soplan dulces vientecitos
llenos de seres alados
y de nombre cachuditos.

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

MELANCOLÍAS DE UNA NOVIA

Camilo Andrés Montecinos Guerra (28 años)

Profesor de lenguaje

Arica

Tercer lugar regional

Soy Laura Oré,
 joven codpeña
 nacida en tierra blanca,
 en tierra dura
 tierra de esfuerzo
 y de pesares.
 Nacida entre quebradas
 y cerros vírgenes,
 entre el mar lejano y las montañas.
 Laura Oré
 mi nombre repite el eco,
 bajo el cielo la Pachamama.
 No sé por qué lloro,
 por qué mi corazón se apesadumbra
 si he de casarme mañana.
 Si he de entregar mi vida
 sin consuelo
 al amor que me fue negado.
 El pueblo está de fiesta,
 se acerca la vendimia.

El pintatani celebran,
 vienen gentes lejanas de Arica.
 No sé por qué me brotan lágrimas
 si he de vestirme de blanco mañana.
 En esta época todo y todo se olvida;
 en esta época el amor es solo una palabra.
 No importa lo que sientas
 ni menos que lo digas.
 Mi nombre es Laura Oré,
 amo a un amor a escondidas:
 en Ticnámbar me besó una tarde
 y dejó mi piel enmohecida.
 Se ha ido a las alturas de Putre.
 Se ha ido para siempre de mi vida...

REGIÓN DE TARAPACÁ

JORNADA ALTIPLÁNICA

Jürgen Karl Schäfer Cáceres (20 años)

Iquique

Primer lugar regional

Camanchaca vaga que danza, desconsolada,
sombbrero de paja bajo los soles candentes.
Día por día el fruto de tus manos llagadas
te hará firme como una estatua que no duerme.

El altiplano que pisa con su huella de humo
o de un espejismo bajo las tardes calientes
te harán dormir como a un llanto profundo,
en Camiña el pájaro que de graznar se duerme.

Debajo del monte azul aras la tierra fría,
te imaginas ese oasis poblado de flamencos,
laguna, salar, montaña de tierra esquiva,
pardas tardes debajo del cielo azul y abierto.

Metes los sucios dedos dentro de la tierra
y recoges el fruto brillante y compacto;
la nube que merodea al volcán en su altura
la fumarola en la distancia que se cae de espanto.

Las alpacas y las llamas van en marcha contigo
llevas al bebé encaramado en la tibia manta,
después de todo, el choclo va encontrando abrigo
entre los ajos albos y las aguas claras.

Vena acuática de la tierra fresca y mía
ven un momento a mojar me las manos de esperanza.
El adobe de tu vida aún se yergue firme
como la iglesia en el pueblo de oración iluminada.

Desde las alturas de Isluga un alma se va perdiendo,
algo que tiene los brazos como la voz del agua;
la llaga de tu lengua es más tibia en mis manos,
un algarrobo ermitaño por la noche vaga.

Y otra vez el ciclo triste de los pueblos arrimados
a las peñas rubias de nuestras largas quebradas.
Sin querer más allá del cielo un sol va mirando
a la camanchaca vaga que danza, desconsolada.

REGIÓN DE TARAPACÁ

EL PAMPINO

Humberto Meneses Olivares (44 años)

Agricultor

Tarapacá

Segundo lugar regional

Saliendo voy de Pintados
camino a la carretera
haciendo un recorrido
por todas las salitreras.

Salitreras de tanta historia
de tanto esfuerzo y trabajo
de tantos sueños forjados
a punta de cuña y macho.

Bajando viene el pampino
del campamento a la faena,
recorriendo su camino
y arrastrando así sus penas.

Sus penas están creciendo
en su casa y en la faena:
otro hijo está viniendo
y la plata no está tan buena.

Llorando va silencioso,
el trabajo lo está agotando
quisiera pedir reposo,
pero hay que seguir luchando.

Descansa en paz, pampino,
tú ya escribiste tu historia
en Humberstone, Santa Laura,
en La Coruña y La Noria.

REGIÓN DE TARAPACÁ

POEMA PARA MI MASCOTA (LUNA)

Benjamín Ignacio Godoy Ortiz (11 años)

Estudiante

Alto Hospicio

Tercer lugar regional

Luna, Lunita mía,
mi Luna, mi fiel amiga:
eres mi tesoro,
eres mi alegría.

Siempre tan inquieta
y tan llena de energía.
Esperas mi regreso
del colegio cada día.

Sonrisas y abrazos
juegos y amor,
tiempos de risa,
tiempos de sol.

Siempre compartiremos
el desierto y la playa,
surfeando en Cavancha,
nadando en Playa Brava.

Una amistad sincera
nacida en esta árida tierra...

REGIÓN DE TARAPACÁ

PENSAMIENTOS DE KUNTURI

Andrea Alejandra Carvajal Almonacid (39 años)

Estudiante de Pedagogía Intercultural Bilingüe

Alto Hospicio

Mención especial del jurado

El sol llena los espacios
de mi aire
y en los cerros se oye el coro que lanza
el cantar de la reciprocidad.
Soy poseedor de la paz y libertad
cuando aún no hay otros animales
ni mar, ni otras aves,
ni amor, ni odio.
Vuelo y extendiendo mis alas:
veo al anciano
que se alimenta de la Pachamama,
que espera el viento
y que habita la tierra.
Día y noche
deben estar juntos
Hombre y Pacha,
juntos cada segundo
cada minuto.
El viejo se somete a ella desde siempre,
decía mi *jacha tata*.

No me mires a los ojos
ni me preguntes nada, Kunturi me habla
en mi idioma.
Él conoce mis pensamientos y yo no le temo.
¿Para qué decir
lo que el corazón no pronuncia?
¿para qué hablar
de lo que los ojos no ven? —me repite.

No quiere escucharme hablar del cosmos de este mundo
donde habita la Pacha y Paxsi, la luna
juntas atraen la vida y la muerte,
porque al igual que ellas
son hermanas.

Mientras vuelo y miro atrás
veo las huellas
que el anciano va dejando.
Cómo prepara la tierra
de donde saca tubérculos que luego come,
y cómo le canta a sus bestias
que adorna de colores extraños.

La complementariedad está en todo, le gritó al anciano.
El Sol, la Luna
arriba y abajo
el cerro y la quebrada,
tú y la vieja que te espera en tu *uta*.

Un día el anciano no parece moverse.
Ya no sembraría la tierra,
ya no emitiría dulces cantos
ya no me haría callar.
El miedo se apodera de mí
y entonces me di cuenta que el viejo
era muy sabio...
Sabía algo que el viento no me dijo.
La muerte la llevamos todos
y no se debe temer a su encuentro.
Porque también hay equilibrio en la vida
al hermanarse con la muerte,
en el centro de mis alas.
Y en medio de mi corazón
espero aquel soplo eterno
que me devuelva
al anciano que no me escuchaba.

REGIÓN DE ANTOFAGASTA

EL SANDIAL DEL DOLOR

Naróa Lemus Villa (74 años)

Profesora jubilada

Antofagasta

Primer lugar regional

Solía entre mis recuerdos
guardar la grata visión,
de un verano campesino
en Paine, con mucho amor.

El pasmo que me causaba
ver de Paine pequeñitos
que con un golpe certero
lograban ricos trocitos.

Y hundir sus manos gorditas
en el jugoso corazón
mientras el delicioso jugo
escurría con pasión.

Y lo más sorprendente
para una niña nortina,
solo el corazón comían
y lo demás se perdía.

“Pa los chanchos”, me decían,
todo el resto de comida,
cuando la gente nortina
todita se la comían.

Con los años la nostalgia
me impulsó a vacacionar
donde el jugo se escurría
con un aroma especial.

Pero en el Paine recordado
ya todo no era igual:
el corazón de sandía
fluía amargo en su lugar.
¿El Callejón de las Viudas?
¿Es que hay un Memorial?
En el Norte no se sabe,
quizás se quiere ignorar.

Solía yo muchas veces
al sureño criticar
al demostrar claramente
“Santa María” ignorar.

Nuestra matanza nortina,
fue grande y muy dolorosa
pero en este Chile largo
han ocurrido mil cosas.

Y heme aquí, yo una ignorante
que no me había enterado
que a Paine hirieron el alma
con setenta asesinados.

El sabor dulce a sandía
ya siempre amargo sabrá,
hasta que no halla justicia
esa herida sangrará.

Obreros de Santa María:
“un trocito más de pan”
Los campesinos de Paine:
“una tierra que sembrar”
¿es razón para matar?

Que Chile sea tan largo
no justifica ignorancia:
conozcamos nuestras penas
¡y la justicia se alcanza!

REGIÓN DE ANTOFAGASTA

REMINISCENCIAS

Rosa Elvira Ovalle Fernández (62 años)

Profesora jubilada

Taltal

Segundo lugar regional

Cuando mi madre murió y se me fue de mi lado
 tuve que seguir sola ¡el mundo no había acabado!
 Me fui a la Universidad llena de rabia y pesar
 ganándome algunos pesos para poder estudiar.

Trabajé de lavandera y lavadora de vidrios,
 de donadora de sangre y del cuidado de niños.
 De mi padre supe poco, él vivió lejos de mí,
 tuvo miedo de acercarse y en eso lo perdí.

Pero el amor pudo mucho y pudo más la inquietud
 de buscar el porvenir: tenía libertad y juventud.
 Pronto se acabó la ropa, pobre la alimentación,
 no me alcanzaba la plata para pagar la pensión.

Estaba sola en el mundo como nunca había sufrido,
 pero no me di ni cuenta cuando ya tenía marido.
 Era un moreno encachao, de ojos negros, profundos,
 el amor surgió muy pronto y se convirtió en mi mundo.

Nos recibimos los dos de esta pega tan jodía,
 que por acuerdo de todos llamamos pedagogía.
 Trabajamos un par de meses, después vino el revés
 a ser rural nos mandaron y esa vez por fin lloré.

Pero lloré de asustada por lo que no conocía,
 mi hija tenía tres años, la pequeñita, diez días.
 En nuestra vieja maleta más que ropa, iba ilusión
 de crecer como personas, de entregar el corazón.

Y allí empezamos, señores, a madurar; a enfrentarse
 a criar niños ajenos y a un pueblo entero entregarse.
 El sueldo de cada mes, lo íbamos a cobrar
 arriba del camión del agua o en uno de mineral.

Eso lo enseña la vida y no la universidad
 y los que han sido rurales saben que es pura verdad:
 trabajar sin luz, sin agua, sin servicios ¡qué más da!
 el buen maestro se fragua lo mismo aquí o allá.

A veces me sentí sola, aún teniendo un marido
un maestro, un colega, el cariño de un amigo.
Consejo de profesores lo hacíamos en la cama,
sin supervisor, sin planes, conocíamos los programas.

Nunca usé traje elegante, ni zapatos de taco alto:
ni siquiera de nombre se conocía el asfalto.
Allí conocí el hambre, me hice amiga del piojo,
supe de pena de amores, de soledades, de enojo.

Tuve que ser enfermera, banco, civil o matrona,
mediadora, consejera, mujer, madre y niña regalona.
Allí aprendí a ser libre, a trabajar sin descanso,
sin vigilancia, sin tregua, sin dinero, sin aplausos.

Es por eso a los maestros yo les quiero regalar
mis vivencias, mis sentires, para no desencantar.
Y cuando yo haya partido al encuentro con mi Dios
y redoblen las campanas, en señal de último adiós,
recuerden que voy a un sueño, y los sueños, sueños son,
pero quedará encendida, mi llama en su corazón.

REGIÓN DE ANTOFAGASTA

CUANDO LA HISTORIA HABLA

Bárbara Andrea Ampuero Navarro (22 años)

Técnico en enfermería

Antofagasta

Tercer lugar regional

De costas lejanas, mar apasionado, extensas y planas,
ni tú creíste, ni fue verdad.

Las parteras anunciaron tu llegada a este lugar
que yendo al sur, iba yo diciendo:

“vamos a ver juntos desde dónde sale el sol”.

Ni por juego digas o exageración
que nos separaron tierra y mar,

que son sueño y alucinación.

Mujer de hoy, mañana, antes y ahora

lo mismo de siempre,

hombres y frutos, plantas y flores,

nacen y mueren, pero no se envenena.

Ya ni rencor ni desprecio tengo con la tierra,

porque es la que me da, la que me entrega...

Las cumbres de los montes se besan,
ese hielo que se derrite, abandonando su territorio.

Mujer, esta tierra sangra de siete colores,

liberando el consuelo de las almas caídas en lo alto.

Alma que a ratos suelta mariposas

a campo abierto, sin fijar distancia,

y les dice librar sobre todas las cosas.

Alma que ha de morir de una fragancia
de un suspiro, de un verso en que se ruega,

sin perder su poder, su elegancia.

Mujer que no se rinde sobre la áspera tierra;

mujer que siempre encuentra la fuerza...

necesaria para alzar el vuelo,

y dirigirse a lo alto.

Que has recorrido de aldea en aldea,

buscando la tan anhelada hospitalidad,

que se ha perdido a medida que se recoge ese mar...

Mujer, nadie nos dijo que en tu sonrisa

se contaría la historia, con tinta

grabada plasmada en tus manos.

Por la noche cielos despejados en casi todo el país;

mi cordillera brilla ¿sabrá que nació?

Aquí en nuestros corazones

se fabrican sillas y tristezas,

tijeras, violines, ternura, transistores,

diques, bromas, espera.

Mujer, y como si fuera poco,
mientras tu vientre
esconde, nutre y protege
el enésimo fruto de tu anhelo, de un amor humano,
verdadero.

Giras sin billete en un carrusel de planetas
y junto a este, un torbellino de galaxias,
en unos tiempos tan vertiginosos
que nada aquí ya queda en la tierra
sin movimiento con mucha pereza,
observando aquel esplendoroso movimiento de esencias.
Mujer campesina, que me dice siempre:

sonría, escuche mucho y hable poco,
cuando esté segura del terreno que pisa,
contraataque como un loco de la vida,
esté descalzo sobre lo suave de estas semillas.
Siempre sueñas con la esperanza de un antiguo esclavo,
no eres dueño de nadie, ni tus ancestros ni legado,
se levanta, te levanto, solo me levanto,
con un respiro y mi mirada en alto
no juego a ser Dios, pero decido como un sabio
sin miedo a represalias porque soy mujer
y me levanto...

REGIÓN DE ATACAMA

EL PAPEL DEL BURRO

Moisés Edelberto Alvarez Monroy (54 años)

Profesor

Huasco

Primer lugar regional

Les voy a contar, señores,
la historia de don Jacinto:
él era un hombre distinto,
realizando sus labores.
Con sueños y desamores
vivía en una majada,
en una estrecha quebrada
criando sus animales;
entre cerros colosales
esperaba la alborada.

Él salía muy temprano
con sus dos perros pastores
a realizar las labores
como todo ser humano.
Siempre dijo que sus manos
le darían gran tesoro;
si le sudaban los poros
para lograr el sustento,
siempre estaba muy contento
pastoreando sus tesoros.

Conocía de algún modo
cada espacio y recoveco
haciendo sentir el eco
que lo repetía todo.
Así fue que de algún modo
fue logrando bienestar:
una choza donde estar
criando burros y cabras,
la tierra que siempre labra,
para poder disfrutar.

Un día llegó un extraño
desde el pueblo más cercano
frotándose las dos manos,
disfrutando de su engaño.
Te conozco desde antaño,
le dijo el hombre a Jacinto;
usando un malvado instinto
para poderlo tentar
lo convenció con su hablar
de un negocio muy distinto.

—Un burro quiero comprar,
el más lindo de tu estancia,
ese que huele a fragancia
y lo usas pa' labrar.
Con cheque voy a pagar
porque es lo que está de moda,
y si eso no te incomoda,
para cerrar nuestro trato
con firma vendrá el contrato,
para que nadie te joda.

Jacinto como es honrado
realizó la transferencia:
entregó sin resistencia
su burro lindo y amado.
Confió en lo acordado
con el señor pueblerino
que cambiaría el destino
de nuestro amado Jacinto.
Ya todo era distinto
con la ausencia del pollino.

Así pasaron los días
y el cheque nunca llegó,
solo el tiempo se encargó
de apagarle la alegría.
El hombre de la osadía,
como no firmó contrato
vendió el burro en otro trato,
total ya era su animal:
le sacó un buen dineral
al engaño más barato.

Jacinto no soportó,
la espera y el gran engaño:
—Si a nadie le hago daño,
por qué Dios me maltrató.
Entonces él contrató
a un experto abogado,
tratando por todos lados
rescatar a su pollino,
doblar la mano al destino
y castigar al malvado.

Así que este abogado,
enfrentó a los personajes,
a cada cual con su traje,
le dio sermón por un lado.
Después les soltó el doblado
Y dijo fuerte a Jacinto:
en este hermoso recinto
donde gobierna la ley,
el que no es burro ni buey
no negocia por instinto.

Entonces está muy claro
quien es dueño del pollino:
quien tiene el papel más fino
con firmas y sin reparo.
Ahora hay que hacer un aro
y no perder la esperanza.
Ya volverá la confianza:
pa volver a negociar,
un papel hay que firmar,
que asegure hasta la panza.

Al tranco se fue Jacinto,
sin asno y sin papel.
Se fue a perder a un burdel,
a beber buen vino tinto.
Ahora, todo es distinto:
Jacinto quiere olvidar,
y su amargura borrar
pa'no errar en el futuro,
¡que sin el papel un burro,
no se puede negociar!

REGIÓN DE ATACAMA

REMEMORANZAS

Norma del Rosario Espinoza Veas (73 años)

Escritora, artesana, comunera agrícola y dueña de casa

Copiapó

Segundo lugar regional

Como un puñado de luces
las estrellas cimarreras
se enredan entre las sombras
de la noche que camina.

Bajo sus suaves destellos
voy vislumbrando la senda,
que se alarga silenciosa
entre trigales y espinos.

Un relincho discordante,
quiebra la paz campesina,
e imagino algún grillo
silencioso... pensativo.

El trasnochado croar
de ranas en el estero,
teje sin saberlo bien
el extraño sortilegio.

Los álamos silenciosos
junto a los sauces llorones,
esconden sueños lejanos
en lo oscuro de sus sombras.

Desde su altura perfilan
las montañas su figura,
limitando el infinito
donde anidan las estrellas.

Noche de rememoranzas
allá por el norte chico
miro el río Cogotí...
cofre de luz y recuerdos.

Hijo de la Cordillera,
raudo potro desbocado,
no se detiene jamás
serpenteando entre las piedras.

Murmurando cristalinos
entre chilcas y culenes,
conversa con las estrellas
mientras las hace viajeras.

A su paso va dejando
hilos de plata extendidos,
que se abrazan a la tierra
hasta verla florecida.

Pálida se asoma el alba
aún dormida y remolona,
hurguetea en mi sentir
de añoranzas y de sueños.

Entre la sombra y la luz
surge nuestra casa vieja,
poblada con los fantasmas,
de los que no están conmigo.

Se va el puñado de luces
que formaban las estrellas,
con ellas... van los recuerdos,
mas, el sentir sí se queda.

REGIÓN DE ATACAMA

NOCHES COMO ESTA

Ettiene Anais Gálvez Campos (15 años)

Estudiante

Copiapó

Tercer lugar regional

Habían noches como esta.
Noches en que tu ausencia dolía más que otras
y que tu recuerdo parecía no irse;
noches como esta, como la de ayer...
Como todas las noches desde que te fuiste.

Cada noche tu recuerdo me atormenta
y cada mañana emerges de las alas de las abejas,
de las hojas del chañar que plantaste
de la sangre de tus amadas ovejas.

Las cosas cambian... cambian de la noche a la mañana.
Cada recuerdo se aleja como lluvia en el alba
desde que te fuiste todo cambia tan rápido.
Cambia, se marchita, se apaga...

Este campo que fue tuyo aún espera tu llamada.
Cada día antes del alba esta tierra grita tu nombre
reclamando desesperada al fin tu llegada.
Cada noche las lágrimas caen en forma de rocío
esperando agonizantes al fin tu llegada...

REGIÓN DE COQUIMBO

EL VALLE ES MI HOGAR

Antonia Constanza Barrales Puebla (12 años)

Estudiante

Vicuña

Primer lugar regional

Observo en el día
el hermoso cielo azul,
por el cual cruzan nubes
y aparece el bello sol.

Puedo observarlo
hasta que llega la oscuridad,
el cielo se torna negro
y las estrellas se mostrarán.

A mi hermoso valle
lo rodean cientos de cerros,
me siento a observar por la ventana
y admiro la belleza de sus paisajes.

Pasan caballos galopando,
las aves vuelan sin cesar,
y escuchando atentamente
se siente el viento que pasará.

Hay muchos árboles
y animales también,
los acompañan muchos frutos,
y personas a la vez.

Veo casas y personas,
escuelas y armonía,
hay chicos y también chicas
que entre amigos se estiman.

Los hombres campesinos
trabajan la tierra sin parar,
esperando con ilusión,
sus frutos poder cosechar.

Las mujeres temporeras,
aguerridas sin igual,
cosechan la uva,
en un verde parronal.

En los cerros hay nieve,
en la gente hay sonrisas,
en las calles hay personas,
y en las casas hay familias.

El sonido de los ríos,
el sonido de los sauces
entre ellos forman música
y entregan lo que hacen.

Hay una hermosa plaza
con árboles y muchos niños:
es la plaza de Vicuña
que entrega alegría y cariño.

Todos son felices,
generosos y gentiles;
toda la gente se ayuda,
aquí el odio no existe.

Este es mi hogar,
que con cariño se fundó:
es mi Valle de Elqui
que nos da pasión.

REGIÓN DE COQUIMBO

VIAJERO A MONTE GRANDE

Melania Alzamora Alzamora (80 años)

Profesora jubilada

Illapel

Segundo lugar regional

Viajero que vas al Norte
en tan raudo caminar,
viajero, dime ¿qué buscas,
dónde sigue, tu vagar?

Busco un lugar de mi tierra,
con valles verdes, floridos,
donde el mosto se hace vino,
donde el verso se ha dormido.

Allí donde el Elqui canta,
donde el Diaguita creció,
donde en las noches serenas
se ve el milagro de Dios.

Dicen que en ese lugar
nació Lucila Godoy,
quien soñó ser una reina
en un reino de ilusión.

Tú me hablas de Lucila,
mas no la recuerdo yo,
tan solo sé de Gabriela,
la poeta del amor.

La que vivió en Monte Grande,
a ella me refiero yo,
que sufrió mucho tormento
y con su llanto regó
esa tierra de Vicuña,
donde descansa el dolor.

Gabriela, maestra ilustre,
que a otros parajes llevó
la pujanza de su tierra,
su libertad y su honor.

Viajero que vas al Norte
en aras de una ilusión,
lleva estos versos humildes
como una ofrenda de amor.

A Monte Grande te marchas
a buscar viñas y sol,
donde reposa Gabriela,
que fue Lucila Godoy.

REGIÓN DE COQUIMBO

QUILIMARÍ

Rocío Alexandra López Aro (15 años)

Estudiante

Los Vilos

Tercer lugar regional

Como cada tarde, hoy recuerdo
mi vida antes de aquí,
viviendo en aquel pequeño pueblo
llamado Quilimarí.

Quilimarí, sol y valle,
la tierra donde crecí,
con vientos de mil aromas:
jazmín, azahar y alelí.

Alelíos que decoraban
las inmensas laderas
de cerros que te rodeaban
con sus campos en flor en primavera.

Primavera, primavera
una muy linda estación
que te decora, inmenso valle,
que llenas mi corazón.

Mi corazón, ay sí,
guarda muchos recuerdos,
como el de tu magnífico río
que hoy se encuentra muerto.

¿Muerto?, ¡Quizás dormido esté!
esperando una gran lluvia
que le ayude a renacer.

Renacer algún día,
al igual que lo haré yo,
en aquel hermoso valle
al que Dios tanta gracia dio.

Dio gracias y enseñanzas
a la gente que vive allí,
que siempre con esperanza
luchan en su vivir.

Vivir de la rica tierra,
sus frutos, sus animales,
su agua dulce de manantial
¡qué bebida más celestial!

Celestial son los sabores
de sus quesos de cabra frescos
¡Si usted piensa probar uno
adelante, sin químicos, no hay riesgo!

Riesgo solo existe
si yo no muero allí.
Si en tierra he de convertirme,
seré tierra de Quilimarí.

REGIÓN DE VALPARAÍSO

ESCUCHABA UN TRISTE CANTO

Ruth Ermelinda Barrales Chapa (65 años)

Pensionada, asesora del hogar

Valparaíso

Segundo lugar regional

Escuchaba un triste canto
de un zorzal enamorado
su amor hubo equivocado,
que lloró hasta el cielo santo.

Acostumbro de mañana
escuchar los pajarillos,
el correr de los chiquillos
al trino de la campana.
En los días de semana
muy contenta me levanto,
pero yo entre tanto y tanto
veo un mundo sin igual
y del más bello zorzal
escuchaba un triste canto.

Su música y melodía
buscaban todo el olvido
parecían sus silbidos
una triste letanía,
casi ya sin alegría

así no lo había escuchado
con su canto aletargado,
era amarga su canción
no tenía la pasión
de un zorzal enamorado.

Claro, hoy he comprendido
porque es triste su cantar
a una calandria fue a amar
que ya tenía marido.
Para zorzal es prohibido
poner ojo en otro lado;
ya está todo calculado:
si él ya tiene su bandada
no sé si por mal errada
su amor hubo equivocado.

Bandadas se conmovieron
se lamentó el episodio,
hasta yo desde mi podio
sentí lo que otros sintieron.

Unos igual insistieron
llorando todo quebranto,
pero qué cobarde llanto
zorzal, no hagas que se agrande;
mas su dolor fue tan grande
que lloró hasta el cielo santo.

Paradojas de la vida:
hombre o ave en su sentir,
con el que hay que convivir
no hay para esto una huida,
pues en el pecho se anida
la alegría o el dolor,
si para mal o mejor
igual roba el sentimiento,
dueño es del pensamiento
este amargo o dulce amor.

REGIÓN DE VALPARAÍSO

EL DUELO EN EL ESTABLO

Jonathan David Uribe Rojas (32 años)

Laboratorista vial

San Antonio

Tercer lugar regional

Pa' una noche de San Juan
se había pactado el duelo:
el Gallo por sus polluelos
el Guarén por ser galán.
De puro lacho el patán
trató de robarse un pollo,
hizo en el suelo un hoyo
para meter la manito,
lo pilló el gallo chanchito
y se armó tremendo embrollo.

Llegaron todos los chanchos,
las ovejas y un ternero.
Quedó vacío el potrero,
todas las bestias del rancho
hasta el perro de don Pancho
que dormía con los dueños
se asomó muerto de sueño
a ver quién arma tal boche,
si ya es casi medianoche
pensaba frunciendo el ceño.

Ahí estaban los animales
frente a frente, muy re serios.
Se resolvía el misterio:
uno de los dos rivales
haría cantos triunfales;
quedará inscrito en la historia
su nombre lleno de gloria,
y el que pierda y quede tieso
hecho un costal de huesos
será lanzado a la noria

Empezó pegando el Gallo:
lanzó feroz picotazo,
casi le saca un pedazo
al Guarén que de soslayo
alcanzó a ver ese rayo,
lo esquivó bajando el moño.
“No te dejís ganar, Toño”
le gritaba la Ratona
que en el público se asoma
con docena de retoños.

El Guarén se puso vivo:
como un látigo la cola
le pegó sin decir hola.
El Gallo no dijo pío,
se paró con mucho brío
saltando sobre sus patas:
“ya te vai a morir, rata”
gritaba lleno de ira
“tu cola voy a hacer tira,
te la pongo de corbata”.

En medio del alboroto
entre gritos y chillidos,
con los rivales heridos:
Guarén sentado de poto
el Gallo su pico roto,
se arrimó un gato ladino
“Aquí voy a hacerme el pino”
pensaba pa’ sus dentrores
¡se comió a los contendores
y se fue por donde vino!

REGIÓN METROPOLITANA

EL CURANTO ES TRADICIÓN

Hugo Mora Mella (83 años)

Pensionado

Estación Central

Segundo lugar regional

Cuarteta

El curanto es tradición
en las fiestas familiares,
como una bella canción
de Chile en muchos lugares.

Glosa

I

Es la historia de un curanto
allá en pleno Chiloé
en Quemchi la fiesta fue
aún se recuerda tanto.
Festejan ese año el santo
con entusiasmo y pasión,
medio siglo del patrón
hito importante en su vida.
Cuando la gente es unida
el curanto, es tradición.

II

Varios muchachos labriegos
aprontan en plena tierra
el cráter donde se espera
acunar la leña y el fuego.
En piedras calientes, luego
las delicias de los mares
llegan todas a raudales,
con milcaos y longaniza.
Es lo que más se precisa
en la fiestas familiares.

III

De Dalcahue, las almejas
y el gordo choro zapato
al hoyo van de inmediato
en rebosantes bandejas.
La chicha dulzona deja
euforia en el corazón,
porque una buena razón
es el festejo del dueño,
cumpliendo anhelado sueño
como una bella canción.

IV

Sacrificaron un chanco
que engordando mantenían
es tradición todavía
en los campos a todo ancho
cebándolo en cada rancho
hasta en humildes hogares.
Se ahúman los costillares
para larga duración.
Es una fiel tradición
de Chile en muchos lugares.

Despedida

Grandiosa estuvo la fiesta
de homenaje a don Carmelo,
si hasta las nubes del cielo
se llevaron una muestra,
la noche clara se presta
para bailar mientras tanto.
Bajo la luna en lo alto
frente el mar azul testigo;
vayan al sur yo les digo
a la fiesta del curanto.

REGIÓN METROPOLITANA

SEGANDO CON LA MUERTE

Rodrigo Arturo Contreras Benítez (52 años)

Vendedor de retail

La Granja

Tercer lugar regional

Varias hectáreas de trigo
era con lo que contaba
el problema no encontraba
quien trabajase conmigo.
Tengo a Dios como testigo
cuánto he buscado una ayuda.
Mas no he visto quién acuda
a ayudarme con la sega,
requiero alguien con entrega
pa' esta pega cototuda.

Muy temprano en la mañana
solo me puse a segar.
Me preparo a trabajar
sin descanso dos semanas;
cortando con muchas ganas
pa' concluir el trabajo.
Yo le hago empeño carajo
y le pongo todo el ñeque,
hasta que esto quede impeque.
Así me rompo o me rajo.

Cuando llevaba dos horas
trabajando en el calor
se me aparece un señor
que dice con voz cantora:
Toy' listo a ayudar ahora
contráteme usted mi amigo;
solo una cosa le pido
ya que trabajo de noche,
trate de no meter boche
voy a quedarme dormido.

En eso estuve de acuerdo
e hice un trato al instante,
el hombre haría cuanto antes
la pega del la'o izquierdo.
"Una hectárea le recuerdo
voy a tener que cortar,
y también engavillar
durante una semana.
Le digo si usted me gana
no me tendrá que pagar".

Yo que era ducho en aquello
trabajé toilito el día,
avance como podía
y logré haciéndole empeño
cortar tanto como si ello
lo hubiesen hecho unos cuatro.
Mientras tanto el otro ingrato
roncaba bajo un quillay.
Vamo' a ver si logray'
de noche cortar un rato.

Muy temprano fui ligero
a continuar el trabajo.
Comenzaré por el bajo
y cortaré el día entero.
¿Me equivoqué de potrero?
Dije recontra asusta'ó
el trigo estaba corta'ó
y amarrado en sus gavillas
no había ni en las orillas
estaba todo sega'ò.

Me acerqué donde el fulano
que aún dormía en el potrero.
¡Vaya hombre qué ligero
le resultó la obra 'e mano!
Pero no entiendo mi hermano
cómo lo hizo en esa pega,
pues trabajar en la sega
es recontra agota'or
y uste' está como una flor
después que alguno la riega.

El hombre tan misterioso
se sonrió por un segundo
luego dijo que en el mundo
hay que unirse al poderoso.
Al que te ofrece ganoso
hacer cosas imposibles,
sin importar qué terrible
y peligroso sea aquello.
Solo poniéndole empeño
todo podrá ser posible.

Yo trabajé con placer
con guadaña y garabato,
corté el trigo en un rato
después me fui a recorrer;
la casa del brigadier
antes de que se muriera.
También me llevé a su nuera
que falleció de un ataque,
y este otro mes de un achaque
se irá su hermana Javiera.

Ahí lo comprendí todo
me había ayudado la muerte.
Esto sí que es buena suerte
dije: miéchica aquí jodo.
Pues ya llegó Cuasimodo,
y este cara 'e calavera
aquí mismo me descuera
y me lleva de las mechas,
pa'l infierno como flecha
a fundirme en una hoguera.

Su suerte es muy buena gancho
dijo este sujeto ingrato.
Pues de llevármelo trato
pero aquí no doy el ancho.
Su espíritu no lo engancho
pues lo tiene protegido
con algo bien parecido
al agua de la virtud.
Tiene muy buena salud
alguien se la ha concedido.

Partió la muerte esa noche
sin arrebatar me mi alma.
Tranquilo, me quedé en calma
sintiéndome el más fantoche.
Quizás con esto yo abroche
algún negocio muy bueno,
para ganarme lo ajeno
yo no le temo a la muerte
la que se marchó por suerte
sin este huaso chileno.

REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS

PAISAJE CAMPESINO

María Eugenia Cornejo Sánchez (70 años)

Profesora pensionada

Coinco

Segundo lugar regional

Los pájaros me saludan
con trinos y harto alboroto,
cuando camino contento
entre choclos y porotos.

El agua corre saltando
en las piedras del estero,
así aseguro regar
las siembras de mi potrero.

Todo se me da bonito
hortalizas y verduras,
las frutas son de primera
jugosas y ¡qué dulzura!

Los cerros son los guardianes
cual ángeles tutelares
y así no pasamos susto
con vientos y temporales.

La vida transcurre simple
porque somos campesinos
amamos la tierra buena:
somos de ella, sus hijos.

Tal vez está muy cansada
y no le damos respiro
y a la pobre Pachamama
la llenamos con los químicos.

Con arado y con rastrillos,
la pala y el azadón
vamos formando los surcos
para que los bañe el sol.

El agua va remojando
de a poquito los terrones
y llegará a la semilla
explotando en tierno brotes.

El sol, el agua y el viento,
el cariño campesino
y con la ayuda de Dios
la tierra es el Paraíso.

Bendito sean sus cerros,
sus ríos, bosques y esteros,
los pájaros y animales
las nubes y el aguacero.

REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS

LA VIDA EN EL CAMPO

Fernanda Josefa Rivera Gálvez (7 años)

Estudiante

Peralillo

Tercer lugar regional

Mira la primavera:
ya llegó su resplandor,
qué bonito se ve el campo
lleno de flor.
Hoy despierta el campo
alumbrando con el sol,
todo se ve verde
despierta el girasol.

REGIÓN DEL MAULE

EL CARBONERO

Julio César Corvalán (46 años)

Profesor

Longaví

Primer lugar regional

A paso lento y sosiego
baja rumbo a la ciudad
con su yunta, el carbonero,
su carreta y su morral.

Bajo chupalla de paja,
su barba sin afeitar,
cicatrices en el alma
y una pena en su mirar.

Pañuelo al cuello y navaja,
picana al hombro en su andar,
con recuerdos y añoranzas
de días que no volverán.

Va pateando desconsuelos
y va rumiando un pesar:
el que hiciera, carbón de los cerros
y preñara los montes, de quillay.

Cabizbajo, arrastra un lamento,
cabizbajo, le veo pasar...
con añoranzas de boldos y peumos
con la ausencia de lingue y radal.

Ya entre bosques extranjeros,
le podemos ver pasar,
a paso suave, el carbonero,
con ojotas y percal.

Tiza... dice a Carpintero
Tiza... dice a Caporal,
¡Vamos bueyes; más ligero!
Ya está cerca la ciudad.

A paso lento y sosiego,
como tantos años atrás,
botas de cabro y su perro
y el mismo modo de andar.

¡Apure el paso, Carpintero!
¡Apure el paso, Caporal!
No tenemos mucho tiempo
y falta tanto que andar.

Lleva su cara tiznada...
Lleva sueños, lleva afán:
mientras avanza, reclama
contra el progreso letal.

El desventurado devora montañas,
sepulta costumbre y un ritual.
Ha quemado bosques sagrados
pensando el carbonero va.

A paso lento y sosiego
baja rumbo a la ciudad,
con su yunta, el carbonero,
y sus sueños de otra edad.

REGIÓN DEL MAULE

LAS VERANADAS

Luis Antonio Lagos Leiva (54 años)

Funcionario DAEM – Linares. Encargado Área Literatura Instituto Cultural
Linares

Segundo lugar regional

I

El agua al sur de las montañas y los siglos
es la bitácora azul de los días y las noches,
cayendo sobre el pecho incólume de las aves
que se esparcen fecundas por las veranadas del tiempo.
Allí donde la nieve de la cordillera infranqueable,
viene a parir cada vez con su atrevido aliento
la heroica soledad de los temblorosos pastizales.

II

Colmada de los piños y arreos celestes,
corre la vida allá en las lomas del abismo.
Desde los escarpados senderos de piedra
hasta las huellas ancestrales del indio.
Porque en las planicies del altozano terrestre
las duras embestidas suelen ser una cosa de vida,
pero también pueden ser una cosa de muerte.

III

Así cabalgan los viejos arrieros de la tierra,
por los pasos y las quebradas moribundas.
Atizando con mitos y leyendas de asombro
el fogón de las audaces noches del estío.
Ríos encajonados por las pezuñas del hambre,
se estiran y bajan o bien bajan y se estiran
bajo el sol o las estrellas venturosas del Maule.

IV

Noches de algarabía, mate y charqui;
de vino tinto, de aguardiente y sal.
Un cabrito entonces, bajo la fiesta de la luna.
Y que la vida cante sus recuerdos de guitarra
por Los Hualles, Monte Oscuro y Las Ánimas.
Franqueado por la dulzura de las vertientes sagradas.
Respira el rebosante y glorificado macizo de la altura.

V

Una nueva cría ha nacido para el rebaño.
Tres más tiritando en la tarde de la escarcha.
Y otros diez vendrán el domingo antes del alba
multiplicándose la tropa en silencio y a raudales,
tal y como lo hace el amasijo en la incierta hora del hambre.
Hay que ordenar, entonces, los aperos y el camastro.
Hay que salir en la cordillera cada día a machacar el ajo.

VI

Así el hombre, entonces, volverá a ser aire.
Al amparo de la madrugada, la lluvia y el frío,
al son de los postreros mugidos de la noche.

Así el hombre, entonces, volverá a ser aire.
Sobre la montaña del arreo de mi desvelo,
al son de los inviolables bramidos del puelche.

Así el hombre, entonces, volverá a ser aire.
Volverá sobre la mujer y volverá sobre los hijos.
Para compartir la mesa del ajiaco y el pan del rescoldo.

Así el hombre, entonces, volverá a ser aire.
Volverá de las encumbradas veranadas de los Andes,
trayendo en la grupa de la memoria perdurable
un resto de la soledad, que allá en alto se ha quedado.

REGIÓN DEL MAULE

MAMITA PASCUALA

Héctor René Núñez Sepúlveda (72 años)

Administrativo jubilado

San Clemente

Tercer lugar regional

Llega tu recuerdo de viejita buena
con vestidos largos y con canas trenzas.
Delantal con flores sobre tus polleras,
y en tu cabecita un paño de seda.

Recuerdo tus manos toscas y pequeñas
recibiendo vidas, calmando las penas,
mitigando dolores de las parturientas,
sembrando esperanzas con tus obras buenas.

Te veo pequeña, te veo delgada
con tu cigarrillo de hojas de curagua,
con tu voz segura, con tu voz calmada
y tras de tu oreja un ramito de albahacas.

El día de sábado, casi al alborada,
cogiste mi vida con tus manos blancas,
y seguramente fueron tus palabras
lo que oí primero, cuando aquí llegaba.

Mamita Pascuala, partera de campo,
sufriendo miserias, pasando los años
recorriendo fundos, visitando ranchos,
recogiendo el fruto de vientres sembrados.

Los días que evoco son tiempos lejanos,
de mucha dureza, de mucho cansancio.
Cuando nuestra gente que habitaba el campo
sabía de penas, hambres y quebrantos.

Muchas como tú, mamita Pascuala,
vivieron la vida trayendo otras tantas.
Recogiendo llantos, lágrimas amargas
y llenando pechos de nueva esperanza.

Como tú no queda ya gente en los campos.
Ya no nacen críos con humo de ranchos.
Son otros los tiempos. Todo ha progresado,
los años que evoco, son tiempos lejanos.

Siempre te recuerdo, Mamita Pascuala,
con olor a hierbas y azúcar quemada,
cebando los mates con los que calmabas
el dolor de aquellos que a ti se confiaban.

Ahora ya viejo y peinando canas,
en noche de insomnio cuando vela el alma,
junto a los recuerdos de mi madre amada,
evoco tu imagen, Mamita Pascuala,
y elevando al cielo por ti una plegaria
rozo con mis dedos tu bendita cara.

REGIÓN DEL MAULE

CUECA A MARGOT LOYOLA

Julio César Corvalán (45 años)

Profesor

Longaví

Mención especial del jurado

Y se llevó la guitarra,
 la alegría y el pañuelo...
 dejando desnudas mis palmas,
 y su canto de jilguero.
 Margaritas y violetas,
 cogollitos de arroyuelo...
 se ha prendido en el alma
 y en el pecho de mi pueblo.
 Maestra, eterna maestra,
 folclorista de oda y versos.
 ¡Margot Loyola se llama
 mi tristeza y mi consuelo!
 La hija de Linares,
 de Anita y Recaredo;
 Margot Loyola Palacios,
 la reina de los rodeos,
 la diosa de las Chinganas,
 de Cavancha y Río Negro.
 Junto a Estela; su hermana,
 surcaron ecos del tiempo,
 las hermanitas Loyola,

Loncurahue izando al viento.
 De Cuncumén y Bafona,
 en banderas del silencio,
 se alzaron sus coronas,
 como laureles de fuego.
 Entre cueca y resfalosa,
 marinera y mil misterios...
 Se hizo escuela y embajadora
 de las danzas sus ruegos.
 Y se llevó su guitarra,
 para ir a cantarle al cielo,
 ¡A la flor de la Violeta,
 a los Campos, en sus ruedos,
 con trutruca y con zampoñas,
 con, tal vez, un chinchinero!
 Con el poncho del gran toqui,
 de Atahualpa y Víctor nuestro.
 Se fue agitando el pañuelo,
 como solo ella sabía hacerlo.
 La que hizo reír y bailar,
 a todo mi Chile entero...

ahora lo ha vuelto una pena,
un cantar y un lamento.
¡La reina de la cueca,
ha pintado de luto mi pueblo!
De los cerros de Quinamávida,
de esos benditos cerros
surgió un torrente de savia,
desde las venas del verbo.
Para hacerse de su poesía,
y cosechar sentimientos.
Para hacerse margarita,
Margot, la cueca y su eco.
Y se llevó la guitarra,
el arpa y el pandero,
Ella era alma de la cueca,

era fiesta, era verso.
Margot Loyola, señores,
sigue viva en el tiempo,
en las cuerdas de una vihuela,
en el danzar de un pañuelo.
Desde el Maule sur su bandera
flamea libre en el viento
y Linares es la tierra
que acunó su gran talento.
Hoy Linares la despide,
entre palmas, entre versos,
y muy ufanos decimos
ella es de nuestro pueblo:
Linares, tierra de Margot,
aquí vive su recuerdo.

REGIÓN DEL BÍO BÍO

LA VIDA DEL CAMPESINO

Ruth Noemí Jara Aqueveque (34 años)

Dueña de casa

Los Ángeles

Primer lugar regional

La vida en el campo es dura:
el día empieza temprano,
a trabajar se madruga
hasta que duelan las manos.

Se alimentan las gallinas
y comienza la jornada,
con el riego de hortalizas
va pasando la mañana.

Luego se almuerza temprano
y se vuelve a los potreros,
a despistar los sembrados,
arar o arreglar los cercos.

Siempre hay algo que hacer,
el campesino no para,
se levanta al amanecer,
solo en la noche descansa.

Él no depende del campo,
el campo depende de él;
se lo pasa trabajando
desde el alba al anochecer.

Se respetan las comidas
a las ocho, doce y seis;
una agüita con harina
se agradece pa la sed.

Unos mates por la tarde
no faltan con las tortillas,
con pebrequito picante
"wenas son las sopaipillas".

Si quiere comer cazuela
hay que matar la gallina,
tirarle el cogote afuera
y pelarla en la cocina.

Qué mejor pal campesino
comer de su propia huerta,
una ensalá de pepino,
tomate o lechugas frescas.

Ese es su gran orgullo,
que en la mesa nunca falte
porotitos de los suyos,
pancito, papita y carne.

En el invierno las siembras,
en el verano cosecha,
heladas lluvias enfrenta
con empuje y entereza.

Quien no ha vivido en el campo
no sabe lo que aquí pasa
y el que vive trabajando
no cambia el campo por nada.

Esto es fuerza, es sacrificio,
es humildad y esperanza,
la vida del campesino
es una gran enseñanza.

REGIÓN DEL BÍO BÍO

CON AROMA A CAMPO

María Lorena Poblete Bustos (54 años)

Administrativa

Penco

Segundo lugar regional

Entre pasto y zarzamora,
junto a los sauces llorones,
se tejió mi juventud
con aroma de limones.

Fui amigo de los zorzales
los chanchos y las gallinas
y corretié con ojotas
a lo largo de las viñas.

Me encaramé por los cerros
montado en negro corcel
y conversé con la higuera,
con el litre y el laurel.

Hincado al pie de la vaca
tomé leche hasta saciarme,
y la tortilla 'e rescoldo
habría de alimentarme.

En días de frío invierno
con mi manta de castilla,
en verano caluroso
al pie del río, en su orilla.

Con aroma de eucaliptus,
cedrón, toronjil y menta
y aguas de ruda y romero,
pa cuando un dolor se sienta.

Y a la sombra del parrón
entre uva Italia y corintio,
con un jarro de aguardiente,
vino blanco y vino tinto.

Y cuando la noche llega
y el cuerpo está adolorido,
me acuesto encima 'e la paja
y allí me quedo dormido.

REGIÓN DEL BÍO BÍO

DEL CAMPO A SANTIAGO

José Guillermo Jara Melo (66 años)

Campesino

Los Ángeles

Tercer lugar regional

Salí del campo a Santiago
 a ver cómo era la cosa,
 la vida tan glamorosa
 como a mi me habían contao,
 pero la verdad era otra,
 me sentí bien engañaio.

Llegué a Santiago un domingo
 tempranito en la mañana,
 la gente no saludaba
 pensé que eran todos gringos
 porque ni un saludo daban.

Extrañé mi campo lindo.
 Dos días' tuve de visita:
 pucha el agua pa mala
 no podía ni tomarla,
 era mala de veritas,
 extrañé mi agua sacarla
 con baldes de mi tierrita.

Me volví pa mi campito
 a tomar agüita pura
 y aunque parezca locura
 una sola cosa digo
 ganas no tengo ninguna
 de volver a ese martirio.

De mi tierra no me muevo
 porque aquí respiro aire,
 como decía mi padre
 “solo muerto al cementerio”,
 quedaré como cobarde
 en el campo que yo quiero.

Me gusta estar bien parao
 y no entremedio de cerros
 y aunque sea un poco austero
 no me muevo ni amarrao
 prefiero yo mis potreros
 que un pueblo contaminao.

Déjenme como mañoso,
 como tonto o huaso bruto,
 aunque eso no lo discuto,
 porque no soy mentiroso,
 y le rindo este tributo
 al campo maravilloso.

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

UNA NOCHE DE TORMENTA

Fernanda Millaray Quilodrán Sánchez (14 años)

Estudiante

Villarica

Primer lugar regional

La nube viene molesta
con el volcán Villarrica
que ha puesto fuego donde ella
pensaba hacer su siesta.

La nube negra y gigante
trae su escudero el trueno,
y junto a las demás nimbos
se propone amenazante
asustarnos con su ruido.

Envía su luz brillante
y luego retumba el trueno
por la ladera del cerro
mientras aúllan los perros.

La luna desentendida,
mira casi divertida
el despliegue de destreza
que muestran las nubes negras
de fuerte naturaleza.

La nube ha soltado un rayo
sobre una enorme araucaria
que está en el suelo partida
enseñando sus heridas.

El volcán alumbra más
y ha mirado con enfado
a la nube que ha causado
en su amiga tal estrago.

La violenta, arrepentida
mira la araucaria herida
y se le inundan los ojos
rompiendo a llorar, sentida.

Entonces llega la lluvia,
uniforme y con calma,
mostrando pacientemente
que trae en paz el alma.

Mi pluma quiere escribir,
relatar tan grande evento
en que visitó la noche
lluvia, rayo, trueno y viento.

Mamá escucha la tormenta
mira que vienen los rayos,
suplico a mamá dormida
que no quiere hacer ni caso:

—ve y descansa mi pequeña,
que no te asusten las nubes
porque suenan de ese modo,
solo vienen a mostrarnos
que somos parte de un todo.

Al amanecer siguiente
la araucaria está difunta,
las nubes se han ido lejos
y la paz mi patio inunda.

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

EL NGEN (ESPÍRITU DE LA NATURALEZA)

Thiare Lucía Ester Catrian Andrade (9 años)

Estudiante

Freire

Segundo lugar regional

El ngen es
una fuerza viva,
está en nuestra tierra
y no está dormida.

En el bosque y en las aguas
permanece en silencio,
no le faltes el respeto,
él conoce tu sentimiento.

Los ngenes son fuerzas
portadores de la paz,
¡No lo provoques niño!
y él te cuidará.

Los ngenes tienen
la fuerza y el saber,
son celosos de sus sitios
y ejercen un gran poder.

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

EL NGUILLATÚN

Alexander Ignacio Teran Caniullan (8 años)

Estudiante

Freire

Tercer lugar regional

Cuando el sol abrió el cielo inmenso,
nos unimos al gran rehue,
abrigado con el maqui,
junto al poderoso canelo.

Mi corazón se acelera,
con orgullo ante este altar,
¿cómo mis viejos ancestros
nos pudieron entregar
una cultura que estremece
nuestros cuerpos al danzar?

El cultrún muy potente
nos invita a bailar,
los hombres y las mujeres,
descalzos se acercan ya.

Besando a la hermosa tierra
con respeto en su andar,
se ofrecen ya las cosechas,
en ollas y en quilco van.

Al wenumapu viajan los vapores,
a ellos llegaron ya
para que las fuerzas vengan,
se concentren en este altar.

Nos traigan ese mensaje
que venga la unidad,
para cuidar nuestra tierra
que herida se encuentra ya.

En el centro ya se encuentran
los hermosos y bellos choiques,
con su danza terrenal
piden por un buen tiempo.

Los cántaros ya están llenos
del fruto de nuestra tierra.
La machi alza sus manos
con su rama de canelo.
Orando por su gran pueblo,
por su querida tierra.

REGIÓN DE LOS RÍOS

AMANECER CAMPESINO

Ariel Edgardo Álvarez Rey (82 años)

Profesor normalista jubilado

Valdivia

Primer lugar regional

En el campo manso
de color tan verde
los árboles ríen,
el estero duerme.

Llega la mañana
llega muy temprano
descolgando nubes
de tiempo cansado.

El pasto tan verde
tibio de rocío
juega con la brisa
con algunos lirios.

Las aves tranquilas
despluman canciones,
a orillas del río
tejen ilusiones.

Las flores silvestres
vestidas de azul
aroman el campo
soñando en la luz.

En el campo manso
de verde amarillo
la brisa coqueta
se cambia vestido.

La pampa sembrada
de tímido trigo
marea su canto
burlando el destino.

Espigas doradas
maduras de amor
mecidas tranquilas
vistiendo una flor.

El campo florido
de espigas bordadas
futuro alimento
el pan de mañana.

En el campo manso
tejiendo miradas
la brisa coqueta
cambia su tonada.

REGIÓN DE LOS RÍOS

CHOYUM

Alan Fredy Paillan Manquepillan (40 años)

Artista mapuche

Lanco

Segundo lugar regional

Vuelvo madera
después de larga ausencia.

¿Qué rumbos alojan tus hebras?

Anduve el hogar anhelado
con fiebre y sangre en los huesos.

Caí desnudo
a orillas de la mar, llovía...

Y supe la roca que entibiaba los años
perpetuando anhelos
de oscuros cabellos fecundos
como la Madre Tierra,
hoy plagada de pinos y eucaliptos
que secan el agua
¡enferman los suelos Pulquillanca!

Angol y Los Sauces
Traiguén...
Tantas huellas anduve tristezas.

Carahue y su chicha;
Peñiloncoli
romanceando historias
de tiempos antiguos
lejos de la ciudad
que ya no pude asimilar.

¡En buena hora!

¡Muy en buena hora!

Los Tiuques sobre el techo,
bandadas de treiles en la pobla
y acá en el Sur,
murra rebelde
en los confines del Ser
pa que crezca, crezca y más crezca,
como así nuestro destino
en franca defensa
de lo natural.

REGIÓN DE LOS RÍOS

CUANDO LOS RÍOS CANTAN

Luz del Soviet Acuña Aguayo (71 años)

Cantautora

Los Lagos

Tercer lugar regional

De los Ríos la región, la tan hermosa,
que de verdes hace gala todo el año;
con sus lagos y sus ríos de leyenda,
el turismo se enamora de sus pagos.

Tiene un pacto con la lluvia en el invierno,
la acaricia el astro sol en primavera;
en verano es cariñosa, muy amante
de sus hijos añorosos emigrantes.

Hay Choshuenco, Puerto Fuy, también Liquiñe,
Panguipulli, Calafquén y Coñaripe,
Pirihueico muy Neltume con Malihue
y Paillaco muy Antilhue con Riñihue.

A La Unión se le ha hermanado Río Bueno
y Llifén, Futrono y Maihue a Lago Ranco.
A Mehuín van San José, Máfil y Lanco
y Los Lagos va feliz a Curiñanco.

Un Huellelhue muy Reumén y muy Pishuinco,
Los Molinos con Purey y con Folilco.
Y otros nombres tan sonoros, tan señores
que se escapan y se van a Punucapa.

Es Valdivia capital llena de encanto
que se baña y se solaza con sus ríos,
con Corral, con sus islas y su Niebla
una zona floreciente es lo que anhela.

Mas en todo territorio y geografía
la belleza es incompleta sin su gente,
esos hombres y mujeres con su esfuerzo,
construyendo diligentes el progreso.

Y son muchos, casi todos, los que ansían
un futuro más propicio y más sonriente;
tan amable como justo y generoso;
tan hermano que al cantarlo se hace urgente.

REGIÓN DE LOS LAGOS

LABURO

Isabel Opazo Salazar (75 años)

Profesora jubilada

Puerto Montt

Primer lugar regional

He penetrado junto con mis días
a través de las puertas del recuerdo,
hacia un mundo que fui formando
con una misma señal,
que por cielos y cielos
repitieron los años.

En otoños, primaveras e inviernos
el viento mueve la huella
de la imagen de la escuela,
aquella de mis recuerdos,
amiga del matorral y la piedra silenciosa,
amada por el grillo y por la enredadera.

Escuelita sombría que buscaba entre la lluvia
el secreto del tiempo y del relámpago.
Es la escuela primera, dulce y callada
donde llegué con los ojos abiertos y la memoria a ciegas,
en esos años en que vestí ropaje de águila
para volar más lejos.

Era como una hierba que temblaba
en la colina a la distancia
entre el rumor doliente de los cerros,
suspendida quién sabe de qué muro
de tierno desamparo.
Las ruinas y el silencio eran siempre los mismos.

La brisa dialogaba con los árboles
en el bosque cercano, donde las ramas
hablan sin motivo, movidas
por los vientos de nunca jamás.
Más tarde fue un jardín al final del sendero,
con los paisajes habituales
que aliviaban el peso de las horas.

—Siempre al fondo de todo hay un jardín
debajo de la hierba, en el fulgor del rayo,
en la memoria de la lluvia—.
La convertí en la Escuela de los sueños y la alegría,
Coronada de flores polvorientas
dejó de acumular silencios en salas desoladas.

Mis alumnos fueron una generación
que soñaba con un bello porvenir
en esa dichosa edad
donde la sola mirada embellece al mundo.
Desde la lejanía me sonríen.
Cantaron en la rueda de la ronda celeste
que gira con el humo del azul atardecer.

Esos pequeños seres vuelven a poblar
el rincón de mi melancolía.
Fue un sueño que entretejió sus redes
sobre el rostro del tiempo.
Te saludo, a través del recuerdo,
escuelita rural.

En tus secretos rincones
fui dejando
asombrosos paraísos cumplidos.
Te evoco junto a las melodías
que pregonan las piedras de la tarde,
como una rama joven
cubierta de capullos
y sostengo entre mis manos
esa tinaja gris donde salen
a beber los recuerdos.

REGIÓN DE LOS LAGOS

¡ME HAN CONTADO DE UN LUGAR!

Jordan Marcelo Nauto Carrasco (24 años)

Profesor educación básica

Maullín

Segundo lugar regional

¡Me han contado de un lugar...!
escondido bajo los verdes cerros
bañado de un bravío mar,
de hombres buenos y sinceros.

Alejado de todo pueblo
entrañado en espesos bosques.
De botes, mariscos y balseos,
paisajes perdidos en el horizonte.

¡Me han contado de un lugar...!
hombres de esfuerzo y mujeres de hierro,
hombres que a la mar se van
mujeres de llanto y desconsuelo.

San Pedro guía sus caminos y albas
y el viento fuerte surca sus mares.
A la Virgen Candelaria sus plegarias
rezan hijos, padres y madres.

¡Me han contado de un lugar...!
Carelmapu de tierras verdes,
mujeres de manos rotas al desconchar,
niños con cañas en vez de juguetes.

Gente amable de sueños blancos,
niños a espera de un buen mañana,
gente cálida, gente de esfuerzo
seres felices de sonrisa plasmada.

¡Me han contado de un lugar...!
Feliz y nada más...

REGIÓN DE LOS LAGOS

EL DÍA DE LA MAJA DE MANZANAS LLOVIERON FLORES DE ARRAYÁN

Nelson Antonio Torres Muñoz (59 años)

Bibliotecario

Castro

Tercer lugar regional

Mi poesía y la manzana hacen la atmósfera más fina.

Gerardo Diego

I

La minga se inició al canto de los gallos,
puerta a puerta, romanceando, pidiendo a los vecinos
puñados de su tiempo: solo en estas tierras
llueven flores de arrayán
y, en ocasiones, mujeres desnudas; solo
en estas perdidas islas —a puñados— puede
el tiempo recogerse.

Minga de recolección de manzanas,
minga de molienda de manzanas,
minga de chicha de manzanas.

Gorriones y zorzales picotean las camuesas,
los tiuques vigilan y afilan sus picos
para dejarse caer a la hora del asado.

II

Vamos a dejar un par de jarras
de la chicha más potente
para los amigos que se fueron
y dejaron sus canciones, engordando,
presta a caer sobre la piel y enjundia
de los campesinos y obreros de estas desoladas tierras;
chicha con pasas y canela
para Rosario Hueicha
y para el Amador Cárdenas, una
chichita turbia, gorruda y con azufre.

Y un brindis guitarrudo, tronador,
como si un tren bajara desde el cielo.

III

Los mozos más livianos suben a los árboles
y sacuden las ramas como si les quitaran sus pecados
y se desprenden nubes y relámpagos: una pila de luz
que casi toca el cielo, una pirámide en la que dialogan
las manzanas reinetas, de limón, camuesas,
candelarias y de enero.

IV

Motores, muelas y poleas
muerden y hacen pulpa las manzanas
que la gente pone en canastas: el artilugio
es una obra arrancada del corazón del hombre pobre,
un tornillo de madera gigante,
tuercas con hilo hembra
hechas a cuchillo y aspas que aprietan
las canastas para que salte el líquido voraz,
el trabajo de este año-luz de tantas hojas
que devoraron el sol para que Dios se haga presente
hoy, en esta bacanal de fuego
y flores de arrayán.

V

Antes de los motores,
antes de los computadores y las tablets,
la chicha se majaba a pura vara,
ganchos de luma verde que al golpear
las manzanas hacían saltar el zumo
que después se iba en gotas y chorros
a las tinas llenas de espuma, como enaguas.

Se dice que al saltar el chorro primo
empezaba la lluvia de las flores.

VI

Don Coyo Remolcoy ya tiene listos los barriles
y llega con su yunta y su carreta.

Tuvo que labrar el coihue,
el ciprés, alerce y avellano.

Y que la maravilla de la luz y su bondad
ensamble aquellas tablas.
Y ensuncharlas a fin de que no escape un átomo
de aquel divino zumo parpadeante.

VII

La campana de la iglesia cercana
arroja sus repiques como briosas llamaradas,
las gaviotas cruzan lado a lado el horizonte
que flamea como un paño en un cordel,
abajo
se llenan los toneles y los estómagos,
los corazones se hinchan de lava
y alguien tensa una guitarra,
haciendo sangrar de las cuerdas
el mejor corrido mexicano,
para que las suelas de las botas de goma
levanten polvo y ánimas enterradas
de tanta majas anteriores.

VIII

Quedan las arboledas como si hubiera pasado
un fuego abrasador,
son hileras de muchachas despojadas
del chaleco, del refajo y la ropa interior.

Al cabo de unos meses la corteza
anunciará el nuevo cortejo de la savia,
nuevamente el sol se encarnará en el hueso de la leña
y asomará sus cachos entre las puntas de las ramas.

A fines de enero, casi en punto,
redonda y frutillante, hará su aparición,
la primera manzana.

REGIÓN DE AYSÉN

MI VIDA EN VERSO

Carmen Berta Muñoz Vidal (78 años)

Campesina

Puerto Aysén

Primer lugar regional

En Mano Negra nació
en el año 38
me vine a Puerto Aysén
antes de cumplir los 8.

Yo no pude estudiar
porque no tenía papá
y había que trabajar
para ayudar a mamá.

Mi madrecita querida
se quedó viuda muy joven
y tuvo que luchar mucho
para criar a su prole.

Me levantaba temprano,
eso muy bien lo recuerdo
para ordeñar unas vacas
y llevar leche al pueblo.

En el campo me crecí
en el sector de los Rápidos
y después me casé
y me fui a vivir a Blanco.

Allí viví muchos años
junto a mi esposo y mis hijos,
los que crié con amor
y con mucho sacrificio.

¡Yo me siento orgullosa
de ser mujer campesina!
Y trabajar con amor
en nuestra tierra aysenina.

Lo que sí me causa pena
cuando escucho algún incauto
que dice con ironía
“perdonen, que soy del campo”.

Con esto ya me despido
y le agradezco al Señor
de poder escribir versos
con tan poca educación.

REGIÓN DE AYSÉN

LA MANTA

Pedro Aros (66 años)

Profesor

Coyahique

Segundo lugar regional

¡Qué linda quedó mi manta!
La hicieron las tejedoras
en un taller de Río Blanco,
urdida con mil historias.

Con huso, rueca y silencio,
con mates junto al fogón
en largas tardes de invierno
de nevada y cerrazón.

Tiene del campo el olor,
con lana de dos colores,
me abriga y me da calor
y es testigo de mis amores.

Fue la mujer de mi tierra
que la creó en su taller,
sus manos son prodigiosas
cuando empiezan a tejer.

Cuando crucé la frontera
buscando alguna faena,
ella fue mi protectora
testigo de muchas penas.

Con ella conocí estancias
y las pampas argentinas,
recorrí grandes distancias
en compañía tan fina.

Siempre estuvo a mi lado
fue parte de mi equipaje,
juntos hicimos los caminos
cuando emprendía un viaje.

Cuando en escarcha amanece
y el frío es más penetrante,
la manta igual se transforma
en amante acariciante.

En las noches de recuerdo,
de tristeza y de dolor,
me cobijo junto a ella
a compartir su calor.

Cuando la hora final llegue
sin que yo así lo quiera,
déjenme llevar mi manta:
fue siempre mi compañera.

REGIÓN DE AYSÉN

LA CULPA LA TUVO ADÁN

Alejandro Montiel Gallardo

Carpintero

Coyhaique

Tercer lugar regional

Permiso pido pa' hablar
y mejor si es con guitarra,
un gaucho tiene por fama
esa virtud de escuchar,
y espero poder narrar
historia que fue mal contada.

Dicen que el hombre partió
por estar solo en el mundo,
después de un sueño profundo,
sueño que Dios le mandó,
y una mujer encontró...
tan bella, lo dejó mudo.

En verdad, no pudo hablar,
su alma se estremeció.
Algo en su cuerpo cambió
que hasta lo hizo alegrar,
sintió su pelo erizar,
su sangre se enardeció.

El hombre a Dios agradeció
esa compañía hermosa,
amándola como a diosa
su corazón regaló...
Pero el diablo lo escuchó
y le preparó otra cosa.

Sobre un tronco reposaba
la bella primera mujer.
Desde ahí alcanzó a ver
una serpiente que hablaba,
con intriga la escuchaba
aun sin poderlo creer.

En su mente penetró
lo que el reptil le indicaba,
por primera vez pensaba
y hasta en su alma caló...
Instantes después arrastró
al pobre Adán que aún soñaba.

La hoja que a Adán cubría
se le cayó el lunar,
la manzana hizo estirar
el pecado que escondía,
mientras Eva de alegría
aplaudía aquel pecar.

La cosa poco duró
El festín acarreó tragedia:
una voz aunque serena
con claridad preguntó,
¿Quién de ese árbol comió?
Del árbol de la conciencia...

Inquieta, Eva respondió
tapándose entre piernas
con esas manitos tiernas
que al Adán acarició:
—la culebra me engañó
y ahora tengo vergüenza.

Adán agachó la cabeza,
está triste y desolado
cuando Dios en su grandeza,
le dijo: por tú torpeza
trabajarán con ganado.

Así el hombre transpiró
con el sudor de su frente;
con el pan fue consecuente
Y hasta su mano ensució.
Su cuerpo frío pasó
pero con sangre caliente.
Y partió pa' aquellos campos
donde no estaba alambrado,
disperso estaba el ganado
comenzando los quebrantos...
Evita pa' mientras tanto
Comenzó a pedir calzaos.

La mente se les abrió
más ancho que una tranquera;
Adán y su compañera
muchas cosas descubrió,
y aunque rabias también pasó
le gustaba estar con ella.

Así comenzó el suplicio
del hombre que en esta tierra
trabaja de tal manera,
gana el pan con sacrificio,
pa' que vaya en beneficio
de él y su compañera.

Es más mi estimado amigo:
entre meses y estaciones,
llegaron las nevazones
debiendo buscar abrigo...
Y a Eva tantos cariños
le trajeron hinchazones.

El pobre Adán no entendía
y hasta rabia le causaba,
cuando Eva lo rechazaba
aduciendo que dolía,
que la guagua ya nacía...
que mejor se esperaba.

Y Adán encontró desquite
con la tierra que labraba,
con más fuerzas trabajaba
si parecía deleite...
y trabajar lo hace gente.

Cansado, solo soñaba
y soñó con multitudes,
con el campo y el arado,
con grandes suelos sembrados
regados por tantas nubes,
y una mujer que lo ayude
en todo lo que ha logrado.

REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

EL ROSENTAL

Héctor Díaz Oyarzo (79 años)

Jubilado

Punta Arenas

Primer lugar regional

Tuve un potrillo alazán,
 lista corta en la frente
 con las cuatro patas blancas
 que hasta hoy tengo presente.

El Rosental se llamaba
 por su pelaje nombrado,
 y un perro blanco con negro
 siempre viajaba a mi lado.

Y era el hombre más feliz
 con esos dos compañeros,
 catorce años me ayudaron
 para ganarme el puchero.

Y cómo para olvidarme
 de ese pingo tan querido
 —si anduve cerros y llanos
 con el Pichón y el Paisano
 perros, fieles amigos—
 que en la mente lo recuerdo.

Nunca lo echaré al olvido,
 aunque haya pasado el tiempo
 y los años se hayan ido.

Así vive el campesino,
 mejor dicho el ovejero.
 Con lluvias o temporales
 si hay hacienda en los corrales
 hay que llevarla a un potrero.
 El poncho con las pierneras
 van adornando el recado.

Por si viene malo el tiempo
 el gaucho anda preparado
 y pal tiempo de la esquila,
 del baño o señalada,
 se sale de madrugada
 y vuelve de noche al puesto
 si se alarga la jornada,
 aunque eso no esté propuesto.

REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

ROJA EL AGUA, ROJA LA TIERRA

María Antonieta Barrientos Bahamóndez (55 años)

Cantautora

Punta Arenas

Segundo lugar regional

No existe disculpa, consuelo ni razón posible
que borre de pampas, canales y montañas de la isla de los fuegos,
una sola gota de toda la sangre de su pueblo,
vergonzosamente derramada.
Sangre de los hermanos Selk'nam,
eternos viajeros,
sanos y desnudos, sin miedo y a la intemperie,
avezados recolectores, curtidos cazadores,
desafiando los rudos abrazos del clima implacable,
con arte y color, pintados sus cuerpos en el *Hain*¹ ritual,
por las sendas de escarcha, con formidable temple se irguieron.
Roja el agua, la tierra, la luna,
los antiguos hielos de los ventisqueros.
Asesinos perros a sueldo
con cientos de orejas al cinto,
macabro trofeo,
tiñeron la sagrada Tierra de los Fuegos.
Ralea asesina sembrando pavor
en las pampas y senderos
y en sus legítimos moradores por milenios.
Infamia, locura, cruel ambición.

1 Hain: Ceremonia de iniciación ritual Selk'nam (u Ona), sólo para los varones (nota del autor).

Roja la furia, la viruela, la cruz, los venenos.
 Jirones de músculos, jirones de piel, pechos abiertos,
 pescuezos rotos, sangre vertida a tajo y destajo,
 en bosques, playas y esteros, donde por siglos
 corrieron desnudos al abrigo de los ancestros,
 con la naturaleza en apacible concierto,
 los vigorosos hombres y mujeres de los antiguos fuegos.
 Toda *Karunkinka*²,
*Ushuaia*³ y *Yendegaia*⁴, allí donde mueren las aguas bravas,
 las lagunas y valles, legado, vergel y sustento,
 los cisnes, guanacos, caiquenes, flamencos,
 las montañas desgarradas desde pretéritos tiempos,
 toda el agua, toda la tierra,
 el canto de las aves, el silencio, las horas, la noche,
 las piedras, el crepúsculo, la hierba, el horizonte azul y distante,
 incluso *Wulaia*⁵, la bahía hermosa al otro lado de las aguas,
 y las hasta entonces, inmaculadas páginas
 de la Tierra del Fuego,
 manchadas para siempre, por el rojo vejatorio y funesto.
 El vaivén de las olas, en el laberinto y enredo de canales y estrechos,
 el rugir interminable del viento,
 y los horrorizados espíritus de los ancestros,
 siguen llorando incansablemente, el destino adverso
 de todo un pueblo inocente
 y de sus fuegos apagados para siempre.
 Todavía aprietan en las alturas, puños y dientes, *Timáukel*⁶ y *Kénos*⁷.
 Genocidio del hermano Selk'nam
 a manos del cruel e insaciable forastero.

2 *Karunkinka*: Tierra de los Selk'nam, elegida por *Kénos* por sus recursos y belleza (nota del autor).

3 *Ushuaia*: Nombre de la bahía al sur de Tierra del fuego, donde hoy se erige la ciudad argentina del mismo nombre. En lengua yagán significa "Bahía profunda", de los términos Ushu: profundo, y Aia: bahía (nota del autor).

4 *Yendegaia*: Actualmente, parque nacional y bahía en la costa sur chilena de Tierra del Fuego (nota del autor).

5 *Wulaia*: Bahía en la costa occidental de la isla Navarino. (El término "aia" designa a bahías y refugios costeros en lengua yagán o yámana, pero eran usados igualmente por los hablantes Selk'nam) (nota del autor).

6 *Timáukel*: Para los Selk'nam, espíritu superior anterior al tiempo, "el ser que está allá arriba" (nota del autor).

7 *Kénos*: Espíritu poderoso pero subordinado a *Timáukel*. Creó a los hombres y les entregó los preceptos morales para que pudieran vivir en armonía entre ellos y con la naturaleza (nota del autor).

REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

EL MITO DEL HAIN

Alexander Antonio Santander Olate (37 años)

Taxista

Punta Arenas

Tercer lugar regional

A sí como hoy es el hombre quien gobierna en la época mítica era otro el rector. Hasta que un buen día el comentario indiscreto del engaño descubierto fue la presa el cazador.

Comienza en las mentes a gestarse la venganza: al yugo opresor hay que asestarle su final. Tras el silbido del ostrero la Luna no se ha muerto, es ella por las noches quien gobierna el firmamento.

Con rumbo a la fuente de todo lo que existe entre la lluvia y el viento ya la nieve quedó atrás. Tras cargar los siete postes la Gran Choza se levanta, entre el cosmos y los cielos el secreto guardará.

En tu rostro se reflejan las heridas infligidas estigmas que recuerdan tu eterna humillación. El color de los eclipses resultó premonitorio fue tu roja sangre *selk'nám*¹ la que el blanco derramó. *Kloketén*², o iniciado, en tus manos han dejado el peso del secreto convertido en tradición. Pudo más la vil codicia de los grandes estancieros: ni con la muerte de las etnias la ambición se contentó.

1 Selk'nám: Pueblo nativo de la tierra del fuego la cual habitaba dentro de un haruwen específico (territorio de caza de un determinado linaje sanguíneo). En su idioma significa 'ser humano' (nota del autor).

2 Kloketén: Corresponde a la primera etapa de la ceremonia del hain (ceremonia ancestral de iniciación a la vida adulta, entre otras cosas). Es el iniciado, el neófito; haciendo una analogía con el servicio militar es el soldado conscripto (nota del autor).

Los cuentos y poemas que conforman esta antología fueron escritos por niños, niñas, jóvenes y adultos de todo Chile para el concurso "Historias de Nuestra Tierra", que organiza FUCOA gracias al apoyo del Ministerio de Agricultura.

www.concursosocuentos.cl



Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro, FUCOA
Ministerio de Agricultura